



LEONOR MOREIRA

LA
MUJER DEL
CARTERO

LA MUJER DEL CARTERO

Leonor Moreira

Julio, 2019

La mujer del cartero

© Leonor Moreira

Diseño Gráfico: Sol Taylor

Amazon EU S.a.r.l.

Facebook: [/leonor.moreira.796](#)

Instagram: [/leonor.r.moreira/](#)

Twitter: [/LeoRguezMoreira](#)

Email: solomientrasescribo@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

A Adrián, mi hijo.

INDICE DE CONTENIDO

[PREÁMBULO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

Ninguna mujer tiene un orgasmo limpiando el suelo de la cocina.

Betty Friedan

PREÁMBULO

Aquel debía ser un día normal dentro de la perfecta monotonía que reinaba por entonces en mi vida. Un día de esos en los que pensar requería más esfuerzo de lo que es habitual en una persona. Otro más para no recordar, sumida en la desilusión, en la falsa esperanza de felicidad que se desvanecía a cada segundo que marcaba mi viejo reloj de pared.

Pero yo no había escogido esa vida, sino que fue ella la que me eligió a mí de una manera sutil y casi imperceptible recién abandonada la adolescencia.

Visto desde la distancia, el matrimonio no es más que una patraña vendida a modo de cuento de hadas. Una unión habitada por alegres princesas que en poco tiempo se transforman en mujeres con mandilón, con la plancha en una mano y la sartén en la otra, mientras imaginan recetas nuevas que cocinar para un mal sucedáneo de príncipe. Mujeres que fingen ser las esposas ideales a los ojos de sus vecinos, de la familia y de sus propias parejas, mientras se preguntan qué vestido se pondrán el fin de semana para ir a tomar café en cualquier terraza de moda o, en el mejor de los casos, darse una alegría en la discoteca viendo jovencitos que bien podrían ser sus hijos.

Un *status* penoso, pero al que yo ni siquiera aspiraba por entonces.

Mi nombre es Clara, acabo de cumplir treinta y seis años y, en aquella época, estaba casada con un hombre apenas dos mayor que yo. No teníamos hijos, mejor así, aunque reconozco que la inercia del matrimonio hizo que en más de una ocasión lo hubiésemos intentado con ganas. Ricardo, mi marido, y yo llevábamos casados unos quince ¿felices? años. Y digo felices a modo de pregunta porque, para mí, la verdadera felicidad duró solo los seis primeros meses. Esa primera etapa de alegría y complicidad que toda recién casada tiene, en la que vives en una burbuja porque te convences de que estás con la persona ideal, a la que amas de verdad y por la que harías lo que fuese necesario con tal de conseguir que permanezca siempre a tu lado.

Pues bien, esa penosa etapa de enajenación mental a mí me duró seis meses y ya la he pagado ofreciendo los siguientes quince años de mi vida

como tributo. Quince largos años en los que podría haber hecho muchas cosas. Como por ejemplo, aprobar una carrera, porque siempre he querido ser veterinaria. O quizá viajar a Estados Unidos para ver sus grandes rascacielos y alegres musicales. O mucho más sencillo, trabajar y ser autosuficiente. En definitiva, ser independiente. ¡Qué bien suena esa palabra! Independiente. Pero no, aquella triste petición de matrimonio y mi precipitada repuesta, con la que di por finalizada mi poco valorada libertad casi adolescente, desembocó en una vida gris y sin aliciente alguno.

¿Ser infiel? Hasta hace poco, nunca me lo hubiera planteado como posibilidad, quizá porque en esta vida las mejores cosas acostumbran a llegar por sorpresa y cuando menos te lo esperas. Pero un día aparecen, crecen delante de tus ojos y, para cuando quieres tomar conciencia de la situación, ya estás atrapada. Y entonces, te das cuenta de que no puedes ni quieres escapar.

Con total sinceridad, el placer carnal es uno de los mejores que he podido disfrutar a lo largo de mi vida, aunque obviamente no con mi marido. Desde el mismo momento en que lo experimenté por primera vez, mi anodina existencia comenzó a llenarse de calor, de tacto sensual, de miradas de esas en las que las palabras sobran; y ese día, que tendría que ser igual de monótono que el resto, marcó el final de aquella absurda normalidad de mi vida.

Y a partir de entonces, ya nada volvió a ser igual. Ni el sexo, ni la vida, ni siquiera mis más arraigados principios éticos y morales.

Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.
Julio Cortázar

Como he dicho antes, me llamo Clara y en esa época era la mujer del cartero. Supongo que todo el mundo espera que la gente que le rodea utilice su nombre de pila para diferenciarla del resto de los humanos, pero en mi caso, pocos usaban el mío. Tanto mi familia como la mayoría de nuestros vecinos me conocían por ese ridículo y humillante sobrenombre: la mujer del cartero. Quizá, porque yo era el tipo de mujer que cualquiera podría imaginar al lado de un triste cartero de pueblo aficionado al sofá, a las pocas palabras y a las eternas partidas de cartas en el bar. Una mujer de grandes curvas y tez blanca, a la que no le gustaba ir a la playa para no descubrir su aspecto físico en general, pero sobre todo, para no experimentar el eterno complejo de gorda que me acompañaba a todas horas.

Aquella Clara nunca se arreglaba y cada mañana se dejaba abrazar por la más simple comodidad para elegir un atuendo casual. Al fin y al cabo, como ella misma decía: «¿quién se va a fijar en mí ahora?». Atrás, muy atrás, quedaban los días en que el espejo me hacía guiños cómplices y la idea de que un hombre se excitara con solo mirarme encajaba sin problema dentro de mi cabeza.

Mi entonces marido, Ricardo, era un hombre como los de antes, tradicional y bastante machista, de los que piensan que el lugar de la mujer es la casa y su función poco más que planchar, limpiar y cocinar. Cualquiera podría imaginarse cómo sería un marido dos o tres siglos atrás y descubriría que no había una gran diferencia con mi Ricardo. A él nunca le gustó que trabajase, ni que fuese independiente, y ni siquiera quería que saliera con amigas. En pocas palabras, siempre quiso y se esforzó por tenerme anulada en

casa.

Al principio, pensé que era una cuestión de celos, pero a decir verdad, tampoco a él le gustaba andar con mujeres. No, no era el típico tío mujeriego. Y no porque me hiciera excesivo caso en lo que a la cama se refiere. Cuando todo esto pasó, llevábamos meses sin hacer el amor y yo tenía claro que, el día que por fin tuviésemos relaciones, a buen seguro que marcaría el inicio de un largo período de sequía hasta la siguiente ocasión. En realidad, lo que a él le gustaba eran las películas porno. Podía pasarse horas viéndolas para después darse placer a sí mismo y creo que, en cierto modo, se había acostumbrado a esa vida.

Ricardo era un tipo bajito y que había llegado al matrimonio con una muy escasa experiencia sexual. Si a eso le unimos que a lo largo de nuestros quince años de convivencia tampoco consiguió hacer grandes avances, no es difícil deducir que fuese muy poco lo que podía ofrecer a una mujer. Supongo que esa fue la razón por la que nunca buscó tener algo fuera de casa o, si en alguna ocasión lo hizo, no creo que fuese capaz de convencer a alguien para que quisiera repetir.

Ricardo y yo vivíamos en el orensano barrio de Valdorregueiro, en la calle Boavista, en una pequeña casa unifamiliar que constaba de planta baja y un primer piso. Abajo estaba el salón, un baño, la cocina y un trastero y arriba dos dormitorios y otro baño. En la parte delantera tenía un jardín que la separaba unos cinco metros de la acera y en la trasera otro algo mayor. Todas las casas de alrededor eran iguales, con la única diferencia de que la nuestra tenía una puerta que la comunicaba con el jardín posterior y, en las de los vecinos, había que bordear la casa para llegar a él. La habíamos comprado al casarnos y todavía nos faltaban unos años de hipoteca.

Con el paso de los años, yo también me había acostumbrado en cierto modo a esa vida, a mi casa y a mi particular familia, pero todo cambió aquel día. Un día en el que el destino me tenía preparada una sorpresa que pondría patas arriba toda mi existencia.

Aquella mañana, mientras Ricardo estaba repartiendo el correo y yo haciendo las habituales labores de casa, alguien llamó a mi puerta. La verdad es que me extrañó recibir una visita, pero era tal la monotonía en la que estaba

sumida que me generó cierta ilusión.

Cuando abrí la puerta mi sorpresa fue mayúscula y sentí que mi corazón se estremecía. Frente a mí, me encontré un hombre bastante alto, apuesto, de ojos grandes y azules como lo es el mar en un día de tempestad y con una barba muy bien arreglada. Me fijé de manera especial en ella. Era una barba curiosa, tricolor, preciosa desde todo ángulo: negra, blanca y con ciertos mechones pelirrojos que le aportaban un aspecto singular.

Recuerdo que antes incluso de que pudiera saludarle, también descubrí que tenía unas manos mucho más grandes de lo normal. Al verlas, y supongo que debido a mi ausencia de sexo, me pregunté de manera instintiva si tendría todo así de grande. Todavía avergonzada por aquel pensamiento travieso, lo saludé a la espera de que él se presentase.

—Disculpe, señora —me dijo muy serio—. No quería molestarla, pero acabo de mudarme a la casa de al lado y necesito saber qué días hacen el reparto de gas en este barrio, porque no tengo ninguna botella en casa.

Yo, todavía embobada en descifrar los colores de su barba, le respondí con voz tímida:

—Los miércoles. Solo los miércoles.

El hombre se quedó callado unos segundos, con la mirada perdida en el suelo, y luego dijo:

—Muchísimas gracias. Y disculpe las molestias.

Tras eso, se dio la vuelta y se fue. Yo me quedé con la puerta abierta viendo cómo salía de mi pequeño jardín. En cuanto alcanzó la acera, cerré y me dirigí a la cocina a beber un poco de agua. Después de un trago largo, dejé el vaso sobre la mesa y me senté. Cuando pude serenarme un poco, me di cuenta de que algo había recorrido de arriba abajo mi cuerpo sin entender muy bien por qué. Nunca me había pasado algo así en mi vida. Me había encontrado con muchos hombres guapos, pero nunca alguno consiguió provocar en mí aquel efecto. Todavía hoy no puedo decir si aquella reacción fue fruto de la soledad, de la sorpresa o de algún lazo invisible que te une a la persona más insospechada en el mismo momento que la conoces. En cualquier caso, enseguida pasé de interesarme por mis sensaciones a sentir curiosidad sobre él.

¿Quién sería ese misterioso hombre? ¿Se habría mudado solo al vecindario? ¿Estaría casado? ¿Qué trabajo tendría? Una pregunta tras otra, y eran tantas las que me hacía y tan rápido, que mi cabeza acabó por saturarse. Por un instante, me sentí como cuando era adolescente y tenía la libido por las nubes.

Entonces me levanté, me acerqué a la ventana y allí estaba él, recogiendo unas cajas en el garaje de la casa de al lado. Me resguardé tras la cortina y lo miré con todo detalle, sin miedo a ser descubierta en mi indiscreción. Creo que no hubo una sola parte de su cuerpo que no escrutase. Me fijé en sus brazos fuertes y sus piernas rectas y firmes, que invitaban a agarrarse a ellas y no soltarlas más. También en el pecho bien desarrollado que se marcaba debajo de la fina camiseta que llevaba vestida. Cuando se dio la vuelta y mis ojos se centraron en su espalda ancha y musculosa, por un momento, por un breve espacio de tiempo, dejé volar mi mente hacia situaciones más interesantes y me lo imaginé entre unas sábanas suaves, blancas y cálidas, esperándome desnudo. Pero entonces volví con brusquedad a la realidad y me dije a mí misma que un hombre como ese jamás se fijaría en mí. No, yo era Clara, la mujer del cartero, y bastaría ponerme frente al espejo para saber que aquel hombre era un sueño inalcanzable para mí. Con poca desilusión, me alejé de la ventana y me centré en mis cosas, intentando apartarlo de mi cabeza.

Luché contra aquel recuerdo el resto de la mañana y, cuando Ricardo regresó a casa al mediodía, yo tenía puesta la mesa y preparado el almuerzo como cualquier otro día. Él se sentó nada más llegar y empezó a comer sin decir ni una sola palabra. Los «qué tal todo, cariño» o «cómo has pasado la mañana» hacía tiempo que se habían borrado de su vocabulario. Así que, inquieta como estaba, tomé la iniciativa y le conté que teníamos un vecino nuevo. También le dije que había venido a preguntar por el reparto de gas, porque se le había acabado. Ricardo, sin darle mayor importancia al asunto, me contestó que ya se las apañaría y que dejara de cotillear lo que hacían los vecinos. La verdad es que no puedo decir que esperase una respuesta muy diferente, pero al menos, había compartido con alguien lo único interesante de mi anodina mañana.

A lo largo de la tarde, no resistí a la tentación y volví a estar atenta a la ventana, desde el mismo lugar donde lo había observado por la mañana, pero aquel hombre misterioso no volvió a aparecer por el patio. Incluso bien entrada la noche y mientras Ricardo dormía, me levanté sin hacer ruido para hacer un nuevo intento, pero tampoco vi luz alguna tras sus ventanas.

Cuando llegó la mañana siguiente, yo aún seguía pensando en él. Así que me apuré en acabar de arreglar la casa, me peiné un poco y salí con la intención de saludar con toda la cortesía del mundo a mi nuevo vecino. Quería verlo de cerca otra vez. Entré en su finca, idéntica a la mía, y llamé decidida a su puerta, pero antes de que pudiera contestar, me puse nerviosa y me di media vuelta para marchar. Sin embargo, mientras me alejaba, abrió la puerta tras de mí y me preguntó si necesitaba algo. Yo paré en seco, giré la cabeza y lo primero que vi fue su torso desnudo. Más bien, fue lo único que vi. Era evidente que se acababa de levantar, porque tenía esa típica cara de dormido, pero yo me centré casi en exclusiva en su cuerpo y ¡madre mía, qué cuerpo! Su torso era tan perfecto como se adivinaba el día anterior tras la camiseta. O quizá más.

Me acerqué hacia él y, en cuanto pude recobrar un poco el aliento y articular alguna palabra, le pregunté si todavía necesitaba el gas. No sin cierta dificultad, le expliqué que tenía un par de botellas de reserva en el garaje y que le podría prestar una sin ningún problema.

Confieso que me hacía ilusión serle útil, pero él me contestó que no, que ya lo había solucionado.

—Por cierto, me llamo Álex —añadió con una sonrisa—. Álex de la Rosa.

Álex, qué bien sonaba. Me recordaba a los gladiadores romanos, sudorosos, fuertes, pasionales, musculosos... igual que aquel torso desnudo que estaba frente a mí.

—Yo soy Clara y mi marido se llama Ricardo —dije, casi tartamudeando—. Para cualquier cosa que necesites no dudes en llamarnos y, en lo que podamos, te ayudaremos. Las mudanzas son difíciles y estamos dispuestos a que tengas un buen comienzo en la urbanización.

—Perfecto, pero creo que todavía no conozco a tu marido.

—Mi marido trabaja de cartero y ahora está con el reparto, pero si quieres

conocerlo, es fácil. Los fines de semana suele bajar al bar a jugar a las cartas, siempre te lo encontrarás en el mismo sitio.

—Bueno, estoy pensando que mejor, cuando tenga las cosas instaladas, os invito a comer y así los tres nos conocemos con más calma. Yo también quiero ejercer de buen vecino —me dijo Álex, seguido de una carcajada.

Asentí con la cabeza mientras se me escapaba una sonrisa y me despedí con un sencillo «hasta luego».

De nuevo en casa, me sentía cada vez más inquieta. Notaba que, por alguna razón que no entendía, aquel hombre despertaba algo en mi interior que llevaba mucho tiempo dormido. Soñaba con que Álex me enseñase los ocultos placeres de la cama, que hacía tantísimo tiempo que no saboreaba de verdad, que no sentía ni disfrutaba con alguien lo bastante experto como para que supiera ofrecerme el placer, el amor y el afecto que siempre he necesitado. Pero, ¿por qué él, qué fue lo que vi en aquel hombre para experimentar esa repentina e irrefrenable atracción? Aquello me intrigaba, pero como lo pensé durante un buen rato y no conseguí encontrarle una explicación desde la razón, me aventuré en ensoñaciones que me parecían irreales, pero que hacían que me sintiese bien.

Me lo imaginé rendido a mis pies, enamorado de mí y contando los minutos para meternos entre las sábanas por las noches. O buscándome por los rincones de nuestra casa hasta conseguir atraparme entre sus brazos y no soltarme jamás. También, en algún momento, pensé que si Álex estuviese dispuesto a ofrecerme todo eso, tendría un problema llamado Ricardo, aunque lo cierto era que a esas alturas de la vida ya no me importaba demasiado. Me di cuenta de que solo sentía un pequeño cariño por él, fruto de compartir muchos años y unas pocas confidencias.

Al poco tiempo, me sorprendí asomada de nuevo a la ventana que daba a su casa, pero esta vez sin esconderme detrás de las cortinas de la cocina. En un arrebato, ansiaba que mi mirada se cruzase con la suya de un modo especial, de una manera en la que él pudiera descifrar mis deseos de poseerlo. Y, por supuesto, de que él me poseyera a mí. Quería que supiera que yo estaba dispuesta a ser suya, que lo necesitaba en mi vida y, aunque sabía que era una actitud arriesgada, porque si él me rechazaba me hundiría sin remedio, yo no

estaba dispuesta a renunciar a probar esa posibilidad.

La verdad es que en aquel momento me sentía más decidida y atrevida de lo que nunca había estado en mi vida. Pero Álex tardó demasiado en salir de casa y, cuando lo hizo, mi atrevimiento se había diluido y ya lo observaba de nuevo desde detrás de las cortinas.

En cualquier caso, allí estaba de nuevo. Moviéndose por el patio de su casa, barriendo y limpiando el suelo con una vieja manguera que había pertenecido al antiguo inquilino. Yo lo observaba de arriba a abajo, imaginándome las cosas más guarras que podían salir de mi cabeza. Me di cuenta de que los pensamientos de la mañana habían evolucionado hacia una dimensión que hasta a mí misma me asustaba. Sentía que su cuerpo sudoroso era mi aliento y mi sueño más prohibido era mi templo. Quería entrar en contacto con él, quería morderlo, saborearlo hasta derretirnos de placer, y en ese preciso momento que estaba tan a gusto con mis pensamientos más impuros, Ricardo entró por la puerta, echando a perder toda mi fantasía y provocando que volviese al mundo real. A ese mundo que tanto detestaba.

Mientras le ponía la comida a mi marido, pensé que esas cosas suelen pasar, tener fantasías eróticas con hombres que no conoces, pero que los ves todos los días. Sentir ese algo que te empuja hacia ellos, aunque tu cuerpo se resista, aunque dudes. El problema es cuando, al final, quieres que esas fantasías sean algo más que meras fantasías, cuando quieres que se hagan realidad, catar en primera persona ese sabor que crees que solo él te puede ofrecer. ¿Qué mujer no tuvo alguna vez algún tipo de fantasía con un desconocido? Puede ser el chico que viaja en el mismo vagón de tren que tú, el camarero que te sirve el café en el bar por las mañanas o el vecino del edificio de enfrente, al que ves por la ventana cada día. Pueden ser muchos hombres y, lo más probable es que algunos de ellos, quizás, fantaseen también contigo, aunque tú no lo percibas.

Lo cierto es que en los días posteriores el proceso de sexualización de mis pensamientos sobre Álex se acentuó y comencé a tener fantasías cada vez que nos veíamos en las entradas de nuestras respectivas casas, o nos cruzábamos en la calle. Cuando nos encontrábamos, la parte más perversa de mi imaginación se alimentaba de él, de su cuerpo y de esa mirada azul dominante

que me dedicaba. Porque con el paso de los días eso fue lo que pasó. De manera paralela a lo que yo pensaba de él, su mirada se iba haciendo cada vez más dominante. No sé hasta qué punto mis pensamientos se transparentaban, al menos no en la medida suficiente para que él se decidiera a tomar la iniciativa o insinuarme algo, pero sí para ejercer ese efecto. Parecía como si, en vez de ver que esta hembra estaba cada vez más dispuesta a saciar sus deseos sexuales con él, lo que veía era a una presa a la que cazar y someter a su antojo, como si yo fuese un animal desvalido y él un depredador con las fauces preparadas para atraparme. Pero lo más sorprendente para mí era que esa posición se introducía en mis fantasías y, cuanto más se acentuaba el matiz de su mirada un día, más sumisa me imaginaba yo dentro de mi cabeza al siguiente. Entonces veía como él me poseía sin permiso, me sometía a sus placeres, a sus caprichos y necesidades. Fantaseaba que aparecía en mi habitación, que se acercaba a hacerme el amor y que me lo hacía sin permiso. Dibujaba su imagen frente a mí cada día cuando me metía en la bañera. Él estaba desnudo, incitándome con su cuerpo mojado, acercándose cada vez más, y entonces era cuando yo ya no podía resistirme a tocarme. Confieso que nunca antes me había masturbado, pero enseguida descubrí que los aceites de baño me lo hacían más fácil y siempre acababa con el sudor cayendo por mi frente, disfrutando a solas como nunca y pensando que, si de esa manera me gustaba, haciéndomelo a mí misma, a saber cuánto disfrutaría si compartiese de verdad bañera con él.

Aquel ritual se repetía a menudo, pero pronto sucedió que a mí no me bastaba.

Así fue como un día, viendo que Álex no avanzaba, empecé a hartarme de los «buenos días» y «hasta luego» que nos cruzábamos, porque yo necesitaba más. Y ese más lo quería ya. Sabía, por sus miradas, que él también estaba interesado en mí. No podía asegurar si era interés sexual o simple curiosidad, o si solo jugaba conmigo, pero él se fijaba en mí de una manera especial. Me resultaba tan misteriosa la situación que muchas veces me sentí empujada a pensar en hacer alguna tontería, a lanzarme por él y no pensar en nada más. Ni en vecinos, ni en mi marido, ni en nada. Y en esos momentos, hasta sentía que no tenía que rendir cuentas a nadie. ¡Qué coño, tenía marido, pero no dueño!

En medio de ese vaivén psicológico, un día, mientras Ricardo estaba trabajando, decidí que debía arreglarme un poco. Lo primero, sin duda, era dejar atrás la ropa casual y el pelo desaliñado. También pensé en pintarme las uñas, ajadas de fregar platos; en depilarme un poco, que buena falta me hacía; y no solo en peinar el pelo, sino también en teñirlo un poco, ya que las primeras canas empezaban a aflorar sobre mis patillas. También decidí preparar un bizcocho como ofrenda para Álex y así poder tener un acercamiento en condiciones. ¿Acaso a los hombres no se les enamora también con una comida bien preparada y rica? Pues estaba decidido, ese día me pondría guapa y le llevaría un bizcocho. Puede parecer una estrategia sencilla, pero en mi caso, no lo era tanto. No tenía costumbre de hacerlo y, además, al ir a su casa corría el peligro de ser descubierta en mi interés por algún vecino, porque siempre estaban pendientes de lo que pasaba en nuestras aceras. Sobre todo, las mujeres, ¡qué coñazo! Nunca lo entendí, daba la sensación de que no tenían otra cosa que hacer más que fijarse en lo que hacían los demás.

Ese día no me daba tiempo a ir a la peluquería, pero sí para el resto, por lo que me puse en marcha sin demora. Con la música bien alta y alegre para motivarme, empecé con mi plan. Primero, mezclé los ingredientes y puse el bizcocho en el horno. Mientras se hacía, fui al baño y me depilé con cera, ¡Dios, qué dolor! No era que tuviese pensado tener nada con él en ese momento, pero quería sentirme cómoda y, en cierto modo, me gustaba saber que por una vez en la vida me estaba arreglando en serio para alguien. Después fui a la habitación y elegí un vestido que me favoreciese, me pinté las uñas y me maquillé un poco. Algo llamativo, pero a su vez discreto, porque no quería que diera a entender mucho mi intención. Cuando acabé, saqué el postre del horno y lo coloqué sobre una bandeja.

Con él en la mano, me miré en el espejo de la entrada. Estaba tan radiante que parecía como si un rayo de sol me iluminase de manera permanente la cara.

Me dediqué una sonrisa y allá fui.

Salí de la casa, giré a la derecha y me dirigí a su puerta. Me reafirmé en que él quería algo, se lo había notado en la mirada y ese día tenía que averiguarlo. Durante el breve trayecto desde mi casa a la suya, sentí en todo

momento miradas sobre mi espalda, pero la verdad es que no me importó demasiado. A primera vista, no estaba haciendo nada malo, solo ofrecer un bizcocho a un nuevo vecino. Una bienvenida a la antigua, como en los pueblos más hospitalarios.

Llamé a la puerta de Álex tiesa como una estatua, aunque segura de mí misma, con la cabeza bien alta y el bizcocho en la mano. Sentí cómo unos pasos se acercaban a la puerta y el posterior ruido de la llave. Cuando abrió, pude comprobar que tenía la cara manchada de aceite negro, ¡estaba tan sexy!

Al ver que era yo, Álex sonrió y eso provocó que sintiese un cosquilleo por mi cuerpo. Lo sabía, intuía que le gustaba, y en ese momento entendí que estaba en lo cierto. También tenía un paño en la mano para limpiarse, porque debía de estar arreglado algún motor.

—Clara. ¿Qué tal? ¿Necesitas algo? —preguntó él, al mismo tiempo que se frotaba las manos con el paño.

—Hola Álex, pensé en hacerte un bizcocho de bienvenida —dije, mostrando la bandeja—. Espero que te guste el dulce, porque tiene mucho chocolate, pero no estoy segura de haber acertado con tu gusto.

Estaba tan nerviosa que no levantaba la mirada del postre que le había preparado.

—Sí que me gusta. De hecho soy un goloso, podría pasarme horas comiendo chocolate —dijo Álex en tono cordial—. Pero como yo no podré comerme todo ese bizcocho solo, si quieres preparo un café y lo empezamos juntos. Si te parece bien, claro.

No me lo podía creer, Álex me estaba invitando a tomar café con él. Mi cuerpo se llenó de tanta alegría que casi no podía mantenerme en pie. Sentía cómo me temblaban las piernas mientras daba los primeros pasos para entrar en su casa. ¡En la casa de Álex!

Avancé detrás de él y, nada más entrar, me fijé que su vivienda era igual que la mía. Las casas de nuestra urbanización, como ocurre en casi todas, eran idénticas y la suya no era una excepción. Incluso la decoración no variaba mucho.

Después de cruzar el pequeño distribuidor, entramos en la cocina.

—Ponte cómoda mientras yo voy a lavarme un poco —dijo Álex—. Vengo

ahora.

Yo me senté en una vieja silla y crucé las piernas. Miraba de un lado a otro, la curiosidad por saber más de él hacía que mis ojos intentaran captar cada rincón de esa cocina, aunque sin conseguir fijarme en nada en concreto. Estaba muy nerviosa. Me relamía los labios como si los tuviera secos y me frotaba las manos una y otra vez, porque me sudaban muchísimo, y aquella espera me ponía aún más tensa. No sabía cómo sería estar tomando un café con él a solas, qué conversación podíamos tener y qué era lo que no debía decir para no meter la pata. Ansiaba causarle buena impresión.

Cuando llegó, limpio y perfumado, traía puesto un chándal que permitía dar rienda suelta a la imaginación por el bulto que se podía apreciar en la entrepierna. También vestía una camiseta blanca, no muy ajustada, y unas zapatillas de andar por casa. El olor del perfume en el cuerpo de Álex me excitaba, pero ni siquiera me atreví a preguntarle qué colonia usaba. Sonrojada por la excitación y la vergüenza, intenté mantener la compostura como pude. Incluso, de vez en cuando, me tapaba las rodillas, estirando la falda hacia abajo. Quería tener algo con él, pero sin dar la sensación de ser una buscona.

—Bueno Clara, voy a preparar café. Yo lo tomo con leche, ¿tú cómo lo quieres? —me preguntó mientras daba un par de palmadas en el aire, como si estuviera aplaudiendo.

—Yo también lo tomo con leche. Prepáramelo como si fuera para ti — contesté con voz nerviosa.

Menuda respuesta más ridícula, pensé, pero es que casi no me salían las palabras.

Una vez roto el hielo y viendo a Álex preparar mi café, me animé a ayudarlo, pero debido a mi nerviosismo, o quizá a mi torpeza, cuando quise coger un cuchillo con el que cortar el bizcocho, sin querer, tropecé con una de sus manos. Fue un simple roce, pero yo deseaba que ese roce se convirtiese en algo más. En mucho más.

Allí sentados, uno frente al otro, tomamos café, comimos, reímos y hablamos de muchas cosas. Descubrimos que teníamos tantas en común, que era sorprendente que no nos hubiésemos conocido antes. Parecíamos almas

gemelas, o esa fue la sensación que me dio a mí. Me contó que se había casado en Dublín con una chica de allí. Que al principio estaban muy enamorados, pero que, con el paso de los años, el matrimonio se fue enfriando y, al final, acabaron por separarse de mutuo acuerdo. De esto hacía un tiempo y, aunque él quería volver a España cuanto antes, tuvo que esperar para regresar por un negocio que tenía entre manos. Me dijo que en Irlanda se dedicaba a la informática y que le había ido bien en ese mundo, pero que su verdadera pasión era la jardinería. Tanto que incluso se ofreció a arreglar las jardineras que bordeaban mi casa, a lo que yo acepté. Me dio la sensación de que no lo apremiaba mucho el dinero, porque todavía no había decidido si retomar su profesión en España o dedicarse por completo a su pasión y supongo que el sueldo de un informático y el de un jardinero se parecen lo que una rosa roja a una margarita.

También me contó que tenía un hijo de diecinueve años que se llamaba Kevin y que trabajaba de ayudante de cocina en un gran hotel. El chico había estudiado hostelería, su ilusión era convertirse en chef algún día y Álex no tenía duda de que lo conseguiría. Como a mí me extrañó que tuviese un hijo tan mayor, me aclaró que él tenía cuarenta y dos años y que había sido padre con veintitrés, porque se había casado muy joven. La verdad es que estaba estupendo para esa edad y, oyéndolo hablar, me costaba reprimir mi deseo de levantarme de la silla y devorarlo por completo.

Yo siempre había sido muy tímida, pero sentía que en su compañía podía deshacerme de mis prejuicios y mostrarme tal y como era en realidad. Tenía la extraña sensación de que siempre había vivido con mi alma enjaulada, sin posibilidad de salir al exterior, y que Álex era capaz de abrir esa puerta y sacar a la verdadera Clara.

La verdad es que el tiempo que estuve allí se me pasó volando y pronto llegó la hora de marcharme, ya que mi marido no tardaría en llegar y yo tenía que cumplir con mis obligaciones de cocinera y esposa perfecta. Pero antes de irme, me atreví a invitarlo a desayunar al día siguiente a la misma hora, a lo que Álex accedió con una sonrisa en la cara e incluso se ofreció a preparar él el postre. En aquel momento, oyendo su respuesta, me sentí la mujer más feliz del mundo.

Nadie puede imaginarse lo que me costó despedirme de él, tan caballeroso pero morboso a la vez. Me encantaba su presencia, irradiaba carisma y una energía envolvente. Mientras volvía a casa, pensé que cada centímetro de su piel tenía que ir a parar a mi boca sí o sí.

*Al verdadero amor no se le conoce por lo que exige,
sino por lo que ofrece.*

Jacinto Benavente

Me sentía feliz por la reacción de Álex y, a la vez, satisfecha de mi iniciativa. Lo de esa mañana solo había sido un acercamiento, pero me había valido para recorrer el mismo trayecto que avanzaría en semanas, quizá meses, saludándonos cada vez que nos cruzábamos en la calle. Y eso me resultaba ilusionante. Quizá la visita a la peluquería, que me había quedado pendiente, supondría la llave para alcanzar la meta.

Ese día, mientras comíamos, Ricardo notó algo diferente en mí. En realidad, no era de extrañar, me había arreglado por primera vez después muchos años y eso fue lo que despertó su curiosidad. Me preguntó a qué venía ese cambio, pero yo le respondí, sin otorgarle mayor importancia, que estaba aburrida de tener siempre el mismo aspecto descuidado. Supongo que no me creyó del todo y que sospechó que había alguna razón en concreto y quizá hasta con un nombre propio. En el fondo, era consciente de que, si yo quisiera, podría encontrar algo mejor que él. No es que fuese una belleza, o que me considerara como tal, pero con algunos cambios físicos y de actitud, creo que lo podría conseguir sin mucho esfuerzo y que, si no lo había intentado hasta entonces, la razón era porque quizás me sentía demasiado mayor para empezar de cero otra vida. Pura comodidad.

Aquel día, me di cuenta que, simplemente con arreglarme un poco, Ricardo se sintió por primera vez en mucho tiempo inferior a mí. Él, que estaba acostumbrado a verme casi como una sirvienta sin opción a dimisión y solía tener todo bajo control, no sabía que lo que yo deseaba se encontraba a unos insignificantes diez metros de distancia de nosotros.

Pero no solo Ricardo era un obstáculo para mi acercamiento a Álex. En la

urbanización en la que vivíamos, todos habían descubierto ya al nuevo vecino y las comidillas del barrio empezaban a cuestionarse quién sería aquel hombre misterioso que vivía solo y se atrevían a divagar sin tapujos sobre si sería o no buena persona. Como si ser desconocido equivaliese de por sí a ser un delincuente.

Ese mismo día, cuando saqué la basura al atardecer, una de las vecinas más chismosas salió de su cueva para preguntarme por él.

—Hola, Clara —me dijo por la espalda en cuanto bajé la tapa del contenedor.

—Hola, María, ¿qué tal?

Intenté ser educada, aunque en el fondo, sabía lo que quería, puesto que la cotilla de María nunca se había hecho la encontradiza en el contenedor de no querer saber algo.

—Bien. Oye, quería preguntarte por ese hombre que vino a vivir en la casa que está a vuestro lado.

—¿Y qué quieres que te diga yo? No lo conozco de nada. Solo sé que es nuevo.

—Bueno, te pregunto porque me pareció que el otro día hablabas con él en la puerta de su casa y pensé que quizás se trataba de un amigo tuyo o de un familiar.

—No. Solo le fui a ofrecer gas. La noche anterior vino a casa a preguntarnos cuándo pasaba el repartidor, y como tenía que estar varios días desbastecido, se me ocurrió ofrecerle una botella. Solo fue eso —le contesté con firmeza y casi sin pensarlo.

No debió de quedar muy convencida con mi respuesta, porque se quedó pensando durante un momento, así que antes de que insistiera en el tema, le dije:

—María, ¿querías algo más? Porque se me hace tarde.

—No, era eso. Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, María. Que descanses.

No me sorprendió la curiosidad de esa mujer, pero me valió para tomar más consciencia de que en aquella calle había demasiados ojos indiscretos y no podía dejarme llevar por mi instinto sexual. De hacerlo, podría meterme en

problemas con Ricardo o estar en la boca de todos y no era algo que me apeteciese en absoluto. O, por lo menos, no me apetecía por el momento.

Esa noche no pude conciliar el sueño. En parte por los ronquidos de mi marido, que cada día detestaba más, y en parte porque me venían a la mente imágenes con Álex tomando el café. Sobre todo, su boca, esos labios y esa sonrisa. Tanto deambulaba por mi mente que pronto me invadió un calor intenso. Daba vueltas en la cama y, como no conseguí dejar de pensar en él, decidí levantarme y bajar las escaleras que daban al salón. Me asomé por la ventana mirando la casa de Álex, mientras seguía recordando su sonrisa, sus manos, esas piernas que tanto me gustan y, sobre todo, el bulto llamativo que sobresalía en su entrepierna. La luz de la luna se reflejaba en mi cara. Con esa única claridad en la soledad del salón, el silencio, los recuerdos y el calor que sentía provocaron que mis manos cobrasen vida. Se deslizaron de manera sigilosa por debajo del camisón, acariciando los muslos de forma tímida y siguiendo por la pelvis, al mismo tiempo que me relamía de placer. Mi mano izquierda se centró en acariciar con suavidad mis senos y la derecha se dirigió hacia el clítoris. Me encontré tan húmeda que me alegré de comprobar que aún podía tener esa reacción cuando yo quisiera y no solo cuando me tocaba en la bañera. Notaba cada movimiento que hacía y, con cada uno de ellos, me daba un placer inmenso. Y todo pensando en él. Quizá fuese por la situación, por la soledad del lugar o por el morbo de que Ricardo estuviese en el dormitorio, no lo sé, pero ese momento lo disfruté con una gran intensidad. Eso sí, tenía claro que el orgasmo que tendría no sería nada comparado con lo que Álex me podía ofrecer y yo deseaba.

Cuando Ricardo se marchó la mañana siguiente, yo ya estaba impaciente por salir de casa. Repasé un poco el pelo y el maquillaje, sintiendo los nervios a flor de piel. Era la misma sensación que tuve en mi primera cita hacía ya muchos años. De fondo, la radio emitía las noticias y el parte meteorológico, señalando el inicio de la primavera. Cuando ya me iba a marchar, interrumpieron la emisión para dar una noticia de última hora. Según indicaban, había desaparecido una chica de veintidós años en Pontearreas, una villa que apenas distaba ochenta kilómetros de Ourense, y pedían colaboración ciudadana para encontrarla. Era la camarera de una cafetería

bastante transitada y nadie la había vuelto a ver desde el día anterior cuando salió de trabajar. En otra ocasión, hubiera buscado en el dial más información, pero ese día solo pensé que ya me enteraría de todos los detalles en el noticiario de mediodía de la televisión, porque no estaba dispuesta a que nada ni nadie me retrasase en mi desayuno con mi atractivo vecino. Ni siquiera la más triste noticia de este mundo.

Apagué la radio sin que el locutor acabase de dar la noticia y salí disparada de casa sin pensar en otra cosa que no fuera volver a compartir café con Álex. Me acerqué despacio a su puerta y timbré, ¡qué nervios! No tardó en abrir e invitarme a pasar. Al mismo tiempo que me daba los buenos días, me ofreció la misma sonrisa que el día anterior, esa que me volvía loca y no podía apartar de mi cabeza.

Después del saludo de rigor, nos dirigimos a la cocina. Yo delante y él a mi espalda, puesto que ya me sabía el camino. Álex se acercó a la cafetera y sirvió los cafés que ya tenía listos.

—¿Y el postre que ibas a preparar? —pregunté nerviosa, tratando de romper un poco el hielo.

—Todavía está en el horno. Es un bizcocho de canela, mi especialidad —contestó sin dejar de sonreír.

Yo estaba hipnotizada.

—Humm, qué rico. Con un hijo que es casi chef, tienes que ser buen cocinero a la fuerza.

—No, solo me defiendo, pero ahora que estoy solo, no me queda otro remedio que espabilarme a cocinar. Además, nunca es tarde para aprender.

—Si quieres yo te puedo dar unas cuantas recetas de platos que son fáciles de reparar. Están buenísimos y no necesitas muchos ingredientes.

—Eso estaría bien, porque así varío un poco. Ya me estoy hartando de comer siempre lo mismo y los platos precocinados o congelados no me entusiasman —dijo, mientras servía el café con cuidado.

Con él servido, solo faltaba su fabuloso postre. Yo me sentía algo más relajada que el día anterior y también con más confianza. Para esa ocasión, había escogido un vestido hasta las rodillas azul marino y me había hecho un recogido en el pelo que dejaba al descubierto el cuello y las orejas. También

me había puesto unos pendientes largos de plata, con forma de hoja de laurel, y un maquillaje sutil, que no resaltase mucho. Llevaba un perfume afrutado y había escogido unas bragas de color blanco con un pequeño encaje como lencería, puesto que no tenía en mi armario otro tipo de ropa interior. ¿Para quién me iba a poner lencería atrevida los últimos años? ¿Para Ricardo? No creo ni que la hubiese visto si lo hiciera.

Pese a todas esas limitaciones de mi armario y a que todavía no había tenido ocasión de visitar la peluquería, yo me sentía guapísima. ¿Aquel día sería el que disfrutaría de Álex en toda su medida? Estaba a solo unos minutos de comprobarlo.

Nos sentamos muy pegados el uno al otro, con solo una distancia de unos centímetros escasos entre nuestros cuerpos. Yo podía notar sin dificultad el calor corporal que Álex desprendía. Coqueteábamos con la mirada a cada frase que pronunciábamos y no creo que exagere si digo que el café y el postre sobraban en aquel instante. Había esa tensión sexual entre dos personas que se nota cuando eres una de ellas. Pienso que, en la mente de ambos, nos veíamos fundidos en una cama, ardiendo de pasión, y solo quedaba comprobar quién daría el primer paso para ello.

—Está riquísimo —dije con voz casi entrecortada—. La verdad que te defiendes bien en la cocina.

—Sí, sí que lo está —contestó Álex, con semblante bastante serio.

Pero después se quedó callado durante un largo instante, dejó la cuchara dentro de la taza y, con la cabeza baja, añadió:

—Oye, Clara, tengo que hablar contigo, pero no sé muy bien por dónde empezar. No sé cómo decirte esto, yo...

—¿Qué pasa? —lo interrumpí yo—. ¿Te ha parecido algo mal? ¿He hecho o dicho algo que no debía?

—¡Eh, no, no! Me caes muy bien y, para ser sincero, me atraes mucho. Y no, no has hecho nada malo. El problema es que creo que tú buscas algo en mí que yo, quizás, no pueda darte. O por lo menos, no pueda dártelo del modo que tú esperas —me espetó Álex, con una sonrisa forzada en la cara.

—No entiendo lo que me quieres decir.

Entonces noté cómo él buscaba nuevas palabras con las que explicarse,

pero yo no esperé por ellas, porque si la primera explicación no me había gustado, intuía que la siguiente lo haría menos.

—Yo, bueno, será mejor que me vaya —dije, mientras me levantaba y me dirigía hacia la puerta.

Yo era un manojito de nervios. No solo no quería escuchar lo que me estaba diciendo, sino que noté cómo el mundo se me venía encima por la vergüenza que sentía.

—Espera, Clara —dijo Álex, saliendo tras de mí y deteniéndome cuando ya iba a abrir la puerta—. Quizá no me haya explicado bien. En realidad, tampoco sé con exactitud lo que tú buscas en mí o lo que quieres. Mira, tú me encantas, pero no sé si quiero tener algo contigo. No hace mucho que me divorcié y tampoco sé cómo va tu matrimonio, ¿me entiendes? Y no sé si vamos por el camino adecuado.

Yo seguía avergonzada y nerviosa.

—Por alguna razón —dije—, pensé que tendríamos una amistad abierta. No sé, me inspiras confianza y esta urbanización es muy aburrida. Solo hay viejas curiosas y hablar con alguien normal es complicado. Te aseguro que no acostumbro a desayunar en casa de otra persona y si estoy aquí es por algo. Por algo que vi que podía pasar entre los dos, porque tampoco creo que tú acostumbres a invitar a mujeres a desayunar así sin más.

Álex prestaba atención a cada palabra que yo le decía. En silencio y con semblante seguro, como si no le sorprendiera lo que yo le estaba diciendo o, más aún, como si fuese justo lo que esperaba escuchar.

—No te has equivocado, solo digo que no estoy preparado para estar con alguien en algún tipo de relación por mínima que sea —me dijo mientras me agarraba por las manos—. Lo que pretendo decirte es que no quiero hacerte daño, ¿me entiendes? Eres una mujer estupenda y vales mucho, créeme. Sin embargo, desde la primera vez que te vi, me siento atraído por ti. Puede sonar a locura, porque no nos conocemos, pero aquí estamos, en la cocina de una casa que acabo de alquilar, teniendo una conversación que ni por mil años pensé que tendría con una mujer —dijo con sonrisa atrevida y mirándome fijamente a los ojos.

No me podía creer lo que estaba escuchando. ¡El hombre que tanto me

atraía y por el que se me caían las bragas, me estaba confesando su interés por mí! El corazón me latía a cien por hora y, con la respiración entrecortada, intenté responderle, pero no conseguí articular ni una sola palabra.

Entonces él se acercó aún más a mí, bordeó con su brazo mi cintura y empujó mi cuerpo hacia él. Yo estaba desconcertada y no sabía qué hacer, pero estaba sucediendo justo lo que yo quería. Más bien dicho, lo que queríamos los dos.

Álex tomó el mando, me besó y nuestras lenguas se enzarzaron al instante, girando sin descanso y jugando a escaparse y encontrarse. Pura pasión. Con nuestras bocas unidas, notaba cómo él me acariciaba de un modo cariñoso. Me besaba el cuello, la cara y, mientras tanto, yo le desabrochaba la camisa. Con ella abierta, pude acariciar y rozar con los labios el suave pecho que quedaba al descubierto.

En pleno frenesí, él me dio la vuelta y me colocó sobre la mesa, aquella en la que hacía solo un momento tomábamos un inofensivo café. Unió mis manos a mi espalda, como si me fuese a esposar. Las sujetó con su mano izquierda y dejó libre la derecha para quitarme la ropa interior que, víctima del ímpetu, acabó hecha jirones. Después, se dedicó a acariciar la parte interna de mis muslos de forma reiterada, endulzando cada centímetro de mi piel con el roce de sus manos, presionando levemente y yendo hacia la zona más íntima de mi ser sin ningún tipo de impedimento. Cuando llegó a ella, introdujo dos dedos en mi vagina, humedecidos por su saliva, al mismo tiempo que se escuchaban mis gemidos apagados, en un vago intento por disimularlos. Me masturbó una y otra vez y yo cada vez me sentía más mojada.

Después de un rato, se bajó la cremallera del pantalón y acarició su pene erecto por completo, a punto de explotar. Pero antes de penetrarme, se paró a bajar la cremallera de mi vestido, que iba desde el cuello a la cintura, y me acarició la espalda con suavidad hasta que, en el momento en que yo estaba más relajada, me introdujo desde atrás todo su ser de una manera impetuosa. Yo emití un grito de dolor, pero también de gusto. Noté cómo me penetraba una y otra vez y empecé a gemir como una gata sin poder remediarlo. Al poco rato, la agresividad de sus impulsos provocó que todo lo que había en la mesa cayese al suelo, rompiéndose en añicos, pero ni siquiera entonces alteramos el

ritmo un solo segundo. Sentíamos tanto placer en aquel momento que nada de lo demás importaba.

Sudábamos, y él jugaba conmigo y yo con él. Me penetraba con fuerza y, al poco rato, lo hacía más despacio, para pronto arreciar de nuevo en sus acometidas, y así de manera alternativa, mientras yo trataba de adaptarme a cada impulso. Gozábamos, disfrutábamos el momento y era tal el placer, que pienso que se podían escuchar mis gemidos y los golpes de nuestros cuerpos contra la mesa al otro lado de la calle. Cuando Álex alcanzó su orgasmo, sentí cómo se corría sobre mi espalda. Al acabar, siguió acariciando su pene, mientras trataba de recobrar el aliento.

Yo, por mi parte, estaba exhausta. Notaba cómo el rímel de mis ojos se había corrido tanto o más que yo y, de manera apresurada, me ajusté el vestido. Después, recogí mi ropa interior, o lo que quedaba de ella, me arreglé un poco el pelo, pasé las manos por mi cara para secar el sudor y, sin decir nada, me fui.

A medida que me alejaba de la casa de Álex me asaltaba el miedo a ser descubierta por alguna de las «vecinas de ventana», como así las llamaba yo. Así que corrí lo máximo que pude hasta llegar a mi puerta y ponerme a salvo de miradas indiscretas.

Una vez dentro de casa, cerré la puerta sin mirar atrás. Apoyada sobre ella y con el corazón latiendo con fuerza, me paré a pensar durante unos minutos en lo que había pasado. Allí a solas, dejé escapar un suspiro y comencé a reírme como pocas veces en los últimos años. Disfruté aquel momento de satisfacción y victoria en toda su intensidad, hasta que vi el viejo reloj de pared de la cocina. Entonces pegué un salto, subí las escaleras a toda velocidad hasta el baño y me di una ducha rápida, me desmaquillé bien y me puse un chándal viejo. ¡Estaba a punto de regresar mi marido del trabajo! Al acabar, bajé a la cocina, preparé algo de pollo y unas patatas, todo frito, y puse la mesa a toda prisa mientras se hacían. Cuando estaba sacando la última ración de la sartén, entró Ricardo. ¡Casi me pillá!

Me saludó sin mirarme y subió un momento a la habitación. Me resultó raro, aunque en ese momento no era que me importase en exceso lo que hiciera, porque mi cabeza estaba en otro lado. Así, mientras comíamos, pensé

en mi salida de la casa de Álex, pero supuse que a él no le había importado que me marchase sin casi despedirme, porque a esas alturas tenía que saber que volvería. Después de ver su explicación durante el café y el semblante con el que me la había dado, no encajaba en mi cabeza una imagen de él dudando sobre mi regreso a por otra sesión de sexo. Si algún rasgo destacaba en su personalidad era su enorme seguridad, tanta que me hacía pensar que incluso sabía mejor que yo misma cuál iba a ser mi reacción en cada momento.

También se me venían a la cabeza imágenes de lo había pasado instantes después y, con el tenedor en la mano, me dediqué a jugar con las patatas, al tiempo que mi mirada se perdía y una pequeña sonrisa se dibujaba en mi cara. No tengo dudas de que aquel era el semblante de una mujer casi feliz. Menos mal que mis pensamientos no se podían oír, porque creo que Ricardo se dio cuenta de que algo había pasado, aunque no dijo nada. Se limitó a mirarme y asimilar cada gesto. Él era de esos hombres que primero estudian a las personas y después, en su certeza, actúan. Pensé que tendría que tener mucho cuidado con lo que hacía si no quería ser descubierta.

Ricardo había encendido la televisión, como era costumbre en casa a la hora de almorzar o cenar. En las noticias, se volvía a hablar de lo que unas horas antes yo había escuchado en la radio. La diferencia era que si por la mañana la chica estaba desaparecida, a esa hora ya habían encontrado su cadáver. Decían que se llamaba Ester y que lo último que se supo de ella era que salió de trabajar entre las dos y las tres de la noche de una cafetería llamada Castelao. La dueña del local, Nieves, contestaba a las preguntas que le hacía la periodista, explicando que se habían despedido después de cerrar el local y que cada una de ellas, como era costumbre, había tomado un camino diferente. No recordaba que hubiese quedado con alguien y su actitud durante la jornada laboral había sido del todo normal. Tampoco había visto a personas extrañas rondando por la zona los últimos días.

Me llamó la atención de un modo especial que la hubiesen encontrado muerta dentro de la bañera, atada de manos y desnuda, y que el hallazgo lo hubiesen realizado los padres, porque me imaginé que aquella sería una imagen que no olvidarían el resto de sus vidas.

Siempre es triste la desaparición o muerte de una persona y más si es

alguien tan joven y en tan penosas circunstancias, pero mi mente estaba ocupada en otras cosas. Reconozco que zanjé la noticia con un breve deseo de atrapar al culpable, pero poco más.

Mi infidelidad podría decirse que era justificada, dado que mi marido no me hacía ni el más mínimo caso y yo quería, necesitaba, escapar de esa vida aburrida y solitaria, aunque solo fuese por unas horas. Le llamaremos Sexoterapia. Sin duda, una definición acertada, porque la realidad era que con un único encuentro sexual yo ya me sentía rejuvenecida y mi idea respecto a la vida y sus valores había cambiado de manera sustancial. Si hasta entonces consideraba la fidelidad como la clave para que un matrimonio funcionase a lo largo de los años, después de conocer a Álex estaba convencida de que tener una infidelidad podría ser mucho más beneficioso que no tenerla. Y yo era el mejor ejemplo de ello. Siempre me había molestado la actitud de Ricardo, pero gracias a las grandes dotes como amante de Álex, ese día ya no me importaba en absoluto cómo me tratase, ni el caso que me hiciera. ¿De qué sirve estar casada y querer mucho a tu marido si no tienes sexo?

En realidad, me di cuenta de que ausencia de sexo y matrimonio fiel no eran compatibles de no ser por fuerza mayor y de manera temporal. Y no era el caso. Por lo tanto, en el futuro tendría sexo con otra persona sin dejar de querer a mi pareja y, sobre todo, sin divorciarme. Mi estabilidad mental y personal lo agradecería y mi matrimonio también.

Cuestión aparte era mi físico. Yo no me sentía a gusto con lo que estaba obligada a ver cada vez que me ponía delante de un espejo. Todavía recordaba mis años adolescentes de caderas estrechas y kilos escasos, pero la sedentaria vida a la que había estado sometida los últimos años me había convertido en alguien con quien no me identificaba. Me sentía triste y apagada, sobre todo, porque era consciente de que yo misma había puesto mucho de mi parte para llegar a ese punto. Me reprochaba cada día haberlo permitido y era algo que no me perdonaba.

Pero con la llegada de Álex, la cuestión era si él conseguiría devolverme a mi verdadero yo, tanto en el aspecto físico como en el mental, y yo estaba segura de que así sería.

Pasaron varios días desde el primer encuentro en su casa hasta que

volvimos a vernos. No porque yo no quisiera, que lo estaba deseando, sino porque Ricardo se había cogido un par de días de descanso para arreglar unos papeles de la herencia que le había dejado su madre, fallecida unos años atrás. Así que tuve que esperar un poco para ver de nuevo a Álex.

Mientras ese momento llegaba y con Ricardo a todas horas por casa, cada vez que lo analizaba con un poco de detenimiento, le encontraba un defecto nuevo. Incluso en alguna ocasión llegué a preguntarme a mí misma cómo había podido casarse con semejante hombre. Me daba cuenta de que, a lo largo de nuestros quince años de matrimonio, nunca me había concedido ningún tipo de preferencia como esposa y cualquier cosa insignificante era más importante que yo. Incluso jugar a las cartas con sus amigos era más prioritario para él que atender a su esposa. En la práctica, eso significaba que nunca nos habíamos ido de vacaciones, ni me había ofrecido un regalo por mi aniversario y ni siquiera me había invitado jamás a una simple cena romántica. Pensé que él había sido el primer y único hombre de mi vida hasta ese momento y que debería estarme agradecido por ello. Pero no, el agradecimiento no estaba entre sus virtudes o, al menos, no si la destinataria de él era yo.

Pero como nunca ha llovido que no escampase, ni siquiera aquí en Galicia, después de dos días deambulando por casa, llegó el día en que Ricardo tuvo que retomar su trabajo de cartero. Esa misma mañana, nada más quedarme sola en casa, fue Álex el que se atrevió a llamar a mi puerta. Con osadía y desfachatez, se presentó ante mi puerta y pulso el timbre de la casa de su amante.

Supongo que había visto cómo salía mi marido y debió de pensar que era un buen momento para hacerme una visita, sin importarle los vecinos ni que pudiera volver Ricardo. O quizá él tenía tantas ganas de disfrutarme como yo las tenía de sentirlo otra vez dentro de mí. Con solo oír el timbre, ya sabía que era él, por consejo secreto de mi impaciencia o por pura intuición femenina, no sé.

Aún no me había arreglado en condiciones para encontrarme con un buen amante como él, pero no iba a negarle la entrada por ello.

—Te estaba esperando —dije entusiasmada, en cuanto apareció su imagen

ante mis ojos.

—Y yo esperaba que me estuvieras esperando —contestó Álex, haciendo un juego de palabras y esgrimiendo esa sonrisa que solo él tenía.

Lo invité a pasar, cerramos la puerta y, una vez dentro, nos fundimos en un largo abrazo.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora, Álex? —pregunté con voz melancólica.

Él no me contestó. Quizás aún no tenía la respuesta adecuada, o quizá no quería dármela. Lo que hizo fue empezar a acariciarme el pelo, a la vez que con la otra mano me pasaba los dedos por mis labios, humedeciéndolos para después meterlos en su boca. Ese gesto me gustó tanto que me encendí enseguida, sí.

Me puse muy cachonda y empezamos a frotarnos y besarnos como dos desesperados. Yo todavía estaba en camisón y sin ropa interior, lo que hacía que me sintiese como la presa de un cazador. En el fondo, había venido a mi casa y me estaba asaltando casi por sorpresa. Yo ardía por dentro, deseaba ser devorada por él.

Subimos las escaleras agarrados de la mano. Sin soltarnos, entramos en la habitación y nos tiramos en la cama, que aún estaba caliente del calor corporal de Ricardo. Eso aún me puso más sedienta de placer. Sentí como el morbo me envolvía en una espiral de vicio que se sumaba a lo mucho que ya lo deseaba. Entonces Álex se quitó la ropa y esa fue la primera vez que yo lo vi desnudo de frente. En su pecho relucía un fino pelo y tenía una cicatriz en un costado de grandes dimensiones. En ese momento, descubrí que esa imagen de hombre malo con cicatrices en el cuerpo me ponía todavía más loca.

Acto seguido se acostó encima de mí, besándome en la cara, despacio, de manera muy sensual. Metía la lengua en mis orejas con suavidad, jugando con ella en su interior, y siguió por el cuello, entre pequeños mordiscos, besos y lengüetazos. En los pechos se tomó algo más de tiempo. El placer que yo sentía era inmenso y ya no podía aguantar más. Estaba tan caliente que lo quería dentro de mí, pero él mordisqueaba mis pezones con mucha delicadeza y me acariciaba la cintura con sus enormes y ásperas manos.

Al poco rato, bajó con su boca por mi vientre, mientras me agarraba los

muslos con ambas manos para ponerlos en una posición que dejara toda mi zona sexual abierta y en primer plano. Cuando la tuvo a su disposición, comenzó a trabajar en ella. A base de besos y caricias se abrió pasó en lo que sería la primera parada. Ahí se dedicó a besar el clítoris con energía y después introdujo su lengua dentro de mi vagina, recorriéndola de arriba abajo y de abajo arriba.

Yo gozaba, gemía y me relamía. Era increíble y muy placentero. Él seguía acariciándome con los dedos y la lengua los labios internos, y su suave barba también hacía su trabajo, porque las cosquillas que me producía incrementaban mi placer.

Al poco rato, empalmado por completo, decidió subir y empezar a follarme. Yo gritaba a la vez que le ponía las manos en el pecho como si quisiera impedir que siguiera, aunque con mi mirada le exigía que no parase por nada del mundo.

¿Cómo explicar algo que es indescriptible? El placer se siente, se saborea, te atrapa y ya no puedes escapar. Siempre quieres más. Si el sexo es bueno, desearás repetir a la menor ocasión, y eso fue lo que nos pasó a nosotros. Los dos queríamos más, mucho más el uno del otro. Lo queríamos todo. Estábamos sedientos. Ya no había ni mundo, ni problemas, ni terceras personas. No había ni maridos, ni ex mujeres. No había vecindario, ni problemas. Éramos solo nosotros dos fundidos en uno y ya no había nada lo bastante importante como para que nos hiciera detenernos.

Así fue como Álex me penetraba sin parar hasta conseguir que yo sintiese, por unos segundos, cómo todo iba a cámara lenta. Respiraba con toda la profundidad que era capaz, inhalaba y exhalaba igual de lento a cómo percibía todo a mi alrededor. Parecía drogada, observaba gestos en Álex como si sintiera rabia, como si fuese un sádico. Un salvaje en la cama, pero a mí me encantaba. Le arañaba la espalda y le clavaba las uñas en cada movimiento que él hacía y a cada embestida. Era mi manera de provocarlo, de decirle que me gustaba lo que hacía y cómo entraba en mí con toda su fuerza. Sin parar, durante largos minutos, hasta que por fin los dos nos corrimos en medio de gritos míos y gemidos suyos.

*Te quiero como para leerte cada noche,
como mi libro favorito quiero leerte,
línea tras línea, letra por letra, espacio por espacio.*

Mario Benedetti

Cada cual tenía motivaciones diferentes, pero con un mismo final. Yo quería aventura en mi fracasada y asexuada vida y Álex alguien con quien acostarse de forma asidua. En ningún momento, había notado que él sintiese algo por mí, algo que le hiciera plantear algún tipo de relación o, como mínimo, ofrecerme un poco de cariño. Al menos, por el momento.

Sin embargo, yo si notaba que lo necesitaba a él.

Pensé que si alguien conociese nuestra peculiar relación podría darme algún consejo, pero nadie lo sabía y a nadie se lo iba a contar. Ni siquiera a mi cuñada, la mujer de mi hermano, que a su vez era una de mis mejores amigas y tan discreta que estaba segura de que me guardaría el secreto. Pero como buena mujer precavida que soy, me mantuve con la boca cerrada, porque siempre he pensado que los secretos más personales deben morir con uno. Así que tendría que guiarme por mi instinto.

La cuestión era: ¿Está bien que te acuestes con otro hombre que no sea tu marido? Si lo miras desde manera objetiva, es evidente que no, y la mayoría de la gente contestaría que eso no es de personas nobles, que si quieres ser infiel es mejor que te separes, que si lo haces eres una guarra, y un largo etcétera. En cambio, si antes de contestar, entras a valorar los detalles de cada relación, quizá la respuesta tenga otro sentido. En mi opinión, sí puedes, pero depende de la motivación que te lleve a hacerlo. Yo nunca me acostaría con otro hombre si mi marido me regalara un orgasmo cuando me apeteciese o, como mínimo, con cierta asiduidad. Es decir, nunca lo haría por capricho o porque sí, sino que necesitaría para ello un motivo suficiente y justificado. En

pocas palabras y poniendo como ejemplo mi caso, si lo que no te dan en casa, lo encuentras fuera, pues entonces sal a buscarlo y ya está. Así de sencillo.

Siempre he creído que en la vida no se puede ser egoísta. A un hombre no lo mantienes a tu lado a base de hacerle la comida o lavarle la ropa, hay que follarlo de forma regular si no quieres que lo haga otra. Y el hombre debe comportarse de igual manera con la mujer, o en su lugar lo hará otro. Las cosas claras. La infidelidad ni es algo hereditario ni aparece porque sí, surge de la rutina y la dejadez. Para evitarlo, hay que innovar y agilizar la imaginación, para no dejar que la relación caiga en el círculo sexual aburrido que aparece con el tiempo y en el que no solo te enredas tú, sino que también arrastras a tu pareja. Y entonces es cuando aparecen los cuernos, que a su vez traen consigo una separación inminente y el consiguiente divorcio, con todos sus malos rollos.

Hablemos un poco de Ricardo. Ese aburrido, arcaico y egoísta marido que le daba más importancia a los guisos que su mujer le hacía que a saber entre qué piernas había estado metida esa mañana. Aunque en ocasiones mostraba signos de cierta desconfianza, porque tonto no era, creo que se conformaba con que yo me mantuviese a su lado, aunque solo fuese por simple comodidad.

Supongo que, si alguna vez se le pasó por la cabeza la posibilidad de que yo le pidiese el divorcio, su mayor preocupación sería el hecho de quedarse sin alguien que lo cuidara. Yo era su asistenta, su cocinera y su compañía cuando no tenía a nadie más. Eso y que deduciría que los bienes se repartirían a partes iguales, por lo que cabía la posibilidad de que yo me pudiese quedar con la casa. Por lo tanto, en el supuesto de que él descubriera mi infidelidad, quizás no le compensase que se hiciese público, ya que tenía mucho que perder, más allá de mi amor y lealtad, que sin eso se había quedado desde hacía tiempo.

Dicho de otro modo, estaba claro que él había notado algunos pequeños cambios físicos y apreciado mi repentina felicidad. Rara era la vez que me arreglaba, solo en navidades para la cena. No solíamos tener conversaciones ni risas, ni salíamos a pasear juntos o a cenar. Nada de nada. Y de repente, así sin más, estaba feliz, ¿a cuento de qué? Supongo que no es necesario ser un genio para entender ciertas cosas de la persona con la que has estado tantos

años, porque la conoces bien y cualquier cambio lo notas enseguida. Lo hueles. Si tu marido de repente se perfuma más de lo normal o cambia de fragancia, se corta el pelo de forma habitual o se compra ropa nueva, ¿por qué crees que lo hace, porque le apetece? ¡No! Lo hace porque tiene una amante. Y con las mujeres ocurre igual, siempre aparece alguien que nos motiva a retomar aquellas costumbres que hace tiempo dejamos en el olvido.

Años atrás ya lo había pensado y siempre me imaginé que a Ricardo no le importaría que yo tuviese un amante, en caso de que se diera esa situación, con tal de que no lo abandonara. Suponía que no le importaría, además, porque había dejado de verme como algo sexual. No me deseaba, no le atraía ni le ponía cachondo desde hacía mucho tiempo, y aunque no lo creáis queridos lectores, existen personas así, que se aferran a un matrimonio sin sentido solo por la comodidad de su situación. Son una especie de cornudos consentidores, que se vuelven ciegos para no ver la realidad y así poder seguir con su cómoda vida. Una comodidad que les interesa más que acostarse con su mujer y disfrutar del amor de esta.

En resumen, Ricardo era el cornudo y el engañado pero, además, también sería la víctima en caso de que la situación reventase y eso me otorgaba cierta ventaja.

Álex y yo estábamos en un punto en el que lo único que nos unía era el sexo. Nos acostábamos todos los días que podíamos y disfrutábamos de nuestra libertad placentera a excepción de los sábados y domingos, que era cuando mi marido estaba en casa. Dos personas, dos cuerpos poseídos por el calor del otro. Dos almas que se buscaban, se entregaban y se morían por enlazarse. Los besos, las caricias. Esa divina droga natural que no está ni prohibida ni penada por la ley, tan natural como respirar, tan adictiva como absorber el aire del otro. El sudor, los fluidos corporales, el ambiente cargado que se queda después de cada asalto a mí me bastaba, pero Álex quería pasar a otro nivel. Él era un depredador y no se conformaba con lo básico. Empezaba a intuir que siempre quería algo más y aquel día fue la confirmación. Una confirmación de fuego.

—Hola bella dama —me saludó Álex, mientras abría la puerta de su casa esgrimiendo esa sonrisa de hombre malo—. Adelante.

—¿A qué viene lo de bella dama?—le pregunté, mientras le daba un beso en la mejilla.

Yo, con mirada reluciente y gesto de sentirme cómoda con él, me dejaba llevar. Me resultaba imposible resistirme.

—Hoy quiero probar algo nuevo contigo. Algo que a mí me encanta y que quiero que a ti te guste también —me susurró.

Después me abrazó por detrás y enlazó sus manos en mi vientre, yo podía sentir su respiración. En esa posición, comenzó el ritual de besos en mi cuello, iniciando el camino ya conocían bien.

—Déjate llevar, vamos a disfrutar como nunca —insistía él—. Yo te quitaré la ropa, tú no hagas nada. Necesito que estés cómoda. Sé que estás nerviosa y que esto va a ser nuevo para ti, pero déjate llevar, porque estoy seguro de que al final me pedirás más. Relájate, siente mis caricias y mi cuerpo, siente mis manos.

Me despojó de mi vestido con más frenesí de lo habitual y se puso de rodillas a mis pies para quitarme los zapatos. Cuando me tenía en ropa interior, él agarró uno de mis pies y comenzó a besarlos y a chuparme los dedos. Yo, sorprendida, gozaba del placer que me daba un gusto diferente. Después Álex subió con sus besos hasta las rodillas y desde ahí, agarrando con fuerza los muslos, tiró de la lencería hacia abajo para dejar mi zona sexual libre de impedimentos y obstáculos.

Abrió mis piernas despacio. Yo me agarraba al marco de la puerta de la cocina, manteniendo el equilibrio, gimiendo, mientras él chupaba todo mi ser. Introducía la lengua y mordía con cuidado todo lo que encontraba a su paso.

No llegamos a subir a la habitación de matrimonio y nos quedamos a medio camino, en la habitación de invitados. Álex se desnudó. Yo lo idolatraba como una perra mira a su amo, a plena luz del día, desnudos y con las ventanas abiertas, se escuchaba el cantar de los pájaros y los ladridos del perro del vecino de enfrente. Era primavera y la temperatura se notaba agradable. Nos besábamos y morreábamos cada vez con más ímpetu. Me agarró por la cabeza y empezó a empujarla hacia abajo para que le chupara el pene y así tomar yo el relevo. No opuse mucha resistencia, porque en ese momento me sentía como su esclava sexual. Me agarró de forma brusca por el

pelo y de un tirón colocó mi cara a la altura de su pene, que estaba a punto de estallar.

Entonces comencé a lamerlo desde abajo hacia arriba. Lo agarré por las nalgas. Estaba desbocada, quería que sintiera, en ese momento, el mayor placer de su vida. A veces, levantaba la vista para mirarlo a los ojos. Su mirada desprendía gozo. Seguía chupando, me caía la saliva, casi no podía respirar, estaba tan colorada por la falta de oxígeno que quería pedirle parar, pero por otro lado no quería. Y a él no le importaba que casi no pudiera respirar, estaba tan excitado que no me soltaba. Así seguí, durante un buen rato, a cuatro patas, chupándole el miembro a mi jefe, a mi creador de placer.

Por su parte, sin embargo, solo pensaba en lo que sentía en ese momento. Resultaba evidente. Se notaba que le encantaba, que le excitaba de manera especial, hacerme sentir que era su esclava. Una esclava que satisfaría todos los deseos sexuales que pudiera tener, que le obedecería en todos los caprichos que me pudiera proponer. Y creo que sabía con certeza que yo se los concedería sin rechistar.

Acto seguido, Álex se agachó en el suelo, me colocó las manos en las patas de la cama y las ató con una corbata que colgaba de la manilla de la puerta. Se situó detrás de mí, salivó en la mano para lubricarla y comenzó a acariciarme el culo y las nalgas, preparándose igual que si fuese un perro delante de un plato succulento de comida, de un manjar. El sudor corría por nuestros cuerpos e introdujo el pene mojado de su saliva en mi trasero. Este sería la primera experiencia de sexo anal para mí y aunque él intentó que la primera introducción no fuera muy dolorosa, resultó en vano. Sentí tanto dolor que le pedí que parase, pero él no lo hizo. Tras la primera embestida, seguía y seguía metiéndomela por el culo hasta el fondo. Deduzco que hasta que no quedaba un trozo de pene fuera. Yo gritaba, me encogía para evitar que siguiera penetrándome, pero no lo conseguía.

Álex me agarraba por las caderas con sus enormes manos para que no pudiese moverme, hasta el punto de que yo notaba sus dedos clavados en mis muslos. No hubo tregua, ni compasión. No hubo pena por mí, ni existió la empatía. Me penetró tantas veces y con tanta fuerza que la sangre comenzó a hacerse notar y el dolor a hacerse sentir. La humillación era evidente, pero él

no se apiadó de mí. Esta sería la primera vez que yo, la esposa infiel no llegué a disfrutar ni un mísero segundo de lo que Álex me ofrecía como amante.

Cada embestida era peor que la anterior y hacía más doloroso el tiempo que pasé en esa habitación. Por momentos parecía parar, pero creo que solo se tomaba su tiempo para ver cómo su polla salía de mi culo y volvía a entrar. Allí atada y ofrecida, inmovilizada por sus enormes manos, yo me di cuenta de su perversidad, del gusto que le proporcionaba observar en mí el sufrimiento que él mismo me estaba ocasionando.

Se corrió en mi culo, dejando un largo reguero de esperma brotando, y luego se dejó caer al suelo exhausto. Se acostó en la alfombra para tratar de coger cuantas más bocanadas de aire posible y su pecho parecía que iba a estallar. Yo, por mi parte, estaba tan dolorida que no tenía fuerzas para soltarme. Me sentía tan avergonzada por lo que él había hecho que no sabía qué decir, ni qué hacer después de esa sesión de sexo tan salvaje.

Cuando Álex recuperó el aliento lo suficiente, lo primero que hizo fue desatarme las manos de la cama.

—¡Vístete y vete! —me dijo, con voz autoritaria.

Sin entender nada, busqué mi ropa desperdigada por el suelo y, con un gesto de incertidumbre, clavé mis ojos en los suyos.

—¿Ahora quieres que me vaya? ¿Por qué?

—Ya hablaremos otro día. Ahora vete, por favor, no quiero verte —me contestó, mientras encendía un cigarrillo todavía acelerado por el ejercicio físico que acabara de realizar.

No le repliqué, me fui y me refugié en mi casa. ¿Por qué me había pedido que me marchase? Pensé que, después de tener sexo, lo normal es que tu pareja te bese y tú besarla a ella, incluso tras una sesión tan humillante como la que habíamos tenido. Confieso que no había entendido por qué Álex me había pedido que me marchase, y menos así, con ese desprecio.

Llega un punto en la vida en el que lo único que quieres es esconderte como un avestruz. Meter la cabeza en algún agujero, porque lo que desearías es desaparecer sin dejar rastro. Eso es lo que me pasó a mí tras aquello. No quería hablar con nadie, no quería salir de casa y no quería hacer la compra para no cruzarme con alguien y tener que poner buena cara. Pero en estos

casos, lo mejor siempre es seguir como si nada hubiese pasado, aunque requiera un esfuerzo extra. Hay que tener garbo y mucho talante, saber sobreponerse y tomar la iniciativa en este tipo de situaciones. Dejar correr los días sin llamar mucho la atención, actuando como lo haría si no me pasase nada.

En un principio, decidí poner punto y final a aquella relación, a esos encuentros. Álex me había hecho daño, mucho daño físico y moral, y eso era algo que no me esperaba de él. Yo quería al hombre ideal y si hasta entonces estaba segura de que él lo era, después de aquello no lo tenía claro. Me sentía dolida y no entendía que estaba pasando. Ni siquiera sabía hasta qué punto el sexo anal es normal o no. Es decir, sabía que sí, pero me imaginaba que sería de otra manera, no tan salvaje, sin provocar el sufrimiento que a mí me había causado. O al menos eso era lo que había entendido a lo largo de mi vida en las películas.

Pero, por alguna razón, tenía sentimientos encontrados. En algunos momentos pensaba eso y en otros, que debía entender que en el sexo entra todo. Eso hacía que me sintiese frustrada por mi falta de conocimiento sexual y no me gustaba esa sensación. Quizás lo que había pasado era que Álex me había pedido con tanto desprecio que me marchara al acabar porque no lo había pasado bien. Como una especie de aviso, una señal de que yo no lo estaba haciendo bien, o que no estaba preparada para satisfacerlo. Y entonces sentía el deseo irrefrenable de demostrarle que se equivocaba y que estaba dispuesta a mejorar en cuanto fuese necesario.

Así fue como una de las tardes siguientes, al atardecer, observé cómo se disponía a segar la hierba que crecía alrededor de su casa, como siempre sin camiseta y en pantalones vaqueros. No podía negar que tenía un cuerpo de impresión. Tenía puesta la radio, un par de cervezas vacías tiradas en la entrada del portal y un paquete de Marlboro esperando encima de una pequeña mesa de piedra. El sol reflejaba en su cara y le hacía entrecerrar los ojos. El sudor caía por su espalda obsequiándola de un brillo intenso. Yo lo espiaba tras la cortina de la cocina. Me resultaba inevitable buscarlo con la mirada, sintiendo unas ganas incontrolables de recorrer desde su cintura hasta el cuello con mi lengua, recorrer su cuerpo, saborearlo de la misma manera que un

helado derretido por el calor.

Lo miraba desde los diez metros que separaban mi ventana de su patio, escondida tras mi vergüenza. Seguía deseándolo como el primer día, pero me había prometido que nunca más volvería a caer en sus brazos, aunque eso no suponía que quisiera volver a la misma vida que tenía antes de conocerlo con Ricardo.

—¿Qué haces? —me preguntó Ricardo detrás de mí, mientras cogía unos papeles que se habían caído al suelo.

—Nada, parece que hoy va a quedar muy buen día, creo que voy a ir recogiendo las mantas para llevarlas a la tintorería un día de estos y después guardarlas. Ya llega el verano —le contesté con un talante airoso—. ¿Y tú qué vas a hacer?

En realidad, no me interesaban en absoluto los planes de mi marido, pero ya que él se había interesado por mis quehaceres, pensé que sería cortés devolverle la misma pregunta.

—Yo saldré al bar a tomar algo con los compañeros de la peña y a echar una partida a las cartas. Cenaré con ellos, hoy es el aniversario del grupo, así que supongo que llegaré tarde.

Ricardo frunció el ceño al mismo tiempo que cogía la chaqueta del perchero de la entrada. Me observó por un instante, quizás esperando alguna palabra mía, una queja o un reproche, pero eso nunca llegó. Por alguna razón, fuese cual fuese, creo que yo le daba pena. Con la soledad colgada en mi espalda, metida en casa día tras día, viendo cómo pasaban los años, supongo que me veía casi como una mártir. Pero él, como hombre de los de antes que era, no podía permitir que su mujer se volviera como una de esas que salen con amigas, van a los bailes o tienen amistades con desconocidos a través de las redes sociales. Su hombría estaba por encima de todo y el «qué dirán» siempre lo tenía muy presente. Esa era la educación que había recibido de sus padres, refrendada de adultos por su hermana, y no podía defraudar como hombre de la casa que era. Tenía que mantener las apariencias sobre quién mandaba en nuestro matrimonio. Incluso notaba que, con los años, estaba más pendiente de lo que yo hacía y cómo lo hacía. Su afán de control había ido en aumento de manera paralela a cómo me había ido perdiendo. Así que solo nos

quedaba un matrimonio por conveniencia y compañía, nada más.

Me dirigí a él antes de que saliera por la puerta para recordarle su cita del día siguiente con su hermana.

—No olvides que mañana viene tu hermana a firmar los papeles de la herencia de tu madre y tenéis que estar en el notario a las once de la mañana. Procura no ponerle mala cara, es mejor que estas cosas las hagáis en paz.

Le recordé lo de la herencia para ver si se lo pensaba dos veces antes de beber, porque para Ricardo, una cena de aniversario siempre incluía una buena borrachera, con la consiguiente resaca del día después.

Ricardo no me contestó, porque en el fondo, yo sabía que no me iba a hacer caso. Aunque tampoco estaba dispuesto a perder el tiempo en darme explicaciones sobre si podía beber más o menos. Nada de nada. Se mantuvo callado y se marchó de casa sin decirme ni un mísero «hasta luego», exhibiendo su típica fachada de hombre rudo que ya estaba más que acostumbrada a verla, aunque no me importaba. En realidad, lo único que me importaba de mi matrimonio era el tiempo perdido con él. Un tiempo que nunca más volvería, puesto que nadie me iba a devolver la juventud, ni aquellos sueños que ya se habían desvanecido hacía tiempo.

Por otro lado yo no podía dejar de pensar en Álex. En cuanto Ricardo se marchó, me dispuse a darme un baño caliente para relajarme y así poder dormir sin pensar en la tentación que vivía a solo unos pocos metros de mi casa. Subí al primer piso, entré en el baño y miré por la ventana, el sol se resistía a esconderse de igual manera a como yo me resistía a cruzar el jardín y entrar en territorio prohibido. Me di la vuelta dando un suspiro. Llené la bañera con agua y jabón y volví a acercarme a la ventana. Me metí en ella y me di cuenta que la espuma me recordaba a los fluidos que recorrían su cuerpo cada vez que llegaba al clímax. Esbozaba sonrisas recordándolo. Dentro del agua, mis piernas se abrieron lentamente. Sentía calor, tenía ganas de ser follada una y otra vez, pero me resistí a tocarme.

Oh, Dios, cuánta necesidad, pero con la persona inadecuada. Joder, pensé, esto no puede ser, no me puede estar pasando a mí. Debería de estar molesta, furiosa. Si un hombre te trata así lo primero que haces es largarte y no verle más en la vida, y sin embargo, allí estaba yo, sin poder parar de pensar en él.

El olor corporal que desprendía cada poro de su piel, el calor de su pecho, esa mirada azul intensa que a menudo mostraba desafío. El juego que se traía siempre entre manos. No era capaz de hacer frente al instinto sexual que brotaba por momentos en mi interior y que golpeaba mi pecho como queriendo salir.

Al terminar de darme el baño, más caliente que nunca, bajé a la cocina enfundada en una toalla. Saqué una botella de vino rosado espumoso que estaba en la nevera. La abrí, cogí una copa y me fui para el salón a relajarme. Una vez allí, me senté en el sofá que da a una ventana desde donde se podía ver la entrada de la casa de Álex. Llené la copa de vino, la bebí de golpe y la volví a rellenar. Con ella en la mano, miré una y otra vez hacia la ventana como poseída por una fuerza obsesiva.

Empezaba a oscurecer y eso provocaba que estuviese en penumbra. El agua del pelo se deslizaba por mi rostro y espalda, lo que, unido al vino, hacía que me sintiera fresca. Suspiraba de vez en cuando, aunque me sentía relajada, con la mente en blanco. Entonces sentí algo, una sensación extraña. Noté como si alguien me estuviese observando desde la puerta del salón. Me giré despacio. Miré con fijación al pasillo, pero solo vi oscuridad. Caminé hasta la puerta del salón sin quitar los ojos del pasillo, esperaba que algo o alguien apareciera de aquella especie de tinieblas. Sin haber soltado la copa de la mano por los nervios, asomé la cara por el marco. Mi respiración se aceleró en el momento que escuché chirriar el parqué del suelo al fondo. Nerviosa, me quedé quieta. Con una mano intenté encontrar el interruptor de la luz, pero antes de conseguirlo, escuché una voz ronca que venía de la penumbra.

—Hola Clara —me dijo.

—¿Álex, eres tú? ¿Qué haces aquí, como has entrado? —le pregunté temblorosa.

Él comenzó a caminar despacio hacia mí, hasta donde pude divisar su silueta. Se apoyó contra el marco de una puerta y se quedó mirándome fijamente.

¿Por qué estaba él allí? ¿Qué quería? Después, dio unos pasos al frente y se acercó a mí, a la vez que yo intentaba ajustarme la toalla en el pecho porque no quería que me viera desnuda. Estaba asustada, tenía miedo, no entendía que

era lo que pretendía apareciendo de esa manera, en mi casa y entrando a escondidas. No sabía que pensar.

—¿Por qué me ignoras, Clara?

En ese momento mi copa se cayó al suelo derramando el vino.

—¿Ya no vienes a mi casa a buscar lo que querías? Me utilizas a tu antojo, cuando tú quieres.

Yo no decía nada, solo daba unos pequeños pasos hacia atrás, a medida que él se acercaba a mí, despacio y en plan precavido. Podía tocarme, si quisiera, con la punta de los dedos. Mi respiración acelerada reflejaba el manojito de nervios que era yo en aquel instante.

—No lo entiendo —continuó diciendo—, yo te di todo lo que querías, lo que deseabas, y ahora... ¿me ignoras?

Entonces se paró delante de mí y agarró con su mano firme mi cara. A continuación, pasó sus dedos por mis labios, para después introducirlos en la boca.

—¿Acaso no querías tenerme dentro de ti? —me susurró, mientras su otra mano bajaba deslizándose por la toalla hasta llegar a la altura de mi entrepierna.

Luego la levantó la toalla. Me acarició la vagina e introdujo con suavidad tres dedos en ella, para acabar tirando hacia arriba de un impulso, provocando que incluso me elevara.

Al cabo de unos segundos, quitó los dedos de entre mis piernas y los observó, tomándose su tiempo, girándolos para verlos mejor. Me miró sonriendo y me los puso delante de los ojos.

—¿Has visto? Están mojados —dijo riéndose.

El pecho de Álex golpeaba contra el mío, sintiendo los latidos fuertes de su corazón. Tenía la camisa desabrochada y yo me resistía a caer entre sus brazos como una muñeca de trapo. De nuevo, di unos pasos hacia atrás, como un burdo intento de escapar, y puse mis manos en el torso de Álex, tratando de que no se acercara más a mí. Pero fue inútil.

Me dio la vuelta y me colocó contra la pared. Yo estaba bloqueada y todo estaba sucediendo sin apenas mediar palabra, solo sus pequeños susurros. Álex bordeó la toalla con sus manos, la desató y la dejó caer al suelo.

Después, se desabrochó el cinturón, tenía todo mi cuerpo frente a él, a su disposición. Apoyó sus manos contra la pared, una a cada lado de mí, como si temiese que me echase a correr, que quisiera escapar. Pero no sentí ese deseo. A decir verdad, más bien estaba impaciente por saber qué era lo siguiente que haría.

Me giró la cara de lado para besarme. Yo me resistí, pero resultó en balde. En realidad, tenía una batalla conmigo misma y no me reconocía en ese momento. En medio de esa escena tan tensa, Álex me susurró mientras hacía rizos con mi pelo.

—¿Sabes? Seguro que si tuvieses el pelo rubio estarías más explosiva, que me pondrías todavía más.

A continuación, abrió mis muslos con sus piernas y, con más ímpetu, volvió a introducir las manos en la vagina.

—Dime que me deseas —me pidió con voz autoritaria, tirándome del pelo hacia atrás—. ¡Dímelo!

Pero yo no lo hice. Entonces, me inclinó hacia abajo y mi frente golpeó contra la pared. Me agachó hasta colocarme en la posición en que podía penetrarme y agarró mis caderas con fuerza. Yo no podía estar quieta, me retorció y resistía, aunque sí lo deseaba. Estaba confusa, pero cachonda al mismo tiempo. Aquella situación era de locos. Jamás me había imaginado vivir algo así. Álex había entrado en mi casa con un solo objetivo, follarme, y lo cierto es que yo también lo deseaba. Al final, en medio de la lujuria que se había desatado, decidí sucumbir a sus deseos y dejarme llevar. Me relajé esperando el primer impacto, esa penetración que hacía que sintiera cómo me abría por dentro, que me hacía recordar para qué servía un coño. En mi caso, para sentir placer. Dolor y placer al mismo tiempo. Eso que tanto me hacía disfrutar.

Sin embargo, cuando esperaba que me fuese a penetrar con más ganas que nunca, hasta quedarme saciada con múltiples orgasmos, en ese momento, dejé de sentir sus manos y su presencia. Simplemente, él ya no estaba allí. Me giré de un impulso y me di cuenta de que había ido dejándome desnuda contra la pared. Otra vez humillada, otra vez sin compasión.

Me dejé caer hasta acabar sentada en el suelo y pensé que no podía ser

real lo que estaba pasando. ¿Qué pretendía, por qué lo hacía?

Lo más desagradable del mal es que a uno lo acostumbra.

Jean-Paul Sartre

Furiosa e irradiando ira, entré en mi habitación para vestirme. Eso no iba a quedar así. Por mi cabeza pasaban muchas cosas, pero entre todas ellas, eran las imágenes de mi abandono las que más me dañaban. Esa sonrisa que él tenía en el rostro en el momento de casi poseerme contra la pared no era, ni más ni menos, que la risa de un hombre burlándose de una mujer.

Me puse unos pantalones vaqueros y una camisa, sin ropa interior para no perder tiempo, y bajé descalza las escaleras hacia la puerta. Estaba frenética. Quería tenerlo delante y gritarle. Quería insultarle, pegarle, necesitaba desahogarme y hacerle el mayor daño posible, aunque sabía que por su fortaleza me iba a resultar casi imposible. Abrí la puerta y salí corriendo por el patio trasero. Se había hecho de noche y solo se escuchaban los grillos y el sonido procedente de un búho preparado para dar caza a algún despistado ratoncillo. La hierba estaba mojada por el rocío y refrescaba mis pies. Esa sensación me gustaba, me resultaba confortable y me hacía pensar con más claridad todo lo que deseaba decirle a Álex. O más bien, lo que necesitaba escupirle a la cara.

Bordeé la casa caminando despacio para tratar de hacer el mínimo ruido posible, aunque mis pasos sonaban como si estuviese pisando grava. Había tablas de madera por el suelo y herramientas de trabajo.

Cuando llegué a la entrada, llamé a la puerta con el puño cerrado, aunque procurando no despertar a los vecinos. La luz de la luna iluminaba mi cara, y me imaginé que, con mis pupilas dilatadas, se verían unos ojos preciosos, negros, llamativos, intrigados por saber qué pasaría en el momento que Álex abriera la puerta.

Pero nadie contestó.

Entonces, decidí llamar con más fuerza, golpeando la puerta cada vez más rápido y más fuerte. Sin preocuparme por los vecinos. Con cada puñetazo que daba, retrocedía un paso y miraba la puerta con impaciencia, pero Álex seguía sin abrir. Las luces se veían apagadas y la puerta estaba cerrada con llave.

Volví a bordear la casa, comprobando cada ventana, por si podía colarme por alguna de ellas, y mi búsqueda dio sus frutos. Una de ellas, que tenía la bajada hasta la mitad, estaba mal cerrada. O mejor dicho, no enganchaba el cierre. La abrí en su totalidad, miré a ambos lados durante unos largos segundos para comprobar si había alguien por los alrededores y, cuando estaba segura de que no me veía nadie, pensé: «bien, allá voy».

Respiré profundo, cogí impulso hacia atrás y, de un salto, me apoyé en el alféizar con la barriga. Medio cuerpo quedó dentro, pero las piernas me colgaban por completo hacia afuera, aunque conseguí mantener la posición y no caerme. Nerviosa por si alguien me descubría allí, imprimí un nuevo impulso y me escurrí un poco más bajo la persiana. Aguantando el equilibrio, estiré los brazos hacia el suelo de la habitación y, con la punta de los dedos, conseguí tocar el parqué. Me impulsé otra vez y apoyé las palmas de las manos.

Me estaba haciendo daño en las piernas con los bordes de aluminio, pero no me importó. La adrenalina del momento me hacía percibir solo un pequeño porcentaje del dolor que en realidad podría llegar a sentir. Además, ya casi estaba dentro.

Me dejé caer desde la ventana hasta el suelo y luego me levanté sacudiéndome y limpiando las manos contra la ropa. Tras un suspiro de alivio, di un par de pasos hacia adelante para observar la habitación en la que me encontraba. Nunca había estado allí y sentía curiosidad por cómo era. Me fijé que había varios cuadros, figuras, adornos, lámparas viejas, álbumes de fotos sin usar y periódicos, muchos periódicos. También vi un sofá de masajes de piel en negro y otro de tres plazas algo más sencillo, pero lo que más me llamó la atención fue un mueble viejo que tenía con unos cajones adornados con unas anillas muy brillantes. Intenté abrir uno, pero resultó en vano. A continuación probé con los otros tres, pero tampoco tuve éxito.

La habitación estaba oscura y solo el reflejo de la luna me aportaba un

mínimo de claridad para guiarme en ella. Busqué las llaves del mueble de entre los papeles que había encima de un escritorio, pero no encontré nada. El hecho de que estuviera cerrado podía significar que algo interesante había allí dentro, pero no podía permitirme el lujo de forzar la cerradura. Aunque reconozco que me quedé con unas ganas terribles de saciar esa curiosidad.

Me olvidé del mueble y me centré en la situación. Aquello era peligroso, pero ya estaba acostumbrada al peligro con Álex. Me quedé quieta unos instantes esperando escuchar algún ruido. Como todo se mantuvo en silencio, decidí salir de la habitación en la que me encontraba y avanzar por el resto de la casa en busca de Álex. Quería sorprenderlo, demostrarle que yo también era capaz de entrar en su vivienda por sorpresa.

Llegué al recibidor, la lámpara de pie que estaba en la entrada se encontraba encendida. Era una lámpara curiosa, tenía cuatro tulipas de cristal de bohemia tintadas en tonos pastel con colores amarillos y naranjas. Un diseño bastante femenino, por cierto. Ya la había visto otras ocasiones, pero esa sería la única vez que me llamaría tanto la atención por lo bella que resultaba al estar iluminada.

Subí las escaleras despacio. Hacían ruido por la madera, aunque estaban recubiertas por una alfombra. Agarrándome al pasamano, a cada paso que daba, me ponía más nerviosa. Me fijé que, cuanto más me acercaba al piso de arriba, más se escuchaba una música procedente de una de las habitaciones. Cuando alcancé al piso de arriba, descubrí que era la radio y escuché al locutor de turno diciendo la hora. Era exactamente la medianoche, la hora ideal para que pasase algo interesante. Como decía mi madre: «nunca pasa nada bueno después de la medianoche».

Pero yo decidí echarle agallas al asunto. No había llegado hasta allí para dar media vuelta. No sabía en qué situación me podría ver, puesto que me encontraba en una casa ajena, con una persona que no conocía lo suficiente y que, a juzgar por los últimos momentos vividos, entendía el sexo de una manera muy peculiar. En ese momento, pensé si tendría alguna rareza más que fuese desconocida para mí.

Avancé por el piso de arriba y me dirigí despacio a la habitación de donde procedía el sonido de la radio. Me asomé a la puerta y descubrí que era la

habitación de Álex, pero no vi nada más que la radio sonando bajo una pequeña lámpara en la mesilla de noche encendida. Lo llamé por su nombre, pero él no contestó. Después de unos segundos de escucha, di unos pasos hacia su interior con los brazos caídos y el corazón acelerado. Dentro, miré a ambos lados sin conseguir descubrir nada nuevo. Pero cuando ya me iba a dar la vuelta para salir de allí, se cerró la puerta de golpe, provocando que me sobresaltase.

Mucho más cuando, tras ella, apareció Álex apoyado en la pared.

Nos miramos a los ojos fijamente y ninguno de los dos articuló palabra. Con semblante serio, sin mover un solo músculo y con el rostro pálido, por un lado parecía que me estuviese esperando, pero por otro, que le resultaba sorprendente tenerme allí, en su casa, sin ser invitada. Lo mismo que él había hecho en la mía.

Di unos pasos hacia él, evitando mostrar el más mínimo atisbo de miedo. Él en ningún momento apartó la mirada. Yo tampoco lo hice. Le cogí la mano con mucha delicadeza y se la puse en mi pecho, tratando de que sintiera el latido angustiado de mi corazón. Álex observó en silencio como su mano se deslizaba por mis pechos suaves y quizás el tacto de esa suavidad y la ternura con la que guie su mano a través de mi cuerpo era lo que él necesitaba en ese momento. Me acerqué más a él, lo abracé y le dije:

—Ya estoy aquí, como tú querías, ¿qué quieres hacer ahora?

Creo que la sensualidad con la que le hablé provocó que Álex viera en mí a una persona que, además de gustarle en el ámbito sexual, también le gustaba en otros aspectos de su personalidad. Lo digo porque, como respuesta, solo levantó las manos para agarrarme la cara y besarme con mucha pasión. Y después de hacerlo, me abrazó apretando mi mejilla contra su hombro. Nos quedamos así largo rato, en una habitación casi oscura, con la radio sintonizando una emisora local y sintiendo el calor de nuestros cuerpos.

Es curioso cuando no sabes qué decisión tomar, si quedarte o marcharte, aun sabiendo que lo que estás haciendo está mal. El dulce sabor de lo prohibido, a veces, es tan placentero que no te cansas de saborearlo y disfrutarlo. Porque el tiempo pasa, y es cierto que muchas veces entre tinieblas, pero cuando por fin la luna se esconde y el sol vuelve a brillar, tú

revives, respiras ese inquieto frenesí que tenías esperando para poder emerger con potencia, y entonces ya nadie, nadie va a frenarte, porque no se lo vas a permitir. Solo es cuestión de tiempo y acierto en tus decisiones para que todo acabe resultando perfecto.

No podía quedarme mucho tiempo en casa de Álex porque, aunque sabía que Ricardo tardaría en llegar, puesto que la cena se prolongaría con las copas y el licor, no quería correr riesgos innecesarios. Después de follar como salvajes, con la misma pasión que lo hicimos siempre desde el primer día, atravesé la penumbra de la noche para regresar a mi casa.

Por mi cabeza solo pasaba la idea de estar con él, ya no aguantaba más la vida de prisionera a la que había estado sometida. No aguantaba a mi marido, no soportaba ser más ser la señora que no tiene otra cosa de que ocuparse que no sea su casa. Necesitaba progresar, sentirme viva y sabía que ese era el momento, mi momento. Álex había conseguido que llegase. Él, sin pretenderlo, me había animado con su sola presencia.

Sería preciso solucionar muchas cosas, pero no pararía hasta lograrlo. Por alguna razón, sabía que ese futuro esperanzador me estaba esperando.

Faltaba mucho por hacer, de eso estaba segura, pero también quedaba mucho por conseguir.

*Sabemos lo que somos,
pero aún no sabemos lo que podemos llegar a ser.*
William Shakespeare

A la mañana siguiente, me desperté de la misma manera que hacía desde que había conocido a Álex, mirando hacia la ventana desde la que se veía su casa. Sin embargo, en cuanto me desperté un poco y me di la vuelta, enseguida descubrí que mi marido no había venido a dormir, porque no estaba a mi lado. En un primer impulso, me pregunté dónde se habría quedado, pero pronto me di cuenta de que en realidad no me importaba. En ese momento, mi cara dibujó una sonrisa sarcástica.

Bajé las escaleras y vi la chaqueta de Ricardo tirada en la entrada. A medida que avanzaba hacia el salón, me encontré con los zapatos, el pantalón, un calcetín y, tan solo un poco más adelante, en el salón y tirado en el sofá, se encontraba el propio Ricardo. Tenía la camisa a medio desabrochar, el calcetín que faltaba puesto y los calzoncillos tan horrorosos que solía usar. Apestaba a alcohol y tabaco, lo que me extrañó, puesto que no fumaba, pero como bien había previsto, en una de sus cenas con los amigos, en pleno descontrol, haría lo que no acostumbraba a hacer. Me quedé mirándolo unos segundos y, para ser sincera, sentí asco, pena y rabia al mismo tiempo.

Cerré la puerta del salón para poder evitar así sus vomitivos ronquidos y me fui a la cocina a prepararme una buena taza de café. En ese momento, pensé que me quedaba un día muy largo y duro por delante. Entre otras cosas, tendría que aguantar la resaca de Ricardo y la llegada de mi cuñada para firmar los malditos papeles. Sin contar que eso implicaba cocinar para todos, servirles, atenderlos y después limpiar todo lo que ellos ensuciaran, como si yo fuese una cutre sirvienta que trabajaba en mi propia casa, sin merecer el más mínimo reconocimiento.

—¡Y una mierda! —exclamé en voz alta, mientras le daba el primer sorbo a ese rico café que estaba desperezando mis instintos más rebeldes—. Quien quiera comer aquí que se lo cocine. Yo no soy la esclava de nadie. ¡A tomar por el culo todos!

Eran las ocho horas y diecisiete minutos. Mientras me estaba duchando me gustaba observar la casa de Álex a lo lejos, o lo que mis ojos lograban alcanzar. Quería poder captar la esencia de ese vecino que no me dejaba ocupar mi mente en otra cosa que no fuera él. Sabía que estaba loca, loca por él, por su cuerpo, por lo que él me hacía sentir cada vez que estábamos juntos, pero había otra cosa que me rondaba por la cabeza con fuerza. Quería cambiar algo en mi personalidad. No en el aspecto físico, que aunque me quedaba mucho por mejorar, ya lo había empezado a conseguir. Quería un cambio de actitud y ese era el día perfecto para demostrarle a más de uno que nada iba a seguir siendo como hasta entonces. Así que decidí que sorprendería a todos los asistentes con una actuación única.

Después de buscar y probar un montón de ropa que guardaba en el armario sin poner desde hacía años, encontré algo que hasta hacía poco había pensado que ya nunca más usaría. Qué alegría llevé cuando me vi en el espejo enfundada en un vestido. Estaba algo gastado por el paso de los años y un poco descolorido de estar guardado tanto tiempo, pero era un vestido precioso y me sentaba divino. Incluso con él puesto, me di cuenta que desde que Álex había aparecido en mi vida también había perdido peso. Sin duda estaba más delgada y eso incrementó mi satisfacción.

Sin embargo, al acabar de arreglarme y vestirme con la que era mi mejor ropa en ese momento, me pareció que quizás no era suficiente para la ocasión. No me apetecía ponerme un vestido viejo, más o menos de cuando tenía veinte años, para impresionar a los buitres que me rodearían en casa.

Quería lucir algo nuevo. Me lo merecía.

Así que, sin pensarlo y como si alguien me estuviera guiando o empujando a hacerlo, salí de casa, cogí el coche y me dirigí al centro comercial Ponte Vella, al lado del río Miño. Mientras atravesaba Ourense, iba pensando en lo que me apetecía comprar, como si de una mujer coqueta me tratara. Y reconozco que me encantaban esas nuevas sensaciones que recorrían mi mente

y mi cuerpo. Después de mucho tiempo, en aquellos momentos me sentía libre.

Al llegar al aparcamiento, busqué la plaza más cercana a la puerta y aparqué. Los comercios abrían a las diez, así que tendría tiempo para mirar los escaparates y buscar algo a mi gusto. Qué bonito me resultó ir de compras sin planearlo, y decidido de repente, parecía que me sentaba aún mejor.

Di un paseo por delante de las tiendas todavía cerradas y fui viendo lo que más me gustaba. Al final de la segunda planta, me fijé en un maniquí. Tenía vestido un traje vaquero de pantalón pitillo y chaleco, con una blusa blanca con bordes de encaje en los hombros. Me encantó. No sabía con seguridad si sería de mi talla, pero de todos modos me lo quería probar.

Como aún faltaban unos minutos para que abriesen, decidí dar una vuelta por las otras plantas. El centro comercial era muy bonito y grande. Había gente desayunando en compañía de otras personas, quizás esperando para entrar a trabajar. Los escuchaba cómo se daban los buenos días unos a los otros y eso me hizo pensar en la poca vida social que tenía yo. A mí nunca nadie me daba los buenos días y reconozco que me hubiese gustado compartir con alguien aquel momento, poder desayunar y charlar con alguna amiga íntima, de confianza, a quien contarle mis secretos y confidencias. Me sentí un poco rara, ya que aunque siempre había sido consciente de que mi vida era muy solitaria y aburrida, creo que fue en ese momento cuando de verdad tomé verdadera conciencia de todo el daño que me había hecho a mí misma a lo largo de los últimos años.

No tenía una lista con números de teléfonos de amigas, aunque a decir verdad, ni siquiera tenía teléfono móvil. No tenía redes sociales, ni amigos internautas. No sabía si era por pereza o, como me decían Ricardo y su familia, porque las mujeres casadas no deben hablar con amigos por chat. No lo sabía por entonces. Después, con el tiempo, entendí muchas cosas. Pero en aquel momento, sí estaba segura de una cosa, segura de mí misma y de mis objetivos, que por nada ni nadie en el mundo se verían truncados. La nueva Clara estaba en camino y no tendría nada que ver con la de antes.

Cuando llegaron las diez, volví al comercio del maniquí, que ya tenía la verja levantada y la luz de su interior encendida. Una chica con un traje negro estaba dentro del mostrador ordenando unos papeles. La pobre tenía cara de

dormida, pero en cuanto me vio entrar, me atendió con una agradable sonrisa.

—Buenos días —exclamé con energía, mientras me adentraba en el comercio.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?

—Sí, quería probar el traje vaquero del escaparate, si puede ser.

—Claro que puede ser. Si me dice su talla se lo traigo ahora mismo.

—Es la cuarenta y cuatro —dije sonriente, muy contenta de poder comprar un traje tan moderno y bonito de mi talla.

—Ahora se lo traigo —dijo la dependienta, mientras se alejaba por la puerta del almacén.

Mientras esperaba por mi ansiado traje, eché un vistazo a otras prendas: pantalones, faldas cortas, otras más largas, blusas de todo tipo de telas y colores y, al fondo, en una pared, vi que también tenían zapatos. Pensé que para lucir bien también necesitaba comprar unos zapatos nuevos. Sin embargo, los que allí tenían, aunque bonitos, me resultaban muy extravagantes para mi gusto.

Al llegar la dependienta con la ropa, me la dio y me mostró el camino al probador. Con una sonrisa de agradecimiento y la ropa en la mano, entré en el probador. Me miré en ese espejo tan grande y típico de los probadores y pensé en lo bien que me sentía conmigo misma. Con mi nueva actitud, con mi físico más delgado, con mi nueva forma de pensar y, sobre todo, con el camino que había empezado a recorrer. Dejé escapar un largo suspiro. Hacía mucho tiempo que no salía de mi casa para ocuparme de algo que no fuera por labores cotidianas. Sin embargo, allí, en ese probador, estaba yo sola con mi pensamiento positivo.

Me quité la ropa y decidí probar primero la blusa. Me la puse, pero enseguida noté que me quedaba floja de hombros y que también me sobraba un poco en el pecho, así que llamé a la dependienta para que me trajera una talla menos. Ella me acercó no una, sino las dos prendas de las dos tallas inferiores, en previsión de que las necesitase.

Y he de decir que acertó de pleno. La talla cuarenta y dos de la blusa también me quedaba floja y por más que me miré en el espejo, era evidente que sobraba tela. No eran imaginaciones mías. A continuación, me probé la

talla cuarenta y, en cuanto la tuve vestida, los ojos se me abrieron como platos al verme en el espejo. Sabía que había adelgazado, pero no tanto. Me resultaba increíble, no cabía en mí de la alegría que sentí.

Sin perder tiempo, me probé los primeros pantalones. Supuse que también me fuesen a resultar grandes, pero de todos modos me los vestí. Tan pronto como me vi en el espejo, me sentí ridícula y comencé a reírme y dar gritos de alegría yo sola en ese probador. El pantalón me colgaba por todas partes. Llamé a la dependienta y de forma directa le pedí la talla cuarenta. Cuando me lo trajo, lo vestí de espaldas al espejo, después me di la vuelta despacio, muy despacio, y... *¡voilà!*

No podía creer lo estupenda que me veía. Aquella mujer que se reflejaba en el espejo era una mujer diferente, casi no me reconocía a mí misma. Sentía ganas de llorar, lágrimas de pura alegría. No dejaba de mirarme de arriba abajo. Intenté mantener a raya los sentimientos para seguir con las compras, pero casi me resultaba imposible no emocionarme. Deduzco que en mi mirada se podría apreciar mi recuperada juventud. Esa juventud que había perdido, abandonado, muchos años atrás.

Como no quería entretenerme demasiado, al salir del comercio, busqué una zapatería y enseguida me topé con una que se llamaba Inside. Pensé que era un nombre extraño, pero que en cierto modo tenía mucho sentido. Eché un vistazo al escaparate y me fijé en unas sandalias. Me gustaban bastante, pero había un inconveniente, los tacones. En cualquier caso, no perdía nada por probármelas y ya iba siendo hora de abandonar mis viejos zapatos de suela lisa para empezar a calzar como una señorita, con tacón fino.

—Muy buenos días —dije con mi energía disparada.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó una chica igual de amable que la anterior.

—Me gustaría probarme unos zapatos del escaparate.

Las que me gustaban eran unas sandalias de la nueva temporada. De suela fina y con un tacón de aguja también muy fino. Eran blancas y tenían unos cordones que se cruzaban en el tobillo, muy bonitas y elegantes, ideales para combinar con el traje vaquero que me acababa de comprar.

Le pedí la talla treinta y ocho, que es la mía, y esperaba que me sirvieran y

que no me hiciesen demasiado daño al andar por la falta de costumbre de andar sobre tacones. Al ponérmelas, me sentí como una mujer muy elegante, libre, moderna y renovada. Así que, sin más miramientos, saqué la tarjeta de crédito, las pagué y me las llevé.

Mientras salía del centro comercial notaba que me faltaba algo. Ciertamente es que ya había comprado la ropa adecuada para mi plan de aquel día, pero de repente acudieron a mi mente unas palabras que Álex me había dicho la noche anterior y pensé: qué diablos, vamos a por todas.

Ourense no es una ciudad grande, así que preferí dejar el coche en el aparcamiento del centro comercial y echar a andar en busca de una peluquería, aunque sin saber bien a cuál acudir. La realidad era que no quería ir a la de siempre, llena de chismosas, y además como empezaba una nueva etapa en mi vida, pensé que tenía que cambiar todo, incluso de peluquería. Eran las diez y media de la mañana y necesitaba un café con urgencia, dado que no había dejado de correr desde que había salido de casa. Después de avanzar durante un rato hacia el centro de la ciudad, me fijé en una terraza situada justo enfrente del parque San Lázaro.

Daba el sol en ella y me apetecía relajarme un poco mientras decidía lo que quería hacerme en el pelo. Me dirigí a una mesa y me senté. Era una bonita sensación estar allí. A esa hora, de haberme quedado en casa, estaría preparando todo para la llegada de mi cuñada y su marido. Ocuparme de todo para que estuvieran cómodos y bien atendidos. Y sobre todo, eso, atendidos por mí.

En cambio, me veía sentada en una terraza, a punto de pedir un café después de una corta, pero agradable mañana de compras, y no me lo creía yo misma. Me regalé una sonrisa, al mismo tiempo que pensé por qué este cambio no lo habría hecho antes. Quizá porque no había aparecido un Álex que me abriera los ojos y me ilusionara.

El camarero fue rápido con mi pedido, supongo que él también tenía prisa en sus quehaceres.

Me tomé el café sin dejar de pensar a qué peluquería ir. Como no se me ocurría ninguna por allí cerca, decidí preguntarle al camarero.

—Perdona —dije elevando un poco la voz—. ¿Sabes de alguna peluquería

que quede por aquí cerca?

El camarero vaciló un momento, supongo que le distraje de lo que tenía en mente y necesitaba situarse para poder contestarme.

—Sí —dijo al cabo de un par de segundos—. Hay una que se llama Look y está a un par de calles en esa dirección. Las peluqueras son muy buenas y atienden rápido, o eso es lo que dice mi mujer —me contestó sonriendo.

—Bien, iré allí. Hasta luego y gracias.

Volví a encaminarme a pasos acelerados para llegar al lugar. No quedaba lejos, pero yo tenía bastante prisa, puesto que no quería regresar demasiado tarde. Al entrar, le pedí a una de las peluqueras, que se encontraba libre en esos momentos, que me tiñese el pelo de rubio.

Me senté y rogué en mis pensamientos que me quedase bien. Mi pelo era castaño oscuro y nunca le había cambiado el color. Reconozco que, presa de los nervios, pasé el par de horas que duró el proceso ojeando revistas sin parar. También me preguntaba si mi marido ya se habría despertado, si tendría resaca, seguro que sí, y si ya llegado mi cuñada, porque solía hacerlo sobre las once y eran casi las doce. Incluso elucubré sobre qué estarían mascullando al ver que yo no me encontraba en casa. La verdad es que la suerte de no tener un teléfono móvil es que nadie te va a molestar, ni te va a buscar, cuando no quieres que lo hagan.

Cuando acabaron y me vi en el espejo... ¡Guau!

Me parecía muchísimo a Marilyn Monroe. La peluquera no paraba de decirme el gran parecido que había entre esa actriz y yo. No podía apartar los ojos del espejo, me había quedado petrificada. Estaba tan diferente que no me lo podía creer. Me emocioné y casi acabé llorando otra vez. Álex tenía razón, me veía estupenda de rubia. ¡Cuánto sabía ese hombre! No dejaba de sorprenderme en ningún aspecto, porque me parecía imposible que hasta tuviese tan claro lo que me iba a quedar bien.

Salí de allí exultante y rebosando alegría. Con mis bolsas en la mano, emprendí el camino de vuelta al centro comercial para recoger el coche. Aunque por un lado no me apetecía volver a casa, por otro quería demostrar todo lo que estaba consiguiendo, aunque solo fuera un primer paso en busca del final deseado. Además, algo me decía que si seguía así, sumando cambios

a esa velocidad, pronto alcanzaría la meta. En el fondo, mi marido me daba pena, pero mi vida era demasiado aburrida como para seguir soportándolo por más tiempo, y mucho menos una vez que había conocido a Álex.

Al llegar al centro comercial y entrar en el coche no pude evitar mirarme otra vez en el espejo. Me gustaba lo que veía y estaba segura de que a Álex le iba a encantar, pero enseguida dejé atrás los pensamientos sobre mi amante y me centré en lo que me encontraría al llegar a casa. Me reí de la situación, me impacientaba ver la cara de todos en el momento que les dijese que no pensaba hacerles la comida y que, además, tampoco estaba dispuesta a prestarles ningún tipo de atención.

Al llegar al final de la avenida de Santiago y entrar en la urbanización, enseguida vi el coche de mis cuñados aparcado fuera. El corazón me latía tan deprisa que casi no lo podía controlar.

Aparqué el coche detrás del de mi cuñada y ni siquiera me molesté en meterlo en el garaje. Me relajé, suspiré y salí. Abrí la puerta de entrada a la finca y, a medida que me acercaba a la casa, escuché voces que venían de la cocina. Decidí acercarme a la ventana sin que me vieran para oír lo que hablaban. La verdad es que no me sorprendió en absoluto lo que estaban diciendo.

—¿Cómo que no sabes dónde está Clara? —gritaba mi cuñada muy alterada, con esa voz de gallina que tanto la definía.

—No lo sé. Me desperté, subí a la habitación, porque me parecía raro que no estuviera aquí en la cocina, y no la encontré. Al poco rato, llegasteis vosotros. No sé dónde ha ido y, además, se llevó el coche —decía mi marido desconcertado.

—¿Cómo que se llevó el coche? —replicaba mi cuñada, en un tono todavía más alto.

Me asomé un poco más tras el marco de la ventana para poder verlos. Mi marido estaba tomando café de pie al lado del fregadero y todavía tenía la misma ropa que se había puesto el día anterior. No se había duchado ni cambiado y por eso deduje que hacía poco que se había despertado. El reloj marcaba la una y cuarto y, si habían llegado a las once como solían hacer, era de suponer que llevasen un buen rato poniéndome a parir. Mi cuñado estaba

apoyado en el marco de la puerta de la cocina, callado como era costumbre en él. Un típico calzonzos, de los que no dicen nada ni protestan a su esposa. Mi cuñada era una mujer banal en todos los sentidos. Daba vueltas por la cocina como una peonza y preguntaba una y otra vez dónde diablos estaba yo. Incluso podría parecer que yo le importase, pero en realidad lo único que quería era mis atenciones. ¡Pues se jodan esta vez!

Me dirigí hacia la puerta de entrada y, en cuanto metí la llave para abrir la cerradura, pude apreciar un silencio repentino. Ya no se escuchaban los murmullos de antes, supongo que porque se habían dado cuenta de mi llegada. Entré en casa.

Nada más poner el pie en el pasillo, vinieron todos corriendo a pedirme explicaciones. Que si dónde había estado, que a dónde había ido, pero claro, en cuanto vieron el cambio de color de mi pelo y mi cambio de peinado se quedaron tiesos. No les salían las palabras y, además, a mi cuñada, que hacía tiempo que no me veía, también le llamó la atención mi delgadez. Ella estaba tan gorda como lo había estado yo, solo que en su caso se le apreciaba más porque era algo más baja. No fue capaz de disimular su cara de envidia y, con un tono de autoridad, me dijo:

—Clara, por fin has llegado. ¿Dónde has estado? ¿Acaso no sabes que hoy tenemos que ir Ricardo y yo al notario? Es tarde y, por tu culpa, por no estar aquí y no tener las cosas preparadas y no despertar a mi hermano con tiempo, no vamos a llegar antes de que cierre. Así que si haces el favor date prisa y trae los papeles que necesitamos, porque Ricardo no sabe dónde están. Ah, y dale la ropa que tiene que poner, porque él no sabe cuál es.

Después de soltar esa reprimenda casi sin respirar, mirándome fijamente a los ojos y levantándose la voz como si tuviera algún poder sobre mí, se dio la vuelta y entró en la cocina con los brazos cruzados. Supongo que ese gesto lo hizo por si se me ocurría contestarle. No me inmuté. Entré en la cocina tras ella y apoyé mis bolsas en una silla. Ricardo y mi cuñado me siguieron.

—Perdona, Sofía —empecé a decir en mismo tono que ella había empleado conmigo, aunque quizá fuese un poco más diplomática—. Me entretuve comprando algo de ropa y en la peluquería. Lo siento, pero se me pasó el tiempo volando de lo bien y a gusto que me encontraba, pero ya

aprovecho para decirte que los papeles los vais a buscar vosotros. No me apetece nada aguantaros, ni hacer de secretaria de nadie.

Mi cuñada centró sus iras en mi marido.

—Mira Ricardo, parece que tu mujer esta descontrolada. No voy a discutir con ella, pero tenemos prisa, ¿sabes? Así que ponte las pilas de una vez —le dijo muy nerviosa.

Ricardo no contestó.

Yo volví a coger las bolsas con mis compras y subí las escaleras para ir a la habitación. Estiré la ropa encima de la cama, esperando a que alguien hablara detrás de mí. Sabía que alguno de ellos vendría a preguntarme de qué coño iba, o algo parecido.

En efecto, escuché a Ricardo decir en el fondo de las escaleras: «Ya hablo yo con ella».

Después, sentí sus pasos subiendo hasta donde yo me encontraba. Por un lado, estaba tan acostumbrada a recibir órdenes que incluso me llegué a sentir culpable y algo responsable de que llegasen tarde al notario. Me había habituado a esa vida, pero tenía claro que no quería seguir siendo la sirvienta de los demás, ni mucho menos la esposa sumisa. El tiempo pasa y llega un día en que la vida se termina, y yo no quería acabar mis días de una manera triste, arrepentida por haberme convertido en algo que no me gustaba y por no haber hecho realidad, al menos, alguno de mis sueños. Así que, por otro lado, seguía decidida a cambiar. No solo había adelgazado, sino que me veía más guapa con la nueva imagen. Me sentía como una veinteañera y estaba contenta, pero a la vez triste, por no haber tenido antes el apoyo de alguien que se supone que debe quererte, apoyarte y cuidar de ti, pero eso no haría que me echase atrás.

Ricardo entró en la habitación.

—¿Dónde están los papeles? Solo dime eso, no sé dónde están.

Hubo un silencio incómodo, mientras yo seguía adorando mi ropa. Dudé si decírselo o no. Al final, opté por hacerlo.

—Están en el tercer cajón del mueble de la televisión, el del salón. Es una carpeta azul que pone notario en letras grandes —le contesté en tono tranquilo, pero sin darme la vuelta—. Tu ropa está planchada y preparada dentro del armario. Los zapatos los tienes en la parte de abajo.

Ricardo solo me dijo un simple «vale» y se metió en la ducha de inmediato. Yo había decidido no bajar a la cocina hasta que se fueran, pero después pensé que aquella era mi casa y me apetecía tomar un café o comer algo. Entonces guardé la ropa en el armario de forma cuidadosa y bajé.

Había descendido un par de escalones cuando escuché un ruido procedente del patio de Álex. Supuse que era él y me asomé a la ventana. Aparté un poco la cortina y vi que estaba arrancando unas hierbas y también tenía unos sacos a un lado. Entendí que iba a plantar algo. Qué ganas de estar con él. Verlo otra vez sin camiseta y esa cicatriz en el costado que me encantaba acariciar, aunque nunca me había atrevido a preguntarle cómo se la había hecho.

Reconozco que me estaba obsesionando con él, lo cual era peligroso, pero morboso a la vez. El deseo que sentía hacia ese hombre sobrepasaba todos los límites de la lógica. Además, aquel día, estaba impaciente por enseñarle mi nueva imagen.

Planeé ir a su casa en cuanto se marchasen Ricardo y mis cuñados.

Aparqué mis fantasías por un momento y seguí mi camino hasta la cocina. Mi cuñada estaba leyendo una de las revistas del corazón que solía venir con el periódico La Región los domingos. Yo no solía leerlas, porque solo me hacían sentir lo fracasada que era mi vida al ver a personas ricas y felizmente casadas yendo de fiesta en fiesta y teniendo todo lo que se les antojaran. Pero por otro lado, me hacían imaginarme a mí, siendo así y teniéndolo todo. Mi cuñado estaba observando por la ventana algo indefinido, o quizá solo estaba esperando que pasara el mal trago.

No me hablaron cuando entré, ni siquiera apartaron la vista de lo que fuera que estaban viendo. Me dispuse a servirme un café. Pensé que era increíble que tuviese que soportar eso en mi propia casa. No sé quién coño se creían que eran. Estaban allí como invitados y se portaban como si yo les debiera algo. ¿No se daban cuenta de que si les dijera que se marchasen no les quedaba más remedio que irse?

Qué gusto sería hacerlo, por Dios. Y lo haré, vaya si lo haré. Tarde o temprano lo conseguiré y ese día me quedaré satisfecha y tan tranquila.

*Este es un mundo que te domestica para que desconfíes del prójimo,
para que sea una amenaza y nunca una promesa.*

Eduardo Galeano

Al cabo de un rato, bajó Ricardo y, de forma apurada, entró en el salón. Podía escuchar el abrir y cerrar de los cajones. Supongo que ya no recordaba en qué cajón le había dicho yo que estaban los papeles. O no estaba seguro de que no lo engañase. A saber.

Al final los encontró y los cogió.

—Sofía, vamos. Ya estoy listo —dijo mientras me miraba.

Yo seguí tomando el café sin inmutarme, aunque sabía a la perfección que cuando nos quedásemos a solas me pediría explicaciones.

Aliviada, suspiré con fuerza en el momento que los vi marchar y oí como se cerraba la puerta de la entrada. Estaba muy tensa por la situación que estaba viviendo y en ese momento pude relajarme.

Al acabar el café, subí al cuarto de baño. Me miré otra vez en el espejo y opté por maquillarme un poco. Quería que Álex que me viera resplandeciente. Me cambié de ropa interior, por una más adecuada, y luego me puse el traje vaquero que me había comprado. Me calcé las sandalias y volví a ajustarme la ropa otra vez, como estirándola y acomodándola a mi cuerpo.

Al acabar de retocarme, le mandé un beso al espejo y me di la vuelta.

Bajé las escaleras y salí de casa, dando pasos acelerados por la acera que lleva a la casa de Álex. También miraba de reojo a las ventanas de mis vecinas, por si alguna me veía. Abrí la puerta de la finca, entré casi de un salto y, tan pronto como estuve dentro, la cerré. Me sentía eufórica e ilusionada como una quinceañera. Llamé a su puerta y esperé a que abriera, impaciente para que descubriera mi nueva imagen. Me pareció que tardaba en abrir, pero yo sabía que estaba en casa, puesto que lo acababa de ver en el jardín. Esperé

un poco y volví llamar. Fue entonces cuando apareció tras la puerta y, sin acertar a darme los buenos días, se quedó mirándome como una estatua, sin soltar palabra.

—Hola. ¿Te apetece que tomemos un café? —dije.

Álex seguía callado y yo no sabía si le gustaba mi cambio o no.

—¿Álex?

Al final, habló y lo que me dijo me hizo la mujer más feliz del mundo.

—Hola Clara. ¿Qué te has hecho? Estás preciosa.

—Nada, solo que pensé que ya era hora de cambiar un poco. ¿No crees?
—contesté entre nervios.

—Entra, vamos a preparar ese café. ¿No está tu marido?

—No, salió con su hermana y su cuñado para firmar unos documentos, aunque me imagino que no tardarán en volver. Si te soy sincera, no aguanto a mi cuñada, y estoy segura de que si tú la conocieras opinarías lo mismo que yo. Es repulsiva, impertinente y maleducada. Siempre quiere tener la razón en todo.

—Las cuñadas son así, que no te extrañe.

A medida que íbamos hablando y tomando el café, nos olvidamos del tiempo. Estábamos tan bien juntos. Álex no paraba de decirme lo radiante que me encontraba. Me hacía sentir bien y siempre sabía cómo sacar mi mejor sonrisa. Hablamos, sobre todo, de plantas y de lo que pretendía hacer en su jardín. Desde luego, sus intenciones eran muy buenas y pintaban muy bien. Me prometió hacer lo mismo en mis jardineras si con las de él conseguía el resultado que esperaba. Pretendía hacer una mezcla de plantas para que cuando florecieran se vieran de varios colores por la distinta variedad de las flores.

No parábamos de besarnos, nos hacíamos caricias como si fuésemos un matrimonio consolidado. Uno de esos que tiene mucha complicidad y que, sobre todo, se quiere muchísimo. Los abrazos de Álex eran tan reconfortantes que no habría dinero en este mundo que pudiera pagar tal sensación. Sus gestos hacia mí, su mirada enamorada y tonta, su forma de darme cariño. Esos instantes resultan inolvidables, porque son los que te hacen ver que a alguien le importas lo suficiente como para preocuparse por hacerte sentir bien en

cualquier ocasión.

Bajé de la nube en la que estaba cuando un ruido muy familiar en la calle despertó mi curiosidad. Me asomé a la ventana y, ¡mierda!, descubrí que Ricardo y mis cuñados acababan de llegar.

Tenía que salir de allí sin que nadie me viese. Así que esperé a que entraran en casa. Álex encargó de decirme ahora sal, ahora no salgas, puesto que podía controlarlos por la ventana sin levantar sospechas. En un momento que me dijo «sal ahora», abrí la puerta de la entrada y alcancé la acera en menos de un segundo.

A medida que me acercaba a mi casa, iba barajando un montón de excusas para justificar mi ausencia a aquella hora.

Cuando entré, lo primero que me preguntó Sofia fue qué había estado haciendo y de dónde. En su típica línea de pedirme explicaciones como si yo tuviese la obligación de dárselas. Ricardo, que se había mantenido callado hasta entonces, se unió a ella.

—¿De dónde vienes así vestida? —me soltó, sin esconder su enfado.

—De casa de Conchi. He ido a enseñarle la ropa que me compré.

Fue lo primero que se me ocurrió. Conchi era una vecina que vivía al final de la calle y con la cual me llevaba bien. No éramos amigas íntimas, pero algún café sí habíamos tomado juntas en el pasado. Ella no era como yo, ella tenía una vida feliz.

—¿Sabes la hora que es? Son casi las tres de la tarde y tú, en vez de tener la comida hecha, te vas a casa de una vecina a enseñar modelos de ropa ridícula. ¿Desde cuándo?

Ricardo siguió haciéndome preguntas sin darme más opción a contestar. Su hermana lo azuzaba por detrás.

—Ya te dije que tu mujer está descontrolada —dijo ella.

Luego se dirigió a mí:

—A ver Clara, ¿qué pasa por esa cabecita que tienes para marchar a la casa de la vecina a enseñar tus trapitos nuevos como si fueras una adolescente? Clara, que ya no tienes edad para esas cosas.

Y acto seguido se echó a reír. O mejor dicho, se echaron a reír ella y su marido, porque Ricardo siguió serio y solo me miraba con cara de decepción

y vergüenza. Supongo que querían hacerme sentir ridícula como ya lo habían hecho en otras muchas ocasiones a lo largo de mi vida. Les gustaba hacerme sentir así, humillada y avergonzada.

Pero la verdadera realidad era que me habían estropeado el día. Una mañana agradable de compras y peluquería y un café con la persona que mejor me hacía sentir, hacían que aquel día prometiese ser inolvidable. Sin embargo, ellos se habían encargado de que no fuese así y de echar abajo mi plan de mujer rebelde a base de avergonzarme. Si me había planteado dar un cambio radical en mi vida había sido, entre otras cosas, porque no quería soportar una situación así nunca más.

Mi consuelo estaba al otro lado de la casa. Álex no sabía lo que se cocía en mi matrimonio y yo tampoco quería decírselo. Prefería que tuviera una imagen de mí como la mujer fuerte que pretendía ser y no la de una estúpida sumisa.

Opté por callarme y subir a la habitación para no discutir con ellos. Desde allí, escuchaba a mi cuñada decir que yo era patética, supongo que la envidia y los celos que yo le provocaba eran superiores a ella y a su permanente y acusado egocentrismo. No podía haber mujer en este mundo que osase hacerle un poquito de sombra y, como acostumbra a ser habitual en estos casos, cualquier posible amenaza que se asomase por el horizonte se convertía de manera automática en el blanco predilecto de sus ataques más furibundos. El recurso de la ridiculización y la vergüenza no son más que dos de las armas preferidas de estas personas.

Sofía era la líder de aquel trío tóxico y los dos hombres, mi marido y el suyo, los fieles lacayos que la seguían. Sin embargo, aunque mi cuñado no me defendía y a veces se reía cuando Sofía me ridiculizaba, yo sabía por la expresión de su cara que no compartía todos los ataques que ella me lanzaba. Sergio, como así se llamaba, no siempre había sido tan callado y, de hecho, cuando lo conocí era una persona vivaracha y alegre. Recuerdo que le gustaba tocar la guitarra y de vez en cuando chapurreaba alguna canción de Joaquín Sabina. Pero claro, me imagino que la vida con Sofía no era nada fácil de sobrellevar y tenía su coste. Ella era una persona dominante y controladora. En realidad, sería más exacto decir que tanto ella como su hermano eran

capaces de amargarle la vida a cualquiera, por muy fuerte y estable que fuese. Sergio y Sofía no tenían hijos y nunca entendí cómo su matrimonio había cumplido ya los diecisiete años en común.

Lo que sí tenía claro era que no les iba a hacer la comida ese día. Así lo había planeado desde un principio y así seguiría. ¿Me habían chafado el día? Sí, pero yo no sería ni su cocinera ni su sirvienta. No me daba la gana y no pensaba salir de la habitación hasta que se marchasen o me muriese de hambre. Y si ese momento llegaba, bajaría a comer como si nada. Entonces me di cuenta de lo triste que era verme en la obligación de hacer eso en mi propia casa.

Desde la habitación, podía oír ruidos de cacharros. Supongo que les tocaría cocinar a mis cuñados, puesto que Ricardo nunca había movido un dedo en casa y dudo que fuese a empezar ese día. También escuchaba cómo protestaban y creo, por lo que pude oír, que habían llegado tarde al notario y no habían podido firmar nada. Claro, pensé, como yo no me preocupé de despertarlo, darle el desayuno, prepararle la ropa y ponerle los papeles en la mano, para ellos, la culpa del desastre había sido mía y solo mía. Patéticos inútiles.

Entonces, sentada en la cama como estaba, la imagen de Álex me vino a la cabeza. Me di cuenta que, si yo no tuviera que estar allí casi encerrada, en esos momentos estaríamos juntos. Yo en la suya, él en la mía o los dos en cualquier otro lugar, pero juntos. Qué bonito es sentirse bien con alguien, con su presencia y compañía, con su tacto, sus palabras y sus miradas. No era capaz de fijar el momento exacto en que me había enamorado de él, pero allí estaba yo, casada con un hombre que no me hacía feliz y pensando en otro que sí me lo daba todo. Estaba entre la espada y la pared. Por un lado, quería mucho a Álex, deseaba estar con él, pero por otro, era consciente de que Ricardo sin mí estaba perdido en la vida. El pobre ni siquiera sabía dónde estaban sus papeles esa mañana.

Quizá el gran problema radicaba en que yo no conocía las intenciones de Álex, porque de saberlas, podría decidir cómo actuar. Me gustaba lo que vivía con él, esa intensidad en nuestros encuentros, y el cambio que me empujaba a emprender era justo lo que le hacía falta a mi anodina vida. Por el momento,

no tenía más posibilidad que seguir como hasta entonces, como dos furtivos que se encontraban en sus momentos de necesidad, tanto sexual como sentimental. Sí, necesidad, porque aunque él no me lo decía, yo sabía que él me necesitaba a mí tanto como yo a él y esa era la razón por la que estaba convencida de que aquello que teníamos iría a más, hasta llegar a cuajar como una relación seria. Lo que había vivido hasta entonces solo era el principio.

Decidí cambiarme y ponerme cómoda. Como no era previsible que me quedase sola, asumí que mis escapadas a la casa de al lado se habían acabado por aquel día. Bajé a la cocina cuando aún estaban comiendo, como una gran familia. Una familia a la que deduje que yo ya no pertenecía, porque ni me habían llamado ni dejado un hueco en la mesa. Supongo que como castigo por no mimarlos. Me parecía increíble en Ricardo, porque siempre lo había cuidado y nunca le había faltado de nada al llegar a casa de trabajar o de estar con sus amigos, y se ve que ese día ya no merecía un plato en su mesa solo porque por primera vez en nuestra vida en común no había querido hacerlo. Esperaba tener una conversación con él en cuanto se marchase su querida hermana.

Me dirigí a la nevera y saqué una lechuga, tomates y media cebolla y me hice una ensalada con atún y queso fresco. Pensé en irme a comer al salón, pero después decidí que aquella era mi casa y que si alguien no quería verme podía largarse cuando quisiera. Me hice sitio en la mesa, me senté y lo primero que vi fue la patética cara de mi cuñada justo enfrente, con esos ojos llenos de odio y frustración, mientras se comía unos chorizos fritos con huevos y patatas. En realidad, todos comían lo mismo.

Ricardo me preguntó si solo iba a comer la ensalada y le dije que sí, puesto que no me apetecía nada más. No había mal tono en su voz, incluso parecía que se le había ido el enfado. La comida doma a algunos hombres, pero para entonces la que estaba enfadada era yo.

Comimos en silencio, cada uno mirando a su plato, y sin intercambiar una sola palabra. Antes de llegar yo y sentarme a comer, se les había escuchado conversar, pero después se mantuvieron en silencio. Supongo que mi presencia les incomodaba. Acabamos de comer casi al mismo tiempo, ellos se hicieron café y se sirvieron unos chupitos de licor café para los tres. Solo Ricardo me

preguntó si quería, pero yo le dije que no y, acto seguido, me levanté, lavé mi plato y tenedor y limpié solo lo que yo había manchado. Ese era un gesto algo extraño en mí, ya que siempre he intentado tener mi casa lo más pulcra posible y ver un plato sucio en el fregadero ya era motivo para emprender poco menos que una limpieza general.

Eran casi las cuatro y diez de la tarde y no me apetecía estar en casa, pero como no podía salir sin desatar una nueva guerra, decidí ir al salón a recostarme en el sofá y ver un rato la televisión, no sin antes mirar por la ventana hacia el patio de Álex. Saber que estaba a pocos metros de mí me reconfortaba, me daba seguridad.

Ellos se quedaron en la cocina hablando sobre su herencia y que tenían que llamar al notario para volver a solicitar cita. Cada vez levantaban más la voz, porque al parecer tenían que pagar a Hacienda para poder heredar los bienes de su madre y no lo habían previsto. Qué se pensaban, que el Impuesto de Sucesiones no existía. Ninguno de los dos quería pagar, Sofía insistía en que ella se había ocupado más de su madre que él. También le reprochaba haber invertido mucho dinero en sus cuidados, restaurando la casa, adaptando el mobiliario y demás. Sostenía que, por ello, Ricardo debería de correr con un porcentaje mayor de los gastos de la herencia. Mi marido, por su parte, se negaba y le decía que si había invertido en la casa era porque pensaba que su madre se la dejaría a ella en exclusiva y no a partes iguales como había hecho. Entonces fue cuando empezaron a discutir de manera acalorada. Los gritos debieron escucharse al otro lado de la calle y a mí, estirada en el sofá y en la habitación contigua, solo me faltaron las palomitas para disfrutar por completo del espectáculo. Entre ellos, en ese tono, se arrojaron reproches y se dijeron muchas cosas que lo más probable era que se llevasen guardando desde hacía mucho tiempo.

La verdadera realidad era que Sofía siempre fue una persona muy egoísta y manipuladora y lo quería todo para ella. Nunca trató demasiado bien a su madre ni se preocupó en exceso por ella, y creo que esta, en sus últimos días, fue consciente de que su hija la cuidaba solo porque quería que a Ricardo le dejara en la herencia lo mínimo e imprescindible por ley. Quizá por esa razón, y a pesar de tener sus capacidades mermadas por la edad y una traumática

enfermedad, aguantó las presiones y nunca cambió el testamento que dictaba que los dos hermanos se repartirían sus bienes por igual.

Se escuchó un portazo desde el salón y supuse que mis cuñados se habían marchado y no de muy buenas maneras. Lo confirmé cuando Ricardo entró en el salón, se dirigió a mí y me dijo que se iba a acostar un poco y que no lo despertara. Deduje que la resaca del día anterior aún estaba presente.

Me quede recostada en el sofá, viendo una serie, pero estaba inquieta porque mi mente no podía descansar. Esperé a que Ricardo empezase a roncar y, cuando lo hizo, subí a la habitación, despacio y de puntillas, para coger un chándal. Bajé las escaleras, me cambié en el baño de abajo, me puse unas zapatillas de deporte y salí de casa. Cerré la puerta lo más despacio que pude para no despertarlo. Después, di la vuelta a la casa y me asomé al muro por la parte de atrás. Desde allí, intenté llamar a Álex, pero tenía miedo de que me escuchase alguna vecina o el propio Ricardo. No escuché ningún sonido ni vi movimiento alguno en la casa de Álex. Me extrañó que no estuviera en el patio o en la jardinera, puesto que era un tipo muy activo y a esa hora lo normal era verlo fuera de casa enfrascado en alguna tarea.

Como no conseguí captar la atención de Álex, volví a entrar en mi casa. Cogí la basura y salí por la parte delantera para llevarla al contenedor y así poder ver qué estaba haciendo mi vecino sin levantar suspicacias en el vecindario. Después de dejar la bolsa en el contenedor y asegurarme de que no había nadie observando, me decidí a entrar en la finca de Álex. Deprisa y nerviosa, entré, cerré sin hacer ruido y llamé a su puerta. No tardó en abrir, pero en realidad, porque estaba a punto de salir.

—Hola Clara, ¿Qué haces aquí? —me preguntó entre sonrisas.

—Me apetecía verte, ¿vas a algún sitio? —le respondí, aunque por su vestuario era evidente que sí.

—Sí, tengo que salir, y quizá hasta mañana por la tarde no regrese. ¿Y tus cuñados, ya se han ido? Me pareció ver que iban un poco apurados.

—Sí, se marcharon hace un rato —le contesté, pero mis cuñados no era lo que más me importaba en ese momento—. Oye, ¿a dónde vas? ¿Por qué no vuelves hasta mañana?

—Voy a ver un trabajo. Está un poco lejos, en Ferrol, y como no me

apetece conducir de noche, me quedaré en alguna pensión.

Me extrañó muchísimo y no me convenció demasiado aquella contestación.

—Álex, ¿por qué antes no me dijiste que te ibas hoy por la tarde a ver un trabajo? —insistí.

—Pues porque no lo sabía, me avisaron ahora. Lo siento, pero tengo que irme, se me hace tarde. Ya nos vemos mañana, ¿te parece?

—Sí, claro. Bueno, entonces, hasta mañana —me despedí, al mismo tiempo que él ya cerraba la puerta de entrada.

Volví a mi casa mirando al suelo y preguntándome si era cierto que se iba a ver un trabajo o me estaba mintiendo. Por alguna razón, no me encajaba que lo hubiesen avisado en tan breve espacio de tiempo y, sobre todo, con la necesidad de desplazarse de inmediato.

Era consciente de que yo no estaba en la mejor posición para pedir explicaciones. Estaba casada y, si alguien tendría que estar celoso, ese sería él por yo dormir todas las noches con otro hombre. Aunque nunca me lo había reprochado y ni siquiera me había demostrado que le importase.

Al llegar a mi puerta, miré a mi espalda y vi cómo Álex salía con su coche. En aquel momento, me entró mucha tristeza, porque yo me había escapado para estar con él. Había dejado mis tareas de casa por él, intentaba mejorar cada día para y por él. Estaba dispuesta a todo por él, pero en ese momento no sabía si me mentía o no. Reconozco que me asaltaron las dudas, pero pronto me di cuenta que debía tener confianza en él, porque no quería que mis celos frustrasen lo que estábamos construyendo. Pensé que, como nunca había sentido a lo largo de mi vida una necesidad tan fuerte de poseer a un hombre, quizá no estaba sabiendo manejar ese sentimiento de la manera correcta. Ricardo había sido mi única pareja hasta entonces y nuestra relación había transcurrido sin sobresaltos desde el primer momento. Es decir, un largo noviazgo, sin grandes arrebatos de pasión, que desembocó en una boda acorde a los cánones de la sociedad y la consiguiente vida en común. Pero nunca alguien me había roto el corazón y ni siquiera recordaba haber sufrido un desengaño amoroso durante mi adolescencia. Era de suponer que todo eso me estaba llegando en ese momento con Álex y de manera intensiva, sin mucho tiempo para asimilar los distintos sentimientos. Así que volví a mi casa y a mi

rutina, intentando no darle demasiadas vueltas al asunto.

Al día siguiente, sábado, Ricardo se fue al bar a tomar café, leer la prensa y, en definitiva, estar con sus amigos. También compraría pan al regreso. Yo empecé el día con lo mismo de siempre, mirando cada poco rato para el patio y la entrada de la casa de Álex, pero nunca había movimientos. Me sentía triste. Puse la radio mientras hacía las cosas de casa y me lo tomé con calma. Ricardo y yo todavía no habíamos hablado de lo ocurrido el día anterior y tampoco me había comentado nada sobre el tema de la herencia. Pensé que, quizás, en la comida me diría algo. O no, a saber. En realidad, no era algo que me importase en exceso.

La cuestión fue que estaba escuchando una canción de Roxette, «It must have been love», y aprovechando que sacudía las alfombras de la habitación, volví a fijarme en la casa de Álex, y en esa ocasión tuve la extraña sensación de que una cortina se movía. Una de la ventana de la cocina. Me pareció raro, puesto que se suponía que estaba en Ferrol y hasta la tarde no llegaba de vuelta. Miré el reloj y marcaba las once en punto. Pensé que serían imaginaciones mías, pero esa extraña sensación solo hizo que estuviera aún más pendiente de él.

Cuando llegó Ricardo, yo ya tenía la casa arreglada, la comida hecha y estaba poniendo la mesa. Él dejó el pan en la encimera y dijo algo que, sin saber ni pretenderlo, me desconcertó sobremanera.

—Nuestro nuevo vecino estuvo en el bar donde paro a leer la prensa. Estábamos jugando una partida y entró a comprar tabaco. Qué raro es ese hombre, tiene una forma de vestir... parece un *cowboy* barato de telenovela. Traía mala cara, creo su noche fue peor que la mía del jueves —dijo con una sonrisa dibujada en su cara.

¡Me quedé estupefacta!

—No me digas, hace tiempo que no lo veo, se estará adaptando al pueblo —le respondí, intentando disimular mi curiosidad—. Lo de vestir, bueno, cada uno busca su propio estilo y si a él le gusta ese, ¿por qué tenemos que juzgarlo los demás?

—Como el estilo que tenías tú ayer, ¿no? Si a ti te gusta, no se te puede decir nada —me contestó, en un tono irónico y sin sacar la sonrisa de su cara.

Me di cuenta de que era el momento de hablar de lo que había pasado el día anterior.

—No tiene nada malo vestir de forma diferente y sí, me gusta. De hecho, pienso comprarme más cosas que vi.

—Me parece muy bien, la tontería se contagia por lo que veo.

—¿Qué tontería? ¿A qué te refieres? —le contesté, sintiendo que me empezaba a enfadar.

—Llega uno de fuera con un estilo diferente y hala, ya todos a copiarlo, ni que fuera un referente a seguir.

—No sé a qué te refieres con todos. Pero da igual, déjalo y comamos en paz.

—La camarera del bar también tiene un estilo así como él, o por lo menos parecido. Seguramente le gustan los maduros, porque no le quitaba el ojo de encima. Y creo que a nuestro amigo no se le da bien disimular, porque por lo que vi, él también le sigue el juego. Bueno, pásame la sal, quiero comer y después voy a echar una partida a las cartas con Antón y los demás. Y por la tarde tengo que llamar a Sofía, a ver cómo quedamos para ir otra vez al notario, que esa es otra, ya podíamos tener todo arreglado —me espetó sin más, ni que fuera consciente de la mala leche que me estaba poniendo lo que oía de su boca.

Por dentro estaba furiosa. ¿Cómo era capaz de mentirme y por qué? ¿Con qué motivo? ¿Dónde narices había estado? ¿Y qué pasaba con aquella camarera, que no llegaba ni a los veintidós años? La había visto en alguna ocasión y ¡era una cría!

No sabía de qué iba aquel juego, pero no me estaba gustando nada. Se me habían quitado las ganas de comer y si algo metí a la boca fue de forma obligada para que mi marido no desconfiase.

Deseaba que fuesen las tres de la tarde, que era la hora en que Ricardo salía de casa para tomar el café y jugar a las cartas con sus ridículos amigos. Digo ridículos, porque se comportaban de forma adolescente. Ni que fueran unos dandis, siempre dando la nota y jugando a las cartas gritando como mandriles.

¡Estaba tan cabreada!

Esperé a que se marchara y me aseguré de que no volvería. Para ello, vi cómo doblaba la esquina de la calle y esperé unos veinte minutos por si daba vuelta o se le había olvidado algo en casa. Impaciente, me vestí y me puse unos zapatos. No sabía por dónde empezar a interrogar a Álex, ni qué preguntas hacerle, pero si me estaba engañando, necesitaba que me lo dijera sin rodeos.

Salí de casa y me dirigí a la suya. Otra vez a mirar para los lados por si alguien me veía. En esta ocasión, observaba mis maniobras un tipo que vive en la misma calle y que trabajaba en la gasolinera próxima. Pero no me importó, no solía tener conversación con Ricardo. Así que entré en el patio de Álex y llamé a la puerta. Nadie abrió. Esperé un poco y volví a llamar. Nada. Di la vuelta a la casa por si conseguía ver algo por las ventanas. La primera estaba cerrada a cal y canto y, cuando iba a mirar por la segunda, escuché el ruido de la puerta de la finca. Era Álex que llegaba en ese momento. Me puse delante de su coche cuando aparcó y, con los brazos cruzados le mostré mi enfado. Supongo que a esas alturas ya sabía la razón.

Álex bajó del coche preguntándome qué hacía allí y qué quería.

—¿Qué haces aquí? ¿Te pasa algo? —me preguntó, mientras bajaba del coche y cerraba la puerta con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué si me pasa algo? ¿Por qué me has mentido? Dime la verdad, ¿estas con otra? Con la camarera esa del bar, ¿no?

—¿Qué camarera, qué dices? Es mejor que entremos en casa, nos va a oír alguien.

—¡No quiero entrar! —le dije gritándole—. Quiero que me digas la verdad y quiero que me digas dónde has estado toda la noche.

Abrumado, Álex me cogió por un brazo para meterme en casa. Yo me resistía, solo quería que me dijera la verdad. Él no dejaba de insistir en que entrase y yo me negaba. Entre tanto jaleo y tanta desesperación por mi parte, él me agarró la cara con las dos manos y me besó apasionadamente. Yo seguí resistiéndome por unos segundos, hasta que cedí a sus besos y me dejé llevar otra vez. No podía resistirme a él, era como un imán que me atraía. Al final, nos fundimos en un largo y apasionado beso.

Ahora sí quería entrar en casa.

—¿Cómo puedes pensar o imaginar que estoy con otra, Clara? —me susurraba al oído—. Me encantas, no necesito a otra que me dé lo que ya me das tú.

Nos mirábamos a los ojos, nos acariciábamos y nos dejamos llevar entre un mar de deseo y ganas de sentir al otro, piel con piel. Sus manos acariciaban mi cuerpo. Un cuerpo que quería pertenecerle las veinticuatro horas del día.

No llegamos a la habitación. Apoyado él contra la pared en la entrada de su casa y, al lado de la puerta, le desabroché la camisa. Despacio, besándole cada trozo de piel que quedaba al descubierto con cada botón que desabrochaba. Su perfume me excitaba, me ponía aún más cachonda y llena de deseo. Seguí por los pantalones y palpé entre sus piernas. Algo caliente y abultado empezaba a cobrar vida. Metí mi mano por dentro del calzoncillo y, de forma suave, empecé a acariciarle el pene. Estaba tan empalmado que no me llegaba una sola mano para cubrirlo. Qué sensación tan placentera saber que eso lo provocaba yo.

Tomé la total iniciativa de lo que iba a suceder, nunca me había comportado así. Hasta entonces me había dejado llevar por él, aunque yo lo buscaba. Pero era él el que, en cierto modo, daba las órdenes y me manejaba como una muñeca de trapo, y a mí me gustaba. Me gustaba que me utilizara para su antojo, porque verlo disfrutar del placer conmigo me hacía sentir viva, sin contar los orgasmos que yo experimentaba en cada sesión. Era fantástico en todos los sentidos.

Le quité las botas, los calcetines, los pantalones y me agaché. Poniéndome de rodillas, le bajé la ropa interior y, sin pensarlo, metí su pene en mi boca. Notaba cómo crecía todavía más a medida que se la chupaba una y otra vez. Él me agarraba la cabeza con ambas manos para que se lo hiciera más rápido y más profundo y cada vaivén, gemía, vaya si gemía. Como un animal, como una bestia, mientras yo solo me preocupaba de seguir chupando. Mi lengua se paseaba desde los testículos hasta la punta del pene. Notaba que eso le gustaba, como le gustaba verme, le excitaba de especial manera. Me pidió que no parara, que siguiera y que me la metiera más al fondo todavía. Trágetela, me decía. Agarré sus nalgas y, apretándolas con mis manos, llegué con mis labios a su pelvis.

Me gustaba saber que yo producía ese placer y esos gemidos, porque sentía que era mío, que le hacía disfrutar tanto que no se le pasaría por la cabeza estar con otra mujer que no fuera yo. Se la tragaba una y otra vez, y en medio de uno de sus gritos de puro placer, sentí cómo su semen brotaba en mi boca, caliente, abundante. Mi saliva se entremezcló con su semen y, cuando me pidió que lo tragara, que me lo comiera, lo hice sin más.

Pocas cosas hay en esta vida que produzcan un placer casi parecido a lo que yo sentía cada vez que tenía relaciones sexuales con él, incluso aun cuando, como en esa ocasión, no llegase a tener un orgasmo. No necesitaba más y no concebía que otra mujer intentase arrebatármelo. Haría lo que fuese necesario con tal de mantenerlo a mi lado. Mi personalidad había cambiado, no sé cómo ni en qué momento exacto, pero me avergonzaba mirar atrás y ver cómo era hacía solo unos pocos meses. Tan estúpida y patética, tan mujer de su casa sin aliciente alguno. Mi marido no me daba nada de lo que recibía de Álex.

Tenía que pensar en seguir siendo, de forma hipócrita, la misma en mi casa. Una actriz interpretando una película constante de la vida real, puesto que Álex me había dicho al principio de nuestros encuentros que no estaba preparado para tener una relación seria en aquellos momentos, porque aún estaba con su divorcio a vueltas y necesitaba espacio para centrarse en lo que, en ese momento, era importante por su bien. Pero siempre supuse que «relación seria» significaba cero ataduras, pero sin terceras personas de por medio. Yo así lo había entendido, y eso me daba la seguridad para no agobiarlo con mi constante presencia, aunque me costaba mucho, muchísimo.

Ni siquiera tenía su número de teléfono y tenía que apañármelas a la vieja usanza.

A veces pensaba en mi divorcio, en cómo sería y cada vez me parecía menos descabellado. Así que, aunque supiera lo que iba a hacer en un futuro no muy lejano, no quería que resultase muy evidente a los ojos del resto del mundo. Tenía que jugar a dos bandas. Por un lado, tener a Álex contento para que no me dejara y mantenerlo a mi lado y por otro, a Ricardo para que no sospechara y que, cuando llegase el momento de pedirle el divorcio, afrontarlo con todo bien estudiado.

Me volví falsa y egoísta, y el egocentrismo era algo nuevo en mi vida. Supongo que en grandes proporciones es algo negativo, pero en mi caso me ayudaba a valorarme todo lo que durante años no había hecho. Y sí, me gustaba, porque sentía que me daba poder.

Al acabar el trabajo sexual que le había hecho, Álex se vistió. Me propuso ir a la cocina a tomar una cerveza. Yo acababa de tragar todo su semen y me pasé las manos por la cara para comprobar que no me quedaba ningún resto. Entramos en la cocina, lavé mis manos en el fregadero y, con ellas humedecidas, me las pasé por la cara. Álex cogió dos botellas de cerveza de la nevera, se sentó y, en medio de un gran suspiro, se quedó mirando para mí. Cruzó las piernas y con una mano se sujetó uno de los pies.

—¿Sabes que con el pelo rubio te pareces a Marilyn Monroe? Estás preciosa.

Escuchar esas palabras de su boca me resultó algo maravilloso. Lo había hecho por él, porque sabía que le gustaría mi cambio, y había acertado de pleno.

—Sí, lo sé. Ya me lo dijeron en la peluquería el día que me teñí, que me parecía a ella.

Me senté en su regazo para abrazarlo y darle un beso enorme.

Sabía que después de un buen orgasmo a Álex le gustaba fumar, así que cogí el paquete de Marlboro que estaba en la mesa, saqué un pitillo y lo encendí para después dárselo a él. Empecé a toser como una vieja enferma y decrepita. Álex se rio. Me decía que si quería empezar a fumar, primero probara más a menudo con lo que tenía él entre las piernas. Qué pícaro.

Entre risas se nos pasó el tiempo, no volví a mencionar a la camarera, porque no quería que pensase que era una celosa compulsiva y que cualquier día lo metería en algún follón con mis celos. Pero en cambio, me había entrado curiosidad por su matrimonio. Quería saber por qué estaban en trámites de divorcio, porque era importante para mí para conocerlo mejor. Saber de quién fue la culpa de la ruptura, los motivos que los llevaron a ella y cosas así. Pero, a su vez, como no quería ser indiscreta, tuve que aguantarme las ganas de preguntar. La realidad era que llevábamos poco tiempo juntos, de gran intensidad sexual, sí, pero no el suficiente tiempo como para empezar a

preguntar cosas tan personales que quizás a él no le apetecía contestar.

Álex me preguntó si debía llegar a alguna hora concreta a casa y le contesté que no. Pasaba poco de las cinco de la tarde y Ricardo no regresaría hasta las ocho. Los sábados por la tarde solía ver la televisión hasta tarde mientras mi marido estaba en el bar, aunque necesitaba ir al supermercado ese día en concreto, quería aprovechar el máximo para estar con Álex. Nunca sabíamos cuándo sería el próximo día que nos veríamos y por mi parte, se me hacía escaso el tiempo que estaba con él.

Siempre pensé que a Álex le costaba mostrar sus sentimientos, siempre me daba la sensación de que se retraía en algo, como si no quisiera mostrarse demasiado y todo el tiempo parecía que tenía una máscara que no dejaba escapar sus emociones. Solo a través de sus ojos podía ver un poquito de su interior, un interior hermoso pero distante, el de alguien que necesitaba cariño y comprensión. Pero todavía no había conseguido averiguar el qué ni el porqué. Tenía la sensación de que, aunque se reía, gastaba bromas y en el sexo era estupendo, parecía como si estuviese pasando un mal momento permanente.

Pensé en dejarlo pasar y que si él algún día me llegaba a hablar de sus problemas o inquietudes, en caso de las tuviera, yo estaría preparada para ayudarle en todo lo que pudiese.

Esa era mi prioridad, su bienestar. No sabía cómo habían sido sus relaciones anteriores, pero yo quería ser diferente a ellas. Yo quería demostrarle que podía ser todo lo que buscaba para su vida y darle lo que, quizás, nadie había conseguido darle.

*Todo el mundo es como la luna:
tienen un lado oscuro que no muestran a nadie.*

Mark Twain

Se fumó un par de cigarros. Mientras hablábamos, yo veía el pasillo que daba al cuarto por el que me había colado unas semanas atrás de noche. Entonces recordé el mueble que había encontrado cerrado y me volvió a parecer raro. Si vivía solo, ¿por qué lo mantenía bajo llave? Necesitaba indagar, mi curiosidad me obligaba. No quería preguntarle, pero sí descubrir qué guardaba en ese mueble y si era tan secreto.

—Clara, voy a ducharme. Tengo que ir al centro para comprar unas cosas en la ferretería. Ya sabes, las jardineras me esperan. Y por cierto, cuando quieras te arreglo las tuyas —me dijo con una sonrisa y un beso en la mejilla—. No tardo en bajar, a no ser que quieras ducharte conmigo.

Le dije que mejor lo esperaba abajo, y que sobre las jardineras, podía pasar por mi casa para arreglarlas cuando quisiera. La verdad era que lo estaba deseando. Tener un manitas en casa, que además es tu pareja, que hace las cosas más difíciles por ti, como las jardineras o colocar un simple tornillo de un mueble, es el sueño que siempre tuve, aunque parezca una tontería y suene cursi.

Podía escuchar la ducha y el agua batiendo en su cuerpo y, por alguna extraña razón, me levanté y fui al cuarto del mueble sospechoso. Aquel cuarto era una especie de trastero improvisado, lo cual resultaba normal, dado hacía poco tiempo que se había instalado, pero que allí tuviese un mueble cerrado bajo llave me llamaba la atención.

Cuando entré, vi que estaba muy oscuro, con las persianas bajadas, y la diferencia de claridad con el exterior hizo que me restregase los ojos para adaptar mis pupilas. Tras eso, eché una mirada alrededor. En un primer

momento, vi varios muebles y la lámpara de pie bonita que era demasiado femenina. No me resultaba extraña, porque pensé que quizás fuese de la casa que compartía con su ex esposa, pero sí me llamó la atención otra cosa. Al lado de la lámpara, había varias bolsas con uniformes. Saqué uno, pero no conseguí leer el logotipo de la empresa y solo pude distinguir que era azul con unas rayas grises anchas en las mangas. Era un uniforme oscuro y de una pieza, tipo mono.

Tenía miedo a que Álex bajara y me viera hurgando en sus cosas, así que le di un par de vueltas al uniforme y lo dejé en la bolsa. También había un aparador, con tres cajones.

Abrí el primero y dentro no encontré nada de interés, solo facturas de pequeñas maquinarias, como sierras eléctricas, martillos, tijeras de podar y cosas así. El segundo tenía revistas de jardinería y unos guantes de trabajo aún sin estrenar. En el tercer cajón, me llamó la atención un manual de técnico de ascensores. Álex no me había comentado nada de eso, pero tampoco lo vi relevante. Pensé que quizás, en algún momento de su vida, se había planteado ser técnico y al final se decantó por otro camino profesional.

Salí del cuarto y me asomé a las escaleras para comprobar que aún seguía en la ducha. El agua seguía cayendo sobre su cuerpo y eso me concedía unos minutos extras. Volví a entrar en el cuarto, fui directa al mueble me intrigaba y traté de abrirlo, pero sin éxito alguno. Estaba cerrado bajo llave. A su lado había una mesilla, de dormitorio o similar, que tenía dos cajones. Abrí el primero y vi un montón de llaves, algunas oxidadas y otras engarzadas en llaveros viejos, como uno que me parecía de las olimpiadas del año ochenta y ocho. Probé en la cerradura las llaves que podían concordar por la forma. Estaba muy nerviosa, algunas incluso se me resbalaban de las manos, y no quería que me pillara infraganti, ¿Qué le diría si me veía allí? La realidad fue que ninguna abrió aquel mueble, pero como no me daba tiempo a probarlas todas, opté por desistir y dejarlas donde estaban. Pero sí urdí un plan. Decidí que si algún día me enteraba de que se iba a algún sitio del que fuese a tardar en volver, intentaría entrar otra vez en su casa para tratar de abrirlo con todo el tiempo del mundo.

Me quedé allí durante unos segundos, inmóvil delante de aquel mueble,

alto y rústico, cerrado con llave y preguntándome qué había dentro. No sospechaba de nada en particular, pero me sentía lo bastante intrigada como para querer saber qué guardaba en él y el hecho de que estuviera cerrado con llave alimentaba aún más mi curiosidad. Valoré por un momento que podría tener armas guardadas, porque le gustase la caza por ejemplo, pero me parecía un pensamiento erróneo, dado que no me había comentado nada de esa afición, ni tampoco había visto ninguna fotografía de él posando con alguna pieza o con algún arma. De hecho, en ese momento, reparé en que no había visto imagen alguna de Álex en toda la vivienda y esa fue otra cosa que me llamó la atención.

Cuando escuché la puerta del armario de su habitación, salí del cuarto, entré despacio en la cocina y me senté. Al poco rato, llegó él, tras una ducha reparadora, perfumado y bien vestido, y con ese estilo que tanto me gustaba y que Ricardo había definido de manera despectiva como de *cowboy* barato. Pensé que ya le gustaría a él parecerse un poco, solo un poco a Álex.

Le pregunté qué iba a comprar y me dijo que eran utensilios que necesitaba para trabajar la tierra y que también pasaría por el vivero a buscar plantas, semillas y unas macetas nuevas para mi jardinera. Según él, quería unas plantas en concreto, porque en verano estaban preciosas y le darían un toque especial a mi jardín. Cómo no me iba a enamorar de él, siempre tan atento. A mí me encantaban las flores y mi jardinera, en ese momento, parecía un cementerio abandonado, lleno de ramas y hojas secas imposibles de revivir. No me preocupaba lo que opinase Ricardo y, en caso de que me pusiera demasiadas objeciones, ya me inventaría algo para justificar que Álex se encargara del jardín de nuestra casa. Las excusas siempre me han salido con facilidad cuando quiero hacerlas creíbles, eso no era un problema para mí. Además, el morbo que me iba a causar ver a mi amante trabajando en mi jardín compensaba cualquier inconveniente.

Nos despedimos tras un largo beso y un cálido abrazo y salí de su casa a escondidas. Pero en esta ocasión lo hice por detrás, saltando el muro que separa su jardín del mío. Álex había preparado la zona para que me resultara más fácil pasar de uno a otro sin ser vista por nadie. Había colocado unos bloques de cemento por su zona para que, cuando yo subiera por mi lado, por

el suyo bajase como si se tratara de una escalera.

Así fue como llegué a mi casa sin preocuparme por las miradas indiscretas de los vecinos. Ese día tenía que ir al supermercado, pero también quería ver o comprar más ropa bonita.

Me apetecía dar una vuelta por el centro y tomar algo en alguna terraza. Aquellos días tan soleados incitaban a ello y total, como estaba sola en casa y mi amor platónico tampoco iba a estar en la suya, me pareció una buena idea. Así daría un paseo por la ciudad, algo que hasta hacía poco tiempo ni se me ocurriría pensar, metida en mi papel de mujer de sofá y mandil. Una esposa florero en toda regla.

Cogí mi bolso y salí al patio. No me hacía falta nada más, puesto que se suponía que tenía todo lo que necesitaba en él. Sin embargo, cuando llegué al coche descubrí que las llaves no estaban. Apoyé el bolso sobre el capó, le di la vuelta, lo vacié, lo sacudí, pero las llaves no aparecieron. Entonces, deduje que Ricardo las había cogido. Me sentía furiosa. Él tenía las suyas y, si se había llevado las mías, solo quería decir una cosa: que había rebuscado en mi bolso y me las había sacado para que yo no pudiese salir de nuevo con el coche.

Pensé que tenía dos opciones. Una era ir al bar donde él se encontraba y pedirselas. Eso lo enfadaría, sin duda. Que su mujer se presentase en el lugar que frecuentaba con sus amigos, los mandriles, a reclamarle algo suponía un motivo de vergüenza para él. La otra era no ir a buscar nada, joderme, aceptar su decisión y volver a colocarlo en su habitual puesto de rey de la casa. Y eso significaría mi reconocimiento tácito de que él era superior, porque me estaba diciendo que el coche era suyo y que yo tenía que pedirle permiso para cogerlo. Aunque bien mirado, quizá aquello no fuese más que una pequeña venganza por irme, días atrás, de compras y a la peluquería sin avisarlo y sin tener en cuenta a su hermana y sus asuntos de la herencia.

¿Me estaba castigando?

Empecé a reírme como una loca en medio del patio de mi casa. De haber ocurrido aquella situación días atrás, no hubiese ido a buscar nada, pero las cosas habían cambiado. No pensaba reconocerle nada, me importaba una mierda su vergüenza y, si me estaba castigando, no me iba a quedar de brazos

cruzados.

Así que ya se podía ir preparando Ricardo, porque allá iba yo.

El coche era tanto suyo como mío y, de la misma manera que él estaba en el bar con sus amigos, haciendo lo que más le gustaba para matar el tiempo, yo también tenía todo el derecho del mundo a usarlo para esparcirme un poco. Así que salí de casa lo más apurada posible hacia el bar donde Ricardo jugaba a las cartas. Y por cuestiones del destino, el mismo donde Álex compraba tabaco. Mira por dónde que iba a conocer de cerca a esa camarera que le regalaba miradas a mi amado. Pensé en matar dos pájaros de un tiro. La juventud de aquella niñata no era nada comparada con todo lo que yo podía ofrecerle a Álex y así se lo demostraría con solo pisar el local. Vaya si lo haría, porque el tiempo, al final, siempre pone a cada uno en el lugar que le corresponde.

El bar se llamaba Punto y Seguido y lo separaban apenas seiscientos metros de distancia de mi casa. A medida que me acercaba, me acordé de la perversa protagonista de la novela de Stephen King «Misery», por mis pasos firmes y el bolso colgando de mi hombro. Había leído esa novela y la verdad era que me hubiese gustado parecerme un poco a ella; sobre todo, en su carácter dominante. Para ser sincera, incluso mi miserable vida concordaba bastante bien con el título del libro.

Cuando estaba a unos diez metros de la puerta, pude escuchar los aullidos de mi marido y de sus amigos en medio de una de sus típicas partidas las cartas. Nunca entenderé el porqué de tanto griterío con un simple juego. Cuando Ricardo me vio entrar, le cambió la cara al momento. Sin embargo, yo me acerqué y le pedí las llaves del coche en bajito y de forma educada. Incluso me agaché para que me escuchase bien sin tener la necesidad de levantar la voz. Durante el camino, en un arrebató de bondad, había pensado en la posibilidad de llamarlo desde la puerta y pedirselas sin que sus amigos se enteraran del porqué había ido yo allí. Pero valoré que, de hacerlo así, él tendría la opción de no dármelas. Por lo tanto, opté por pedirselas delante de ellos y, como me imagino que no quería que le montase una escena, no le quedó otra opción que dármelas sin poner objeciones. Las sacó del bolsillo y, mirándome fijamente a los ojos, las dejó sobre la mesa para que yo las

recogiera. Qué patético me pareció en ese momento.

Con ellas en la mano, me di la vuelta para marcharme y entonces fue cuando vi la cara de la camarera. Nuestras miradas se cruzaron al instante y mis ojos se volvieron como afilados cuchillos hacia ella. Mocosa buscona, si te acercas a Álex te mato, pensé por dentro. Supongo que ella no fue consciente del porqué de mi mirada asesina, pero también era más que probable que algún día se enterase y, en todo caso, el gustazo que me había dado no me lo iba a quitar nadie.

Así fue como, con una sonrisa deslumbrante en la cara y una notable satisfacción recorriendo mi cuerpo, salí del bar y cogí el camino de vuelta, mientras especulaba sobre qué estarían murmurando en este momento los mandriles del Punto y Seguido.

Cuando llegué al patio de mi casa, arranqué el coche y me puse en marcha. Teníamos uno pequeño, ideal para aparcar en espacios reducidos. Era un Renault Clío, no muy nuevo ni moderno, pero que para desplazarnos por la ciudad y los alrededores resultaba idóneo. Antes de llegar al centro, decidí parar en la Plaza de la Marina. Como por allí no había mucho dónde aparcar, ni siquiera me molesté en buscar en las calles de alrededor y lo dejé en una esquina de la calle Rey Soto, en zona prohibida. Solo sería por un momento, mientras me tomaba un café en la terraza de la cafetería Rigodón, y además lo estaría viendo en todo momento. El camarero, muy amable y sonriente, me atendió de inmediato y cogió el encargo del café que yo quería. Me llamó la atención de él sus gafas, por la forma que tenían. Nunca las había visto así y reconozco que me resultaron raras. Cuando me trajo mi consumición, le pagué al momento y me dispuse a tomarlo relajada y curioseando el trajín de la gente en el parque.

Allí sentada en la terraza, mientras pensaba en lo que tenía que hacer y el buen tiempo que hacía, vi pasar por delante a un viejo amigo. Y digo viejo porque, además de que hacía muchos años que nos conocíamos, era algo más mayor que yo y tenía una pinta un poco desaliñada.

Había sido un novelista de prestigio no solo en Ourense, sino en todo el mundo, pero se había estancado en su carrera literaria y no encontraba el camino de vuelta a sus mejores letras. En los últimos años, le costaba mucho

concentrarse y escribir algo nuevo y fuese tan interesante e intenso como sus anteriores obras. Sin embargo, siempre iba con su libreta de apuntes e inspiraciones puntuales debajo del brazo. Una libreta ya gastada y algo rota, a la que se le podían apreciar varias hojas dobladas y salientes. Como si fueran manuscritos fallidos y arrancados con rabia.

Tenía ganas de charlar un poco con él, así que lo llamé.

—¡Tito, hola! —lo saludé al mismo tiempo que me incorporaba en mi silla y levantaba el brazo para que me viera.

—Hola, Clara, ¿cómo tú por aquí? —me respondió mientras se acercaba sonriente y con un pitillo en la boca.

Me fijé que el deterioro de su voz era cada vez más evidente y su afonía crónica, más acentuada.

—Nada en particular. Tengo que ir al supermercado y decidí tomar un café aquí. Y tú, cuéntame, ¿cómo te van las cosas, tu madre cómo está?

—Bueno, ahí va —contestó mirando al suelo y con un tono triste, mientras el denso humo de su cigarro salía de entre sus labios—. Sigue en la residencia geriátrica y allí seguirá hasta que se muera, porque el *Alzheimer* ya sabes cómo es.

Después, levantó la mirada y clavó sus ojos en los míos.

—Te va minando poco a poco hasta que un día acaba contigo —sentenció—. Y yo, bueno, sigo escribiendo, a veces mejor y otras ya no tanto —dijo al final, acompañando sus palabras con un intento de carcajada, al que siguió una tos enfermiza.

El camarero lo vio sentado a mi lado y vino a preguntarle si quería tomar algo.

—Sí, sírvame un café solo y una copa de coñac.

Tras eso, hubo un instante de silencio. Yo sabía que me quería preguntar algo y así lo hizo.

—Cuéntame, Clara, ¿cómo te va con Ricardo? Hace tiempo que no lo veo, ¿todo bien con él?

Me preguntó con la suficiente confianza como para saber que le diría la verdad.

Evaristo —Tito, el escritor, como todo el mundo le llamaba en Ourense—

y yo nos habíamos hecho muy amigos desde la época en la que él trabajaba como conductor de autobuses. Yo solía viajar a Vigo en su línea para visitar a mis abuelos, y como iba todos los fines de semana y me gustaba ponerme en los primeros asientos, nos hicimos amigos. Siempre entablábamos conversación durante los viajes. Después yo me casé y él se dedicó por entero a la literatura. Perdimos un poco el contacto, pero la amistad nunca se enfrió ni se deterioró. Es más, coincidíamos a menudo en Ourense y muchas de nuestras charlas resultaban poco menos que infinitas. En cierto modo, yo me identificaba con él, porque no había tenido una vida fácil y, pese al éxito de sus libros, siempre había sido una persona con depresiones y grandes inseguridades.

—Con Ricardo las cosas van como siempre —le contesté, haciendo un expresivo movimiento de hombros—. Él no está mucho en casa, salvo para comer, dormir y poco más. Entre el trabajo y los amigos está todo el día ocupado.

—¿Y tú cómo llevas eso?

—Ya no lo llevo, dejé de llevarlo hace mucho tiempo —le dije, tratando de quitarle importancia al tema—. Con sinceridad Tito, no me importa lo que haga.

A Tito no le extrañó mi contestación. Le dio una calada al cigarro, bebió un poco de coñac, luego un sorbo de café, y después me dijo con voz tranquila y suave, pese a su marcada afonía:

—Clara, los matrimonios son difíciles, pero más aún cuando nos vemos obligados a enfrentarnos a la dificultad de querer arreglarlos. Y si ya no ponemos interés en ello, entonces el problema no es esa dificultad, sino que se acabó el amor. Tú tienes que pensar si deseas vivir con una persona a la que no quieres. Es decir, la cuestión no es si te importa lo que él haga o no, la cuestión es si te importas tú lo suficiente como para seguir así, ¿me entiendes?

Volvió a darle una calada al cigarrillo, mientras con la otra mano hacía girar el coñac en la copa. Se notaba que era escritor, siempre encontraba las palabras exactas para contestarme y cada conversación con él representaba una clase vital de la que aprender algo. Me reconfortaban tanto sus charlas, tan exactas y precisas. Tito siempre había sido un hombre muy amable y correcto

y nunca entendí por qué no le había ido bien en el amor. Supongo que todos tenemos rarezas y quizás las tuyas, en caso de que las tuviera, que seguro que sí, no llegué a apreciarlas al no compartir con él más que una relación de amistad. Como decía Caetano Veloso en su canción, «visto de cerca nadie es normal», y lo más seguro era que yo no lo hubiese visto lo bastante cerca para conocerlas.

En el momento que me dijo eso, sentí la necesidad de contarle lo de Álex. Tenía la certeza de que no diría nada a nadie, pero en cierto modo no quería causarle mala impresión. Yo era una mujer casada que mantenía una relación extramatrimonial y muy sexual con un hombre que apenas conocía. Tito no me juzgaría, pero preferí esperar un tiempo y, en caso de que me lo encontrase otra vez más adelante y yo siguiera con Álex, entonces sí se lo contaría, porque la relación ya sería más formal. En ese momento, me pareció la opción más correcta.

—¿Sabes, Tito? —dije—. A veces tirar la toalla no es tan malo, hay que dejarse llevar y esperar el momento oportuno para decidir qué hacer. Yo ahora estoy en un paréntesis sentimental.

Me salió una sonrisa y Tito me respondió con otra.

—Ya no somos niños —dijo él.

Después de ponernos al día en esos asuntos de familia, nos dimos un abrazo y nos deseamos suerte. Le advertí que estaba esperando impaciente por su próxima novela y él me contestó que pronto, quizás para el siguiente año, tendría una nueva obra.

Era cierto que yo la esperaba con ilusión para leerla, tenerla dedicada y ponerla en la estantería al lado de sus otros libros.

Nos despedimos y cogimos caminos diferentes. Tito me había dicho que pensaba ir al parque San Lázaro, en el centro de la ciudad, a pasear un poco, sentarse en un banco soleado a leer algo y ver si le llegaba un poco la inspiración, porque tenía la idea de una novela en la cabeza pero no sabía cómo empezarla. No sé si llegó a escribirla o no, ojalá que sí.

Yo me dirigí al supermercado Gadis, que estaba a la vuelta de la esquina, porque me quedaba cerca y ya no me apetecía ir al centro. Temerosa de que algún policía se fijase en mi coche, cogí lo básico para el fin de semana;

carne, verduras, algo de fruta y café. Al salir del supermercado, me acordé de Álex, porque me había dicho que iba a estar por el centro de la ciudad, comprando cosas de jardinería, y me hubiese gustado mucho acompañarlo, aunque sabía que no podía ser. Se me ocurrió que yo podía ir al centro comercial y ver algún comercio, por si nos encontrábamos, pero pronto deseché la idea. Ya eran las siete y media de la tarde y Álex habría regresado. Pensé que lo mejor era irme para casa y, si todavía no había vuelto Ricardo, pasarme a darle un beso a Álex. Necesitaba estar con él. Así que subí al coche, tomé la avenida de Santiago y me fui para casa.

A veces, cuando me dirigía hacia mi domicilio, me imaginaba que en vez de irme al que compartía con mi marido, me iba al que tenía con Álex, porque ya vivía allí. Soñaba despierta con que estábamos instalados juntos, que éramos una pareja formal y seria, y que nuestra vida era perfecta, armoniosa. Que nos queríamos, nos deseábamos y nunca nos separábamos. En mi sueño, Álex me pedía matrimonio, yo aceptaba de inmediato y nuestra convivencia era diferente por completo a la que tenía con Ricardo. Me veía viajando por el mundo cogida de su mano, algo que nunca había hecho, e incluso que teníamos un bebé. ¡Qué imaginación la mía! Pero eran unos pensamientos tan bonitos que provocaban que mi cara fuese iluminada durante todo el camino, justo hasta que entraba en casa y volvía a mi realidad, tan tenebrosa y oscura.

No sé cómo describir mi matrimonio con Ricardo. A lo largo de todos nuestros años en común, él nunca me maltrató, ni me insultó, pero tampoco me amó como yo creo que se debe amar a una mujer. No me cuidaba, ni me mimaba, ni me trataba como se trata a alguien de quien estás enamorado. Lo nuestro era como un contrato, en el que yo solo estaba allí porque él me mantenía a cambio de que le hiciese las cosas de casa. Una relación hostil e incómoda, a la cual te acabas acostumbrando, porque en el fondo no tienes a donde ir ni sabes hacer otra cosa que no sean las labores de hogar.

Me había dado cuenta hacía tiempo de la necesidad de ser independiente aunque estés casada, porque al final, todo se reduce a un «yo, como hombre, trabajo y tú, como mujer, friegas» y eso no gusta, no gusta nada. Te quita valor como persona, te come tu autoestima y acabas creyendo que no vales para nada y que sin él no eres nadie. Ricardo no me maltrató nunca, pero yo creo

que todo eso también se puede considerar en cierta medida un maltrato. Un muy sutil maltrato.

Entré en mi casa, la de Ricardo, claro, preguntándome cuándo se cumpliría mi sueño y dejaría de estar atada a aquel contrato tan nocivo, ser libre en todos los sentidos. Sabía que me llevaría un tiempo, pero no lo veía imposible.

Después de dejar la compra sobre la encimera, me fijé que el coche de Álex no estaba en su patio. Joder, me dije. El no saber dónde estaba me ponía nerviosa. Tenía confianza en él, pero al mismo tiempo sentía miedo de que me engañara.

Algo en mí me decía que tuviera cuidado, pero no sabía el porqué de esa sensación.

*La vida posee un solo sentido,
poder jugársela y jugarse la vida tiene algo de apuesta.*

J. E. Lacan

Decidí darme una ducha y relajarme, pero no llegué a hacerlo. Otro ruido en exterior llamó mi atención, pero esta vez procedía de la finca de Álex. Me acerqué a la ventana de la cocina y vi cómo entraba con el coche, bajaba con rapidez y sacaba un montón de bolsas grandes del maletero. Intenté mirar con más atención, pero lo perdí de vista en el momento que entró en su casa. Pensé que por poco no había coincidido con el hombre misterioso.

Ricardo llegó sobre las once y media de la noche y yo ya estaba en el salón viendo la televisión. Entró en la cocina, estuvo allí un rato haciendo no sé qué y luego pasó por delante de mí y ni me saludó ni me miró. No preguntó si la cena estaba hecha o no y me di cuenta de que traía unas copas de más. Me dio igual, yo seguí a lo mío, haciendo *zapping* con el mando. En el fondo, no emitían nada interesante esa noche y los programas que solía ver, como «Crímenes Imperfectos» o «El asesino de la casa de al lado», ya habían acabado o aún faltaba mucho para que empezaran los siguientes episodios. Esperé a que me asaltase el sueño para irme a dormir, aunque en vista de que Ricardo había llegado borracho, no lo haría con él. Decidí quedarme un rato más en el sofá y luego usar la habitación de invitados.

No me levanté hasta la medianoche para ir a la cocina y beber un poco de agua. Cuando aún estaba bebiendo, me fijé que Ricardo había dejado el móvil encima de la mesa. Sentí tentaciones de mirar qué tenía en él. Suponía que estaría bloqueado, pero recordaba una líneas que pasaban por puntos y hacían que se desbloquease. La de Ricardo era muy sencilla y nunca se había escondido de mí para ponerla. Lo miré desde el fregadero un buen rato y, al final, decidí probar. Me costó hacer que se encendiese y que me saliera la

pantalla de los puntos. Cuando me apareció, uní con el dedo las cuatro esquinas del dibujo y me salió la pantalla de las aplicaciones. Revisé las llamadas y los *whatsapp*s y no vi nada sospechoso. Su hermana y el trabajo monopolizaban los dos sitios. Luego intenté entrar en internet y ahí llegó mi sorpresa.

Sabía que Ricardo era aficionado a ver vídeos porno, pero nunca me imaginé que su afición había derivado en aquello. Cuando entré, casi sin saber cómo, en las últimas páginas visitas, todas eran de una web de pago dedicada en exclusiva al sexo duro. Si al principio, pensé por qué no había practicado aquello conmigo alguna vez, después de profundizar más, yo misma me empecé a horrorizar. Todos los vídeos eran de violaciones, de auténticas palizas a mujeres mientras se las follaban e, incluso, muchas de ellas, se veían sangrando de verdad o con el cuerpo amoratado por completo. Lo que yo practicaba con Álex era un inocente juego de niños comparado con aquello.

Al cabo de un rato, pensé que ya había visto suficiente, le di a todo para atrás y lo volví a dejar en la posición en la que estaba, aunque no creo que mi marido la recordase por la mañana. Antes de volver al sofá, bebí otro vaso de agua y miré un poco por la ventana. Al fin y al cabo, a mí ya me daba igual lo que Ricardo hiciera o cómo se excitase, ese era su problema.

Álex tenía las luces del salón y la cocina encendidas, así que pensé que quizás no sería tan mala idea ir por sorpresa a su casa. Ricardo estaba dormido y, dada su borrachera no despertaría hasta por la mañana, y yo sentía una necesidad extrema de una larga sesión de buen sexo.

Así que no me lo pensé dos veces. Empezaba a acostumbrarme a acudir a él cada vez que sentía la llamada del deseo. Como una loba sedienta de sangre, imparable.

Salí de casa sin hacer ruido, fui por el jardín y trepé el muro que daba al suyo. Me daba la risa a medida que me acercaba a hurtadillas por su finca, parecía una adolescente escapando de casa de sus padres para ver a su novio prohibido. Me gustaba esa sensación tan viva y tan fresca.

El cielo se veía despejado, la sensación térmica era perfecta, cálida, y solo se escuchaba un perro ladrando al final de la calle iluminada por unas farolas en las que se agolpaban los mosquitos. Eché un ojo por encima del

muro para comprobar si pasaba alguien por la calle antes de llamar a la puerta. No había nadie, solo un gato blanco y solitario caminando despacio y tranquilo por la acera de enfrente. Era el momento perfecto para timbrar. Mi cabeza me pedía estar con él y mi cuerpo necesitaba dejarse querer. Eso era a lo que iba.

Pero entonces, cuando estaba a punto de llamar a la puerta, escuché unos ruidos agudos, como chirridos, y decidí acercarme de manera sigilosa a la ventana de dónde procedían para comprobar qué estaba haciendo. Además, salía de la habitación donde se encontraba el armario que había intentado abrir varias veces y tanto me intrigaba.

La persiana estaba casi bajada del todo y, por una rendija, vi a Álex agachado en el suelo con varias herramientas alrededor. Estaba escogiendo una de entre ellas, y algunas eran viejas y otras tan nuevas que todavía conservaban los paquetes del comercio donde las había comprado. El armario misterioso estaba abierto de par en par. Álex se levantó con un ancho tablón de madera hecho a medida y daba la sensación de que intentaba construir en él una especie de falso fondo. ¿Qué pretendía esconder allí? ¿Dinero? No sé, me parecía raro, porque los bancos existen.

Esperé un poco más a ver qué hacía. Seguía de espaldas a mí mientras trabajaba en el armario y mis ojos apenas alcanzaban a ver algo así como una mochila de deporte posada al lado de sus piernas. Tenía medio cuerpo dentro del mueble y no podía verle la cara. También me fijé que el armario contaba con tres cajones y los tres con unas brillantes cerraduras que parecían ajenas a él, puestas hacía poco.

El mueble era robusto, de madera de roble y por su firmeza parecía imposible de romper. Si además le añadíamos las cerraduras, también era imposible de abrir. Él seguía golpeando y poniéndole una cerradura al falso fondo. Pensé que era demasiado secretismo en una sola imagen.

En un momento dado, se levantó y sacó lo que parecía un juego de llaves nuevo. Primero comprobó que la cerradura funcionaba bien y luego cogió un manual y el uniforme que yo había visto y los metió en la bolsa de deporte que tenía en el suelo. En ese momento, pude fijarme en su cara. La mirada que tenía reflejaba el entusiasmo que le producía lo que estaba haciendo.

Disfrutaba con ello igual que cuando te estás preparado tu plato favorito para después comerlo. Metió la bolsa dentro del falso fondo y cerró con llave el escondite y las puertas del armario. Yo no sabía a qué venía eso, ni que era lo que podía haber en aquella bolsa, pero tampoco podía preguntarle porque se daría cuenta de que lo había estado espiando.

Yo seguí observándolo mientras recogía todo al acabar. Allí agachada debajo de la ventana, yo seguía pensando en él como mi pareja ideal, pese a que lo que ocultaba en aquella habitación quizá ni siquiera fuese legal. En cuanto apagó la luz y se dirigió a la cocina, salí de mi escondite y fui a la entrada. Respiré profundo y llamé con el puño cerrado tres veces, pero despacio, para no llamar la atención por si algún vecino andaba por allí. Sentí sus pasos acercarse. Al abrir la puerta, me miró extrañado.

—Hola. ¿Ha pasado algo? —dijo.

—Hola. No, solo que me apetecía verte y como anoche Ricardo vino un poco pasado de copas y ya está profundamente dormido, pensé que sería buena idea visitarte —le dije sonriente y esperando una contestación que fuese acorde a lo que yo le estaba diciendo y proponiendo.

—Bueno, ahora me coges un poco liado, estaba preparando las cosas para mañana. Tengo mucho trabajo pendiente en el jardín y no quiero esperar a que venga el calor del verano. Ya sabes, el calor no es bueno para trabajar en el exterior—dijo excusándose con el rostro serio.

Noté bastante frialdad en sus palabras, más de la que me hubiese gustado escuchar. Yo estaba confundida, porque Álex podía ser todo lo cariñoso y atento que una mujer haya soñado y poco más tarde muy distante y frío. No, por supuesto que no era la respuesta que esperaba, pero no me iba a dar por vencida. Pensé que tenía que conseguir que me dejase pasar, a no ser que hubiese algo en esa casa que quisiera ocultarme. Joder, cada vez que me daba largas, me ponía en lo peor por la desconfianza que sentía.

—Entiendo, pero podíamos estar un rato juntos. Te prometo que será solo eso, un ratito, me apetece mucho estar contigo, aunque sea con tiempo limitado.

Él me miró fijamente de arriba abajo.

—Anda, no seas malo —añadí sonriendo.

Después me quedé observándolo y esperando su reacción.

Álex desvió su mirada a lo lejos, a la penumbra, y se mordió el labio inferior, a la vez que se limpiaba las manos con un paño. Al cabo de unos segundos, volvió su vista hacia mí.

—Está bien, pasa, pero solo un rato, no puedo acostarme tarde —A medida que entraba él seguía hablando—. Mañana quiero levantarme a primera hora para así tener la tarde libre y aprovechar para hacer otras cosas.

—¿Mañana tienes algo que hacer por la tarde? —le pregunté ya en la cocina.

Me dio un beso en los labios, despacio y con mucha delicadeza y, aunque me gustó, parecía que lo había hecho solo para pensarse la respuesta.

—Sí, voy a ver un trabajo con un amigo que sabe de quién necesita un jardinero.

—¿Un domingo?

—Sí, aunque no lo creas, es el mejor día para buscar trabajos.

Se echó a reír al acabar la frase.

—¿Quieres tomar algo, una cerveza? —dijo después.

—No, gracias —le contesté con la mirada en el suelo.

No entendía cómo podía decirme que los domingos era el mejor día para buscar trabajo. Me pareció una excusa absurda, anticipándose a que le propusiera vernos.

Sentado en la cocina, se fumó un cigarro mientras observaba unos tickets que tenía en la mano. Comparaba unos con otros y fruncía el ceño como si no le cuadrasen las cuentas. No me preguntó qué tal mi día, ni lo que había hecho. Estaba más concentrado en algo que le captaba su interés por completo. Al acabar de fumar, se acercó a mí. Yo seguía sentada en un taburete, él se puso enfrente y colocó mis manos en su trasero. Me acarició el pelo y me dijo que estaba preciosa, en un tono muy dulce. Eso me gustó y tranquilizó mis nervios, sonreí al escuchar esa frase. Guiñándome un ojo y poniendo cara de chico malo, me insinúo con un gesto que subiésemos a la habitación.

Yo no me iba a negar, lo estaba deseando, pero antes de acompañarle, eché un vistazo a mi casa por si se había encendido alguna luz, aunque sabía muy bien que Ricardo no se despertaría hasta la mañana siguiente. En cualquier

caso, era muy atrevida mi escapada y si me hubiesen dicho hasta hacía no mucho que me atrevería a llevarla a la práctica, no me lo hubiera creído.

Subimos las escaleras despacio, cogidos de la mano. Yo eché en falta la moqueta que las recubría, y cuando le pregunté por ella, me dijo que con la llegada del calor le molestaba. Sus pasos sobre la madera sonaban de manera firme, los míos no tanto. Intenté fijarme en las paredes por si veía algún cuadro de él y también en cualquier mueble en el que pudiese haber alguna foto suya, pero nada. Y nada incluía no solo a él, sino también a su hijo, su antiguo matrimonio, algún familiar, amigos o compañeros de trabajo. Nada, ningún recuerdo de familia o de algún festejo y volví a pensar que era muy extraño.

Al llegar a la habitación me sorprendió que tuviese la cama sin hacer y alguna ropa tirada, por que no recordaba las veces que había estado allí con la habitación tan desordenada. No le di mucha importancia, pero tampoco lo pasé por alto. Conmigo sentada en la cama, Álex recogió la ropa del suelo y la llevó al baño. Allí se lavó las manos y la cara, y mientras tanto, yo me decía a mí misma; «Relájate, Clara, no hay nada malo en él, solo son imaginaciones tuyas, todo está bien. Disfruta el momento, tonta, el hombre que quieres está ahí contigo y dispuesto a hacerte sonreír, disfrutar y darte lo que has venido a buscar».

Así que me relajé y me desnudé para que cuando saliera del baño me viese desnuda dentro de su cama, disponible solo para él, para que hiciera lo que quisiera. Dejé la ropa encima de una mesilla, encendí una lámpara que estaba en la otra para tener una tenue y suave luz con la que crear ambiente, y apagué la lámpara del dormitorio. Después esperé impaciente que saliese del baño. Mi zona sexual empezaba a humedecerse tan solo con estar allí, desnuda en su cama. Deslicé mi mano y comprobé que así era, ya estaba mojada.

Poco después de cerrar el grifo, Álex abrió la puerta del baño y se quedó mirando hacia la cama, hacia donde yo estaba. Se apoyó en el marco de la puerta del baño y dibujó una sonrisa en su cara.

—No sabes cuánto me gusta verte así —me dijo—. Eres tan bella... Me estoy acostumbrando a ti, a tu presencia, al morbo de lo que tenemos y no sé si eso será del todo bueno.

—¿Y por qué no va a ser bueno? —le dije—. A mí me parece perfecto.

—A mí también.

Se acercó a la cama y se quitó la camiseta. Esa cicatriz que tenía en el costado se mezclaba con los abdominales dibujando en su cuerpo casi un cuadro de museo. Un cuadro preparado para ser contemplado y admirado por mí. Dios era tan sexy, me ponía tan cachonda que quería comerlo ya, saborearlo, disfrutarlo y que nada ni nadie me lo impidiera. Quería tener a Álex para siempre dentro de mí, sentir que era mío. El calor que irradiaba su cuerpo era indescriptible, único. Mi alma se alimentaba de ello, me cargaba de energía y me inyectaba vida.

Álex se quitó los pantalones, se metió en cama y me abrazó. Al instante, mis brazos se enredaron alrededor de su cuello mientras mi cara se hundía en la suya, en su barba tan perfecta y suave. Él, acariciando mi nuca, me dijo de manera pícaro que estaba demasiado tapada y echó las mantas hacia el fondo de la cama. Después se incorporó un poco para verme desnuda.

—Clara, tienes un cuerpo de infarto —dijo, mientras me acariciaba los pechos.

Se notaba que le gustaba apretarlos, hasta incluso causarme algo de dolor, y a veces se emocionaba tanto que no controlaba su fuerza y al día siguiente yo tenía algún moratón en ellos. Pero eran marcas de placer y a mí, en cierta medida, me gustaba.

Me puse encima de él. Bajé a su entrepierna, le quité los calzoncillos con los dientes y lo miré a los ojos mientras empezaba a besarle los pies y a acariciar sus piernas duras y firmes.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Él me contestó que sí y me dijo que siguiera. Supongo que le gustaba verme allí abajo, dispuesta a dedicarle todo el tiempo que él quisiera. Lamí sus piernas y muslos y fui subiendo por ellas hasta llegar a los testículos. Tenía la polla enorme en ese momento, dura y rígida, y lo mejor de todo: era solo para mí. Álex no hacía nada, solo miraba y, de vez en cuando, se retorció de placer. Comencé a chuparle los testículos, con suavidad y sin prisa. Los metía en la boca hasta que ya no me cabía nada más. Luego me lancé y con mi lengua jugué con su trasero. Enseguida noté que le gustaba. Alguna vez había

leído que estimular los testículos y el ano a un hombre podía llegar a producirle mucho placer y yo lo estaba comprobando. Sin embargo, después de un rato, decidí que ya era hora de meter su polla en la boca, despacio y hasta el fondo.

Yo casi me ahogaba con todo aquello ocupando mis vías respiratorias, pero seguí sin importarme la falta de oxígeno ni el dolor que comencé a sentir en mi mandíbula. Fue entonces cuando, en medio de un pequeño gemido, me pidió parar. Se dio la vuelta, se colocó en medio de mis piernas y sacó una cuerda de la mesilla de noche. Me susurró al oído que la tenía preparada para mí y me ató las manos con ella al cabezal de la cama. Mientras lo hacía, me di cuenta que eso ya no me ponía nerviosa. Al contrario, me excitaba muchísimo.

Estábamos sudando, las ventanas estaban cerradas y hacía mucho calor en la habitación. Me explicó que, cuando había bajado al centro de Ourense para hacer sus recados, aprovechó para pasarse por un *sex shop* y comprar unos juguetes para mí. Para que lo pasáramos bien los dos, puntualizó, pero que necesitaba que, además, yo tuviese los ojos vendados. Accedí a ello y me los cubrió con una venda. Después, del mismo cajón que había sacado la cuerda, también extrajo un paquete. Yo ya no podía ver nada, pero escuchaba cómo desenvolvía una caja. Me decía que me iba a gustar, a la vez que apretaba mis pezones con la yema de los dedos. Al poco, sentí un pinchazo en ellos y algo que me los apretaba muy fuerte. Dios, me dolía, pero al mismo tiempo me gustaba. Le pregunté qué era aquello, pero no obtuve respuesta. Muy al contrario, me amordazó para que no pudiera hablar. No tenía ni idea de qué iba a hacerme, pero aun así no estaba nerviosa.

Se tomó un tiempo mientras hacía no sé qué con algo que decía que me iba a dar mucho placer. Cuando acabó, dobló mis piernas y me las abrió aún más. Yo, como no estaba acostumbrada a tenerlas tan abiertas me empezaron a doler, pero no podía protestar.

Tenía los ojos vendados, las manos atadas y la boca tapada.

La respiración de Álex era cada vez más fuerte, y podía escucharla con claridad. También oía cómo le quitaba un plástico a algo. Cuando ese algo empezó a emitir un sonido raro me di cuenta de que lo que tenía en las manos era un vibrador, pero no uno cualquiera. Era uno doble, para la vagina y para

el ano, pero ahí no acababa la cosa, sino que pronto descubrí que enorme.

En un momento y sin previo aviso, sentí cómo aquello me desgarraba por dentro. Intenté gritar, pero no pude. Él me lo introducía hasta el fondo una y otra vez, mientras con la otra mano se masturbaba. Yo escuchaba cómo lo hacía a mi lado y supongo que si pudiera verlo desde fuera, me parecería una escena dantesca. Y a decir verdad, desde dentro también. Al cabo de un rato, el aparato ya estaba lubricado por completo y eso hizo que resbalase con más facilidad, por lo que dejó de dolerme tanto mientras él entraba y salía de mí sin parar. Yo necesitaba hablar, o gritar, pero era en vano. Ni siquiera conseguía mover las manos, porque seguían atadas.

Al poco rato, me quitó la venda de los ojos y vi su cara. Parecía que estaba disfrutando con lo que me hacía y tenía esa mirada de sociópata y la cara desencajada que tanto me excitaba. A mí se me caían las lágrimas de los ojos por el dolor que había pasado, pero él me decía que no tenía nada malo disfrutar con el sexo duro y que, al final, me iba a gustar tanto que solo le pediría hacerlo así. Supongo que tenía razón, pero reconozco que no entendía por qué tanto dolor.

Entonces dejó de masturbarse, me quitó el vibrador de entre las piernas y lo tiró a un lado. Me desató las manos, pero no me quitó la mordaza. Se acostó a mi lado y me dijo que me subiera encima de él. Yo estaba tan cansada de hacer fuerza con las piernas que hasta me temblaban y traté de decirle que no podía, pero como no lo conseguí, subí tambaleándome y me senté encima de su pene, casi tan grande como el vibrador. Me pidió que me moviese y que saltara encima de él. Colocó sus enormes manos en mi culo y agarrándolo con fuerza y marcando el ritmo, me dijo «muévete como una serpiente». Yo intentaba decirle con la cabeza que no, que no podía, pero él no se rindió y siguió meneándome hasta que pude coger el ritmo. Primero despacio, después más apurada y al final, tan rápido y duro como él quería.

Reconozco que, pese a mis reticencias, disfruté cada uno de los movimientos que hacíamos. Tenía el coño tan mojado y caliente que sabía que mi orgasmo estaba a punto de llegar. Al fin, conseguí ser yo la que dominase el momento y sudábamos tanto que mis gotas caían sobre su pecho. Me seguí moviendo y sentí algo en la vagina que me subía por el estómago, un

cosquilleo muy placentero. Sabía que era prelude de un orgasmo, pero no de uno cualquiera. Dios menudo orgasmo se avecina, pensé.

Seguí y seguí sin parar encima de Álex, con mis manos apoyadas en la pared para impulsarme mejor, y al final conseguí el mayor de los orgasmos de mi vida.

Él lo notó, me quitó la mordaza para que pudiera gritar y vaya si lo hice. Casi al mismo tiempo, él también se corrió y noté su semen inundándome la vagina. Confieso que esa fue una de las mayores sensaciones que había tenido jamás, poder dominar a un hombre desde encima de él, algo que hasta entonces nunca había hecho. Me veía poderosa desde esa posición y me sentía bien haciéndolo y disfrutándolo.

—Ves, el sexo duro te va a gustar tanto como a mí —me decía exhausto y casi sin aliento.

Por mi parte, mi respiración se recuperaba despacio. Me sentí rara en ese instante, había tenido un orgasmo increíble, fuera de lo normal, pero no había romanticismo cuándo follábamos. Ese día tampoco, no existió. Aunque la realidad era que me gustaba y empezaba a quererlo así siempre. Me había gustado lo que me había hecho, el daño en los pezones, el dolor con el vibrador... todo, y al final acabamos envueltos en un enorme orgasmo que quizás de no ser así, no lo tendría.

Los que tenía con él siempre eran con dolor, pero yo los gozaba de una forma muy intensa. Me había dado cuenta de que no éramos tan diferentes y que, poco a poco, nos compenetrábamos cada vez más. No solo había cambiado mi aspecto físico gracias a él, sino que también mi personalidad. Ya no era tan sumisa y el sexo lo veía de manera muy distinta. En muy poco tiempo, nos fuimos haciendo iguales, uno por el otro, y empezada a sentir por primera vez el significado del verdadero amor, que nada tenía que ver con lo que compartía con Ricardo. No entiendo cómo no me había dado cuenta antes.

Retiré los restos de cuerda que quedaban en mis muñecas y me dejé caer a su lado. Álex se levantó y encendió un cigarro. Creo recordar que era la una y cuarto de la madrugada. Decidí marcharme porque, aunque sabía que mi marido no se despertaría, lo mejor era no arriesgar. A regañadientes por tener que irme, fui al baño a lavarme un poco. Me senté en el bidé y abrí el grifo, el

agua fresca reconfortaba mi zona sexual, que me ardía por la fricción. Sentada allí, sentí que no quería marcharme, que quería quedarme con él para siempre. Era lo único que quería en esta vida, estar con Álex.

Cuando salí del baño, él aún estaba tirado en la cama, fumando y pensativo, y supuse que ya no se levantaría hasta el día siguiente. Como mucho me acompañaría a la puerta, porque se le veía muy cansado y con sueño.

Mientras me vestía, al coger mi camiseta de la mesilla de noche donde la había dejado, sonó algo en el suelo. Me agaché para recogerlo y me sorprendió descubrir que era un pendiente de oro con una piedra blanca en el centro. No me costó suponer que era de alguna mujer.

—¿Qué es esto? ¿Por qué tienes un pendiente? —le pregunté nerviosa y con mi voz empezando a temblar.

—No es nada, lo encontré en el patio y lo traje para casa.

Me contestó con absoluta tranquilidad, tanta que ni siquiera se pensó por un momento lo que debía decirme.

—¿Seguro, Álex? Si hay algo más dímelo y no pasa nada.

—No hay nadie más, ya no sé cómo decírtelo —en ese momento sí dejó ver que le molestaban mis preguntas.

Acabó de fumar y tiró la colilla por la ventana, así que dejé de agobiarlo y, aunque no volví a sacar el tema, no lo olvidé.

Nos despedimos con la ilusión de volver a vernos el lunes, cuando Ricardo estuviera trabajando por la mañana. Cuanto más tiempo pasáramos juntos mejor, pero aún no habíamos hablado sobre un posible futuro juntos. Sabía que era pronto, porque yo estaba casada y él buscaba trabajo para estabilizarse un poco. Pero yo estaba cada vez más enamorada y bajo ningún concepto quería perderlo o que mi matrimonio supusiera un problema que acabase por distanciarnos. Sentía que era mi única vía de escape en mi triste vida.

Debía tener paciencia, aunque me costase.

*Tú no te irás, mi amor, y si te fueras,
Aun yéndote, mi amor, jamás te irías.*

Rafael Alberti

El fin de semana pasó rápido y, aunque pensé mucho en el pendiente, no quise que me condicionara la relación con Álex. Si él me decía que no había nada ni nadie más, era porque no lo había, y si me decía que el pendiente lo había encontrado en el patio, era porque así había sido. Debía confiar en él y convencerme a mí misma de que no me estaba mintiendo.

El lunes siguiente amaneció soleado, el verano ya estaba a punto de entrar por la ventana para empezar a asarnos. No es un secreto que en Ourense se registran las temperaturas más altas de Galicia y, aunque se lleve viviendo allí toda la vida, resulta difícil acostumbrarse.

Yo no había vuelto a ver a Álex desde el sábado por la noche, cuando me dijo que el domingo trabajaría en sus jardineras y que, si le daba tiempo, pasaría por mi casa para arreglar las mías. También que por la tarde marcharía a ver un trabajo con un amigo.

Pero la realidad era que sus jardineras estaban intactas y no hubo movimiento alguno en su patio en todo el fin de semana. Las herramientas estaban igual que cuando las dejó el sábado y los sacos con tierra especial para plantas también, por lo que supuse que quizás se había marchado antes. Como habíamos quedado en vernos esa mañana después de irse Ricardo, esperaba que me contase qué había hecho el día anterior y en qué había quedado lo del trabajo.

Durante el desayuno, Ricardo me pidió que le cosiera la camisa del trabajo. Al parecer, un vecino había comprado un perro nuevo y, al entrar en la finca sin saberlo, se le había abalanzado. Todavía era un cachorro y no lo mordió, pero al intentar evitarlo se enganchó con una astilla de la puerta y

tenía descosida buena parte de la manga izquierda. Yo me reí al escuchar la anécdota y creo que él no le hizo mucha gracia. La verdad, nunca había destacado por su sentido del humor.

En cuanto acabé, volví para la cocina y lo acompañé a desayunar. La educación es lo primero y, aunque no tuviésemos vida matrimonial y en cierto modo también me daba pena, yo no era un monstruo. Le era infiel, lo reconozco, pero también humana. Ricardo estaba sentado a la mesa y tenía la radio puesta en la emisora de costumbre. A esa hora emitían las noticias. Al parecer habían encontrado a otra chica muerta en su piso en Vigo. Aún no sabían con exactitud todos los detalles, pero sí que estaban relacionados con la chica asesinada en Ponteareas días atrás. Decían que al mediodía ampliarían la noticia. Ricardo la escuchó en silencio y, al acabar, hizo un comentario que me puso los pelos de punta: «Hay un depredador suelto y, mientras no lo pillen, seguirá matando. Ya van dos, que sepamos, y a saber cuántas más hay y habrá en el futuro». Al oírlo, sentí un poco de miedo, pensando en todos los días que me quedaba sola en casa. Aunque teníamos vecinos y el propio Álex estaba al lado, aquellas chicas habían sido asesinadas en sus casas y no vivían aisladas.

Cuando Ricardo se fue a trabajar, esperé un poco por si volvía a casa. Así era como lo hacía siempre, dejaba pasar un tiempo prudencial por si se le olvidaba algo y regresaba a buscarlo. Mientras estaba en la puerta viendo cómo se iba, eché un ojo a la calle para comprobar quién andaba por allí. Álex y yo habíamos quedado en vernos, pero no en un lugar concreto, así que podía esperar su visita dentro de casa.

Veinte minutos más tarde, aún no sabía nada de él y decidí salir a echar la basura solo para buscar algún indicio de su presencia en la casa de al lado. Me fijé que no tenía su coche en el patio, así que no sabía dónde había ido, ni si iba a aparecer para nuestro encuentro.

Espere dos largas horas más. Era la primera vez que Álex faltaba a una de nuestras citas y me temí que le hubiese ocurrido algo. Sin embargo, no podía hacer nada. Si conociese sus apellidos, podría llamar a los hospitales, pero la realidad era que ni siquiera sabía su teléfono para llamarlo. Quizás estuviera exagerando, pero la espera me consumía, porque cada vez que nos veíamos lo

hacíamos con muchísima ilusión y él se había mostrado encantado de quedar para vernos ese lunes. Así que, si no le había pasado algo, ya podía tener un buen motivo para haberme dado plantón.

Llegó la hora de regresar Ricardo y yo estaba con un ataque de nervios, pero tenía que contenerme delante de él y disimular. Ese día preparé churrasco con patatas asadas, un plato sencillo y que no requería mucho tiempo, porque estaba tan intranquila que no hubiese acertado con algo más complejo. Además, se me había cerrado el estómago por completo y no tenía hambre.

Durante la comida, no pude evitar pensar en los besos de Álex. Estaba segura que su plantón no había sido intencionado y eso era lo que más nerviosa me ponía.

En algún momento, Ricardo me preguntó si no comía, y yo, con las manos entrelazadas a la altura de mi cara, le mentí diciendo que había desayunado tarde y que no tenía demasiada hambre. Por esa razón, me centré en la televisión y las noticias que estaba dando. Al acabar con la actualidad política del país, pasaron al caso de la chica que habían encontrado muerta ese día. Al parecer se había inundado el local comercial que se encontraba debajo de su piso y, después de llamar a la puerta varias veces, los dueños decidieron ponerse en contacto con el casero para que solucionara el problema. Este, al no conseguir localizar a la inquilina, usó unas llaves que tenía guardadas y se encontró con el cadáver. Era en la calle Barcelona, cerca de la Plaza de España, en pleno centro de Vigo. Estaba muerta en la bañera, desnuda, con signos claros de haber sido torturada y con la casa inundada al seguir abierto el grifo.

Todos decían que era una chica muy querida y amable y que apenas tenía treinta años. Vivía sola y trabajaba de limpiadora en un centro comercial cercano. Nadie había escuchado nada ni había visto a su atacante y, según la Policía, este ataque parecía estar relacionado con el ocurrido en Pontearreas varios días atrás, por las grandes similitudes que presentaban las víctimas.

—Ya lo dije yo, a saber cuántas más hay y habrá en el futuro —soltó Ricardo, mientras recogía su plato.

Me quedé pensando en los padres de esas jóvenes, en la tristeza que debían de estar pasando, pero sobre todo, otra vez en los días que yo estaba

sola en casa durante horas. Reconozco que sentí un poco de miedo y más al ver que Álex seguía sin aparecer. A partir de ese momento, mi mente desconectó de las noticias y volvió a centrarse en él.

Tras el almuerzo, Ricardo regresó al trabajo y pensé que sería una buena idea salir a dar una vuelta y aprovechar para ir al bar donde solía comprar tabaco, con la vaga esperanza de verlo allí.

Tenía sentimientos enfrentados. Por un lado, me notaba enfadada y por otro, estaba preocupada. Eso significaba que, cuando volviese a verlo, no sabía si le gritaría hasta desahogarme o lo besaría como nunca. Aunque la peor opción sería que me lo encontrase en el bar tan tranquilo y tratando de ligar con la camarera. En ese caso, querría matarlo, pero no podría decirle nada allí o los amigos de Ricardo se darían cuenta. De todos modos, quería salir de dudas.

Salí apurada, solo con las llaves de casa, puesto que el coche se lo había llevado mi marido. Cuanto más me acercaba al bar Punto y Seguido más nerviosa me ponía. Solo con pensar en la posibilidad de encontrármelo con aquella camarera a la que según Ricardo le gustaban los hombres maduros, me ponía enferma. Esa mocosa no conseguiría arrebátarmelo, aunque quisiera, porque yo no se lo iba a permitir. Ella no podría darle ni la décima parte de lo que yo le daba. Me di cuenta de que era la segunda vez que acudía a ese bar y las dos veces de mala leche. Tenía claro que no iba a entrar, solo pasar por delante para comprobar a través de la cristalera si Álex estaba allí. O si tenía el coche aparcado por los alrededores.

No pasó ni una cosa ni la otra. En cuanto llegué, no encontré ni rastro de Álex y, tras dar la vuelta a la manzana de enfrente, también confirmé que no estaba su coche. Eso me perturbó aún más. ¿Dónde narices se había metido?

Decidí volver a casa y esperar.

La espera me consumía, el no saber dónde estaba ni por qué no había acudido a nuestro encuentro me atormentaba. Empezaba a perder la confianza en él. Mi vida de casada era una mierda y lo que deseaba era cambiar, pero a mejor. Álex no se estaba portando del todo bien y yo comenzaba a pensar que, quizás, viendo cómo actuaban tanto uno como otro, ninguno me convenía.

La tarde pasó con lentitud y yo seguía sin entender nada. Llegó la noche y

con ella mi marido. Vuelta a empezar. Sus ronquidos en mi oreja y mi nerviosismo a flor de piel. Me levanté, miré por la ventana y nada, ni una luz, ni su coche en el patio, ni el propio Álex, que a saber dónde andaría. Pensé que quizás podría estar con alguna que le diera lo que yo no había sabido darle, aunque en realidad, de mí había tenido todo lo que él había querido y necesitado, al margen de la limitación de estar yo casada.

A las siete de la mañana empezaron a asomar los primeros rayos de sol del martes y me levanté para observar de nuevo su patio, pero seguía vacío. Solo un poco después se levantó Ricardo, porque tenía compañeros de vacaciones y le tocaba hacer trabajo doble. Me alegré de la circunstancia, puesto que así estaría más ocupado con el trabajo y menos tiempo en casa.

Pero la cuestión era que lo que prometía ser una semana interesante, se convirtió en una inmensa desesperación. No podía creer que Álex hubiera pasado de mí así, sin más, y menos después de todos los momentos íntimos que habíamos tenido; las risas, el buen sexo, la complicidad para encontrarnos... Todo para nada. No podía creerlo.

Me fui apagando hasta que mi alma se quebró como hace un cubito de hielo cuando cae al suelo. Así me sentía yo. Volví a no arreglarme y regresé a los días de estar metida en casa como una vieja decrepita y salir a la calle vestida de cualquier manera y solo para lo imprescindible: comprar en el supermercado más cercano. No hacía más de una semana que Álex me decía que estaba impresionante y que me parecía a Marilyn Monroe, y tan solo unos días después lucía unas ojeras que provocaban que ni yo misma me reconociese en el espejo. Mi patética vida se hundía de nuevo tras estar un breve espacio de tiempo en lo más alto de la ilusión y esperanza. Me sentía abandonada. Tirada como basura. Utilizada.

Aquella semana se agotó a pesar de que amenazaba con durar siglos.

El lunes de la siguiente comenzó con una ya familiar noticia de última hora en la radio. Otra chica, otro cuerpo con los mismos síntomas que las dos anteriores, aunque por entonces a mí ya no me importaba el miedo de pasar mucho tiempo sola. Esta vez había sido en Ribadavia, en una pequeña casa cercana a la gasolinera que se encuentra a la salida de la autovía A55. La habían encontrado sus padres, después de que esta no les abriera la puerta tras

haberlos invitado a que cenasen con ella la noche del domingo. Los padres, incrédulos, no daban crédito a que su hija no les abriese y accedieron al interior de la casa por una ventana. El cadáver de la mujer, de treinta y seis años, estaba en la bañera, desnuda, con signos de estrangulamiento y con el grifo manando agua.

Darían más detalles en las noticias del mediodía.

¿Pero qué coño estaba pasando? En muy poco tiempo iban tres mujeres asesinadas del mismo modo. No se hablaba de otra cosa en las calles y la gente estaba muy preocupada. Había un asesino en serie, de eso no cabía duda, y mucha preocupación, sobre todo en las mujeres que vivían solas. La Policía no tenía pistas y nadie podía asegurar que no le hubiese echado ya el ojo a su siguiente víctima.

Eran las once de la mañana y, como los días anteriores, yo estaba en casa agonizando por la ansiedad de no saber nada de Álex. Le había comentado a Ricardo a principios de año la idea de tener internet en casa. A él no le fascinaba en absoluto la idea, pero me había dado la sensación que había conseguido medio convencerlo, argumentando mi soledad y el aislamiento social que sufría al vivir tan apartados. Me dijo que se lo pensaría, ya que sería un gasto más en casa. Yo se lo había propuesto pensando en que sería una buena vía de escape para evadirme de la insufrible vida que tenía antes de conocer a Álex, pero meses más tarde, me venía bien para informarme de temas más relevantes: cómo divorciarse, búsqueda de empleo y cosas de ese estilo. Además, con la tarifa, contaría con teléfono móvil y sentía que así tendría más libertad para llamar a Álex o enviarle mensajes. Nunca más volvimos a hablar de ese tema, por lo que deduje que lo había esquivando.

Me preparé una taza de café y, con ella en la mano, observé de nuevo la calle por la ventana. Todo estaba tan tranquilo como siempre. No se movía ni una hoja de los árboles. Le di un sorbo a la taza, dos, tres... y en ese instante, una sensación extraña invadió mi cuerpo. Una especie de reacción o escalofrío, unida a un ruido en el exterior. Y al mirar para fuera, ¿quién aparece con su coche? ¡Álex! Ni me inmuté. Seguí bebiendo el café, a la vez que observaba cómo entraba en el patio, se bajaba del coche y se dirigía a la parte trasera. Después regresó y abrió el maletero para sacar la mochila de

gimnasio que ya le había visto con anterioridad. Esa mochila me podía dar algunas respuestas, sabía que sí, por intuición o por lo que fuera, pero presentía que así sería.

Álex entró en su casa, cerró la puerta y yo esperé a que viniese a la mía y me diera algún tipo de explicación. Pero no lo hizo. Así que supuse que estaría cansado de hacer sabe Dios qué y en dónde y se había echado a dormir. Me mantuve tranquila el resto de la mañana, porque al menos ya lo tenía localizado y eso, en cierto sentido, me daba seguridad. Supongo que se me podría llamar estúpida, o ingenua, o soñadora, pero me reconfortaba saber que de nuevo estaba a solo unos metros de mí.

Había regresado.

Cuando Ricardo llegó, nos sentamos a comer, encendimos la televisión y, al rato, empezaron las noticias. Si en el anterior asesinato, la crónica política se impuso en relevancia a la noticia de la chica de la bañera, en este, el caso ya abrió el Telediario. Se ve que cuando se alcanzan las tres muertes consecutivas con el mismo patrón, al responsable le cuelgan el cartel de asesino en serie y eso le otorga una categoría especial y una absoluta prioridad en los noticieros. Y sí, este caso de Ribadavia no difería en nada de los dos anteriores. Ningún vecino había visto ni escuchado nada, la fallecida rondaba la treintena y tenía un trabajo de lo más normal, era empleada de la gasolinera y había salido del turno de noche.

La Policía emitía un nuevo llamamiento a la colaboración ciudadana, junto a un número de teléfono gratuito para quien pudiese dar algún tipo de información o pista.

Ricardo, atento a la noticia en todo momento, se mantuvo callado. Yo lo observaba a la espera de que soltara un más que previsible «te lo advertí, y habrá más», pero no dijo nada. El silencio reinó en la toda la casa hasta que sonó el teléfono, casi al final de la comida. Era su hermana Sofía y, nada más responder, se enzarzaron en una nueva discusión por los papeles que tenían pendientes de firmar. Se ve que la pobre mujer estaba deseando vender las propiedades que les había dejado su madre. Eso y que Ricardo le cediese su parte, claro, y todavía no había asumido que su hermano no estaba dispuesto a ello.

Desde la cocina, pude escuchar cómo Ricardo le decía que pediría la mañana del miércoles en el trabajo para poder ir al notario. Qué agobio de mujer, era tediosa en todos los sentidos. Por no contar que siempre llevaba a su marido, el calzonazos, ejerciendo de perrito faldero a su rabo. Pensé que a Sergio le vendría bien buscarse una amante, como había hecho yo, para conseguir que su matrimonio fuese más llevadero. Estar casado con esa mujer por fuerza tenía que ser difícil de soportar para cualquier ser humano.

Al acabar de comer, me fui para el salón y los dejé discutiendo al teléfono. No encendí la televisión, no puse la radio, ni cogí revista alguna para leer. Tan solo me quedé en silencio, pensando en las mujeres asesinadas. En toda España no se hablaba de otra cosa. El último informe policial indicaba que no solo vivían solas, sino que también tenían un parecido físico increíble; todas eran morenas y con algunos kilos de más, por lo que las mujeres de esas mismas características estaban aún más asustadas.

El miedo estaba servido. Yo pensé, de forma inocente, que dado que había adelgazado por lo menos dieciocho kilos en los últimos meses y me había teñido de rubia, estaría a salvo de esas garras fetichistas que buscaban mujeres gordas y morenas. Además, por lo que decían los investigadores, el asesino tenía que ser una persona conocida por las víctimas, ya que las puertas de las casas no estaban forzadas y tampoco había signos de pelea dentro de las mismas, y yo no iba a dejar entrar a alguien así en mi casa.

Estirada sobre el sofá, también intenté entender la actitud que había tenido Álex, pero no llegué a ninguna conclusión relevante. Algo me decía que me necesitaba, que debía estar ahí para él, pero todavía me quedaba descubrir por qué y para qué.

Después de mucho pensar, tomé la decisión de que, como él no me iba a confesar la verdad, tendría que entrar a escondidas en su casa para averiguar por mí misma lo que quería saber. En el fondo, sabía cómo hacerlo y solo necesitaba esperar a la próxima ocasión en que se ausentase por un tiempo prologado.

Había varias cosas en él no me cuadraban. Tanto el pendiente como su misteriosa ausencia, todavía no justificada, me indicaban que algo no marchaba bien. Pero la explicación no tenía por qué llevar nombre de mujer y,

de hecho, dentro de mi cabeza cuadraba más la idea de que estuviese metido en algo oscuro. Así que decidí que adoptaría una posición neutra cuando nos viésemos y que no lo agobiaría. Es decir, no le reprocharía haber estado ausente sin avisarme, ni discutiría con él, aunque tampoco le demostraría que no me había importado su espantada, porque si lo hiciera, quizá sospechase que estaba tramando algo.

Álex era una persona extraña y cada día me daba más cuenta de ello. Sabía que el amor que sentía por él no me dejaba valorar de manera objetiva su forma de actuar para poder deducir qué secretos escondía, pero yo estaba dispuesta a descubrirlos con mis investigaciones.

Aquel día esperé durante largas horas a que Álex acudiera a mi casa para darme una explicación, pero no lo hizo y yo tampoco fui a la suya. Podría haberme acercado por la tarde, mientras Ricardo trabajaba, pero preferí que no, porque pensé que ya iba siendo hora de dejar de arrastrarme, aunque las ganas me ardiesen por dentro y casi no me dejaran respirar.

Lo mío era limerencia en estado puro, por su amor extraño, por estar con él a pesar de sus sospechosas salidas y ausencias, y por la necesidad que sentía de que fuese mío, pero tenía que luchar contra ella para mantener mi dignidad. Por lo tanto, intenté seguir con mi vida de la forma más natural posible, aunque sin descuidar nada de lo que había ganado hasta entonces. Seguiría bajando de peso y manteniendo mi físico lo más bonito posible y dejaría atrás la desidia y la pereza que había sentido la semana anterior y me volvería a preocupar por mí.

Con el inicio de la semana, el verano había entrado con fuerza por las puertas de la ciudad de Ourense y, desde muy temprano, brillaba el sol y el calor imponía su ley. Los más mayores se hidrataban y se dirigían a cada rincón donde habitase una sombra, las mamás protegían a los más pequeños con viseras, sombrillas incorporadas en los carritos y cremas que evitasen que se quemara su tierna piel y todos evitaban salir a la calle en las horas centrales del día.

El martes decidí ir al supermercado por la mañana temprano, porque ya no aguantaba más la tensión y necesitaba evadirme un poco. Me resistía a pensar en Álex y preocuparme por lo que estuviese haciendo. Compré lo que

necesitaba, que era poca cosa, la verdad. Cuando ya regresaba a casa, me fijé que mis vecinas estaban reunidas en una esquina de la calle. Al pasar a su lado, les di los buenos días sin pararme y me fijé que hablaban de las mujeres que habían aparecido asesinadas. La verdad, ese tema no me afectaba en absoluto. Quizás al principio un poco, pero cuando algo se vuelve habitual, aunque sea una desgracia, dejas de prestarle atención. Además, había demasiadas cosas de mi interés en las que ocupar mi cabeza como para distraerme con la suerte que hubiesen corrido unas desconocidas. Hipocresía, la justa.

Al sobrepasarlas, noté cómo habían bajado el tono de voz y sentí sus ojos clavados en mi espalda. Pensé que quizás les había llamado la atención mi bajada de peso, pero una de ellas tuvo la educación de dejar atrás el murmullo y acercarse a mí para saludarme. Se llamaba Olga y estaba casada con un compañero de trabajo de Ricardo. A diferencia del resto, era bastante maja y discreta, algo que siempre me gustó de ella. Pero lo que no me gustó fue lo que me soltó en cuanto me alcanzó.

Después de saludarme, Olga me preguntó por mi marido y por cómo nos iban las cosas. Hacía tiempo que no me veía y más todavía que no hablábamos un rato. Tras los saludos de cortesía, se quedó callada un momento, me miró con temor y vergüenza y luego bajó la cabeza, como si estuviera pensando cómo decirme algo que no se atrevía. Al final, volvió a mirarme directa a los ojos:

—Oye, Clara, sé que no es asunto mío y no quiero ser indiscreta o que te parezca mal lo que te voy a decir, pero la semana pasada te vi desde la calle en la casa de tu vecino. Se te podía ver en una de sus ventanas de madrugada. Sé que esto te está pareciendo incómodo, pero para nada es mi intención. Sean cuales fueran los motivos por los que estabas allí, a mí no me importan, pero quizá deberías tener algo más de cuidado la próxima vez, ¿vale?

Me quedé petrificada, helada. Olga era la mujer de un compañero de mi marido y me había visto en la casa de Álex por la noche y quién sabe si haciendo algo comprometido. Me recordó la conveniencia de tener más cuidado con mis salidas a la casa vecina. No había sido del todo consciente de que en la zona donde vivíamos había ojos en las paredes y que en un

vecindario cotilla hay quien nunca duerme. Pensé que lo tenía todo bajo control, pero no era así en absoluto.

Cuando Olga acabó de hablar, intenté responderle, pero las palabras no me salieron. Quería darle cualquier explicación tonta que se me ocurriese para salir del paso, pero no fui capaz. No solía quedarme en blanco con tanta facilidad, pero bajo ningún concepto contaba con aquello. Empecé a tartamudear y hasta noté que me faltaba el aire de lo nerviosa que me puse. Por suerte, ella me ayudó a sentirme mejor.

—No es asunto mío. Clara, por mí no te preocupes y no se lo he contado a nadie ni lo haré, pero ten más cuidado. Ya sabes dónde vivimos y cómo son las mujeres del barrio.

Se despidió con un «cuídate» y volvió como si nada a donde estaban las demás. Yo cogí mis bolsas de la compra y me fui hacia mi casa. Pensé que el hecho de que Olga hubiera venido a hablar conmigo y a decirme que me había visto en casa de Álex había sido un aviso, pero sobre todo, tenía que suponer un punto de inflexión. Necesitaba hablar con Álex y aclarar las cosas de una vez. Necesitaba saber si íbamos en serio, habría algo más entre nosotros, o si por el contrario, yo solo era un pasatiempo en su vida.

Confiaba en que Álex me quisiera en su vida, pero en el supuesto de que no me gustase su respuesta, le diría adiós y seguiría con mi vida. Eso sí, seguiría adelante en mi idea de divorciarme de Ricardo. Era absurdo seguir juntos, al menos por mi parte, porque no lo quería ni sentía atracción por él. Entonces, ¿para qué seguir? Él era la razón de mi infelicidad, algo que ya no quería en mi vida, y yo me merecía vivir a mi manera.

Me mantuve callada todo el tiempo que duró la comida y la sobremesa. Ricardo tampoco hablaba en casa, a diferencia de las largas charlas que tenía con sus amigos. A veces me preguntaba qué estaría pensando cuando lo veía tan callado, e incluso llegué a preguntarme alguna vez si él sería tan infeliz como yo en nuestro matrimonio. Su apetito sexual por mí se había desvanecido hacía mucho, pero nunca me preocupé por si tenía una amante. Cabía esa posibilidad, pero no hubiese apostado por ella. Como dije al inicio, a Ricardo le gustaba masturbarse viendo películas y creo que con eso le bastaba para cubrir sus necesidades. Y en todo caso, su indiferencia conmigo no era algo

que me preocupase, puesto que así ni me tocaba.

Antes irse a trabajar, me recordó de un modo tranquilo y suave que al día siguiente iría al notario y que era probable que su hermana y su cuñado se quedasen a comer en casa. Es decir, me lanzó la indirecta de que tendría que cocinar para los tres. No tenía ganas de pensar en eso, así que le dije que vale y se fue.

En cuanto se cumplió el tiempo de seguridad que me había autoimpuesto, me quité el delantal, subí a la habitación y me arreglé un poco. Iba dispuesta a echarle un sermón a Álex. Aunque no quería parecer despechada, necesitaba saber sus intenciones conmigo. No quería que me dijese dónde había estado esos días, ni quería explicaciones ni disculpas, solo escuchar de su boca si lo nuestro era real y si tenía futuro.

Fui directa al muro desde donde podía acceder a su patio a salvo de miradas indiscretas. Me acerqué poco a poco, avancé lo más pegada a la pared a su casa y llamé a la puerta tres veces con el puño. Él abrió un par de segundos después. Estaba desaliñado y con unas ojeras enormes. Se notaba que llevaba noches sin dormir. Su cara era la de un hombre cansado y abatido. Me quedé mirándolo de arriba abajo. Él se apartó un poco para dejarme la entrada libre y que pudiese pasar.

Cerró la puerta tras de mí, agachó la cabeza al mismo tiempo que se tapaba la cara con las manos y se echó a llorar. Yo no entendía nada. Sin embargo, lo abracé lo más fuerte que pude. Mi instinto me decía que era lo que tenía que hacer en ese momento.

Nos dejamos caer en el suelo sin soltarnos y él colocó su cabeza en mi regazo. Después, se encogió hasta quedar en posición fetal. Aquello fue suficiente para despejar mis reticencias, era evidente que me necesitaba y que sí, que íbamos en serio. Éramos el uno para el otro, de eso no había duda.

Su llanto amargo y su desesperación me hizo ver que él necesitaría tiempo para contarme sus problemas y que yo, como su pareja, tenía que comprenderlo y apoyarlo en lo que fuese. Le dije que todo iba a salir bien, porque pensé que era lo que necesitaba escuchar, aunque la realidad era que no tenía ni idea de qué le ocurría, ni cuál era el motivo de sus lágrimas. Pero se lo repetí una y otra vez, al mismo tiempo que le acariciaba su pelo.

Pretendía calmarlo, aunque él no dejaba de decirme que era un monstruo y que no merecía vivir. No hice caso a esa declaración, pensé algo tan simple como que estaba atravesando una mala racha.

Nos mantuvimos abrazados durante largos minutos, nuestro calor corporal era morfina para nuestras penas, para nuestras dudas, frustraciones y fracasos. Los dos teníamos el alma rota, pero desde ese día, por lo menos, ya nos teníamos el uno al otro para consolarnos. Yo era suya desde hacía tiempo, pero acababa de obtener la confirmación de que él también era mío.

Álex lloró sin cesar todo el tiempo que estuvimos en el suelo. Al cabo de un rato, me miró con esos preciosos ojos azules y me dijo que estaba muy cansado y que necesitaba dormir. Le respondí que lo entendía. Me ayudó a levantarme y luego me pidió que durmiese un rato con él.

—Claro que sí —le dije, seguido de un largo suspiro.

Subimos a la habitación y nos dejamos caer en la cama, entrelazados como dos almas en pena. Puse mi cabeza encima de su hombro, casi en el pecho y pude escuchar el latir de su corazón cuando él empezó a dormitar. Por un instante, tuve la necesidad de llorar para sacarme toda la tensión que había acumulado durante esos días sin él, pero no lo hice.

Al cabo de un rato, yo también me quedé dormida. Fue un momento indescriptible, por fin lo tenía entre mis brazos y era lo único que necesitaba.

Nos despertamos un par de horas después. Yo lo abrazaba por detrás y comencé a acariciarle la espalda, suave, con mi mejilla apoyada en su omóplato. Álex se notaba más relajado, pero me susurró algo que no logré entender.

—Álex, no te entiendo ¿Qué dices, amor?

—Lo siento, Clara, lo siento mucho —me dijo aún de espaldas a mí.

—No tienes que pedirme perdón. Sea lo que fuese que haya ocurrido, no pasa nada. Estoy aquí para ayudarte —le dije con suma ternura.

Sin embargo, dentro de mí temía que me dijera que había estado con otra mujer, aunque sé que si así fuese, lo perdonaría porque estaba locamente enamorada de él.

Álex se dio la vuelta, se puso de cara hacia mí, me cogió de las manos y las apretó con fuerza y les dio un largo beso.

—Clara, siento no prestarte la atención que te mereces, siento no estar ahí cuando me necesitas y siento mucho no corresponderte como te gustaría que lo hiciera. Pero tengo una vida muy complicada que tú jamás entenderías —dijo esquivando mi mirada.

—Dímelo Álex, sea lo que sea, yo nunca te dejaré y aceptaré cualquier traspies, o cualquier barrera que se interponga en nuestro camino.

—Lo sé y por eso te quiero tanto. Juro que te quiero como nunca quise a nadie y eso me da miedo. Tengo miedo al fracaso, miedo a que no me entiendas, miedo porque nunca sentí por nadie lo que siento por ti, ¿entiendes? Te he estado esquivando para no enamorarme de ti, pero me das todo lo que necesito de una mujer y eso me hace muy feliz. Pero hay algo que no sabes de mí y temo que, cuando te enteres, me odies, me repudies y no quieras volver a verme. Y yo no quiero estar sin ti, Clara.

—Dímelo, por favor, necesito saberlo —le pedí con voz angustiada.

Estaba empezando a ponerme nerviosa de verdad.

—No, no por ahora. Pero lo sabrás, tranquila. Aunque te advierto que es un pasado que me atormenta desde hace tiempo y no encuentro solución para remediarlo, por eso cambio de ciudad a cada paso y me convertí en una especie de nómada sin residencia fija. Pensé en quedarme aquí y echar raíces, porque me gusta mucho esta zona. Es tranquila y poco transitada, además de que estás tú aquí. Pero mi pasado me persigue y me atormenta. Necesito escapar para evadirme y necesito ayuda. Te prometo Clara, que las cosas van a cambiar. Pondré todo de mi parte para hacerte feliz y que no te vuelvas a sentir mal por mi culpa.

—Tranquilo, cuando encuentres el momento oportuno, si quieres me lo cuentas. ¿Sabes que te quiero, verdad? Y por eso mismo haré por ti lo que haga falta y lo que esté en mis manos para que te sientes mejor. Solo tienes que pedírmelo. Jamás te dejaré.

Le sonreí vagamente. Una sonrisa forzada, ya que los sentimientos estaban a flor de piel.

—Ahora me tengo que ir, Álex. Mañana Ricardo no va a trabajar, tiene que ir al notario, así que si quieres me paso cuando se vayan él y su hermana por la mañana.

—Está bien. Aquí estaré esperándote, preciosa.

Esas palabras me las dijo con la sonrisa más bonita que pude ver en mi vida, incluso parecía un hombre diferente al que había conocido.

Me levanté de la cama, no tenía que vestirme porque no me había quitado la ropa. Él permaneció acostado y me dijo que seguiría durmiendo, pero que primero se fumaría un cigarro. Me agaché para darle un enorme beso en los labios de despedida, tan tierno como el momento que acabáramos de pasar. Esos minutos se quedarían gravados en la retina de mi memoria para siempre. Había sido su primer «te quiero» hacia mí, esas palabras que tanto deseaba escuchar. Me alimenté de ellas, me llenaron el alma.

Me fui para mi casa con la extraña sensación de que aquel lugar al que me dirigía ya no era mi sitio en el mundo, y mucho menos, mi hogar. Mi lugar estaba junto a Álex, él me necesitaba y yo lo necesitaba a él. Ese pasado que lo atormentaba, no me alejaría ni un segundo de su presencia.

Todo lo contrario, estaba con él a muerte.

*El miedo es inevitable, tengo que aceptar eso,
pero no puedo permitir que me paralice.*

Isabel Allende

Cuando llegué a casa, mi cabeza no paraba de dar vueltas. Tenía la mente saturada y era un tiovivo de emociones por Álex, por Ricardo y por mí. Si algo estaba claro era que tenía que romper con mi marido y que no podía seguir con él de ningún modo. Estaba enamorada de otro hombre y ese era un motivo suficiente por sí mismo para separarme. Solo necesitaba que Álex me dijera «ven» y yo me iría con él sin pensarlo, pero no quería dar pasos en falso. Debía jugar bien mis cartas para no salir dañada en ningún sentido, ni en el aspecto emocional ni en el económico. Así que traté de definir posiciones. Por un lado, mi deber como amante era estar con Álex, brindarle todo mi apoyo y cariño para no perderlo; eso estaba claro y era lo que quería. Por otra parte, como esposa que se quería separar de Ricardo, lo que necesitaba era anticiparme a los acontecimientos. Es decir, estudiar bien la manera de afrontar mi divorcio para poder quedarme con la casa o, como mínimo, conseguir que Ricardo tuviera que comprarme mi parte por un precio justo. De esa manera, me aseguraría un respaldo económico con el que afrontar el futuro.

Confieso que jamás había pasado por mi cabeza la idea de separarme, pero a esas alturas era lo mejor. No quería seguir alargando aquello de ser una amante, quería ser mucho más. La mujer de Álex.

Requeriría tiempo, pero obtendría mi victoria.

Sentada en la cocina, recordé el día que le había dicho a Ricardo lo de conectar internet en casa y cómo él había esquivado la propuesta de manera hábil. Y no, yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar y mucho menos en esa situación. Así que cogí el teléfono fijo y llamé a varias compañías telefónicas

antes de que él llegara. Quería escuchar varias ofertas para después decidir. La idea era encontrar una a buen precio que incluyese la conexión a internet en casa y un teléfono móvil, algo que tampoco había tenido nunca en mi vida, ¡en los tiempos que estábamos!

Al final, me decidí por una compañía muy conocida y que me ofrecía buena cobertura con una de las tarifas más baratas. Al acabar de dar todos mis datos, incluidos los de cobro, les pregunté cuándo me conectarían la línea. Me dijeron que se pasarían al día siguiente por la tarde entre las cinco y las siete. Qué rápido, pensé.

A saber la de cosas que me había perdido por esperar a que Ricardo me diera permiso. Y ya no solo en eso, si no en muchas más cosas también. Pero era el momento de mirar hacia adelante y dejar que las malas decisiones que me habían llevado hasta donde estaba dejasen de tener importancia. Había estado esperando durante meses a que mi marido me diera una respuesta como si yo fuera una pertenencia suya, pero ese día me liberé de la dependencia y decidí por los dos. En caso de que estuviese en desacuerdo al enterarse, intentaría convencerlo sobre la marcha. Pero eso sí, nos pusiésemos de acuerdo o no, Internet se quedaba.

Cayó la noche y mi desesperación y mi confusión siguieron presentes. Ricardo roncaba a mi lado en la cama, supongo que por lo cansado que era su trabajo y también por los kilos de más que tenía. Durante el día no le había dicho nada de la instalación de internet ni de que iba a tener un teléfono móvil disponible para mí. Preferí que se enterase en el momento en que lo viera, quizás por miedo o tal vez por no querer escuchar cómo me reprochaba cosas injustas. O poniéndome en lo peor, para no darle la oportunidad de que me obligase a anular el contrato.

Pero lo que de verdad no conseguía sacarme de la cabeza era el llanto amargo de Álex, que me había partido el alma, y las posibles razones que podían haberlo provocado. Por más que lo intentaba, no lograba enlazar las piezas del puzle que le llevaban a tener unos cambios de actitud tan acentuados. Eran muchas las preguntas y ninguna respuesta. Pensé que quizá debería forzarlo a ser claro conmigo, pero me di cuenta de que los resquicios de mi personalidad sumisa no me permitían colocarlo entre la espada y la

pared. Así que no me quedaba otra opción más que esperar.

No hacía más que dar vueltas en cama y suspirar. Suspiros de dolor, de tormento e incertidumbre que me impedían conciliar el sueño. Álex estaba a tan solo unos metros de mí y yo no podía ir a su encuentro.

Después de varias horas en vela, me levanté y eché un ojo por la ventana para comprobar si había algún movimiento en su casa, pero todo se veía oscuro y en silencio. Un silencio tormentoso, que dentro de mí provocaba un torbellino de emociones demasiado ruidoso. Al final, opté por tomarme un somnífero, de los que usaba a veces Ricardo y que eran capaces de tumbar a un caballo. Cuando volví a la cama, me quedé dormida en solo un par de minutos.

Al día siguiente, fue Ricardo el que me despertó. Cuando abrí los ojos por primera vez, ya estaba vestido y su hermana venía de camino. Me preguntó si me encontraba bien, ya que eran casi las once y media y todavía no me había levantado. Le dije que sí, que no me ocurría nada. Antes de marcharse, le pregunté si su hermana vendría a comer y él me contestó que no lo sabía con seguridad, pero que preparase algo para todos, por si al final se quedaban. En ese momento, pasó por mi mente Álex y que me estaría esperando. ¡Mierda!, pensé aún medio dormida, no tendré mucho tiempo para estar con él. Que mis cuñados viniesen a comer suponía un grave contratiempo para disfrutar de Álex. No solo el hecho de tener que cocinar para todos me restaría minutos con él, sino que además, daba por hecho que no tardarían en regresar del notario y quería estar en casa cuando llegasen.

Así que me puse las pilas y bajé a la cocina. Coloqué el mantel sobre la mesa, con cuatro platos, cuatro vasos y los cubiertos. Lavé un par de cacharros que habían quedado en el fregadero de la noche anterior y puse encima de la cocina una olla con agua y sal, aunque sin encender. Así, cuando llegase de casa de Álex, solo tendría que encender el fuego. Más rápido, imposible. Había recordado una receta muy fácil, que se llama Fettuccine Alfredo y consistía en pasta con nata, queso parmesano y mantequilla. Lo dicho, fácil, rápido y además estaría riquísimo.

La verdad, tampoco quería dedicar más tiempo a cocinar para mi cuñada y su marido. A Sergio le había chupado la personalidad su mujer hacía años y ya

no quedaba nada del hombre que había sido antes de casarse. En cierto modo, creo que él y yo nos parecíamos en eso, aunque ya en nada más. A diferencia de él, yo había cambiado en no permitir que mi personalidad siguiese anulada. Esperaba que mi cuñado, cuando yo ya estuviera lejos de esa familia, se fijase en mí y decidiera hacer lo mismo. Que yo fuese un espejo donde mirarse para darse cuenta de que él, al igual que había hecho yo, también podía dejar atrás su relación tóxica. De lo contrario, acabaría mal, muy mal.

Dejé los ingredientes sobre la encimera y subí a la habitación. Me vestí de forma casual, sin maquillar ni nada, y sin peinarme siquiera. Salté el muro y llamé a la puerta de Álex agazapada por si alguien me veía desde la calle. Él tardó en abrir más de lo normal. Después de varios intentos, sentí unos pasos apurados y torpes tras la puerta, bajando las escaleras. Pensé que lo más seguro era que se hubiera quedado dormido como yo. Apareció frente a mí con los ojos entreabiertos por la claridad del sol.

—Buenos días, dormilón —le dije sonriente.

—Buenos días, Clara. Aún estaba en la cama. Pasa.

Sus palabras me sonaron cansadas, no sé si porque estaba medio dormido o por algo más.

Al entrar en la casa, pude notar olor a alcohol. Le pregunté si había estado bebiendo y me contestó que sí, que a mitad de la noche se había levantado a tomar unas cervezas que tenía en la nevera porque no conseguía dormir. Cuando llegamos a la cocina pude observar que había latas por todas partes y me di cuenta que ese «unas cervezas», en realidad, significaba «muchas cervezas». Pero no quise insistir en el tema, porque lo que él necesitaba en ese momento era un buen café, y yo tanto como él.

—¿Te hago un café, verdad? —me preguntó en medio de un largo bostezo.

—Sí, por favor. Yo también estoy media adormilada y me espera un día largo por delante —contesté hacia el suelo, sin mirar a ningún punto fijo—. Espero que el café me despierte.

Le expliqué que Ricardo y su hermana se habían ido a hacer recados y supongo que entendió a la perfección que eso implicaba que yo tendría que cocinar para todos. Se mantuvo en silencio mientras preparaba los cafés. Qué bien te sientes cuando alguien te prepara el desayuno, aunque sea solo un

simple café. Con él me sentía feliz en todos los sentidos. Lo observé mientras recogía las latas y las tiraba en el cubo de la basura, tan delicado pero a su vez con ese ímpetu que le imprimía esa personalidad tan fuerte. Me resultaba único, aunque fuese haciendo algo tan simple como tirar algo a la basura.

Me puso el café delante, en la mesa, se agachó y me dio un beso con el que yo no contaba. Tenía los labios calientes y con sabor a tabaco. Se sentó delante de mí con su taza en la mano y me preguntó qué tal había dormido. Le expliqué que fatal, que había tenido que tomar una potente pastilla para poder conciliar el sueño y se echó a reír. En tono de broma y sonriendo, me dijo que lo mejor en esos casos era tomarse unas buenas cervezas bien frías.

Los dos saboreamos el café con tranquilidad y casi en silencio, quizá porque nuestros ojos hablaban por nosotros con mucha, mucha claridad en ese momento. Dicho de otro modo, las palabras sobraban.

Cuando acabé el café, me levanté para dejar la taza en el fregadero y Álex aprovechó para cogerme por el brazo en un rápido movimiento, sentarme sobre sus piernas y abrazarme con fuerza. Tuve que dejar la taza en la mesa otra vez. Yo correspondí a su abrazo apretándome contra él y lo besé con pasión. Noté cómo me acariciaba la cara con sus manos ásperas y, en cierto modo, me ponía cachonda sentir mi fragilidad y delicadeza delante de un hombre con ese físico y esa fuerza. Porque así era cómo me sentía, igual que una muñeca ligera a la cual usaba sin ningún tipo de impedimentos, a la que utilizaba en la cama como más le apetecía.

Me levantó y me llevó en brazos al salón. Yo me agarraba a su cuello como si fuésemos unos recién casados que entran en la habitación del hotel en su luna de miel y no quieren soltarse jamás. En ese momento, solo pensaba en el buen sexo que me esperaba a continuación. Estaba muy cachonda y quería sentirlo dentro de mí y que me hiciera todas esas cosas prohibidas que solía hacerme en nuestros encuentros. Todas esas y algunas más. Pensé qué tocaría esta vez, con qué me sorprendería.

Ya dentro del salón, me acostó en el sofá y se desnudó delante de mí, dejando a la vista de nuevo esa cicatriz en su costado que tanto me gustaba, pero que también siempre me incitaba a preguntarle cómo se la había hecho.

—Estoy muy cachondo, Clara —me dijo—. No sé si aguantaré mucho, me

pones a cien. Mira como la tengo —añadió casi susurrando, mientras se acariciaba el pene con una mano y con la otra me levantaba la camiseta sin sujetador para verme las tetas.

Bajé la mirada y era cierto que parecía que le iba a estallar. Me pregunté cómo era posible que eso tan grande pudiese entrar dentro de mí y ese pensamiento hizo que me pusiera todavía más a cien. Estaba deseando que me la metiera ya y sentir ese dolor que a su vez me provocaba los mejores orgasmos que jamás había sentido. Esa crueldad y esa sexualidad brutal con que lo hacía me desbordaban y hacían que lo desease más y más.

Me incorporé a la altura de su polla erecta y brillante, me senté delante de él, abrí mis piernas y lo abracé por la cintura, obsequiándole con besos por todo su abdomen. Empujando con sus manos mi cabeza, me guiaba hacia donde él quería que yo me aplicase más. Ese lugar exacto donde un hombre pierde la cabeza y una mujer la dignidad. Pero eso era lo que yo quería, así que abrí la boca mientras lo agarraba por las nalgas, duras como piedras, y empecé a chupar, lamer e incluso morderle las pelotas poniendo cara inocente. Lo escuchaba gemir y murmurar «eres una mujer increíble» con su respiración acelerada y mi saliva corriendo por sus piernas. Aquello solo era el principio y yo ya estaba empezando a sudar. De vez en cuando, intentaba coger aire para seguir, pero él no me lo permitía, con su personal manera de decirme que yo solo podría parar cuando él me lo ordenara, tanto si me ahogaba como si no. Él era mi amo y yo su esclava. Sus manos en mi cabeza marcaban el ritmo de la felación. Notaba cómo su polla atravesaba por completo mi boca y bajaba por mi tráquea. Podía sentirla en cada impulso y lo cierto era que me gustaba comérmela.

En un momento dado, me apartó de forma brusca, tirándome hacia atrás. Su mirada perversa y diabólica parecía avisarme de lo que vendría a continuación. Yo sabía a la perfección lo que le gustaba, que era lo que a mí me gustaba también. Había descubierto que no éramos tan diferentes y que nuestra personalidad, por increíble que pudiese parecer, cada vez se asemejaba más. Me quitó la camiseta, luego los pantalones de un tirón y, por último, me arrancó las bragas con un manotazo. Cuando ya estaba desnuda por completo, me levantó del sofá, me dio la vuelta para que me agachara de

rodillas hasta quedar con la cabeza apoyada en uno de los cojines. Estaba impaciente por sentir el calor de su piel rozando la mía.

Álex se puso detrás de mí, me abrió las piernas y, con ambas manos, agarró mis nalgas para apretarlas, acariciarlas y golpearlas. Sentí dolor, pero también deseo, mucho deseo. Metió sus dedos en mi boca para que se los humedeciese y, acto seguido, pude sentir cómo me los introducía en el culo. En un primer momento, pensé que había sido para metérmelos en el coño, pero me equivoqué. No me importó, aunque supongo que por instinto, comencé a moverme como una culebra que quería escapar.

Él me agarró por el pelo y tiró hacia atrás con fuerza. Me dijo al oído que me mantuviera quieta o sería peor. Abrió otra vez mis piernas, más aún que antes, y el dolor que sentí en ese momento me recordó a todos los que ya había sentido con él y que al final siempre se convertían en placer absoluto.

Pero para mi sorpresa, esta vez no me la metió por el culo, sino que lo hizo por el coño. Eso sí, sin previo aviso, bruto, fuerte, de un solo embiste. Yo no podía moverme, porque me tenía agarrada por el pelo de tal manera que si llegase a tirar un poco más hacia atrás me rompería el cuello. Sentí que eso le ponía. Que nos ponía a los dos. Él era mi jefe y como si de un patrón medieval se tratara, tenía derecho de pernada. Derecho a tomarme cómo y cuándo quisiera. Siempre a su manera, por salvaje o sádica que esta fuera. Siguió metiéndomela y enseguida noté que estaba a punto de alcanzar un orgasmo. No hice nada, tan solo me dejé llevar por sus movimientos, esperando a que me llegara. Cuando lo hizo, me sentí como si me hubiera domado.

Quizá él lo notó también, porque entonces me soltó el pelo y me agarró con fuerza los pechos, con mucha fuerza, haciéndome daño. En ese momento, me corrí como una loba salida en medio de una manada y grité tan fuerte que Álex me tuvo que tapar la boca. Sin que yo hubiese acabado de todo, él se corrió también, en medio de gemido desgarrador, y su semen caliente brotó abriéndose paso dentro de mi vagina, Esa sensación de cuando nuestros fluidos se juntaban me resultaba indescriptible.

El poderoso Álex había hecho gala otra vez de su buen hacer en la cama, aunque fuese en el salón y en menos tiempo de lo habitual. Cualquier sitio era bueno, cualquier situación nos servía para darnos lo que necesitábamos.

Una vez que habíamos acabado, me levanté y fui corriendo al aseo que había al lado del trastero donde se encontraba el armario misterioso, mientras él encendía un cigarrillo y se dejaba caer, exhausto, en el sofá.

Dentro del baño, me senté en el inodoro y, mientras orinaba, me fijé en una cesta de mimbre que estaba detrás de la pileta. Sentí curiosidad por saber qué tenía dentro. Así que acabé rápido, me limpié y fui a ver lo que contenía. Mi instinto me decía que la abriese. Al hacerlo, encontré ropa sucia y húmeda. La saqué y descubrí que era el uniforme que había visto dentro de la mochila que escondía en el armario. No me había comentado nada de dónde había estado los días que estuvo desaparecido, pero el ver esa ropa me hizo pensar que sí había ido a trabajar. Lo único que me resultó extraño fue que estuviera húmeda. Todavía con la ropa en la mano, Álex llamó a puerta.

—Clara ¿va todo bien?

Yo di un salto del susto.

—Sí, estoy secándome, porque me dejaste llena de ti —le contesté sin abrir la puerta y dejando escapar una risotada para que no desconfiase.

Coloqué todo como lo había encontrado, tiré de la cisterna y salí. Él seguía sentado en el sofá aún desnudo, le dije que me tenía que ir y que si quería, podríamos vernos al día siguiente con más calma. Me contestó que sí, que estaría en casa trabajando en las jardineras. Acompañándome a la puerta, nos dimos un largo abrazo de despedida y le dije que lo echaría de menos, que siempre lo echaba de menos cuando no estaba con él. Él me besó la frente y me dijo que sentía lo mismo. Entonces me atreví a preguntarle:

—¿Esto no será así siempre, verdad, Álex? Me refiero que si algún día estaremos juntos sin escondernos y llevando una vida normal.

No sé cómo esas palabras salieron de mí, porque aún conservaba el temor a que me dijera que nunca estaríamos juntos como una pareja.

—Sí que estaremos juntos. Te lo juro y créeme, no hay nada que desee tanto. Pero como te dije ayer, hay aspectos de mi vida del pasado que me persiguen y tengo que zanjar antes. Pero no te preocupes, todo va a salir bien, Clara.

Era justo lo que necesitaba escuchar. Por fin podía respirar y confiar en su fidelidad.

Sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones conmigo, yo seguía con la necesidad de abrir aquel armario. No sé, algo me decía que debía hacerlo. Intuía que contenía algo relacionado con ese pasado que lo atormentaba y perseguía. De lo contrario, ¿por qué cerrarlo con llave? Pero debía ser cauta si quería acceder a él sin que Álex se enterara.

Recordaba el juego de llaves que había visto y estaba segura de que una de ellas tenía que ser la de la cerradura del armario y otra de las más nuevas pertenecería con toda probabilidad a la cerradura interna del falso fondo. Solo necesitaba que Álex se ausentase un par de horas para que yo pudiese entrar por la ventana que siempre dejaba abierta. La primera vez que él no estuviese, entraría y abriría el dichoso armario.

Al llegar a mi casa, vi que el reloj de pared que marcaba casi la una de mediodía. De manera apresurada, puse la olla que había dejado preparada al fuego. Mientras el agua se calentaba, subí rápido al baño a darme una ducha y, como estaba casi segura de que al final vendría mi cuñada a comer, decidí arreglarme para darle envidia y joderla un poco. Pensar en tener que escuchar otra vez esa voz de pito me amargaba la existencia, pero por otro lado, estaba muy contenta por cómo iban las cosas con Álex. Después de lo mal que lo había pasado los días anteriores, parecía que el destino me estaba premiando por la amarga espera que tuve que soportar. En todo caso, decidí dejar los sentimientos a un lado y centrarme en la comida y en mi vestuario.

Debajo de la ducha, me enjaboné mis partes íntimas aún húmedas y me froté bien con agua el resto del cuerpo y el pelo para no oler a Álex ni a su semen. Al salir, me sequé con una toalla y me eché espuma para dar forma a mis rubios rizos. Bajé a la cocina aún desnuda y, como el agua de la olla ya hervía, eché los fettuccine dentro, los dejé cocinando y volví a subir.

De nuevo en la habitación no sabía que ponerme. Tras mucho mirar, me decidí por unos vaqueros de hacía bastante años. Estaba segura de me valdrían al haber adelgazado tanto y no me había equivocado, porque hasta parecía que me quedaban anchos. En cualquier caso, me puse una camiseta de asas ajustada sobre ellos, de esas que dejan buena parte del canalillo al aire y agudizan la imaginación de quien pudiera verlo, y di por finalizada la lección de mi vestuario para esa ocasión. Volví al baño para maquillarme y me vi

radiante en el espejo. Me sentí satisfecha con mi cambio físico. Bueno, por eso y por el buen polvo con el que me había deleitado para desayunar.

El trío de los idiotas estaba punto de llegar y yo ya tenía la comida hecha, la mesa puesta y me había mentalizado para el previsible espectáculo que me ofrecerían en caso de que no hubiesen llegado a un acuerdo en el reparto de herencia. Para ser sincera, me daban igual sus dramas familiares, yo tan solo tenía que cumplir con mi obligación de esposa servicial de la forma más hipócrita posible hasta el día en que los perdiera de vista. Por lo único que me sentía un poco nerviosa era por la cara que pondría Ricardo al llegar el técnico para hacer la conexión de internet. Sobre todo, en el caso de que su hermana todavía no se hubiera ido para entonces. Me daba la risa solo pensarlo. ¿Le montaría una de sus típicas escenas de «tu mujer hace lo que quiere y tú no te impones»? En realidad, no me preocupaba demasiado. Pensé que ella era dueña y señora de su boca para soltar las barbaridades que le apeteciese y yo era dueña y señora de mi casa para mandar y ordenar en ella lo que me saliese del mismísimo coño.

Tardaban en llegar y me di cuenta de tendría que volver a calentar la comida. Así que metí la olla en el horno para que, cuando viniesen, solo tuviera que darle un repaso y listo. Me miré las manos y me pareció que las tenía demasiado abandonadas. Me fui para el salón a darle un poco de crema y pintarme las uñas de un rojo fuerte. Me apetecía algo llamativo para ellas.

Cuando acabé, me senté en el sofá a esperar. El reloj marcaba las dos y treinta y siete minutos. Yo ya estaba lista y todo preparado para comer. Me pareció muy raro que aún no hubiesen llegado y pensé que, al menos, podían haberme avisado de que llegarían tarde o de si vendrían todos a comer. Una vez más, me di cuenta de que no valía nada en esa casa, algo que ya sabía porque resultaba evidente desde hacía mucho, pero que me lo restregasen así por la cara a la menor ocasión me reventaba. Estaba enfadadísima con la actitud de todos hacia mí, hasta los mismos cojones.

Aparté la cortina para ver la calle, el sol lucía radiante y hacía mucho calor. Calculé que fuera no bajaría de los cuarenta grados. No pasaba un alma por la acera, ni un coche por la carretera, nada. Observé la casa de Álex y tampoco había movimiento, pero algo sí me llamó la atención. Su coche,

aparcado en la calle, tenía un gran golpe en la parte trasera. Le faltaba el faro derecho y tenía la aleta hundida. Me pareció extraño que no me hubiese contado nada esa mañana. Con Álex era siempre así, un tira y afloja de sentimientos. En una pareja se cuentan esos tipos de cosas, ¿no? Así que, ¿por qué él no me lo había dicho? Era como si no se quisiera abrir conmigo para mantener las distancias.

Estaba en pleno apogeo de pensamientos cuando sonó el teléfono de casa. Era el técnico para decirme que llegaría antes de lo previsto. Al parecer estaba en el centro, acabaría con una instalación en unos diez minutos y después ya pasaría por mi casa. Pensé que, al final, vendría antes el técnico que mi marido y su hermana, pero no me importó.

Me fui para la cocina y puse la televisión a la espera de los señores de la casa. Después de cambiar varias veces de canal, dejé puesto un informativo. El presentador hablaba de fútbol, de política, alguna noticia que otra sin importancia, hasta que se centró en el asesino en serie ya se había cobrado tres víctimas. No se sabía nada sobre él, no tenían ni una sola pista, nada. Las grabaciones de las cámaras que estaban cerca de los domicilios de las víctimas estaban siendo analizadas por los expertos, pero su contenido se mantenía en silencio. Supuse que estarían tras la pista de alguien pero no lo querían hacer público. Pensé que era extraño que a esas alturas no tuvieran ningún sospechoso. En cualquier caso, tenía que ser alguien ajeno a las víctimas, porque a los familiares de cada una de ellas así como a sus parejas y ex parejas ya los habían interrogados y puestos en libertad sin cargos.

El calor se me hacía insoportable. Me estaba sirviendo un vaso de agua fría cuando oí la cerradura. Por fin llegaban los comensales. Suspiré fuerte y me levanté a encender el horno, a la vez que me acordé del técnico y de que estarían todos allí cuando él llegase. Al entrar en la cocina, solo me dijo «hola» Ricardo. Sergio se conformó con mirarme y levantar un poco la cabeza a modo de saludo casi imperceptible. Supuse que se debía a que de haberme saludado con normalidad, su mujer al llegar a casa le montaría una bronca monumental. No sé por qué me tenía tanto odio esa señora, pero la verdad era que ya me daba igual. Es más, el sentimiento era mutuo.

Entraron en la cocina y lo primero que hizo Ricardo fue dejar un montón

de papeles encima de la encimera, algo que no soportaba que hiciera por si se manchaban. No le dije nada, me rebajé como siempre y opté por cogerlos, llevarlos al salón y guardarlos. Ni eso se dignaba a hacer.

Se sentaron a la mesa mientras hablaban de no sé qué cosa a la cual yo no presté atención, pero se notaba que habían llegado a un acuerdo sobre la herencia por el buen rollo que se traían entre ellos. Cuando la comida acabó de calentarse, saqué la olla del horno, la puse encima de una tablilla en medio de la mesa y coloqué un cucharón de pasta encima para que cada uno se sirviese lo que quisiera. El primero fue Sergio, sonriendo y diciendo que olía muy bien. Yo le devolví la sonrisa. Al percatarse, Sofía lo atravesó con la mirada y él se quedó callado y serio. Ella misma cogió a continuación el cucharón y, con cara de asco y mirando a la olla, dijo en un tono irónico que aquella comida era lo peor que había para el colesterol y que si la solíamos comer en casa nos veía teniendo que acudir al hospital muy pronto. Después, se echó a reír en mis narices.

No era la primera vez que me hacía un desprecio de ese calibre, ni la primera que me humillaba, se mofaba y me dejaba mal en público. Siempre lo aguanté como una estúpida, porque pensaba que yo era inferior a los demás y que tenían derecho a tratarme así por gorda, por fea, por no tener ningún tipo de aliciente y por haberme convertido en un ser que solo valía para servir y trabajar en casa. Pero ya era hora de decir basta. Lo había intentado varias veces, aunque siempre con miedo. Miedo a perder algo que ni si quiera era mío, porque nunca consideré a Ricardo mío, dado que no me gustaba mi vida ni cómo me trataba. Entonces, ¿por qué iba a seguir aguantando vejaciones de una señora enana y gorda que además tenía el timbre de voz más insoportable del mundo?

Sentí que el odio hacia ella crecía dentro de mí y se alimentaba con mis frustraciones y derrotas pasadas. Por mi mente revoloteaban pensamientos de rituales satánicos que hasta a mí me asustaban, pero me reconfortaban solo con imaginarlos. Fantaseaba con estranglarla hasta quitarle su último aliento, dejarla irreconocible y acabar con ella de una vez. Ya no me bastaba con no verla delante de mí nunca más, sino que además quería que dejara de existir. Llegué a hacer un ademán, pero me contuve en el último momento de la única

manera que sabía hacerlo, marchándome. Salí de la cocina, me temblaban las manos, por mi frente caía el sudor y sentía cómo el corazón me latía a cien por hora. Y todos esos sentimientos y esa reacción corporal eran por contenerme.

Salí al patio, necesitaba aire, aunque con el calor que hacía, respirar en la calle se hacía difícil. Los rayos de sol se clavaban en mi cara y el sudor mojaba mis ojos y mis pestañas, pero me quedé allí fuera, apoyada en la pared de mi casa por culpa de una hija de puta que cada vez que venía me hacía la vida imposible. Traté de relajarme.

Al poco rato, con los ojos entreabiertos vi cómo aparcaba una furgoneta blanca delante de la casa. Enseguida me di cuenta de que era el técnico.

Ahora empieza la bueno, pensé.

Del coche se bajó un joven apuesto, con unos papeles en una mano y una caja de herramientas en la otra.

—¿Clara Villamarín? —preguntó desde la acera.

—Sí, soy yo. Ahora te abro.

Estaba contenta porque por fin tendría conexión a internet en casa y mi propio teléfono móvil, pero también muy nerviosa por los que estaban dentro, porque no sabía cómo iban a reaccionar. Solo esperaba que la hija de puta de Sofia no me dejase en ridículo delante del técnico.

Le abrí la puerta y le indiqué con la mano hacia el salón, que era donde quería colocar el rúter. Una vez que nos escucharon dentro, tanto Ricardo como los demás salieron de la cocina, con un bocado en la boca y trozos de pan mordisqueados en la mano.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Ricardo sorprendido.

—Perdona, me olvidé de decirte que contraté una conexión a internet en casa y línea de teléfono móvil para mí y que hoy vienen a instalarlo —le dije lo más calmada y sumisa posible, a fin de evitar una discusión.

—¿Qué contrataste el qué? ¿Sin pedirme permiso?

Su voz enfurecida y el murmullo de mi cuñada a su lado, provocaron que no me saliesen las palabras para responder.

—¡Contesta, Clara!

Respiré hondo, saqué agallas de donde ni siquiera sabía que tenía y me armé de valor. Di un paso al frente, me puse delante de él con la cabeza bien

alta, no agachada como estaba acostumbrado a verme, y le dije:

—Sí, Ricardo, sin pedirte permiso, porque ya te lo había pedido hace tiempo —le espete sin pestañear y sin que me templara el pulso—, pero me he dado cuenta de que en mi propia casa no debo pedirle permiso a nadie, incluido tú. Como tú tampoco me lo pides a mí para nada. Y ahora, si me disculpáis los tres —dije, señalándolos uno por uno con el dedo—, debo firmar mi contrato.

Me dirigí al técnico, que el pobre tenía cara de susto por la escena tan desagradable que estaba presenciando, y le pregunté dónde tenía que firmar y le indiqué el lugar exacto en el que tenía que colocar el rúter.

Mi marido y los demás entraron en la cocina enfurecidos y pude escuchar cómo dejaban los platos en el fregadero de malas maneras, supongo que para que yo los lavara, como siempre. Después se quedaron en un silencio absoluto y de la cocina no salía ni un susurro, pero yo tenía claro que me esperaba una buena bronca en cuanto se marchase el chaval.

La instalación duró muy poco y yo estuve al lado del técnico todo el tiempo. Antes de irse, me dio unas breves instrucciones para el teléfono, un poco más de información sobre el rúter y se fue. Yo ya tenía lo que quería y, por primera vez en la vida, había tomado una decisión en mi propia casa, pero me faltaba enfrentarme al tridente diabólico que me estaba esperando en la cocina.

Entré con los papeles del contrato en la mano, doblados y haciendo un tubo con ellos. Ricardo, sentado al lado de su hermana, me miraba serio y con cara de rabia. En ella, en cambio, se podía apreciar una pequeña sonrisa, quizás relamiéndose ante el follón que su hermano estaba a punto de montarme.

—¿Desde cuándo se toman decisiones en esta casa sin consultarme, Clara? —me preguntó Ricardo, al mismo tiempo que se levantaba de la silla y se dirigía hacia mí.

—Necesito tener un teléfono móvil y también Internet. No quiero estar encerrada en casa y he decidido buscar empleo, pero para eso me hace falta tener donde buscar. ¿Me entiendes, Ricardo?

—¿Y has probado a mirar el periódico como todo el mundo sin necesidad de tener tanto lujo? —me espetó Sofía riéndose.

Ahí fue cuando me vi acorralada. Esas miradas, esas caras acosándome y preguntándome el porqué de esto y de lo otro. Las risas de Sofía por un lado y el temperamento de Ricardo por otro, imponiendo su dominio en esa casa, que también era mía. Entonces exploté.

Respiré lo más profundo que pude y, sin necesidad de gritar, me dirigí a todos:

—Sofía, querida, eres la persona más apestosa que he podido encontrar en la vida. Te ríes de mí, por no reírte de ti misma —Me acerqué a donde ella estaba sentada y seguí con mis hirientes palabras—. Mírate, estás gorda y eres enana. Tu voz es un suplicio y pareces una gallina descarriada y horrenda cada vez que abres la boca para hablar. Tu marido no te soporta, porque eres inaguantable en todos los aspectos. Criticas a los demás, sobre todo a mí, solo para no tener que reconocer que tu vida es absolutamente miserable al haberte convertido en una persona mala y detestable. Pero lo peor de todo es que te crees alguien y en realidad no eres nada. Y si algo fueras en este mundo, serías un bicho apestoso, para yo poder pisarlo y aplastarlo. ¿Te ha quedado claro?

Su semblante serio se había ido tornando a uno más colorado y, al acabar yo, se levantó de la silla y me plantó cara.

En la cocina era todo silencio, nunca había visto a Ricardo petrificado y sin nada que decir. Estaba apoyado contra la mesa, con los brazos un poco elevados como si se preparase para agarrarme. Sergio se mantenía tras Sofía, esperando una reacción en ella, que no tardaría en llegar. En ese momento, la tensión allí creada se podía cortar con un cuchillo y hacerla pedazos.

Sofía hinchó el pecho como un pavo a punto de estallar y empezó a gritarme de la mejor forma que sabía hacer, abriendo la boca hasta que se le podían ver las amígdalas. En ese mismo momento, deseaba meter mi mano en su garganta y arrancárselas.

—Nunca has valido para nada, Clara. Por eso mi hermano se casó contigo, porque le dabas pena. Él nunca te quiso, tenlo claro.

—Sofía, no vayas a decir algo de lo que después te arrepientas —le suplicaba por detrás Ricardo con voz temblorosa y alterada—. No sigas, por el amor de Dios, estate callada.

Pero ella, muy al contrario, siguió despotricando sus miserables palabras

de una forma autoritaria hacia mí, hinchándose cada vez más.

—Siempre has sido gorda y asquerosa, ¿no ves que mi hermano no quería tener hijos contigo por no tener que tocarte? Ahora estás flaca y te ves bien, pero ya eres mayor y nadie en su sano juicio te querrá o tendrá un mínimo de interés hacia ti. Deberías estar agradecida por haberte acogido en esta familia, porque eres una vergüenza, pero eres tan desagradecida como inútil. Una inútil que no sabes ni cocinar. Entérate, no tienes amigas, porque nadie te quiere tener cerca.

No le di tiempo a seguir hablando, cogí una sartén que tenía a mi alcance y la golpeé con todas mis fuerzas en el lado izquierdo de la cara. Quise volver a hacerlo, pero me agarró mi cuñado. Delante de mis ojos, se desplomó rebotando su cabeza contra la esquina de la encimera y luego de nuevo contra el suelo. Reconozco que disfruté ese momento, lo saboreé y, por un instante, deseé que se muriera a mis pies. Inconsciente sobre las baldosas, tenía la cara cubierta de sangre, aunque no se veía con exactitud de dónde procedía. Podía ser de la cabeza o de la nariz, pero me daba igual, hubiera firmado que se desangrase allí mismo.

Me fijé que Ricardo intentaba levantarla, pero no era capaz. Normal, él no era una persona fuerte y ella pesaba una tonelada. Entonces mi cuñado me soltó y se agachó para ayudarla. Yo miraba la escena con distancia, en silencio, y solo de fondo escuchaba cómo ellos me gritaban si me había vuelto loca.

—¡Llama a una ambulancia! —me dijo Ricardo—. ¡Clara! ¿Me oyes? ¿Estás loca o qué te pasa?

Ricardo me lo repetía una y otra vez, pero yo estaba como si hubiera entrado en trance.

No moví ni un músculo hasta que entendí que me había metido en un buen lío y me asusté. Entonces dejé caer la sartén, salí de la cocina y subí las escaleras corriendo hacia mi habitación. Cerré la puerta, me senté en la cama y, aunque parezca increíble, al cabo de un rato, me eché a reír como no recordaba.

Me sentía rebotante de alegría por lo que había hecho, orgullosa de mí misma, viva. Incluso pensé que me había quedado corta y hubiese firmado ser

más rápida y haberle propinado otro golpe más como mínimo.

Abajo, en la cocina, seguían los gritos y, entre ellos, la voz de Sergio hablando con alguien. Supuse que había llamado a la ambulancia.

Después de unos minutos, sentí la sirena de una ambulancia en la entrada. No escuchaba lo que decían. Yo estaba tensa por el simple hecho de que podían denunciarme y eso perjudicaría mi relación con Álex. Pensaba qué pasaría si me detenían. Estaría días sin verlo y no iba a permitirlo. Así que decidí que tenía que hacer algo, pensar en cómo zafarme de eso. Y lo hice. La solución requería interpretar uno de los papeles que mejor sabía hacer por experiencia, era mi única salida en ese momento. No conocía el alcance de la gravedad de su estado, pero intuía que por el sartenazo que le había dado, el golpe en la cabeza con la esquina de la encimera y que se golpeó de nuevo al caer en el suelo, que la cosa no pintaba bien.

Después de preparar en mi cabeza las palabras exactas que tenía que decir y la manera de la que debería actuar, escuché cómo la ambulancia arrancaba y sus sirenas cada vez se escuchaban más lejos. Apenas unos segundos después, unos pasos acelerados venían hacia mí, era Ricardo.

Abrió la puerta de la habitación y se quedó allí parado, mirándome. Yo seguía sentada con la cabeza agachada, pensando, pero reaccioné a tiempo y bien, porque comencé a llorar de manera desconsolada.

—Perdóname Ricardo, no sé qué me pasó. Estoy muy avergonzada y arrepentida —Mis lágrimas fingidas caían por mis mejillas, al mismo tiempo que me dejaba caer a sus pies para darle mayor dramatismo.

—¿Tú sabes lo que has hecho, Clara? Casi la matas.

La verdad es que sus palabras me sonaron más calmadas de lo que esperaba. Supuse que al verme llorar así no tendría agallas de empezar una nueva bronca o culparme por lo sucedido. Yo nunca había llorado delante de él y menos de esa manera.

—No te reconozco, Clara. Hace tiempo que dejé de reconocerte.

—Lo siento mucho. No sé qué se me sucedió. Estoy muy asustada, necesito saber cómo está Sofía. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Y casi sin acabar la frase, seguí llorando como si mi mundo se estuviese acabando.

—Tu quédate aquí, yo voy al hospital, Sergio se fue en la ambulancia con ella —me dijo dando vueltas por la habitación, como si estuviese buscando algo que no encontraba.

Sus ojos estaban diferentes, el miedo y la preocupación se reflejaban en ellos.

—Está bien, llámame con lo que sea, por favor.

Y seguí sollozando mientras salía de la habitación, bajaba las escaleras y hasta el momento en que oí cómo cerraba la puerta por fuera.

Entonces, dejé de fingir.

*No puedo hacerte entender.
No puedo hacer que nadie entienda lo que está sucediendo dentro de mí.
Ni siquiera puedo explicarlo a mí mismo.*
F. Kafka.

Sequé mis las lágrimas mezcladas con sudor, aparté el pelo de la cara y me levanté del suelo de mi habitación. Bajé a la cocina despacio y vi que aún estaban en el suelo una silla, la sartén con la que le había pegado a Sofía, algún vaso roto y el mobiliario apartado de su sitio habitual. Recogí todo y fregué los platos y los cacharros sucios. Los que ellos habían usado, porque yo no había comido. No se oía ni una mosca y mi mente se sentía en paz. En paz conmigo misma y con el mundo. Hacía un rato que había hecho algo por mí, algo que necesitaba para sacarme todo el peso de las humillaciones que cargaba a mis espaldas, y me sentía liberada.

Una vez que acabé de recoger y limpiar, decidí que era el mejor momento para comer con tranquilidad y sin molestias. Me calenté en el microondas un poco de pasta, me acomodé en una silla y almorcé como si nada hubiese pasado en esa cocina. Encendí la televisión y me dispuse a disfrutar de aquel momento en soledad, que es como mejor se está cuando te ves rodeada de carroña a diario. Saboreé cada bocado que metía en la boca, al mismo tiempo que las imágenes de Sofía, sangrando en el suelo, me venían a la mente. Podrá parecer una actitud sádica o cruel, pero esa comida la disfruté como nunca.

Nada me importaba, tampoco si Sofía moría o vivía. En el supuesto de que mi sartenazo tuviera consecuencias graves para ella y yo debiera afrontar una denuncia, alegraría enajenación mental transitoria, colapso emocional o algo parecido. Lo había visto en muchos programas de la televisión y solía funcionar en personas normales que jamás habían tenido un problema con la justicia. En personas como yo. Estaba convencida y segura de que no me

pasaría nada y eso me alegraba.

En cualquier caso, tendría que seguir fingiendo ante los demás. Decidí que a Álex no se lo contaría de momento, puesto que no sabía si se llegaría a asustar conmigo o no. Tenía una idea sobre mí de mujer dulce y cariñosa y quizás esto le sobrepasase y dudase si seguir conmigo.

Los minutos fueron pasando y con ellos mi tarde de relax, hasta que cerca de la noche me llamó Ricardo para avisarme de que a su hermana le habían diagnosticado una contusión importante en la cabeza y que quedaría ingresada en observación para asegurarse de que no surgía ninguna complicación. Le pregunté qué me pasaría a mí y me respondió que ya hablaríamos de ello cuando llegase a casa.

En cuanto colgué, pensé en hacerle una visita a Álex, ya que estaba sola en casa y Ricardo tardaría en volver. Me apetecía estar con él, pero había ido a su casa esa misma mañana y, aunque para mí nunca resultaba suficiente, pensé que sería mejor no agobiarlo mucho y dejarle su espacio personal. No habíamos quedado en vernos en una fecha fija y eso me hizo pensar en el teléfono móvil que acababa de recibir esa misma tarde y que estaba sobre el aparador de la entrada. Lo cogí, lo encendí y le di mil vueltas en las manos. Quien me viese en ese momento se daría cuenta al instante de que nunca había tenido uno, ya que mi cara de incertidumbre ante semejante tecnología tenía que resultar muy evidente.

Agarré el contrato para anotar el número del teléfono en la agenda y me di cuenta de que era muy fácil de recordar. También metí la contraseña que estaba en la parte de atrás del rúter, como me había explicado el chico para así poder navegar y ver lo que quisiera desde el teléfono. Necesitaría también un ordenador, pero todo llegaría a su tiempo. Eso sí, tenía ganas de que Álex supiese mi número, para poder mandarnos mensajes y llamarnos.

Estuve indagando en las diferentes secciones del aparato y, al cabo de un rato, creo que ya me había familiarizado con él. Le coloqué el tono de llamada que me parecía más bonito e introduje en la agenda todos los números que tenía anotados en la libreta del teléfono fijo. Ya solo faltaba que mis contactos tuvieran el mío para estar conectada con el mundo a todas horas y en cualquier lugar.

Era cerca de las nueve de la noche y aún había sol, aunque había bajado la temperatura. Me sentía muy aburrida en casa, sin apenas nada que hacer. Era a lo que me había acostumbrado a lo largo de mi vida, pero ya no lo quería ni por asomo. Estaba en plena ascendencia a mi nueva vida y necesitaba seguir adelante. A esas horas, en otros tiempos, ya estaría en cama y, sin embargo, en ese momento, en mi cabeza diseñaba un plan para ir un día a la playa a Vigo. Allí se encontraba la playa de Canido, a donde iba cuando era pequeña con mis abuelos y a la que nunca más volví a ir desde que me había casado. A Ricardo no le gustaba y yo empecé a engordar enseguida, hasta que un día me di cuenta de que no era capaz de ponerme en bañador delante de alguien, porque me sentía acomplejada y avergonzada de mi propio cuerpo.

Me moría de ganas por volver a sentir el agua salada del mar, de que el sol invadiera mi cuerpo despojado de ropa y me impregnase de un bonito moreno, y de que la brisa del mar volteara mi pelo, brindándome esa sensación de libertad. Tenía ganas de acostarme sobre la arena con los ojos cerrados para poder imaginarme un mundo mejor, un mundo donde solo estuviésemos Álex y yo juntos. Ganas de nadar, de recoger conchas, de ensuciarme haciendo barro con el agua. Ganas de comer en la playa, mientras nos reímos de nosotros mismos. Ganas de vivir.

Subí a la habitación y busqué algún traje de baño antiguo, pero no encontré nada. Entonces me puse la ropa interior más llamativa para verme en el espejo y cerciorarme de que estaba perfecta y de que mi cuerpo no solo era bello, sino que además lucía perfecto y deseable. Podría ir a la playa con la cabeza bien alta, porque nadie me juzgaría por mi aspecto.

Tenía tantos planes nuevos en la cabeza que se me había olvidado por completo cómo estaría mi cuñada. Pensé que Ricardo no tardaría en llegar a casa, puesto que ya era tarde y al día siguiente tenía que ir a trabajar. Ricardo era una persona de mucho dormir y total, Sergio se quedaría en el hospital para cuidarla.

Así que volví al salón para esperarlo, con la televisión apagada y todo en silencio. Recostada en el sofá, me puse a pensar y entré en un vaivén de sentimientos y emociones. Me di cuenta de que todo iba muy deprisa, pero a veces, de repente, se pausaba. Tanto en mi relación con Álex como en los

asuntos en casa. Reparé en que eran dos mundos diferentes y quizá se estaban entremezclando, lo que provocaba que a veces confundiera la realidad con mis sueños y deseos. Ese día casi había matado a mi cuñada, entre otras cosas, para ser franca, porque lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero tenía que tener cuidado de cometer esos errores o acabaría por perder a Álex.

Mi vida ya no se parecía en nada a cómo había sido los últimos años y tenía que asentar los nuevos cimientos y darle un sentido. Me quedaban demasiadas cosas por arreglar y no sabía por dónde empezar. Además, cada movimiento que hacía me creaba un problema o una discusión con Ricardo, lo que provocaba que no fuese fácil de llevar la situación y sentía que a veces casi llegaba a sobrepasarme.

Ya se había adentrado la noche y yo dormitaba en el sofá cuando llegó mi marido. Nada más entrar, dejó caer las llaves en un plato de mármol que tenemos en la entrada y eso me despertó. Me incorporé para que me viera, pero como tenía la luz apagada y él no sabía que yo estaba en el salón, empezó a subir las escaleras hacia la habitación sin reparar en mi presencia.

Lo llamé cuando estaba en el cuarto peldaño.

—Ricardo, espera —le dije en voz baja.

Él se giró y, apoyado en el pasamano, me dijo:

—No me apetece hablar ahora de lo sucedido, Clara. Solo te diré que no sé qué coño te pasa y, como te dije antes, no te reconozco. Pero ahora me voy a dormir, estoy muy cansado.

Sus últimas palabras las dijo retomando su ascenso por las escaleras.

—Al menos, dime cómo esta Sofía —insistí en un tono más alto—.
¿Ricardo?

Desde la puerta de la habitación salieron unas palabras para responder a mi pregunta.

—Está estable, mañana sabremos más. Es mejor que te duermas, tendrás que ir al hospital a aclarar las cosas con ella si no quieres que te denuncie.

Después de esa respuesta, dio un portazo, no muy fuerte, pero un portazo que puso fin a cualquier otra pregunta que quisiera hacerle. También a mi presencia, porque sonó en plan «hoy no vengas, que no quiero ni verte». Pensé que era bueno no dormir en la misma cama, porque así se iría acostumbrando

para cuando yo no estuviese.

Pero lo importante era que, en el momento en que Ricardo me dijo que tenía que ir a hablar con ella, supe que Sofía no me había delatado en el hospital. Quizás Ricardo le había pedido que dijese que se había caído en cualquier sitio, porque si de ella dependiera, no solo me delataría, sino que aumentaría la agresión para que mi condena fuese la mayor posible y así poder librarse de mí. No le sería fácil, muy a su pesar.

Esa noche la pasé tranquila en el sofá viendo la televisión hasta altas horas de la madrugada. De vez en cuando, echaba un vistazo a la casa de Álex por la ventana, pero no veía movimiento alguno. Pensé que estaría durmiendo. La noche era agradable, no hacía frío ni calor. Tenía la ventana abierta y la brisa que entraba me refrescaba la cara. Estaría mucho mejor si Álex me acompañase, pero como se solía decir «tiempo al tiempo». No me imaginaba un futuro tardío con él, todo lo contrario, veía que cada vez estaba más cerca. Quería aprender de todos los errores que había cometido en mi matrimonio para no volver a repetirlos. Antes de conocerlo, cuando veía telenovelas o películas románticas, me imaginaba que la protagonista era yo y que mi vida estaba repleta de amor, romanticismo y complicidad. Pero eso era lo que veía a través de una pantalla, lo que yo quería imaginarme, no mi vida real. Salidas nocturnas a la discoteca, cenas improvisadas sin tener que celebrar nada, regalos, flores y sorpresas no solo para mí, sino también para mi pareja. Juegos, caricias, cosquillas en la cama y montón de cosas más que se hacen dos personas cuando hay complicidad y vives el amor en toda su plenitud. Eso era lo que quería, lo que siempre había querido, pero por desgracia nunca había tenido.

La vida no es como te la pintan. A mí me habían engañado al decirme que el matrimonio era algo precioso, aunque yo también había puesto de mi parte al crearme que estaba enamorada de Ricardo. Después, una vez casada y ver cómo era en realidad la vida matrimonial, enseguida se me fueron desvaneciendo las imágenes que tenía de príncipes y princesas y me di cuenta de que mi vida nunca sería feliz. Me sumí en la amargura y eso no solo destruyó mi estado de ánimo, sino también mi aspecto físico. Pero desde que Álex había llegado a mi vida, había vuelto a creer en las princesas y estaba

convencida de que no solo la vida era perfecta y maravillosa en las telenovelas, sino que también podía serlo en la realidad.

Eran sobre las cinco de la madrugada y aún estaba sin dormir. El día anterior había sido ajetreado y lleno de emociones, pero no era capaz de conciliar el sueño. Intentaba planear lo que le diría a Sofía al día siguiente, o cómo sería mi disculpa, aunque solo el hecho de pensar en tener que rebajarme ante ella me revolvía el estómago y más aún imaginándome la cara de felicidad que pondría mientras me escuchaba. Pero tenía que hacerlo. En cualquier caso, no me cabe duda de que ella tendría muy claro que mis disculpas eran falsas y si se las pedía, solo era para salir del lío en el que me había metido.

Al día siguiente me desperté con el ruido que hacía Ricardo en la cocina mientras se preparaba el desayuno a toda prisa. Llegaba tarde al trabajo. Me levanté y fui hacia allí. La verdad es que no esperaba que me dijera nada complaciente, pero yo solo quería que pensara que estaba preocupada por el estado de salud de su hermana. Le pregunté si sabía algo más o si había tenido noticias y me contestó que no. Solo me dijo que por la tarde no trabajaría y que iría directo al hospital al salir. Es decir, que no vendría a comer a casa para que su cuñado se pudiese ir a descansar en caso de que a ella no le dieran el alta médica. Le pregunté qué hacía yo, si iba al hospital o no. Sin mirarme a la cara, me dijo que estuviera atenta al teléfono. Después, se terminó el café de un trago y se fue sin despedirse.

Bien, pensé, tengo todo el día libre para mí. Sin Ricardo en casa, ni siquiera tenía que cocinar. Decidí desayunar con calma y luego arreglarme para ir a casa de Álex a enseñarle mi nuevo teléfono.

Subí a la habitación y puse la radio a todo volumen. Cualquiera que me viese en ese momento, pensaría que estaba celebrando el haber mandado a Sofía al hospital y, en cierto modo, no le faltaría mucha razón. El día era espléndido, maravilloso y yo estaba contenta. Tenía mi móvil, Álex me había dicho que me quería y a Sofía le había dado su merecido. ¿Qué más podía pedir?

Eso sí, lo mejor aún estaba por llegar y estaba esperándome en la casa de al lado. Me sentía tan contenta que deseaba tener a Álex entre mis brazos

cuanto antes y hacerle el amor como nunca. Quería follármelo bien y disfrutar a tope del tiempo que pasábamos juntos. No podía esperar más para verlo y me sentía como una adolescente llena de vida. Así que desayuné y me vestí con una ropa mona, me maquillé un poco y salí. No le había dicho que iría a su casa esa mañana, ni siquiera habíamos quedado, pero así sería una sorpresa para él. Además, ya éramos casi una pareja formal, porque lo único que faltaba era obtener mi divorcio. Y cuando lo hiciera, marcaría el punto y final a mi vida triste y solitaria. *Caput*. Fin de la historia.

Sentía que todo marchaba sobre ruedas.

Como siempre, me dirigí al muro. Ese día me sentía muy juguetona y rebelde y mi particular demonio me esperaba ignorante para introducirme en su infierno más caliente. Salté por encima, luego me agaché en su finca y así seguí hasta llegar a la puerta de entrada. Llamé tres veces, sin hacer mucho ruido, aunque sí el suficiente para que él se enterase. Pero no obtuve respuesta. Me pareció raro. Entonces fui por la ventana, por la que me solía colar, y como siempre estaba entreabierta. Metí mi cara y comprobé que no se escuchaba ruido alguno, por lo que supuse que no estaba.

Fui por el patio agachada para comprobar si su coche estaba aparcado en la calle, como solía dejarlo a veces, pero tampoco estaba. Vaya, pensé, mi mañana juguetona en busca de sexo salvaje se me había ido al garete. Pero no tardó en ocurrírseme otra idea. Si Álex se había ido a hacer algún recado, no podía hacer mucho que se había marchado y, en esos casos, acostumbraba a tardar bastante tiempo en regresar. Pensé que era el momento perfecto para entrar en su casa e tratar de abrir ese armario.

Respiré hondo y me llené de valor, puesto que al ser de día, cualquier persona desde la calle podría verme entrar por la ventana. Esperé agazapada el momento perfecto. El sol ya calentaba con fuerza y el sudor empezaba a manifestarse en cada gota que me caía por el rostro. Varios ancianos paseaban por la acera de enfrente aprovechando el buen tiempo. Cuando estaba segura de que nadie se encontraba lo bastante cerca para verme, corrí a la ventana, metí la mano hacia dentro para agarrar la cinta de la persiana y tiré de ella para levantarla lo suficiente para que pudiera entrar. El corazón me latía a mil, pero tenía un propósito y no pararía hasta conseguirlo. Con el primer impulso,

me quedé colgada de la ventana y noté el aluminio clavado en las caderas, rozando contra mis huesos. Con quince kilos menos desde la primera vez que había entrado por aquella ventana notaba mucho la diferencia. Apoyé las manos y di otro impulso hasta poder caer dentro y me quedé en el suelo. Desde allí, sin incorporarme, bajé la persiana hasta dejarla como estaba. Luego intenté relajarme. Lo peor ya había pasado, pero antes de seguir con mi plan, tenía que asegurarme de que Álex no se encontraba en la casa.

En pocos segundos, me recorrí habitación por habitación. El único rastro que quedaba de él era el olor a tabaco reciente, lo más seguro que de aquella misma mañana tras desayunar. Eso me confirmaba que acababa de salir.

La casa se notaba fresca por dentro y la sensación era placentera. Me posicioné frente al armario, grande y robusto. Cuanto más lo miraba, más segura me sentía de que allí dentro había algo extraño, algo que me atraía como un imán. Necesitaba abrirlo y comprobar qué era. Pensé que, en caso de que Álex llegase y yo todavía me encontrase dentro de la casa, me escondería hasta tener la oportunidad de salir sin que me descubriese. Tenía que estar atenta a cualquier ruido.

Pero la realidad era que por mi mente solo pasaba el manajo de llaves que había visto en mi registro anterior y, que una de ellas, por fuerza debería abrir aquel armario. Observé la cómoda donde guardaba las llaves y me fijé que la había cambiado de sitio. Todo se veía diferente en aquella habitación, más ordenado y colocado de manera diferente a como estaba la última vez. Abrí el primer cajón, no había nada; abrí el segundo y tampoco había nada. Me pareció extraño, pero al abrí el tercero y comprobar que también estaba vacío, me pareció aún peor. ¿Cómo era posible? Las llaves tenían que estar allí.

Volví a abrirlos otra vez, para asegurarme que no tenían nada. Había cambiado las llaves de sitio, igual que los muebles, y a saber dónde las había colocado. En ese momento, pensé que quizás lo había hecho por miedo a que yo descubriera lo que guardaba en su interior. Y ese pensamiento no solo reforzaba mi intención de abrirlo, sino que me reafirmaba en el convencimiento de que allí dentro se ocultaba algo sospechoso. No conocía a Álex por completo y había la posibilidad de que el contenido de ese armario me ayudase a conocerlo mejor. Abrí cuanto cajón encontré por el resto de la

habitación, busqué en todos los muebles que allí se guardaban, pero no hallé nada.

Intuí que Álex tardaría en llegar, pero como ni siquiera sabía a donde había ido, decidí que era mejor no arriesgarme más por aquel día. Habría otros en el futuro, en los que él se marcharía y yo tuviera la seguridad de que no volvería en horas, y entonces sí que podría entrar y recorrer con tranquilidad el resto de las habitaciones hasta dar con ellas.

Ya me había rendido, estaba agotada, pero más que agotamiento físico era mental. Decidí marcharme. Miré a través de los pequeños agujeros de la persiana si pasaba alguien por la calle para levantarla y salir corriendo, pero había un vecino que estaba paseando a su perro. Esperé unos minutos más con la cara pegada a la persiana. En un momento dado, miré hacia atrás y algo me llamó la atención. La puerta de ese cuarto estaba abierta, pero no pegada a la pared. Es decir, algo le impedía estar abierta por completo. Me entró un arrebatado de curiosidad. Fui hacia allí, aparté la puerta despacio, en medio de unos chirridos más propios de una vieja puerta de mansión de película de terror que de una casa moderna, y descubrí que tenía por la parte de atrás un colgador con una chaqueta colgando.

Era una cazadora marrón de cuero. Me pareció raro, porque no estábamos en época de frío. De todos modos, metí las manos en los bolsillos para ver qué contenían. Y allí estaban las llaves. No todo el manajo que había visto la primera vez, sino que parecía que las había ordenado y tirado las que no usaba. Pero sí estaban entre ellas las que abrían el armario, porque reconocí el juego con el que le vi desde la ventana usar para abrir el armario. Me llené de alegría y nerviosismo a la vez. Por fin iba a saber qué guardaba allí y ver el porqué de tanto misterio. Sabía que no tenía derecho a hurgar en las cosas de los demás y mucho menos a colarme en su casa. Pero en ese momento, tenía la certeza de que encontraría algo que me impactaría.

Esa incertidumbre me atraía como si fuese una droga y necesitaba descubrir qué era aquello tan secreto que guardaba bajo dos llaves y requería fabricar un doble fondo en un armario.

Con gran temblor en las manos, me dirigí al armario. Tenía muchísimo calor y el sudor se adueñó de mi cuerpo. Me coloqué enfrente, cogí aire y

pensé «venga, vamos allá». Elegí de entre todas la llave que recordaba y la metí en la cerradura. Perfecta. Luego la giré despacio, casi con miedo, y giró. La cerradura hizo el típico ruido de cuando se está abriendo por dentro y, ante mi asombro la puerta, se entreabrió un poco. No dudé un instante y la abrí de todo. Había perchas con camisas, chaquetas y muchas más prendas apretadas unas con otras, lo que me aseguraba aún más que allí había algo escondido, ¿Para qué encerrar bajo llave su ropa? No tenía sentido. Aparté la ropa hacia los lados, abriendo un pequeño pasillo por el centro.

Toqué con mis manos el doble fondo, le di unos pequeños golpes y sonó hueco. Ví la cerradura que le había puesto contra el techo del armario y me dispuse a buscar la llave que coincidiese con ella. Observé que la cerradura era más pequeña que la de la puerta del armario, así que busqué una llave acorde a su tamaño. Cuando la encontré, metí la llave en la cerradura y, al girarla, se abrió la puerta del falso fondo. Levanté la tapa por completo, despacio, para que entrara algo de luz, puesto que estaba muy oscuro. Como seguía sin ver lo suficiente, abrí los cajones de debajo del armario y encontré una linterna. La encendí e iluminé ese pequeño espacio. Allí estaba su mochila, esa que había visto. También había unas cajas de zapatos que intenté abrir, pero fue en vano, porque no me giraban los brazos por la estrechez del sitio.

Decidí sacar todo para verlo mejor. Lo primero fue la mochila. La abrí y allí estaba ese dichoso uniforme de mono azul y amarillo que había visto en la cesta de la ropa sucia un día antes. Lo observé con suma atención. Metí mis manos en los bolsillos, esperando encontrar algo, pero estaban vacíos. También había unos zapatos tipo botines, como de militar. Se notaban húmedos, como si hubiese caminado bajo la lluvia con ellos, algo raro porque hacía días, o mejor dicho, semanas, que no llovía en Ourense. También guardaba una camiseta blanca con los puños cerrados de estampa, unos guantes de jardinero, parecidos a los que solía usar cuando trabajaba en sus jardineras, y por último y lo que más me sorprendió, un pasamontañas negro, un poco viejo y desgastado.

Qué coño es esto, pensé incrédula. ¿Para qué quiere un pasamontañas? Los jardineros no usan ese tipo de complemento.

También había cuerdas, cinta adhesiva y una pata de cabra que se suele utilizar para abrir puertas. Ya no sabía que pensar. Era todo muy raro y empezaba a creer que Álex podría ser un atracador, por todos los detalles que estaba encontrando y por estar tan ocultos. Coloqué todo dentro de la mochila tal y como estaba y la aparté a un lado.

Volví a meterme en el armario, alcé los brazos hacia dentro del fondo y saqué una de las cajas de zapatos que allí había. Salí del armario con ella bajo el brazo y la dejé en el suelo. Me quedé un rato de pie mirándola. Cuando me sentí segura de abrirla saqué la tapa. Dentro había algo que en un principio no entendí lo que era. Hasta que mis ojos se centraron y pude divisar lo que parecían ser unas bolsistas transparentes, cinco en concreto, con cierre hermético. Dentro de cada una había un mechón de pelo sujeto por una goma elástica y un pendiente.

Me quedé inmóvil, tenía esas bolsas en la mano y no sabía qué hacer. Los cabellos eran del mismo tono de color, morenos y todos cortados con la misma medida. Los pendientes, algunos parecían de oro, otro de plata y alguno que era un poco infantil. No paraba de preguntarme de quiénes serían esos cabellos y esos pendientes y por qué los tenía Álex guardados y escondidos bajo llave.

No entendía nada, mi cabeza parecía un torbellino y pensar se me hacía complicado. ¿Se habían dejado cortar el pelo aquellas mujeres? ¿Habían permitido que Álex se quedara con un pendiente? ¿Fue todo consentido o había algo más oscuro? Esas eran las preguntas que me rondaban por la cabeza.

Pensé que, a esa altura de la relación entre Álex y yo, podía haberme contado sin problema que las chicas le habían dado permiso para que les cortara un mechón y satisfacerlo, en caso de que así fuese. Pero algo me decía que no, que no había sido con sus consentimientos. Entonces, cerré la caja y la dejé en el suelo. Volví a meterme en el armario, estiré los brazos de nuevo y saqué otra caja. Con ella en el suelo, cogí aliento antes de abrirla. No tenía ni idea de lo que podría encontrarme esta vez. Me temblaba hasta el último centímetro de mi piel y el pelo de la nuca se me erizaba cada vez que pensaba en que Álex podía llegar a casa por sorpresa. En ese caso, no sabía cómo podría reaccionar al verme revolviendo aquellas cosas. Era evidente que

aquel armario era como un templo para él, su escondite personal. Las personas normales escriben diarios y Álex tenía un armario lleno de secretos. Y yo lo estaba profanando. Quizá no debería haber abierto, pero ya lo había hecho y tenía que seguir averiguando qué más escondía.

Levanté la tapa de la caja, dentro solo había recortes de periódicos. Algunos estaban escritos en otro idioma, en inglés en concreto. Saqué todas las hojas y las fui dejando en el suelo para poder encontrarle sentido a aquello. Me quedé estupefacta. Eran las páginas de las muertes de las chicas que habían salido en la televisión días atrás y con las que yo misma no había tenido ni pizca de empatía, sentimiento o tristeza por estar más preocupada de mi relación con Álex. Sin embargo, él tenía esos recortes y yo no sabía por qué. Una hoja de prensa era del Faro de Vigo, En ella, aparecía la foto de la chica cuando estaba viva y otra del lugar donde se había encontrado en Vigo. Se llamaba Ana y tenía veintisiete años. Había sufrido una muerte horrible y su cuerpo había aparecido desnudo en la bañera.

En otro recorte del mismo periódico, pero de distinta fecha, estaba la foto de otra de las chicas. Se llamaba Ester y solo tenía veintidós años. Le había pasado lo mismo y su cuerpo también se había encontrado en la bañera de su piso en Pontearreas. No pude seguir leyendo y aparté la mirada para poder reponerme. ¿Qué quería decir todo eso? ¿Por qué tenía esos recortes?

En otra hoja, del periódico La Razón, también salía la foto de una chica cuando estaba viva y otra foto de su casa, donde la encontraron sus padres muerta. Se llamaba Almudena y vivía en Ribadavia, en una casa de planta baja cerca de la gasolinera.

Había otras seis hojas más, pero tres en inglés. En el encabezado de las páginas ponía el nombre del periódico, The Irish Times, era un periódico irlandés. Ahí recordé lo que me había dicho Álex cuando lo conocí, que su hijo estaba trabajando en Irlanda. Los periódicos los había traído de allí, pero ¿por qué?

Los otros tres recortes volvían a ser de España, en concreto de Navarra y Valencia. Cogí las hojas irlandesas, aunque no podía entender lo que estaba escrito, pero en cada una de ellas salían las fotos de unas mujeres, en apariencia muertas. Supuse que habían corrido la misma suerte que las que

salían en los periódicos españoles. Jóvenes, muy guapas y, a pesar de que los irlandeses suelen ser rubios, estas chicas eran todas morenas.

Dejé todo en el suelo y cogí el resto. Dos de las páginas eran del periódico El Levante, de Valencia. En cada hoja detallaba lo mismo, la desaparición de las chicas y el hallazgo de sus cuerpos, en sus respectivas casas y dentro de la bañera. Los hechos habían ocurrido durante las fiestas tradicionales de las Fallas, con una diferencia de diez días del asalto de una a otra.

El cuerpo me temblaba, podía sentir un tic en el ojo derecho a causa de la tensión que estaba soportando en ese cuarto. La última hoja y la más reciente, antes de que empezaran los crímenes en Galicia, era del periódico Diario de Navarra, con la misma noticia, otra chica encontrada muerta en la bañera de su casa por unos familiares. Había ocurrido durante los sanfermines. Me quedé un rato mirando todos los recortes y páginas enteras que había colocado con cuidado en el suelo. Me puse de rodillas ante ellas y en mi mente les preguntaba a aquellas fotos quién les había hecho eso. En voz baja, dejé escapar unas palabras: ¿por qué?

Eran tan jóvenes, no merecían morir así. Les deseé un descanso eterno. Todavía confusa, recordé mi teléfono móvil, lo tenía metido en el bolsillo del mi pantalón y algo me decía que debía hacer fotos a todo aquello que tenía delante. Serían las primeras de mi teléfono, dedicadas a unas desconocidas y además fallecidas, pero era necesario. Deseaba que las primeras fotos de mi teléfono fuesen con Álex en un momento romántico, pero creí que lo mejor era hacerlas a lo que tenía delante.

Después de tomar varias fotos, recogí las hojas e intenté recordar cómo estaban colocadas cuando las saqué para dejarlas del mismo modo. Guardé todo de la forma que creía que era la correcta. Cerré con llave la puerta del falso fondo y también las del armario. Metí las llaves en el mismo bolsillo de la cazadora de cuero. Luego me asomé a la ventana, no pasaba nadie por la calle en aquel momento y pensé que era el ideal para salir. Así que levanté la persiana a toda prisa, me deslicé a través de ella y me dejé caer en el suelo. Así estuve unos instantes, quieta y en silencio. Al comprobar que nadie se había percatado de mi presencia, volví a levantarme y metí la mano hacia

dentro de la ventana para coger la cinta de la persiana y bajarla a la misma altura que la había dejado Álex.

Salí de allí agachada hacia mi muro y dando grandes pasos. Salté apurada, corrí hasta mi casa, subí a mi habitación y me tiré en cama. No podía gestionar las emociones que sentía en ese momento, ni las imágenes que pasaban por mi cabeza, con las caras de todas esas chicas. Pensaba que al abrir ese armario resolvería mis dudas, pero en ese momento, tenía más preguntas que respuestas y no sabía por dónde empezar para encontrarle sentido a aquel asunto. Deseaba no haber visto nada de ese armario, deseaba volver una hora atrás y empezar de nuevo, pero eso ya era imposible. Tampoco podría preguntarle a Álex, puesto que entonces descubriría que yo había estado allí.

Entonces, ¿qué era lo que podía hacer en ese momento? Nada, simplemente nada.

*Antes de reaccionar, piensa. Antes de gastar, gana.
Antes de criticar, espera. Antes de abandonar, inténtalo.*
Ernest Heminway

En los siguientes minutos, tirada sobre la cama, intenté justificar ante mí misma por qué Álex tenía esos recortes allí, dejando de lado la mochila y su contenido. Pensé que quizás le gustaba seguir esos casos o tal vez le producían morbo los asesinatos de ese estilo. Y de ser así, me resultaba factible la idea de que tuviera todo bajo llave por miedo a que alguien lo descubriese y le hiciera sentir avergonzado. Tal vez fuera un fetichista que se ponía cachondo con esas cosas y deseaba tener oculta su inclinación sexual, incluso para su pareja. Es evidente que cuando alguien se excita con algo así, no va alardeando de ello por ahí. Además, siempre he pensado que la vida sexual de cada uno es privada.

Intenté tranquilizarme, haciéndome a esa idea. Es más, el descubrir aquello le dio más sentido a nuestros encuentros sexuales, supeditados siempre a un punto de violencia y sadismo. En la cama, yo era su sumisa y él me dominaba, no había más. Por lo tanto, cuadraba en mi cabeza que alguien así también se excitase con unos recortes de mujeres asesinadas.

Incluso fui más allá y en mis pensamientos valoré la posibilidad de que quizá Álex pudiera ser un amigo o un pariente cercano de alguna de las víctimas y estuviese realizando algún tipo de investigación por su cuenta. Y de ahí, pasé a sopesar si sería un policía encubierto y aquellas fuesen algunas de las pruebas que guardaba. Al final, acabé por sentirme ridícula con mis elucubraciones sobre policías y familiares vengadores y elegí como más factible la hipótesis que decía que Álex era tan solo un morbosos que obtenía algún tipo de placer a través de esos recortes.

Me mentalicé que así era y me prometí a mí misma no sacar más

conclusiones, aunque me costaría, porque cuando el corazón entra en batalla con la razón, normalmente, la razón pierde. Mi corazón era de Álex, lo amaba con toda mi alma y todo lo que él hacía, para mí, estaba bien hecho. Lo aceptaba, y mucho más después de haberme dicho que me quería. Esa simple frase había despejado todas las dudas que pudiera tener sobre él. Por lo tanto, no merecía la pena pensar en cosas incoherentes solo por ver una mochila con ropa dentro, unos recortes de periódicos y algunos cabellos escondidos, que quizá fuesen de algunas amigas que había tenido en el pasado y que se ofrecieron en su día a dárselos. Sí, me dije, así era, así lo creía y así tenía que ser. Para mí, Álex tenía un alma acendrada y era incapaz de hacer daño a alguien de manera intencionada o con maldad.

Esa mañana la pasé relajada en el sofá. Dentro de todo lo malo, no tendría que cocinar para nadie ni hacer nada en especial y tan solo debía estar atenta al teléfono para cuando Ricardo me llamara.

Cada minuto que pasaba adoraba más mi cuerpo y me sentía más animada a arreglarme. Incluso aunque no tuviese que salir de casa. Es increíble cómo el amor puede cambiar a una persona, hasta el punto de convertirla en alguien diferente por completo, tanto por dentro como por fuera. No había duda de que yo le debía a Álex mi nueva vida. Sin él, seguiría hundida en la depresión y la monotonía de mi matrimonio y alcanzaría el día predestinado para mi muerte sin que hubiese conocido el amor de verdad y sin haber visto mi cuerpo esbelto y firme.

Todavía seguía sumida en los pensamientos positivos que gobernaban mi nueva vida cuando Ricardo me llamó por teléfono. Me contestó enfadado y me preguntó dónde coño había estado, ya que era la tercera vez que me llamaba. No supe qué contestarle y me inventé la excusa de que había salido a limpiar el patio, porque estaba lleno de polvo y hojas caídas. Me dijo que no me moviera de casa, que su cuñado lo había llamado desde el hospital para avisarle de que Sofía ya tenía el alta médica y que iban a pasar por casa a primera hora de la tarde. Le pregunté si también vendrían a comer y me contestó que no, que solo él. Después, me colgó.

En ese momento me enfadé. ¿Para qué coño quería volver Sofía a mi casa? Suponía que esperando que yo le pidiera perdón por lo que le había hecho, y

se lo pediría, aunque de la forma más hipócrita que podía existir. La realidad era que prefería que se hubiera muerto.

Había decidido no decirle nada a Álex sobre el altercado con Sofía, por si pensaba mal de mí, pero a decir verdad, tenía muchas ganas de contárselo. Éramos una pareja. De las de verdad. Enamorada. Sin secretos. Además, quizá después de oírme, él también se animase a contarme lo suyo del armario.

En cualquier caso, mi ociosa mañana se había terminado con aquella llamada. Así que otra vez me dispuse hacer la comida sin ganas ni interés. No me apetecía en absoluto, pero era mi obligación como mujer casada que no trabajaba y que además estaba todo el día metida en casa. Odiaba esa vida y cada día deseaba con más fuerza empezar una nueva al lado de Álex. Sabía que él no iba a permitir que estuviese encerrada en casa, él era diferente. Él me quería. Pensé en preparar lo que menos tiempo y esfuerzo necesitaba, un filete de ternera y unas patatas fritas.

Desde hacía semanas, intentaba cocinar cosas que no me llevasen mucho trabajo. Además yo seguía con mi dieta y evitaba hacer las copiosas y pesadas comidas que tanto le gustaban a Ricardo para no caer en la tentación de comerlas yo también.

Preparé la mesa y esperé a que él llegara. Mientras tanto, encendí la televisión para ver las noticias. Al poco rato, escuché fuera el coche de Ricardo y cómo lo guardaba dentro de la finca. Eso significaba que no volvería a salir de casa lo que restaba de día.

Cuando Ricardo entró en la cocina, yo estaba sirviendo la comida y solo me dedicó un escueto «hola». Después se sentó, se acomodó la silla, echó un vistazo fugaz a la televisión y empezó a comer. No cruzó más palabras conmigo en todo el almuerzo. Supuse que al acabar me diría algo sobre Sofía. Comimos en silencio y casi sin mirarnos. Yo no tenía hambre y apenas probé bocado. Al acabar, le pregunté si quería café. Me contestó que sí y se lo hice. Se lo coloqué delante, me senté frente a él y esperé a que empezase a hablarme.

—Sofía no te ha denunciado —dijo, dándole vueltas al café con la cuchara—. En la ambulancia no pronunció una palabra y, al llegar al hospital, dijo que se había caído por las escaleras.

Me quedé un rato mirando cómo movía la cucharilla dentro de la taza y sin saber muy bien qué responder.

—Van a venir después —continuó tras unos segundos—. Dijeron que no querían comer con nosotros, y eso que se lo pedí, pero prefieren ir a un restaurante y acercarse después. Al final, pude convencerlos, porque ella no quería hacerlo, no quería venir. Así que solo espero que te disculpes con ella y le des una explicación convincente sobre lo que le has hecho.

Mientras hablaba, en ningún momento levantó la vista hacia mí. No sé si por miedo, por respeto o por la vergüenza que sentía, pero sí me di cuenta de que lo que yo le había hecho a Sofía, había causado una gran mella en él. Nunca se imaginó que su delicada, callada y sumisa esposa le diese una lección tan radical a su hermana. En el fondo, pienso que él sabía que se lo merecía, no por cómo me trataba a mí, sino por cómo era de mezquina y egoísta con él.

Las manos me empezaron a sudar con la rabia que me producía pensar en pedirle perdón a esa bruja, pero debía hacerlo. Al acabar su café, Ricardo me dijo que se echaría un rato en cama, ya que no había dormido bien y le dolía la espalda. Me pidió que lo despertase cuando llegasen Sofía y Sergio. Yo estaba enfadada y saturada por todo lo que tenía que gestionar, tanto con Álex como con esa repelente mujer que se empeñaba en amargarme la vida. Suponían demasiados acontecimientos en muy poco tiempo y, para una persona como yo, cuyas únicas preocupaciones diarias no solían exceder de qué hacer de comer, cómo limpiar la casa o tener la ropa planchada, tomar decisiones o asumir situaciones comprometidas requería de un gran esfuerzo.

En el momento en que Ricardo se acostó, fui al mueble de los medicamentos, me tomé una pastilla de las suyas, de esas que hacían dormir, y volví al sofá. Supuse que tardarían en llegar al menos dos o tres horas y así podría dormir un buen rato.

El ruido del timbre de la puerta principal me despertó de un sobresalto, confusa, aún bajo el efecto del medicamento. Me puse en pie y, caminando en zigzag por el salón, fui hacia la entrada. Miré la hora en el reloj de cuco de la pared, regalo y recuerdo de la abuela de Ricardo, y marcaba las ocho y cuarto de la tarde. Había dormido bastante, pero tenía un ligero dolor de cabeza.

Antes de abrir, ya sabía quiénes eran. Vacilé un rato si abrirles la puerta. Me hubiese gustado darme el placer de no abrir y mandarlos a paseo, pero no podía ser y, al final, me decidí a recibirlos.

Los saludé con escueto «hola» y me aparté de la entrada para que pudiesen pasar. Sofia, traía un apósito en la frente, tenía el lado izquierdo de la cara amoratado y se le apreciaba un poco de hinchazón debajo del ojo. No me impactó en absoluto, eso solo era una muestra de lo que yo era capaz de hacerle. Les dije que iba a avisar a Ricardo y me dirigí hacia las escaleras. Supongo que Sofia esperaba otro tipo de recibimiento por mi parte, que me echara a llorar de inmediato o que le pidiera perdón de forma desesperada, pero algo tan exagerado no cabía en mi cabeza ni por asomo. Debía disculparme, sí, porque las lesiones eran lo bastante graves como para meterme en un lío en el supuesto de que me acabase denunciando, pero quería hacerlo de una manera que no me humillara en absoluto.

Al llegar a la habitación, Ricardo dormía como un bebé. Lo desperté y le dije que su hermana estaba abajo.

—Ahora voy. Vete preparando café, anda —balbuceó, todavía sin despertar por completo.

Mientras bajaba las escaleras, pensaba en qué le iba a decir a Sofia y las palabras exactas que quería usar. Es decir, no pensaba arrastrarme ante ella, pero era importante que mi disculpa fuese creíble. Entré en la cocina y vi que ya estaban sentados en sus respectivos sitios, como si las sillas de mi casa tuviesen sus nombres. Los miré un segundo y luego me giré hacia la cafetera.

—¿Os apetece un café?—pregunté, ya de espaldas.

—Yo sí, con leche —dijo Sergio bastante sereno.

Volví la cabeza y miré a Sofia, porque no me había respondido y supuse que era mejor mirarle a la cara en ese momento. No quería resultar ofensiva, pero disimular mi aversión hacia ella se me hacía difícil.

—Yo quiero café, pero descafeinado.

Ella sí usó un tono desafiante en ese momento, cruzada de brazos como si estuviese impaciente porque empezase el espectáculo que había venido a presenciar.

—En esta casa, Sofia, no tomamos descafeinado. Solo hay café o, si lo

prefieres, cacao —le dije, utilizando el mismo tono que ella había empleado conmigo.

—Tomaré un cacao entonces, bien caliente —contestó airosa.

Hice dos cafés, uno solo para Ricardo y otro con leche para Sergio. También preparé una infusión para mí y, por último, el cacao bien caliente de Sofía. Me senté a la mesa con la tensión servida y esperando a que bajase mi marido. Estaba a punto de empezar mi petición de perdón y no quería hacerlo. Lo que me apetecía en ese momento era marcharme, pero pensé que eso solo sería escapar de los problemas.

Cuando bajó Ricardo, aún con cara de sueño, les dijo «hola» y se sentó.

—¿Qué tal estas, Sofía? ¿Qué te han dicho en el hospital? —preguntó después.

—Bueno, que estoy bien, pero que tuve mucha suerte de no darme un mal golpe en el escalón. Pudo haber sido mucho peor.

Esas últimas palabras las dijo clavando sus ojos en los míos. Mis ganas de repetir lo que le había hecho iban en aumento.

Hubo un silencio incómodo. Entonces decidí, tranquila y con mucho aplomo, zanjar el asunto lo más rápido posible para que se largasen cuanto antes. Puse las manos sobre la mesa, entrelacé los dedos de una con los de la otra, cogí aire y empecé.

—Mira, Sofía —le dije, aunque sin mirarla a la cara, solo a mis manos—. Siento mucho lo que pasó ayer y te pido perdón por ello. Está claro que perdí los nervios y me dejé llevar por los más primitivos instintos para decirte que en mi casa mandamos Ricardo y yo, y que no necesitamos la opinión de nadie más.

En ese momento sí la miré a los ojos. Ricardo balbuceaba a mi lado, pero no se atrevió a hablar, al darse cuenta de que yo aún no había terminado.

—Entiendo que Ricardo sea tu hermano y que lo defiendas y todo ese rollo que te gastas —continué—, pero no te olvides, y te lo repito por si se te pasa, que esta es mi casa y no me gusta ni consiento que nadie, sea quien sea, venga a decirme, o decirnos, qué es lo que tenemos que hacer. Por favor, a partir de ahora deja de criticarme y de intentar hacerme sentir inferior a vosotros, porque ya está bien. Dicho esto, te vuelvo a pedir perdón, te juro que no

volverá a pasar nada igual y también deseo que te mejores lo antes posible, de corazón.

Esperé a que me dijera algo, pero no hallé respuesta alguna.

En realidad, nadie se atrevió a decir nada durante unos largos segundos. Ricardo parecía que quería hablar, pero las palabras no le salían. Supongo que no sabía qué decirme o decir a los demás. Yo ya le había pedido perdón a Sofía y también le había expresado mi malestar con ella y lo que me parecía mal. Así que todos en paz, no había nada más que hablar, ella se había quedado sin fundamento alguno y su esperanza de que yo le pidiera una gran y espectacular disculpa, de la forma más humillante posible para mí, se desvaneció en aquel momento. Es decir, ya lo había hecho, ya le había pedido perdón, pero no lo repetiría. Para mí el asunto estaba zanjado y, por lo que podía ver, para Ricardo y para Sergio también. Así que a ella no le quedaba más remedio que aceptarlo. ¿Qué podía decirme, que tenía derecho a mandar lo que quisiera en mi casa? Pues no, evidentemente.

Creo que lo que le solté a Sofía en ese momento era lo que su hermano tenía ganas de decirle desde hacía mucho tiempo y nunca se había atrevido a hacerlo. De forma evidente, era un punto para mí en lo que a mi marido se refería. Aquel día, con ese pequeño discurso, dejé a todo el mundo sin argumentos y, además, le había puesto las cosas claras a Sofía. Creo, con toda sinceridad, que fue uno de mis momentos más brillantes en los que serían mis últimos días en esa familia.

Era la tarde de un jueves muy agradable en lo que al clima se refería. Ya había empezado a anochecer y, tras la charla que había tenido, me dispuse a salir a tomar un poco el aire. Mis cuñados y Ricardo se quedaron en casa, a saber qué estarían hablando, pero ese ya no era mi problema. Me sentía saturada con todo lo sucedido y decidí que un pequeño paseo no me vendría mal. No quise coger el coche, así que bajé andando hasta la ciudad para despejarme un poco. El tema con Sofía estaba resuelto y no quería volver a preocuparme por ello.

Mientras caminaba, me vino Álex a la mente, pero quería tener la mente en blanco, no pensar en nada en concreto, solo caminar y, si se daba el caso, parar en una terraza a tomar algo tranquila. A medida que bajaba y me

adentraba en la avenida de Santiago, me pareció ver el coche de Álex aparcado en la acera de enfrente de la maldita cafetería Punto y Seguido. Que él estuviese allí solo podía significar una cosa, que estaría hablando con la camarera, esa a la que tanta rabia le tenía yo. Si era cierto lo que me había dicho Ricardo, que le iban los maduros, Álex y yo tendríamos un problema.

Me acerqué a la cristalera despacio, hice un barrido desde fuera por todo el interior de la cafetería y allí estaba él, sentado en la barra con una cerveza en la mano. Se le veía pensativo y no parecía que estuviese de humor para entablar una conversación y, mucho menos, para ponerse a ligar. Me dio esa sensación, que solo estaba allí para tomarse esa cerveza. Levanté la vista y, de lo que parecía la cocina, vi salir a la camarera con un plato lleno de pinchos. Se acercó a Álex y se lo puso delante a modo de ofrenda, con una gran sonrisa insinuante. Él lo miró y enseguida le dijo que no, a la vez que empujaba el plato para devolvérselo. Ella no se dio por vencida. Colocó los pinchos en el expositor de la entrada y se acercó otra vez a él. Entonces empezaron a hablar, una conversación en la que la niñata aquella no paraba de insinuarse haciendo rizos con el pelo. Me estaba empezando a poner enferma.

Quién me viera en ese momento, apoyada en la cristalera y con cara de pocos amigos, pensaría que estaba loca. Era verano y la terraza estaba llena de gente y yo, aunque intentaba disimular, no podía apartar la vista de ellos dos. A veces me alejaba un poco para que mi actitud no fuese muy evidente, pero en nada volvía a mirar hacia dentro. Ellos seguían hablando, aunque a decir verdad, se notaba que ella quería entablar conversación con Álex, pero él se notaba más reacio. Incluso parecía que no se sentía cómodo.

Dudé si entrar y sentarme a su lado, pero pensé que sería un gesto feo, porque uno, yo era una mujer casada con un hombre muy conocido en la zona y dos, corría el riesgo de que Álex pensase que lo estaba siguiendo. Al cabo de unos minutos, él sacó la cartera para pagar y le dio un billete, que ella cogió muy despacio y sonriéndole. Después abrió la caja, sacó unas monedas como vuelta y, cuando se las dio a Álex, aprovechó para agarrarle la mano y acariciársela. Poco tiempo, porque Álex apartó la mano como si nada. Ese gesto me convenció de que de verdad él no quería nada con aquella mocosa.

Supuse que se iría nada más pagar, así que me aparté de la cristalera y me

escondí detrás de unos contenedores. Álex salió sin fijarse en nada, se metió en el coche y arrancó. En cuanto vi que se alejaba, no pude aguantar las ganas de tomar algo para verle bien la cara a aquella camarera. Así que entré y me senté en el mismo lugar que había estado Álex hasta hacía solo unos instantes, incluso el taburete conservaba su calor corporal. La chica me vio, pero aún tardó un rato en atenderme, porque se estaba comiendo uno de los pinchos que le había ofrecido a Álex. Eso solo alimentó más mi furia y asco hacia ella. Estaba segura que quería algo con él y no podía consentirlo.

Era evidente que no iba a decirle nada, pero la observaría bien de cerca.

Cuando acabó, se acercó a mí, me saludó y me preguntó qué iba a tomar. Le pedí una cerveza, una Voll Damm, que era la misma que estaba tomando Álex. No me gusta la cerveza, pero era mi modo de decirle que iba a tomar lo mismo y en el mismo sitio que mi hombre. No me ofreció un pincho como a él, sin embargo sacó de dentro de la barra un cacharro con aceitunas y me las puso delante. Mis ganas de partirle la cara seguían en aumento. El tiempo que estuve allí no le saqué los ojos de encima, necesitaba verla bien, porque nunca había tenido esa oportunidad. Me pareció flaca, descarada y poco atractiva, y para nada suponía peligro alguno con Álex. De hecho, me convencí de que era la típica chica fácil, de esas a las que cualquiera se puede llevar a la cama con solo plantárselo.

En la cafetería había mucha gente conocida y era consciente de que mi actitud de estar en la barra sola, tomándome una cerveza, no era bien visto por Ricardo. Sabía que se enteraría, pero me dio igual. Me tomé la cerveza tranquila, saqué el monedero y le pagué. Pero claro, a mí me dejó la vuelta delante en un platillo, ni me sonrió ni me acarició la mano. Menuda zorra, pensé.

Ya era tarde cuando salí de allí. Faltaba poco para las diez de la noche y nunca había estado hasta tan tarde fuera de casa. Empecé el camino de regreso un poco más apurada de lo normal y me di cuenta que cada día que pasaba podía caminar mucho más rápido y mejor que el anterior. Ya no me cansaba tanto y mis piernas me dolían menos. Cuando conocí a Álex pesaba setenta y cinco kilos y la última vez que me subí a una báscula marcaba sesenta. Había adelgazado quince kilos en poco tiempo gracias a mi dieta y a

la subida de autoestima que Álex me proporcionaba. También a algunos días sin comer por los disgustos que había pasado con él. Decidí volver a pesarme al llegar a casa para comprobar cuál era mi nuevo peso, porque la ropa que solía usar ya no me valía y la que había comprado no hacía mucho, tampoco. Se me empezaban a marcar los huesos de las caderas y clavículas. Aún tenía curvas, en el culo y las tetas, pero las grasas y los michelines, que habían invadido mi cuerpo durante años, se habían evaporado. Pensé que, si todos los días bajaba a la ciudad andando y volvía a subir a buen ritmo, moldearía mi figura aún más y sería una buena manera de ponerme en forma.

De camino me fui encontrando con algunas vecinas que me paraban y me comentaban lo estupenda que me veían. Todas me preguntaron cómo lo había conseguido. Querían saber si tenía algún secreto y yo les contestaba que sí, pero que era muy confidencial, y me echaba a reír. No les iba a decir que el secreto para adelgazar y ponerte en forma era tener un amante apasionado y fogoso en la cama. Y que si además, ese amante te dice que te quiere, entonces se convierte en el secreto de la belleza eterna. Pero nuestro secreto, el de Álex y mío, pronto dejaría de serlo.

*A la muerte se le toma de frente con valor
y después se le invita a una copa.*

Edgar Allan Poe

Al llegar a casa, me fijé que Álex tenía la luz encendida en la cocina y en la entrada. Su coche estaba aparcado dentro y, como era de suponer, mis cuñados ya se habían marchado. Ricardo estaba en la habitación, se podía escuchar la televisión puesta desde la entrada. Supuse que estaría cansado y que se habría ido a la cama. Subí a verlo, por si tenía algo más que decirme sobre su cuñada.

Tenía la puerta cerrada, así que abrí despacio por si dormía y vi que estaba despierto y viendo un programa especial informativo sobre la investigación de las chicas asesinadas días atrás llamado «Los Crímenes De La Bañera». En ese momento, pasaron por mi mente como un relámpago los recortes del armario de Álex. Le pregunté si había cenado. Dijo que había comido un bocadillo, pero que de todos modos, no quería nada más porque no tenía hambre. Después me preguntó, muy tranquilo aunque sin apartar la vista de la pantalla, dónde había estado. Le respondí que me había parado en el bar a tomar algo y relajarme por lo sucedido y que a la vuelta me había encontrado a unas vecinas que me habían entretenido. Esperé a que me dijera algo más, pero no lo hizo y siguió viendo la televisión. Yo no le pregunté nada de su hermana, ni él me hizo comentario alguno sobre ella. Así que salí de la habitación asumiendo que me tocaba dormir otra vez en el sofá. Cogí el pijama que estaba encima de la cómoda y me fui al baño a darme una ducha, ya que todavía estaba sudando por la caminata de regreso a casa. Me gustaba más dormir en el sofá que en la habitación de invitados, porque era ancho, cómodo y desde él podía ver la televisión sin forzar la postura.

Después de una ducha corta, me fui directa al salón. Yo también estaba

muy cansada y tenía sueño, pero antes de ponerme a dormir, busqué el canal que estaba viendo Ricardo sobre las chicas. El programa ya estaba avanzado y no decían nada diferente de lo que había oído en los telediarios los días anteriores. Mientras lo veía, me acosté para tener la espalda estirada, pero estaba tan agotada que mis ojos se empezaron a cerrar poco a poco. Solo me resistía a dormir por si decían algo que yo no supiese o que podía resultar de interés para mí.

Al poco rato, empecé a entrar en un sueño cómodo, placentero y reparador y el sonido del televisor cada vez sonaba más lejos. Me olvidé del programa y me dejé llevar por el cansancio y el bienestar que sentía en aquel momento. Ya casi no prestaba atención al sonido, hasta que oí de fondo, como un destello, una palabra que me hizo abrir los ojos de golpe: pelo.

¿Pelo? ¿Qué pasa con el pelo? ¿El pelo de quién?

Escuchar esa palabra fue como recibir un tortazo sin contar con él. Desperté al instante y un escalofrío recorrió mi cuerpo a modo de descarga, al mismo tiempo que se me ponía la piel de gallina. Me senté y me di unas pequeñas bofetadas en la cara para espabilar por completo y poder poner toda la atención a lo que estaba escuchando. El problema fue que, cuando conseguí hacerlo, el programa ya se había terminado.

Por un momento, dudé si aquello había sido real. Quizás había creído escuchar algo que en realidad no existió y solo era parte de un sueño que había empezado a tener. Había una pelea interna en mí, una contienda entre las ganas de saber si de verdad habían pronunciado esa palabra y el sueño que tenía. Entonces me di cuenta de una cosa, tenía acceso a Internet y desde mi teléfono podría entrar en alguna página y buscar más información. Comprobar cómo habían sucedido los crímenes y qué les habían hecho a las chicas, si les habían cortado el pelo o les faltaba algún pendiente. Entré en Google y busqué «los crímenes de la bañera». Delante de mí aparecieron un montón de páginas, pero me fijé en una en concreto, de un periódico nacional, y la abrí al darle más fiabilidad. El artículo era enorme, así que antes de empezar a leerla, fui a la cocina a prepararme un café bien cargado para no caer dormida. De vuelta al salón, con el café en la mano, me senté en el sofá y me puse a leer esa página casi en vertical, puesto que lo que de verdad me interesaba era encontrar la

palabra «pelo».

A medida que pasaba por los detalles de la primera víctima, no podía creerme todo lo que había tenido que sufrir aquella chica: golpeada, torturada y estrangulada dentro de la bañera. Y lo mismo les había sucedido a las demás. No tardé en encontrar lo que buscaba. Entre los detalles comunes de todos los asesinatos estaba que a las víctimas les habían cortado un mechón de cabello y robado uno de los pendientes. Fue la peor sensación que recuerdo haber sentido en mi vida. No entendía qué era lo que estaba sucediendo. ¿Era pura coincidencia o Álex tenía algo que ver en aquello? El color del pelo que había encontrado en su casa era del mismo color que las chicas y eso no era un buen indicio.

Pero la verdad era que no me imaginaba a Álex haciendo algo así. Me resultaba imposible. Tal vez lo que había encontrado en aquel armario tuviera una explicación más razonable y yo no la supiese. Quizás solo estaba imitando a un asesino, quizás fuese una fantasía sexual suya y estaba recreando los crímenes. Sentí náuseas y el estómago se me revolvió de tal manera que tuve que ir de inmediato al baño a vomitar. Allí, tirada en el suelo empecé a llorar. No, no era posible que fuese él y yo tuviera que resignarme a perderlo por ello. El amor de mi vida no podía ser un asesino en serie. Me negaba a aceptar esa realidad.

Las cosas me empezaron a cuadrar a medida que me tranquilizaba y eso me asustaba aún más. Sus ausencias repentinas e injustificadas, el uniforme en esa mochila de deporte, las botas mojadas, el pasamontañas. También sus vagas excusas cuando le preguntaba dónde había estado. Sus silencios. El derrumbe emocional cuando me dijo que era un monstruo entre llantos. Encajar todo aquello me colapsó.

Me dolía el pecho y sentía una presión en él que me impedía respirar. El corazón me latía a gran velocidad y, por primera vez en mi vida, pude sentir que el corazón me dolía de verdad. No quería creerlo, no lo asumía y tenía que haber otra explicación. Salí del baño con el mismo malestar con el que había entrado y, buscando no seguir con aquellos pensamientos, cogí la caja de las pastillas para dormir. Me tomé dos y me tiré en el sofá con el teléfono en la mano, observando las imágenes de las chicas. Al cabo de un rato, dejé de

sentir dolor, también de darle vueltas a mi cabeza y, con las lágrimas todavía en mis ojos, caí en un profundo sueño.

Sin embargo, y pese al efecto de las pastillas, toda la noche transcurrió en medio de pesadillas. Las chicas aparecían en mi cabeza una y otra vez. Algunas escapaban, aunque nadie las perseguía, y corrían sin cesar por pasillos oscuros, desnudas y aterradas. Otras aparecían ensangrentadas y daba la sensación de que movían la boca intentado decirme algo. Yo me acercaba un poco a ellas muerta de miedo, pero no las entendía. Entonces, con las manos me indicaban que me acercase más, aunque tenía tanto miedo de que apareciese quien les había hecho eso, que luchaba contra el impulso de darme la vuelta y empezar a correr. Aun así, me arriesgaba y caminaba hacia ellas, pero con cada paso que yo daba, ellas se alejaban un poco más. Nunca las alcanzaba y acababan por camuflarse en la oscuridad, dejándome a mí expuesta. En ese momento, al final de un pasillo o en el fondo de una habitación, siempre aparecía una de ellas para llamarme por mi nombre y pedirme que la ayudase. Yo acudía, aunque desesperada por salir de aquel sitio oscuro, tenebroso y que no reconocía. En todos los casos, cuando ya iba a agarrarla por el brazo para escapar juntas, detrás de su cabeza aparecía la cara de Álex y me daba cuenta de que la chica solo era una muñeca que él manejaba ejerciendo de ventrílocuo. Era una escena estremecedora, terrorífica.

A lo largo de aquella noche, desperté varias veces bañada en sudor, peleando contra un enemigo imaginario, pero cada vez que me volvía a quedar dormida, comenzaba a soñar de nuevo con Álex y esas mujeres. Cuando llegó la mañana siguiente, me desperté deseando que todo se hubiese quedado en eso, en una horrible pesadilla, pero pronto me golpeó la realidad de lleno. La sensación de ahogo no había cesado en toda la noche y el día amenazaba con transcurrir igual. Me levanté del sofá todavía aturdida por el efecto de las pastillas y falta de descanso. La cabeza me seguía doliendo y el malestar general era notorio. No sabía qué hacer, ni qué decir, y era obvio que aquello no podía hablarlo con nadie. Tampoco quería preguntarle a Álex, porque no sabía cómo reaccionaría.

El reloj marcaba las diez de la mañana y subí a la habitación para

comprobar si Ricardo se había ido a trabajar. Era viernes y los fines de semana Álex y yo nunca nos estábamos juntos. Solo por la semana. Eso quería decir que, si ese día no quedábamos, hasta el lunes no podríamos vernos. Pero me sentía tan confusa que no sabía si quería verlo o no.

Abrí la puerta de la habitación y comprobé que se encontraba vacía, aunque no lo había escuchado marchar. Entré en el baño y, al mirarme en el espejo, solo pude ver la cara de una mujer desolada, confusa y asustada. Amaba a Álex con todas las fuerzas del universo y necesitaba una explicación suya. Pero me resultaba imposible pedírsela, porque ni sabía por dónde empezar, ni estaba segura de que él no tuviera nada que ver en la muerte de esas mujeres.

Hacía un día estupendo y la temperatura cada vez era más alta. Me preparé un café y salí al patio trasero a tomármelo sentada sobre un banco de piedra. Esperaba que entre la cafeína y el sol pudiese ver las cosas con más tranquilidad y me serenase un poco. Cerré los ojos y comencé a oír el cantar de los pájaros y el ladrar del perro de un vecino cercano, que siempre ladraba cuando escuchaba a alguien.

El aroma del café impregnaba mi nariz de una forma muy confortable y placentera. El pequeño rato de paz que sentí aquel día fue uno de los pocos momentos de tranquilidad que tuve en aquella época de tensiones, mentiras y escapadas. Las mariposas jugaban a mi alrededor, algunas más grandes que otras y de diferentes colores, y alguna incluso se atrevía a posarse en mis brazos. Comenzaba a despertar de forma oficial, el sol me estaba sentando de maravilla y me ayudaba a ello.

Suspiré fuerte y entonces escuché, al otro lado del muro, en la casa de Álex, el sonido de una desbrozadora. Acabé el café de un sorbo y dejé la taza en el suelo. Me levanté despacio y me acerqué al muro agachada. Después, levanté un poco la cabeza para verlo sin que él se percatase de mi presencia.

Estaba arreglando sus jardineras y desbrozando unas enredaderas que le caían por el lado del muro que mediaba con una casa en la que no vivía nadie. Cada vez que lo veía, me enamoraba más y solo deseaba sentirlo contra mi cuerpo, notar su calor. No podía imaginarme la vida sin él, lo necesitaba. Mi corazón no soportaría no tenerlo a mi lado y era inaceptable el dolor que

sentía solo de pensarlo. Apenas unos metros nos separaban. Él allí, con sus plantas, arrancando hierbas, y yo escondida tras un muro admirándolo. Solo tenía que llamarlo y, sin dudar, acudiría a mí. Otra vez esa batalla entre la razón y el corazón, solo que esta vez el corazón me dolía.

Sabía a la perfección lo que sería no tener a Álex en mi vida. Los amaneceres se tornarían oscuros y los atardeceres solitarios y fríos. Nada tendría sentido en mi vida, ni en mi existencia. Me volvería otra vez pequeña e insignificante. Los días terminarían del mismo modo que darían comienzo, sin esperanza, sin alicientes ni objetivos.

En ese momento, intenté ser fuerte, pero no pude.

Volví a levantar la cabeza y a buscarlo con la mirada, pero esta vez nuestros ojos se encontraron apenas a dos metros de mí.

—Eh, Clara, estás ahí —dijo sorprendido.

Dejó la desbrozadora en el suelo y se acercó al muro sonriente, con esa pícara sonrisa que podría despertar el deseo de todas las diosas del olimpo.

Yo no sabía qué decirle, ni cómo disimular la preocupación que reinaba en mi cuerpo. Me resultaba todo muy extraño y el hecho de que él actuase con absoluta normalidad me confundía aún más.

—Buenos días, Álex —le dije mientras me incorporaba por completo.

—¿Qué te pasa? Por lo que veo, no has dormido muy bien. ¿Va todo bien en tu casa? —preguntó preocupado—. Clara, ven a mi casa. Si estás mal, sabes que estoy aquí para lo que necesites, ¿verdad? No olvides que tus problemas también son los míos y que estamos juntos en todo. No quiero verte mal.

Al ver que yo no me inmutaba con lo que él me decía, frunció el ceño y puso cara de sorpresa. Sabía que solo me tenía que decir ven, para yo salir corriendo a su encuentro. Pero ese día no fue así. Mi mente todavía debía asimilar muchas cosas y, con todo el dolor del mundo, le dije que no.

—Es mejor que no, Álex. Créeme que es mejor así y que no nos veamos más.

En ese momento, las lágrimas brotaron de mis ojos como cuando se abre una presa. Él intentó cogerme de la mano que tenía apoyada en el muro, pero fui más rápida y la aparté antes de que me agarrara.

—No te entiendo. ¿Qué ocurre? —dijo.

—Te quiero, Álex. Te quiero como nunca he querido a nadie, pero no puedo seguir contigo.

Esas palabras, emitidas por mí misma, me sonaron desgarradoras y en ese momento se me partió el alma.

—Pero Clara, ¿qué dices? Te juro que no sé qué te pasa. ¿He hecho algo malo o que te pareciera mal? Joder, contéstame —No, no podía contestarle, porque las palabras no me salían por el llanto. Él cada vez se ponía más nervioso—. No me dejes, Clara, por favor. Cambiaré en lo que haya hecho mal, te lo juro. Por Dios, sabes que te quiero.

Al acabar y ver que yo no le respondía, Álex intentó subir al muro, pero antes de que lo consiguiera, me alejé dando unos pasos hacia atrás. Eso lo frenó, al extrañarse todavía más. Al ver su desesperación, me di cuenta de que le debía una explicación, aunque fuese escueta, porque no podía romper una relación como la nuestra de esa manera. En el fondo, yo también necesitaba que él supiese el porqué de mi decisión.

La voz temblaba al mismo ritmo que mi ya delgado cuerpo.

—¡Es por lo que tienes en ese armario, Álex! Ayer lo vi todo —dije de un tirón.

Mis palabras se clavaron en los ojos de Álex como espadas. Él se quedó quieto, inmóvil al otro lado del muro.

—Lo siento, Álex, haré como si no hubiera visto nada, pero entiende que no puedo seguir contigo.

Pero él pronto reaccionó y, de un impulso, se encaramó al muro para saltarlo. Yo me di la vuelta y salí corriendo hacia mi casa. Entré y cerré la puerta. Era de cristal y podía ver a Álex acercarse muy nervioso. Me quedé allí, con la cabeza apoyada contra ella, viendo cómo llegaba y sin saber reaccionar. Él se frenó al otro lado, mirándome a los ojos, bañado en sudor y temblando.

—Clara, abre la puerta y te lo explico. Por favor, abre la puerta. No es lo que crees.

Sin dejar de llorar, le dije que no con la cabeza y corrí las cortinas. Pensé que esos instantes serían los últimos en los que vería a Álex. Cerré también

todas las ventanas y la puerta delantera con llave. En mi interior, algo me decía, me aseguraba, que él nunca me haría daño. Estaba segura de que me quería de verdad y que había algo especial entre nosotros. Pensé que quizás recogería sus cosas y se mudaría a otra ciudad.

Desde la parte de arriba de mi casa, por una esquinita de la ventana, pude ver cómo se quitaba los guantes de jardinero, los tiraba al suelo con rabia y se metía en casa. Ya no lo volví a ver más durante todo el fin de semana. Supuse que lo nuestro se había acabado. Y no solo eso, también le había confesado lo que había visto en su armario y me sentía tranquila después de hacerlo. Ahora ya solo me restaba la parte más difícil, olvidarlo y aprender a sobrevivir sin él.

De nuestra relación, me quedaba todo lo que había aprendido durante el tiempo que estuvimos juntos y lo que él me había enseñado. Me quedaba toda su ayuda, sin que él fuese consciente de que me estaba ayudando. Yo me había convertido en una mujer nueva con Álex, pero a partir de ese momento, tenía que aprender a serlo también sin él.

No sabía si era por el calor o por el disgusto, pero no me encontraba bien. Me metí en cama, con la persiana bajada por completo, porque necesitaba estar a oscuras. Cada vez que pensaba en Álex mis lágrimas mojaban mis mejillas. El recuerdo de su imagen me hacía sentir bien, pero al mismo tiempo me dañaba. Sabía que me iba a costar olvidarlo y que no sería una tarea fácil ni rápida.

Cuando horas más tarde, al mediodía, me despertó Ricardo, yo había perdido la noción del tiempo y ni tan siquiera recordaba haberme quedado dormida. Me preguntó si me encontraba bien, a lo que le respondí que no. Me tomó la temperatura y el termómetro marcaba treinta y nueve grados.

—Qué raro —dijo Ricardo al ver el termómetro—. ¿Qué te ocurre, tienes tos o nauseas?

Le contesté que no, que solo me dolía la cabeza y quería descansar. Ricardo bajó a la cocina y me trajo un jarabe para que me remitiera la fiebre. También me preguntó si quería comer algo y le dije que no. Me explicó que al salir de trabajar por la noche pasaría por casa de su hermana para ver cómo seguía, ya que Sergio tenía turno de día en el trabajo y no podría ocuparse de

ella en caso que necesitase algo. Me dijo que si me sentía peor lo llamara a su casa, que estaría allí. Sergio trabajaba a turnos de vigilante de seguridad en el Hotel Oca de Allariz, que es donde ellos viven. El pobre estaba hasta las narices de pasar todo el día de pie mientras su mujer no levantaba el culo el sofá.

Yo tenía claro que no lo iba a llamar por muy mal que me encontrase. Quería estar sola y dormir durante días para olvidarme de todo lo sucedido. Necesitaba entrar en un sueño profundo y no despertar hasta estar recuperada física y mentalmente para poder pensar qué hacer con mi vida, pero eso no era posible. La fiebre remitió al poco rato, pero tenía un malestar en el cuerpo horrible. Me dolía el pecho, la cabeza y no tenía apetito alguno. Solo me levantaba para ir al baño y volvía para la cama de inmediato. Así estuve todo el día.

Por la noche, Ricardo vino a acostarse, no sin antes preguntarme si necesitaba algo. Al decirle que no, se dio una ducha rápida y, tras dejar escapar un gesto de cansancio, se metió en cama. Me dijo algo parecido a que yo desprendía mucho calor, supuse que se refería a la fiebre, y se quedó dormido al momento. En ningún momento le pregunté por su hermana, porque la verdad era que no me interesaba. Como tampoco quería saber nada de Álex y ni siquiera me asomaba a la ventana para verlo a escondidas. Ya no quería sentir ese deseo de estar con él y me resistía a admitir que estaba enamorada y loca por permanecer a su lado. Mi dolor físico era por la desolación y la tristeza de haberlo perdido. Solo me quedaba hacerme a la idea de que no había marcha atrás y que con el paso del tiempo lo olvidaría o, por lo menos, aprendería a vivir sin él.

Me había pasado durmiendo y sin comer desde el viernes por la mañana, cuando hablé con Álex, hasta el domingo. Ese día me desperté sobre las doce del mediodía. No me encontraba mejor, pero la fiebre había remitido algo. Me levanté para ir al baño y escuché a Ricardo en la parte de abajo, en la cocina, hablar por teléfono. No sabía con quién, pero tampoco me importaba. Volví a la habitación, tomé una cucharada del jarabe para la fiebre y me dispuse a seguir durmiendo.

A los pocos minutos, Ricardo entró en la habitación y me dijo que comería

en el bar. Al parecer, había un campeonato de tute y uno de los participantes no podía acudir. Por eso, lo habían llamado. O sea, que iba a estar toda la tarde fuera y el día anterior, también la había pasado en casa de su hermana por si ella necesitaba cuidados. El que yo pudiera necesitarlos o no, se ve que no tenía relevancia. Esperaba, en ese momento, que cuando le pidiera el divorcio no le resultase extraño. Le dije que por mí no se preocupara, que yo estaría en cama y que si en algún momento necesitaba algo, ya me las arreglaría.

En el momento que sentí cerrar la puerta de la entrada y quedar liberada de su presencia, pensé que no sería mala idea, por lo menos, comer algo y ducharme, ya que llevaba desde el viernes sin hacer ni una cosa ni la otra. Me levanté y bajé las escaleras, algo mareada, mi cabeza parecía que quería estallar para liberarse de la presión.

Al llegar a la cocina, no tenía ni idea de lo que había para comer. No es que tuviera hambre, pero no quería caer más enferma todavía. Abrí la nevera, cogí el brik de la bebida de avena y vertí un poco en un vaso para tomármela fría con cacao. Pensé que un poco de azúcar no me vendría mal. No vi nada más por la cocina que me apeteciera. Lo que más necesitaba era un buen baño, y con mucha espuma para relajarme e impregnarme del olor del jabón.

Volví a subir, entré en el baño, cerré la puerta y abrí el grifo para que se empezara a llenar la bañera. Al verme en el espejo, comprobé que estaba horrorosa, con grandes ojeras oscuras y hundidas. Supuse que era la consecuencia lógica de haberme pasado varios días sin dejar de llorar. Me quité la ropa con la que había estado tres días. La aparté a un lado y bajé la persiana, dejando solo una pequeña línea de luz que se colaba por los agujeros.

Tras meterme en la bañera, pasé la cortinilla de la ducha y me embadurné de jabón líquido con olor a lavanda. La espuma empezó a crecer a medida que la bañera se iba llenando. Cuando lo hizo por completo, cerré el grifo y me recosté para relajarme. No quería pensar en nada, solo disfrutar del baño.

El silencio era total, tan solo podía distinguir el cantar de los pájaros en el exterior y el goteo del grifo que chocaba contra el agua de la bañera. Estaba cómoda, me sentía bien en ese momento y, además, tenía la mente en blanco,

algo que necesitaba desde hacía días. Lo que no sabía era que no estaba sola en ese baño y que una mirada me acechaba escondida desde el mismo momento en que entré.

Permanecía absorta dentro de mi baño de espuma, disfrutando cada segundo que me podía brindar en ese momento. Incliné mi cabeza hacia el lado derecho para ponerme más cómoda, pero mi instinto hizo que también abriera los ojos. Entonces vi una sombra a través de la cortinilla blanca de la bañera. Me había parecido vislumbrar una figura. Solo pensé dos cosas, que o bien mi cabeza me estaba jugando una mala pasada o, en efecto, había alguien allí conmigo. Me incorporé y, como si de un acto reflejo se tratase, me llevé las manos al pecho entrelazadas.

—¿Ricardo? ¿Eres tú? —pregunté y esperé respuesta, pero no la tuve.

Mi respiración comenzó a acelerarse.

—¿Ricardo? —volví a preguntar.

Después dudé si de verdad sería mi marido el que estaba allí. El corazón me latía muy fuerte y estaba asustada.

—¿Álex?

El silencio que se había apoderado del baño se rompió en ese instante. Poco a poco, separé la cortinilla hasta dejar al descubierto quién estaba tras ella.

—¿Álex! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

No sabía qué quería de mí, ni como había entrado. Su mirada, fría como un témpano, me empezó a asustar cada vez más. No decía nada, solo me miraba. Parecía disfrutar con mi incredulidad.

—¿Pensabas que me iba a olvidar así de fácil de ti, Clara? —preguntó sin titubear.

Yo no era capaz de articular palabra alguna y me había quedado inmóvil.

—¿Me invitas al baño? Me gustaría bañarme contigo.

—¿Cómo? Álex, yo, no sé qué pretendes, pero ya te dije que lo nuestro se había acabado, no quiero volver a verte.

En realidad, esas palabras eran tan falsas como una moneda de dos caras. La verdad era que estaba deseando que se metiera en la bañera y olvidarme de todo lo que había pasado y visto en aquel armario. Pero eso estaría mal.

—¿De verdad no quieres verme más? —empezó a desabrocharse la camisa y dejar al descubierto su pecho tan varonil y musculado que me ponía cachonda solo con imaginarlo encima de mí. Aparté la cara y le dije que se fuera, pero no me hizo caso. Al contrario, él agarró mi cara con delicadeza y volvió a girarla para que lo viese bien. Después se desabrochó los pantalones, se quitó el resto de la ropa y, cuando estaba desnudo por completo, se metió en la bañera.

Yo permanecía con las piernas dobladas, tapándome los pechos con las rodillas. Él me observaba de manera fija.

—¿Sabes, Clara? Las bañeras me gustan mucho. Podría contarte muchos secretos de lo que hice en ellas, pero entonces tendría que hacer lo mismo contigo. ¿Qué crees que te haría?

Mi piel se erizó y, al momento, entendí de qué estaba hablando. Las chicas asesinadas las habían estrangulado en la bañera. No sabía qué era lo que haría conmigo si me contase sus secretos y por eso no pregunté ni dije nada. Intenté levantarme y salir, pero fue inútil. Me agarró de un brazo y, a pesar de que casi me zafé porque resbalaba, me llevó hacia él y caí encima de sus piernas.

Permanecí quieta y callada durante un rato, sentada encima de él y dándole la espalda. Escuchaba su respiración en mi nuca. No puedo decir que estuviese asustada, pero tampoco tranquila. Sentía una sensación rara con él allí. Entonces puso sus manos en mis hombros como si fuera a hacerme un masaje, luego hizo un par de movimientos con los dedos y empezó a acariciarme los brazos, a la vez que los apartaba de mi pecho. Sus grandes manos agarradas a las mías me mostraban lo pequeña que era a su lado. Notaba cómo su miembro crecía y se ponía cada vez más duro debajo de mi culo.

Le pedí que parase y le pregunté por qué hacía eso. Solo me dijo que le gustaba y que yo era suya y que nada ni nadie nos iba a separar. Agarró mis pechos con fuerza y, al instante, sentí ese dolor tan particular que siempre se mezclaba con placer. Él los acariciaba y los apretaba como si los estuviera castigando. Después dejó caer sus manos hasta llegar a mis piernas, agarró mis nalgas y las abrió para que su pene tuviese más espacio o quizá para empezar a follarme. La verdad, yo no me resistí.

Me dejé llevar por sus manos, por su cuerpo pidiendo sexo, por su piel erizada al entrar en contacto con la mía.

Me dejé llevar por lo vivido con él, por el amor que le tenía y porque sabía que me quería.

Me dejé llevar, porque lo necesitaba.

En ese momento era así, aunque sabía que después volvería a estar igual de confusa o más. Mientras tanto, el peligro que él me proporcionaba y el morbo, despertaba en mí un deseo que, a pesar de todo lo ya vivido con él, yo misma desconocía hasta entonces.

Continuaba acariciando mi piel, mis piernas, mis muslos, me susurraba al oído que me deseaba y eso me excitaba muchísimo. Llevó su mano a mi pelvis, presionando con los dedos. Mi respiración cada vez era más fuerte.

—Sí, Clara. Sé que esto es lo que quieres y solo te lo puedo dar yo, porque ¿sabes una cosa?—me dijo susurrando—. Somos iguales.

Después de decir eso, introdujo sus dedos en mi vagina, separando los labios para conseguir que llegasen más al fondo. Con sus movimientos suaves pero firmes, yo notaba cómo me empezaba a mojar por dentro y mi calor corporal subía a medida que él me tocaba. Mi libido estaba por las nubes.

Me elevó con un solo brazo y dejó libre la otra mano para colocar su pene en una posición que, cuando me bajase, entrara de forma directa en mi vagina. Me preparé para la embestida, Álex tenía un miembro muy grande y sin calentamiento previo, me haría daño. Me inclinó hacia adelante, puso su mano en mi nuca para que no pudiese echarme hacia atrás y sentí algo parecido a que me estuviese metiendo un palo de metro y medio entre las piernas. Eso provocó que de mi boca saliese un grito de placer.

Me pidió que no me moviera, después me agarró por las caderas y comenzó a levantarme de forma ligera para luego bajarme otra vez. Álex se movía como una serpiente y jadeaba mientras yo me agarraba con fuerza a sus pies. Podía sentir cómo su pene se abría paso dentro de mí, al mismo tiempo que apretaba con sus manos mis nalgas para infringirme el mayor daño posible. Ese daño que me gustaba y siempre me hacía llegar al clímax en medio de un sentimiento de placer y perversión indescriptible. Yo estaba a punto de correrme y me di cuenta de que Álex también en el momento en que

me agarró del pelo y tiró hacia atrás de él, doblándome como una hoja de papel. Al sentir su semen en mi interior, tuve un orgasmo tan bestial que hasta noté cómo mi vagina experimentaba espasmos musculares en cadena y que amenazaban con no cesar.

Al acabar, me dejé caer sobre su pecho. Su respiración era tan fuerte que me elevaba al mismo tiempo que cogía aire. Estábamos exhaustos, pero contentos por el polvo que acabábamos de echar. Creo que los dos lo necesitábamos.

Cuando me bajó la excitación, volví a la cruda realidad. Salí de la bañera y me envolví en una toalla, mientras él me preguntaba qué era lo que estaba haciendo. No lo escuché. Estaba enfadada y muy confusa por lo que había visto en su casa.

Necesitaba una explicación razonable, pero sabía que la que me daría, en caso de ser cierta, solo empeoraría las cosas. Salí del baño hacia mi habitación y tras de mí pude escuchar el movimiento del agua que estaba provocando Álex al salir de la bañera. Supuse que querría hablar conmigo, pero yo no estaba segura de querer escucharlo. Porque la realidad era que solo tenía dos opciones, escurrir el bulto y hacer como que si no hubiese visto nada o enfrentarme a la cruda realidad de que el amor de mi vida era un asesino en serie. Y solo él me podía ayudar.

Me senté en la cama y espere que entrara Álex. Con su ropa en la mano y envuelto en una toalla se sentó a mi lado. Me preguntó a qué hora volvería Ricardo y le contesté que no lo sabía. Después me dijo que teníamos que hablar, pero que ese no era el momento. Según él, quería explicarme muchas cosas de su vida pasada. Me pidió que al día siguiente fuese a su casa por la mañana y que me daría las respuestas a todas las preguntas que yo quisiera hacerle. Le dije que no estaba segura de si quería escucharlo o no, pero que fuese lo que fuese que hubiera hecho, yo no le diría nada a nadie. Que le quería demasiado para joderle la vida.

Acto seguido se vistió con prisa, supuse que por si llegaba mi marido, mientras yo me quedé sentada en la cama. Al acabar, se puso de rodillas delante de mí, me agarró las manos y me dijo algo que ya había oído antes, pero esa vez usó una solemnidad especial para pronunciar aquellas palabras.

—Clara, te diré una cosa. Puedes pensar lo que quieras de mí, pero estoy seguro de que tú y yo somos iguales. Te lo demostraré algún día, si quieres.

No sabía con exactitud a qué se refería, pero si era lo que yo pensaba, no quería ser como él. Me negaba a aceptarlo.

—Te espero mañana —se despidió—. Además tengo una sorpresa preparada para ti desde hace unos días. Te quiero.

Me dio un beso en la frente, agarrándome la cara con ambas manos, y se fue.

*No olvides que lo que llamamos hoy,
en realidad fue imaginación de ayer.*

José Saramago

Me di un tiempo antes de aceptar la realidad de lo que había pasado y sus palabras. No me reconocía a mí misma acostándome con un asesino. No solo había hecho el amor con él, sino que esa vez me había gustado tanto como siempre, o quizá más. Lo amaba, no había duda. Me negaba a perderlo y decidí, en ese momento, que al día siguiente iría a hablar con él.

Debía prepararme a nivel mental para lo que iba a tener que escuchar, quizás mi opinión sobre él cambiaría dependiendo lo que me dijera. Tal vez, incluso, acudiría de inmediato a la policía al conocer todos los detalles, faltando a la palabra que le había dado, porque eso sería lo que haría una mujer normal al enterarse de que su amante ha matado a varias mujeres por toda España e Irlanda. Tenía que estar segura de lo que en realidad quería tener en mi vida. Y también, de lo que era correcto para mí. Alex se merecía que lo escuchara y así lo haría.

Estuve sola en casa el resto del día, en cama, pensando en la conversación del día siguiente. Al caer la noche Ricardo aún no había llegado y me pareció raro. Era domingo y ese día se solía acostar temprano, pero el reloj marcaba las once y cuarto y no había ni rastro de él. Me preparé la cena ya que empezaba a tener hambre. Me hice algo rápido, una sopa de verduras de esas que solo precisan calentar, echarle un poco de pasta y listo. Me tomé un buen plato, mientras veía la televisión en la cocina. Echaban un programa sobre mujeres y hombres infieles. No me sentí identificada con ninguno de ellos y, a decir verdad, me parecieron todos ridículos.

Me disponía a subir a la habitación cuando llegó Ricardo con una tremenda borrachera. Venía ayudado por uno de sus amigos, un tipo que nunca

lo había visto con él. Me dijo que la partida se había prolongado y que todos bebieron un poco, pero que Ricardo se pasó de vueltas y no había manera de pedirle que parase de beber. Me sentí avergonzada y le pedí que lo dejara tendido en el sofá. Yo no podría subirlo a la habitación y, además, no estaba dispuesta a dormir a su lado con él en ese estado.

Entonces su amigo lo tumbó en el sofá, me dio las buenas noches y se marchó. Le quité los zapatos, lo tapé y fui a la habitación a buscarle el despertador para ponérselo al lado del sofá, para que al día siguiente no se quedase dormido. Me quedé unos instantes viendo cómo roncaba, apestaba a alcohol. Sentí vergüenza por él y por mí por ser su mujer. Cada día lo tenía todo más claro, estaba dispuesta a solicitar el divorcio, porque yo no aguantaba seguir así por mucho más tiempo.

Fui a la cocina, cogí una pastilla para dormir y subí a la habitación. A pesar de que había dormido durante todo el fin de semana, quería que la noche pasara rápido y que no me enterase de nada. Y así fue.

Al día siguiente, por la mañana temprano, escuché el despertador que le había puesto a Ricardo para ir al trabajo. Pero no me levanté, quería que pensara que yo seguía durmiendo. Sentí cómo se preparaba el café y después subía las escaleras. Entró en la habitación a vestirse el uniforme que tenía en los cajones de la cómoda. Yo me hice la dormida y él, supongo, que no se dio cuenta.

Volvió a bajar, hizo una llamada de teléfono y, pocos minutos después, se fue. Esa era mi relación con Ricardo, ese era mi matrimonio día tras día, a mis treinta y cinco años había echado a perder los mejores años de mi vida.

Sabía que Álex me esperaba en su casa, pero lo que no sabía era con lo que me iba a encontrar. Estaba nerviosa y algo asustada, lo justo para que me pensase dos veces si iba a seguir con él o no. Me levanté y me preparé para afrontar todo lo que tuviese que decirme.

Después de desayunar algo, miré por la ventana y vi que el día estaba nublado y no hacía el calor sofocante de los días anteriores. Me vestí con algo casual y me puse una chaqueta al salir, ya que sentía algo de frío. Fui por la parte de atrás de mi casa y me dirigí al muro. Antes de subirme a él, me quedé unos segundos mirando la casa de Álex y pensando que allí vivía el hombre

por el que lo daría todo sin dudarlo ni un segundo. Pero, por otro lado, me aterraba la idea de equivocarme en mi decisión y no hacer lo correcto.

Todavía con esos pensamientos, subí al muro y alcancé su patio. Agachada fui hacia la puerta principal. Me encontré con la puerta estaba abierta, así que entré de inmediato y la cerré antes de que me viese alguien. Llamé a Álex a medida que daba unos pasos y me contestó desde la cocina que estaba preparando el desayuno para los dos. Yo ya había tomado café en mi casa, pero no me importó volver a desayunar con él. Todo lo contrario, era un bonito gesto y había calculado cuándo yo llegaría para servírmelo.

—¿Clara, qué te parece si desayunamos tranquilos y después hablamos de todo lo que quieras? —me preguntó muy tranquilo y seguro de sí mismo, como si lo que íbamos a comentar fuese lo más normal del mundo—. Además, ya te dije ayer que tenía una sorpresa para ti.

—Está bien, me parece perfecto.

Nos sonreímos y nos besamos como un matrimonio que se quiere a muerte. Y eso era lo que yo quería en mi vida con él. La sonrisa de Álex era la más bonita de este mundo. Me sentía cautivada cada vez que me obsequiaba con una y me resultaba imposible escapar a sus encantos. Desayunamos tranquilos. Nos mirábamos con mucha complicidad y me decía que la sorpresa me iba a encantar.

Cuando le dije que me la diera ya, que para qué esperar, accedió a ello. Entonces se levantó y de un cajón sacó unas llaves con un llavero en forma de corazón en el que había unas letras grabadas. En ellas ponía Álex y Clara y me las entregó diciendo que eran las llaves de nuestra futura casa.

Me quedé perpleja, no sabía qué decir o qué pretendía con aquello. Le pregunté desde cuándo las tenía y me contestó que desde el jueves. Recordé que ese fue el día que lo había visto en la cafetería Punto y Seguido, serio y pensativo. Me explicó que, en uno de sus viajes, había ido a ver una casa a Asturias que se anunciaba en internet, porque le interesaba para nosotros. Allí, habló con el dueño y, tras pagar los meses de fianza y hacer efectivo el seguro de alquiler, recogió las llaves para poder ocupar la casa cuando nos viniera bien.

También me dijo que si yo necesitaba tiempo, él me esperaría y, aunque ya

tenía la casa de Asturias alquilada, seguiría viviendo en Ourense por mí, hasta que yo me pudiese marchar con él. En otras palabras, que él no pensaba dejar su casa en Ourense sin mí.

Aquello me conmovió y rompí a llorar. Álex, al ver mi reacción, me dijo que me había prometido que pronto estaríamos juntos, lejos de esa urbanización y que él nunca incumplía una promesa. Nos dijimos que nos queríamos y nos abrazamos tan fuerte que podría renacer mil veces después de muerta.

Pero en cuanto nos separamos, le dije que necesitaba saber por qué tenía lo que había en aquel armario. Era la explicación que había ido a buscar y era la que quería. Él se puso en pie al instante, tendió su mano para que yo le diese la mía y, agarrándola con cariño, me dijo que lo acompañara. Nos dirigimos al salón. Cuando llegamos, el armario estaba colocado frente la puerta, con las puertas abiertas y vacío. Completamente vacío. Nada de lo que yo había visto seguía en él.

—Pero Álex, ¿dónde está todo lo que había aquí? —le pregunté al instante.

—Lo quemé, Clara. Tengo muchas cosas que contarte, muchas. Vamos al salón y te lo explico.

No solo faltaba el contenido del armario, faltaban muchas cosas que ya estaban en cajas, para la mudanza que tenía planeado hacer conmigo.

A medida que caminábamos hacia el salón, podía ver más y más cajas de cartón con cosas tuyas dentro. Estaba muy confusa, tenía que gestionar demasiada información en poco tiempo y elegir bien mis preguntas y mis respuestas. Nos sentamos en el sofá y Álex encendió un cigarrillo, cogió una bocanada de aire y luego comenzó a hablar.

—Todo empezó cuando murió mi madre, yo solo tenía siete años. Ella era una muy buena mujer y lo daba todo por nosotros tres; mi padre, mi hermano gemelo y yo. Trabajaba como maestra de educación infantil en una escuela cerca de casa y amaba a los niños con una nobleza y un cariño sublime.

—¿Tienes un hermano gemelo? —pregunté sorprendida.

—Sí, pero hoy por hoy, no sé dónde está. Perdimos la comunicación hace casi quince años.

—Vaya, lo siento mucho, y también lo de tu madre. Siendo tan pequeño,

debiste de pasarlo muy mal.

Me entristecía la manera cómo empezaba su historia, pero debía mantener la compostura y seguir escuchando.

—Mi hermano y yo pasábamos muchas horas solos, ya que mi padre tenía que trabajar duro para sacarnos adelante. Él era un carpintero de éxito y muy eficaz y comprometido con su trabajo, las empresas se lo rifaban y cada dos por tres recibía ofertas ofreciéndole un mejor sueldo para que cambiase de empresa. Para ser sincero, hacía verdaderas obras de arte. Mientras tanto, Víctor y yo, que así se llamaba mi hermano, o estábamos en el colegio o veíamos la televisión; intentábamos ser niños, pero las circunstancias nos hicieron madurar demasiado deprisa. Encerrados de forma habitual en casa, teníamos órdenes estrictas de no abrir la puerta a nadie, ni salir solos a la calle. A veces teníamos tanta hambre que intentábamos cocinar nosotros solos en ausencia de nuestro padre, porque se retrasaba en regresar del trabajo, y una noche Víctor tuvo la idea de hacer macarrones con tomate, porque nos encantaban. Después de mucho pensar, nos pusimos a hacerlos. Seguimos todas las pautas que creíamos que eran las correctas, básicamente, poner una olla con agua al fuego y, cuando estuviera caliente, echar los macarrones. Y así lo hicimos, pero una vez cocidos había que escurrirlos y la olla pesaba demasiado para nosotros. La intentamos levantar entre los dos, pero Víctor resbaló y cayó al suelo y yo no pude sostener la olla solo. No tenía la suficiente fuerza y la fatalidad hizo que todo el contenido se derramase sobre su cabeza y parte de la cara. Fue una noche horrible y muy larga en el hospital. Sufrió quemaduras de tercer grado en el cuero cabelludo, tardó meses en recuperarse y la mitad de su pelo nunca más volvió a crecer. Desde entonces, siempre se afeitaba la mitad del pelo que le quedaba y empezó a usar siempre una gorra para no mostrar sus cicatrices. Mi padre se dio cuenta en ese instante de que no podíamos seguir así y que alguien tendría que ocuparse de nosotros cuando él trabajaba.

Yo lo escuchaba con atención y en silencio.

—Un día nos dijo que quería presentarnos a una amiga muy especial y la invitó a cenar esa misma noche. Se llamaba Leticia. Cuando la vimos no notamos nada raro en ella, salvo el físico que tenía; era alta y tenía un cuerpo

bastante voluminoso, el pelo muy oscuro y una voz grave. Era una mujer bastante inexpresiva con nosotros y no demostraba ningún tipo de sentimientos, acostumbrados a nuestra madre que siempre nos profesaba grandes muestras de cariño. Nos sentimos raros con ella. Días después, se vino a vivir con nosotros y eso significó que ya teníamos quien nos cuidara cuando nuestro padre no estaba. Pero la realidad era otra, esa mujer de mirada fría vino para hacer el mal en nuestra pequeña familia.

—¿No te gustaba la novia de tu padre o era que os trataba mal? —pregunté ante mi ignorancia.

—No, no es que fuese una mujer mala con nosotros, era una cruel conmigo. Al principio era una casi normal, pero con el paso del tiempo, comenzó a imponerme castigos cada vez más severos. A Víctor, en cambio, nunca lo castigaba así, a él como mucho lo dejaba un par de horas sin ver la televisión. Pero a mí, me hacía tomar baños en agua fría en las noches de invierno.

—¿Y tu padre, no le decía nada?

—No, mi padre había empezado a beber bastante tras la muerte de mi madre, pero en aquella época ya comenzó a suponer un serio problema para él y no se enteraba mucho de lo que sucedía en casa. Ella le decía que yo era muy rebelde y que necesitaba disciplina y él se quedaba conforme. Yo solo tenía nueve años cuando empezaron esos castigos.

—Dios mío, Álex. Eso es muy cruel. ¿Qué padre consiente que le hagan eso a un hijo?

Yo nunca había tenido hijos, pero eso no significaba que encajara en mi cabeza cómo una mujer podía meter a un niño pequeño en una bañera llena de agua fría a modo de castigo. Pero si eso me escandalizaba, cuando Álex hizo un gesto antes de seguir contando su historia, intuí que el horror que iba a escuchar aquel día no había hecho más que empezar.

—Las cosas no quedaron ahí, Clara —dijo—. Ella disfrutaba cada vez que me metía en la bañera y podría pasarse un par de horas observándome como me moría de frío, cómo tiritaba con los labios morados, mientras ella fumaba tabaco negro sin cesar llenando el baño de humo. Muchas veces yo enfermaba, pero nadie me llevaba al médico.

El saber cómo había sido su infancia me dolía en el alma. Tenía el deseo

de abrazarlo, besarlo y decirle que todo eso había quedado atrás, pero tenía que esperar a que acabara su confesión.

—En el colegio, ¿nadie sospechaba?

—No, ella nos llevaba y nos iba a recoger siempre con una gran sonrisa en la cara y muy comunicativa con los profesores. Era un bruja impostora y yo era un chiquillo que siempre me portaba bien en clase y era el mejor estudiante, no había ni una queja de mí. Víctor también era bueno, pero yo era el que siempre sacaba las notas más altas.

Álex hizo una pausa para encender otro cigarrillo. Después de darle un par de fuertes caladas, continuó.

—Un día, cuando teníamos diez años, ella preparó una cena que no me gustaba, mi hermano no paraba de decirme que lo comiera o Leticia me metería en la bañera. Yo le decía que no podía, que acabaría vomitando, pero él me quería enseñar a comer tapándome la nariz porque a él le resultaba. Pero yo no fui capaz. Ella, lo supo. Retiro mi plato y me mando al baño a llenar la bañera, yo ya sabía que era lo que iba a pasar. Mientras esperaba a que el agua subiera de nivel, Leticia entró con un cubo lleno de hielo y lo vertió dentro. Me exigió que me desnudara. Recuerdo que estábamos en pleno invierno y hacía muchísimo frío. Lo hice y me metí en el agua helada, ella no paraba de observarme con esa mirada sádica y yo, yo solo era un niño. Comprobó la hora en el reloj que envolvía su gruesa muñeca y supuso que mi padre aún no volvería del trabajo, porque tenía que acabar unas puertas para un edificio que estaban construyendo. Era una buena inversión económica para él y solo lo hacía para que no nos faltase de nada y poder disfrutar de una vida cómoda, pero sus ausencias para mí eran un calvario. Leticia me miró y me mandó salir de la bañera. Creyó que ese castigo ya no era suficiente y decidió aplicarme otro diferente.

Me envolvió en una toalla y me guio a su habitación. Esa sería la primera vez que abuso de mí. Me hizo hacerle cosas horribles y asquerosas y durante los dos años siguientes sus perversiones fueron a más, bajo la amenaza de que si le decía algo a alguien le haría lo mismo a mi hermano.

Me quedé aterrada con lo que acababa de escuchar. ¿Qué clase de mujer hace eso? No sabía que decirle, quería consolarlo, pero mis palabras se

quedarían tan cortas que me sentí impotente.

—Álex, has pasado por un calvario. Lo siento tanto, me duele el alma por ti.

Lo cogí de la mano, apreté fuerte y le di un beso en la cara. Sabía que no era suficiente para calmar el alma dañada de un niño que nunca tuvo la oportunidad de serlo.

—Gracias, me estás ayudando mucho a contarte todo esto que llevo guardado. Nunca se lo conté a nadie, ni a quien fue mi mujer. Pero Clara, te aviso, lo que piensas sobre de mí y la idea que te has hecho sobre mí hasta ahora va a cambiar y eso me asusta mucho, porque no quiero perderte.

—Tú sigue, ya decidiré yo lo que deba cambiar o no. Por favor, cuéntamelo todo.

—Bien —dijo, mientras le daba unas caladas más al cigarrillo—, mi padre murió cuando teníamos doce años. Supongo que su adicción al alcohol y los pocos cuidados que le daba Leticia hicieron mella en su páncreas y, con el paso del tiempo, poco se pudo hacer por él. Era evidente que no queríamos estar con Leticia, ni ella con nosotros. Solo le valíamos mientras mi padre la mantuviese y fuera un sustento para ella. Supongo que se buscaría otra víctima vulnerable para vivir a su costa y si además tuviese hijos de los que abusar, mejor. La cuestión es que nos fuimos a vivir con mi tía paterna. Era una buena mujer y mi tío me metió en el mundo de la jardinería. Ellos no tenían hijos, así que se esmeraron en darnos una buena educación. Mi sueño era ser jardinero y lo conseguí gracias a ellos ya que tenían una empresa de jardinería bastante importante, pero lo dejé como un hobby. Gracias a la mala experiencia que sufrí de pequeño, sabía que debía triunfar en esta vida, hice de los estudios un medio de salida. Con dieciocho años mi hermano y yo nos matriculamos en la Universidad Complutense de Madrid. Él escogió la carrera de Derecho y yo Telecomunicaciones. Me licencié con un muy buen currículum y, nada más acabar, me ofrecieron un contrato para trabajar en una multinacional de Irlanda como informático. Allí fue donde conocí a Caitlin, la que sería mi compañera sentimental los siguientes trece años. Era una de las contables de la empresa, no nos llegamos a casar porque ella recibió una educación laica, pero a los dos años nació Kevin, nuestro hijo y compramos una casa con la intención de

crecer como familia, pero eso nunca pasó.

—Es el chico del que me hablaste aquel día, que trabaja de ayudante de cocina en un hotel de Dublín, ¿no?

—Sí, cuando me vine para España acabaran de hacerle un contrato para trabajar de ayudante de cocina en un hotel de centro de Dublín, The Clarence se llama, pertenece a Bono, el cantante de U2 y estaba muy entusiasmado. Siempre le tiró la cocina como vocación, desde pequeñito. A veces, nos preparaba el desayuno con cualquier cosa que encontrara en casa. Podía prepararte un verdadero manjar con un par de ingredientes. No estábamos muy de acuerdo con la decisión de que se dedicara a la cocina, pero su sueño era ser chef y no nos quedó otro remedio que aceptarlo. Cuando me separé, yo estaba un poco abatido, porque no solo me separaba de la que había sido mi compañera de vida y con la que crecí tanto a nivel profesional como en el ámbito personal, sino que también dejaba allí a mi hijo. Me instalé en un apartamento cercano a la casa para estar cerca de él, pero a decir verdad fue un error, porque podía ver cómo llegaban los dos en el coche del nuevo novio de Caitlin y ya te imaginas que no me hacía demasiada gracia.

Estaba punto de cumplir los treinta y ocho años en medio de la soledad de un frío apartamento solo para estar cerca de ellos, pero la realidad fue que mis demonios se aprovecharon de mi vulnerabilidad en aquella época y volvieron del pasado para atormentarme. No dormía, comía muy mal y mi estado general era pésimo. Tenía todo el dinero que quería, porque tenía muy buen sueldo, pero la felicidad no se puede comprar. Estaba deprimido y sin muchas perspectivas de cambiar, porque todo lo que conocía en Irlanda desde hacía trece años era mi trabajo, mi ex pareja y mi hijo. Ella seguía trabajando en la misma empresa y, aunque estábamos en departamentos diferentes, a veces la veía y me dolía cruzarme con ella. En la empresa había problemas en el sistema informático y nadie era capaz de solucionarlo. Para acallar mis demonios y estar entretenido en casa, empecé a investigar la forma de solventar yo mismo ese problema. Me llevó más de dos años, pero al final, lo conseguí. Mientras mi ex cambiaba de pareja cada dos por tres, yo estaba a punto de hacerme casi millonario y lo mejor de todo es que ni yo mismo lo sabía.

—Bueno, por fin me cuentas algo bueno en la historia de tu vida —le dije entusiasmada.

—Sí, pero aunque queda mucho por contar, Clara. Una noche, que había bajado a un Pub a tomar una cerveza, me quedé en la barra cuando ya estaban a punto de cerrar. Iba a menudo por allí y había cogido confianza con el dueño, por lo que algunas veces tomábamos la última pinta con la puerta cerrada contando penas de nuestras ex, porque él también se estaba separando. Pero ese día, como te digo a última hora, entró una mujer que era la viva imagen de mi madrastra. Tenía su mismo cuerpo y su voz era tan parecida a la suya que, de haberla oído sin verle la cara, hubiese jurado que era ella. Me pidió una copa y le respondí que yo no podía servírsela y que tenía que pedírsela al chico que estaba en la cocina. Entonces se echó a reír y me preguntó qué era lo que sabía hacer. Me molestó mucho el comentario y más siendo tan parecida a mi madrastra, pero intenté olvidarlo.

El chico este salió y le sirvió la copa, no sin antes avisarla de que en veinte minutos como mucho cerraría. Esos veinte minutos se dedicó a insinuarse. En realidad, creo que no le importaba la copa, lo que quería era un buen revolcón con cualquiera que se le cruzara en el camino. Podía escuchar cómo ella le decía al dueño que podían verse después de cerrar. Él le respondió que no, que estaba casado y que no le interesaba. Ella insistió e insistió, pero él se mantuvo firme y, al ver que no conseguía convencerlo, empezó a llamarle impotente, cobarde y maricón a la cara. Después la echó y ella salió del local con la copa en la mano dando tumbos.

Al cabo de un rato, cerró, nos despedimos y tomamos camino hacia nuestras respectivas casas. Yo iba por la acera, vivía algo más adelante, cuando vi a aquella mujer sentada en el suelo entre dos coches aparcados y borracha perdida. Era una noche muy solitaria, no había nadie en la calle y hacía mucho frío. Me acerqué a ella y le pregunté si necesitaba ayuda o avisaba a alguien para que la acompañase a casa. Me dijo que no y entonces me ofrecí a llevarla a su casa.

Yo me mantenía callada y pendiente de lo que me decía. Álex era la primera vez que me hablaba así, me estaba abriendo su corazón y yo no quería perder detalle de todo lo relacionado con su vida pasada. Él hizo un alto para

encender otro cigarro. Le dio dos caladas y siguió. Creo que, de alguna manera, había encontrado la paz necesaria para contarme todo eso.

—Fui por mi coche, que lo tenía poco más adelante y la subí a él. Vivía al otro lado de la ciudad y no sé qué diablos hacía por allí. Durante el camino, ella me guiaba por las calles que tenía que tomar, balbuceando dentro de lo que su capacidad mental mermada por el alcohol le permitía. Al llegar a su casa, la dejé en un sofá y se me insinuó. Yo alcé las manos y le dije que no me apetecía tener nada con ella. Entonces se levantó del sofá y me dijo a gritos que si no le hacía el amor me castigaría.

—Álex, ¿qué pasó después? —pregunté, aunque me imaginaba la respuesta.

—Pasó lo que tenía que pasar. Reaccione de la peor manera. Mis demonios me llevaron a eso. Le di un puñetazo mientras hablaba, porque seguía amenazándome y quedó inconsciente. Después la llevé al baño, la desnudé y la metí en agua fría. Cuando recuperó la consciencia y se vio allí, empezó a gritar y volvió a amenazarme. Decía que haría que me castigasen por eso y que lo pagaría muy caro. El caso es que la estrangulé bajo el agua con mis propias manos. Antes de marchar, metí toda su ropa dentro de la bañera también y dejé el grifo abierto para que corriese el agua y eliminara cualquier prueba mía.

Yo había ido a su casa sabiendo que Álex era un asesino en serie, pero escucharlo de su propia voz, me impuso y me asustó. Aunque necesitaba seguir escuchando.

—Álex, ¿qué pasó después?

—Nada, no pasó nada. Al día siguiente fui a trabajar igual, como cualquier otro día, pero tenía la sensación que me había deshecho de algo. Mis demonios ya no estaban, podría sentir que me habían dejado en paz. Me sentí liberado de mis traumas y frustraciones. Pero después de un tiempo, volvieron a aparecer y yo me deshice de ellos de la misma manera. Busqué a otra mujer de las características de mi madrastra y la ahogaba en la bañera. Y después con otra más, y otra, y otra. Todas vivían solas y acabaron en el fondo de una bañera.

—¡Dios mío, Álex! Creo que esto es demasiado para mí —le dije casi

llorando.

—Clara, mírame, soy el mismo que has conocido y del que te has enamorado. Todos tenemos un pasado oscuro y este es el mío. Sé que no es el mejor de los pasados, pero tranquilízate y escúchame ¿vale? —me dijo, mientras me apretaba tan fuerte las manos que podía sentir las palpitaciones de su corazón en ellas.

—Está bien, sigue.

—Sabía que no podía seguir así y ansiaba volver a España para empezar de cero. Al acabar el programa en el que había estado investigando, se lo presenté a mis jefes. Lo vieron, lo probaron y no solo les encantó, sino que se ofrecieron a comprarme los derechos. Quedaron de hacérmela la siguiente semana. Yo pensaba que sería un extra para darme algún capricho, pero cuando me ofrecieron cinco millones de euros, me quedé tieso. Les pregunté si estaban de broma, pero ellos me dijeron que no, que necesitaban ese programa. Y no solo eso, sino que también le veían mucho margen de desarrollo, grandes posibilidades en el mundo empresarial y que por eso consideraban que cinco millones era el precio justo según el mercado. Lo dicho, me quedé de piedra. Acepté de inmediato. Me había llevado casi tres años diseñarlo, en medio de la oscuridad de mi apartamento y de mi vida en general, pero la recompensa final fue excelente. En el momento que tuve el dinero en mi cuenta me despedí del trabajo, de mi hijo y de mi ex mujer y me vine para España. Ella nunca supo que había ganado ese dinero.

—¿Quieres decir que tienes cinco millones de euros en el banco y buscas trabajo como jardinero? —pregunté extrañada.

—No, Clara, cuando te decía que iba a buscar trabajo, en realidad, iba en busca de otra víctima, porque mis delitos prosiguieron aquí. En España me sentí como en casa otra vez desde el momento que pise tierra española. No tenía pensado comprar una vivienda, quería disfrutar aquí y allá. Dejé mi tierra muy joven y no conocía nada de ella. Me apetecía descubrir más cosas de mi cultura, por eso solo alquilé pisos mientras decidía dónde instalarme de manera definitiva. Llevo más de un año aquí y aún no sé dónde lo haré, pero sí sé que quiero que sea contigo, Clara.

—Álex, no sé qué decir. Yo también quiero estar contigo, pero entiende

que me va a costar mucho asimilar todo esto.

—Claro que lo entiendo, por eso te lo estoy contando, quiero que me quieras sin secretos. Con todas las consecuencias. Por eso, también quiero contarte todo lo que hice en España desde que llegué.

—Valencia ¿verdad? Ese fue tu primer destino —solté casi sin pensarlo.

Él se quedó mirando al suelo. Por unos segundos no pestañeo, sabía que yo se lo preguntaba porque había visto sus recortes y estaba segura de que él era el responsable de las muertes de las chicas de Valencia. Levantó la vista y siguió.

—Si, en Valencia, allí —dijo, antes de carraspear un par de veces la garganta para continuar—. Maté a dos mujeres más del mismo modo que en Irlanda. Fue una sensación extraña escuchar cómo me pedían clemencia en español. Les estaba haciendo daño, quitando la vida, pero lo necesitaba para callar a mis demonios. Esa era mi única medicina. Cuando pensé que estarían sobre mi pista, me trasladé a Navarra. Se acercaban los sanfermines y pensé que, de necesitar acallar fantasmas, sería una buena ocasión. Y así fue, durante la fiesta me fijé en dos muchachas. Deshacerme de ellas fue fácil, también vivían en las afueras de la ciudad, solas, y esos días Pamplona es un hervidero de gente y descontrol. Casi pasa desapercibido.

—Después elegiste Galicia. ¿Por qué?

—Escuché varias veces a mi padre decir que en Galicia había muy buena gente y, fíjate, te conocí a ti y me enamoré como un tonto. Algo que no estaba en mis planes y menos cuando te vi la primera vez.

Me gustó escuchar que estaba enamorado, como mínimo, para relajar la tensión que tenía en ese momento. Sin embargo, no sabía qué se refería con lo de la primera vez.

—Pero, ¿por qué Ourense?

—A decir verdad, quería un cambio y esta ciudad me parecía interesante. Además, mis padres hablaban de conocer Ourense algún día y quise cumplir con sus deseos, aunque fuese a través de mí. Soy de Madrid y Ourense tiene todo lo que en Madrid no hay. Es una ciudad limpia y tranquila y con el mar muy cerca, a una hora en coche. El clima es algo extremo, pero no más que allí.

—Las chicas que aparecieron muertas en Pontearreas, Vigo y Ribadavia también son cosa tuya, ¿verdad? —me anticipé a su respuesta.

—Sí, aunque no lo pretendía. Cuando vine a Galicia era con la intención de parar y empezar de cero. Pero Clara, no sabes la sensación que sientes en el momento que le quitas la vida a alguien. Tú decides quien vive y quien muere, tienes ese poder y te sientes liberado por un tiempo. Intenté cambiar, juro que lo intenté con todas mis fuerzas, olvidar eso, pero no pude. Por eso quiero que vengas conmigo, porque sé que tú eres esa pieza que me falta en mi vida. Contigo sé que conseguiré ser un hombre nuevo, que solo querré hacerte feliz, y que mis demonios no volverán jamás, porque ya te tengo a ti y solo te necesito a ti. Cuando te conocí, fue algo raro. En el momento en que me abriste la puerta, pensé que me había ido a vivir justo al lado de mi enemigo. Eras morena, estabas algo gordita, descuidada y bastante desaliñada. Además, aquel mandil que llevabas puesto ese día me recordó muchísimo a uno que usaba Leticia. Pero también vi algo en ti parecido a lo que yo poseía, me transmitiste mi misma energía. Por eso digo que fue algo raro. Puede que tú no lo notases, porque aún no sabes reconocerlo, pero yo sí y sabía que tú, en el fondo, eres como yo y necesitas liberar tus demonios de alguna forma. Así que pensé que necesitaba conocerte algo más y, sobre todo, que experimentarás un cambio físico, porque el que tenías solo me provocaba deseos de matarte. Por eso un día te susurré que te quedaría muy bien ser rubia. Te sentaría bien a ti, pero sobre todo a mí. El que lo hicieras te libró de que siguiera teniendo instintos de quitarte la vida y deshacerme de ti, porque en realidad eras la víctima más fácil y además nadie sospecharía de mí. En innumerables ocasiones, te metiste en la boca del lobo, pero siempre me resistí a hacerlo. Siempre.

—¿Me estás diciendo que tenías la necesidad de matarme por mi aspecto?

—Sí, eso mismo. ¿No lo notabas? No era cariñoso contigo al principio y no te trataba bien, porque cada vez que te veía, en mi interior se desataba una batalla entre mis deseos de matarte y los de dejarte vivir. El día que te vi de rubia, respiré. Además, adelgazaste muy rápido y te convertiste en otra mujer, ahora no solo mejoraste tu aspecto, sino que además eres una mujer de carácter fuerte y nada tiene que ver con la que eras antes. Ahora pienso,

viendo cómo has cambiado, que estabas muerta en vida y por eso todo te daba igual, incluso tu aspecto físico.

—Y si vuelvo a engordar, ¿qué pasará? —pregunté asustada, mis ojos se salían de las órbitas y tenía los pelos de los brazos de punta.

—Nada. El amor que se desarrolló en mí hacia ti fue venciendo a todo ese instinto, por eso te digo que contigo soy un hombre diferente. No pasara nada si cambias, ni loco te haría daño y no permitiré que nadie te lo haga jamás. Te lo juro, créeme, solo tienes que confiar en mí —dijo, asintiendo con la cabeza y regalándome una sonrisa de las que tanto me gustaban.

—¿Qué quieres decir, que yo te he hecho cambiar?

—Por ti, ya he cambiado, Clara. Me he dado una segunda oportunidad a mí mismo y ya no tengo esa necesidad extrema de matar, aunque puede que siempre esté latente. Me hubiese gustado que tuvieras la oportunidad de saber qué se siente cuando le quitas la vida a alguien, pero no te haré pasar por eso. Aunque te vuelvo a repetir que tú y yo tenemos el mismo instinto asesino, lo puedo ver en tus ojos. Tu mirada es igual a la mía.

—No sé por qué dices que soy como tú. Si no soy capaz ni de matar una mosca —le espeté empezando a enfadarme.

—¿Recuerdas un día que nos acostamos y yo te sometí para hacértelo por detrás?

—Sí, lo recuerdo. No te portaste bien conmigo ese día y me confundiste mucho con tu actitud.

—Al acabar te dije que te vistieras y te largaras pero tú te giraste, me clavaste los ojos y tu mirada de odio en ese momento era la de una asesina. Quizá no explotabas, porque todavía conservabas buena parte de persona sumisa que eras cuando te conocí. Pero los vi y ahí me di cuenta y confirmé que eras como yo. No tienes que serlo si no quieres, ni llevarlo a la práctica. Pero si desatas esa naturaleza, empieza a ser parte de tu vida, a no ser que tengas un buen motivo para erradicarlo. Mi motivo eres tú, Clara, lo supe en el momento que me enamoré de ti y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Álex se levantó del sofá, estiró la espalda y miró por la ventana. El sol se resistía a salir y el tiempo empeoraba. Yo me había quedado helada con aquella tremenda y completa y explícita confesión. Mi cabeza aún estaba

gestionando lo que había oído y me quedaba mucho por pensar. No sabía qué hacer, si ir a la Policía y contar todo lo que me había dicho o irme con él y empezar una vida de cero. Yo lo quería y quizás la nueva vida a mi lado lo cambiaría para siempre, al igual que yo también había cambiado.

Álex se fijó que yo estaba inmóvil, pensando en toda esa larga confesión.

—¿Clara? Si necesitas tiempo lo entenderé. Tómate el que quieras. Te esperaré aquí, a unos metros de ti. Mientras tanto, seguiré guardando cosas en las cajas para irme y espero hacerlo contigo.

—Yo necesito volver a casa ahora, tengo que pensar y tomar una decisión.

Me levanté apurada, sin saber con exactitud a dónde quería ir ni qué hacer. Cogí un bolígrafo que había en la mesa del salón y le anoté en la mano el número de mi teléfono móvil. Después me acerqué a su cara, posé mis labios en su barbilla y lo miré con fijación a los ojos. A veces, lo que sientes por una persona puede cambiar en décimas de segundo y en mi caso, con él, todavía más. Esos preciosos ojos eran de un asesino, pero yo lo seguía queriendo. Le di un beso en los labios y le dije que volvería.

Podía sentir su energía mientras me alejaba de él. Y sentía que esa energía no me dejaba marchar. Recuerdo que en ese momento pensé que quizás tenía razón y estábamos conectados de alguna manera. Pero me resistía a creer que era de la manera que él decía. No quería dejarlo, tampoco alejarme de él, porque ansiaba que empezásemos una nueva vida juntos.

Pero su pasado era difícil de digerir y aceptar.

*Allí donde habla el corazón
es de mala educación que la razón lo contradiga.*
Milan Kundera

Pocos minutos después de regresar a mi casa se desató una tormenta. El día estaba gris como mi alma, pero mis sentimientos hacia Álex no habían cambiado. Eso me daba miedo y me confundía aún más de lo que estaba. Era como si nos conociésemos de toda la vida y solo fuese cuestión de tiempo que nos encontrásemos y ser nosotros mismos, sin secretos. Él me había abierto su corazón y yo no podría delatarlo, porque estaba enamorada de él y, si lo hiciese, me arrepentiría el resto de mi vida por haber sido tan estúpida y no haberle dado una oportunidad al hombre de mi vida. El que me había sacado de ese pozo oscuro y frío que era mi día a día hasta hacía no mucho.

Álex me estaba ofreciendo una vida juntos, lejos de allí y ser los dos felices como nos merecíamos. Y yo me moría porque así fuese. Despertar cada mañana a su lado con la certeza de que nadie ni nada nos iba a separar. Sabiendo que sería lo primero que viese al despertar y que su mirada también sería lo último que quedaría grabado en mis pupilas al acostarme. Sentirlo a mi lado cada noche, su calor, su tacto, su aliento sobre mi cara. Lo deseaba, pero de algún modo, me resistía a irme con él, porque las buenas personas, en un caso así, ni siquiera tendrían dudas.

Varias mujeres habían muerto en sus manos y sus palabras no explicaban del todo por qué lo había hecho y mucho menos lo justificaban. Se había desatado una batalla campal en mi interior y debía decidirme rápido para hacer lo más correcto. O por lo menos, aquello que lo fuese para mí.

Pensé que sería buena idea bajar a la ciudad, dando un paseo para despejarme, pero llovía demasiado como para salir de casa, porque no tenía el coche. Pero yo necesitaba escapar de esa situación por un tiempo, porque me

estaba ahogando en mis propios pensamientos. Me debía conformar solo, con el salón de mi casa.

Me dejé caer en el sofá y encendí la televisión. Si no podía salir, al menos necesitaba evadirme con algo de ficción, aunque no emitían otra cosa que las telenovelas a esa hora. Las imágenes de parejas que se querían hicieron que me preguntase por qué me había casado con Ricardo si en verdad no lo quería ni estaba enamorada de él. El amor tiene que ser algo maravilloso para las dos personas, pero sabía que ninguno de los dos estaba preparado para un matrimonio cuando nos casamos.

Era mediodía y mi confusión iba en aumento a medida que crecía mi frustración por no saber qué hacer. Solo me rodeaban recuerdos de mi amargada vida en ese salón. Cuadros en las paredes que no reflejaban nada de lo que llevaba en mi interior, de quien en realidad era. Todo era ficticio y mi vida había sido una gran mentira conformista, apagando mi alma cada día que pasaba.

Me levanté y cogí varios álbumes de fotos. Necesitaba ver algo que me hiciera sentir lo que debería decidir para mi vida, si irme con Álex o quedarme donde estaba.

Solo me faltaba un empujón para irme con Álex y ese vendría de la mano de las fotos, de la historia de mi matrimonio. Empecé con las de mi boda. Qué contentos estábamos Ricardo y yo por empezar una nueva vida, por tener independencia apartados de nuestros padres y poder hacer lo que nos daba la gana. En nuestros rostros se reflejaba una felicidad pura, pero lo que no sabíamos era que esa felicidad se apagaría tan rápido como duró el «sí, quiero».

A medida que pasaba las hojas solo se veían los logros de Ricardo y poco a poco mi presencia en ellas fue desapareciendo. Fotos de cuando empezó a trabajar en Correos después de unas duras oposiciones y fotos de cuando compramos el primer coche, en las que no salía yo. Tampoco en las que sacamos cuando compramos esta casa. También había fotos de los campeonatos de tute con sus amigos, de cenas con los del equipo, de copas en los bares. Pero en ninguna salía yo, no había ni sola foto mía para el recuerdo más allá de las de la boda. Yo había desaparecido de los álbumes, como si mi

paso por su vida no fuera agradable.

Yo era quien le cocinaba, quien limpiaba y quien lo cuidaba cuando estaba enfermo. Yo era quien se quedaba en casa esperando a que llegase y la que no tenía vida social. Solo yo sufría la soledad en esta casa, casada pero sin marido, a no ser para servirle y cuidarle.

Aparté el álbum tirándolo al suelo y cogí otro. En ese había fotos de su familia. De la boda de su hermana Sofía. Fotos de las navidades con sus padres cuando aún eran niños y de algunos de sus antepasados. Fotos y más fotos, pero solo de la vida de Ricardo, de la mía no había ninguna, ni de mis padres ni de mis abuelos, que los adoraba. No sabía el mal que me había hecho a mí misma, apagada tanto tiempo como una linterna se ha quedado sin pilas y nadie se preocupa de cambiarlas.

Era junio y ese mes cumpliría treinta y seis años. No me imaginaba otros quince años casada con Ricardo, ni tan siquiera viviendo en esa misma casa. Volví a rodear el salón con la mirada y no hallé nada con lo que me sintiera identificada o a lo que le tuviese un sentimiento de cariño. Era como si todo hubiese cambiado para mí, pero en realidad la que había cambiado era yo. No estaba cómoda con cada minuto que respiraba allí dentro. Me hacían daño esas paredes que callaban mis quejidos al exterior.

Quería salir y gritar, ansiaba respirar aire fresco y no solo en ese momento, sino para el resto de mi vida.

Álex había aparecido en mi vida por algo. Nunca había creído en las casualidades y supe que el destino nos unió para estar juntos. Mi mente recordaba sus palabras «eres como yo», quería encontrarle sentido a todo eso y, cuanto más pensaba en ello, parecerá raro, pero me intrigaba y hasta sentía cierta excitación.

Ricardo comería ese día en casa de su hermana, aunque no sabía si trabajaba de tarde o no. La comunicación entre nosotros podría considerarse nula y, desde que había empezado a rebelarme, aún más.

La tormenta no daba tregua, la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas, haciendo que mis pensamientos fuesen aún más decididos. En cierto modo, me tomé los truenos como una señal sobre lo que Álex me había contado y era momento de actuar. Solo había una forma de saber si lo que

decía era cierto y era comprobándolo.

Volví a su casa. La calle estaba oscura y no había nadie. Todo el mundo estaba metido en sus casas, cobijándose de la tormenta. Llamé a su puerta y, en los escasos segundos que tardó en abrir, me mojé de tal manera que parecía que me había duchado con la ropa puesta. Extrañado, me echó el brazo por detrás y me metió para dentro.

—Álex, quiero sentir lo que le haces a esas chicas, quiero que me hagas lo mismo —le dije cogiendo aliento, mientras el agua de mi pelo mojado caía por mis mejillas.

—No puedo hacerte lo mismo, te mataría. No puedes decirlo en serio —contestó sin saber bien qué me pasaba.

—Pues hacemos un simulacro. Venga, vamos.

Lo agarré por el brazo y subimos las escaleras al baño. Al llegar, abrí el grifo para llenar la bañera con agua caliente. Yo estaba helada por la lluvia. Me desnudé por completo y le dije que me hiciera lo mismo y que estuviera tranquilo, porque era lo que yo quería.

—No soy capaz de pegarte, Clara.

—No lo hagas, pero quiero que me folles a la fuerza con más ímpetu que nunca. Quiero que me hagas daño, átame y haz lo que le haces a ellas —necesitaba sentirlo y verlo a él como ellas veían antes de morir.

Álex bajó a buscar una cuerda mientras yo lo esperaba impaciente. Al subir me ató las manos a la espalda y tapó la boca con cinta aislante. Su mirada de deseo crecía a medida que se metía en sus fantasías asesinas. Me dio la vuelta y me apoyó contra el lavabo. Escuché cómo se bajaba la cremallera. Entonces agarró con fuerza mi pelo y tiró hacia atrás. Abrió mis piernas con las suyas y, en ese momento, me introdujo todo su ser tan duro como nunca lo había notado.

Fue brutal, sin piedad, golpeaba con mi cara el espejo del tocador hasta casi romperlo. Me dolió muchísimo todo el tiempo que duró, pero no era tanto dolor comparado con lo que haría después. Se corrió en mi vagina dolorida en medio del sudor.

Se levantó los pantalones y se ajustó el cinturón. Me dio la vuelta otra vez y me metió en la bañera. Yo permanecía con las manos atadas a la espalda y la

boca tapada. Me miró a los ojos y asentí para que procediera. Con sus fuertes brazos me empujó al fondo de la bañera.

Al principio, yo tenía los ojos cerrados, pero cuando sentí que me faltaba el aire los abrí. Su rostro era diferente al que yo había conocido, tenía la mirada perdida, pero con una expresión facial de satisfacción. Él era feliz y yo me estaba ahogando, pero no se daba cuenta. Empecé a patear con más fuerza para que reaccionara, llegué a pensar que no lo haría, porque estaba ensimismado. Pero lo hizo. Me levantó al momento y, presa de un nerviosismo extraño, me sacó la cinta aislante. Respiré lo más profundo que pude mientras él me desataba las manos.

—Clara, estás bien—me decía acariciándome la cara.

—Sí, lo estoy. Es extraño lo que siento, Álex.

—¿El qué? Dime

—Excitación. Siento euforia.

Entendimos que nuestras almas eran una y ya no había más dudas. Álex era un asesino y no me importaba. Todo lo contrario, me excitaba. Mis intentos por no creer que era igual que él habían sido en vano. Ya no podría resistirme más y negar la realidad. Estaba todo claro. Tendría que aprender a vivir con ello y adaptarme a mis nuevos cambios. No me supondría ninguna dificultad, tenía un buen maestro a mi lado.

—Vamos, sécate. Voy a prepararte un café caliente —dijo mientras me envolvía en una toalla.

—Quiero quedarme aquí contigo y no volver más a esa casa, Álex.

—Está bien. Cuando estés preparada y tengas todo arreglado, nos vamos de aquí.

Lo miré a los ojos, casi intimidándole.

—No me has entendido. Ya no voy a volver más a mi casa, solo a coger mis cosas y a hablar con Ricardo para solicitar el divorcio.

—¿Estas segura? —preguntó sorprendido,

Supongo que necesitaba cerciorarse de que yo estaba segura de lo que le estaba transmitiendo.

—Sí. ¿Para qué alargar más esto? Marchémonos ya.

—Me parece una muy buena idea, Clara. Estoy seguro que nuestra vida en

Asturias va a ser maravillosa.

—Vamos a tomar ese café, será un día largo —dije sonriendo.

Álex me dio ropa suya, ya que la mía estaba mojada, y bajamos a la cocina. El ambiente empezaba a ser diferente. Me sentía muy cómoda con él y el no darle importancia a lo que había hecho me otorgaba la suficiente confianza como para aventurarme a emprender una vida juntos. Me encantaba tal y como era y el hecho de que hubiese matado a varias mujeres aún me hacía sentir más atraída por él. ¿Eso me convertía a mí en una sádica? No lo sabía en ese momento, pero me gustaba lo que me hacía sentir y el sexo con un asesino me resultaba lo más parecido a una explosión de los sentidos, algo excitante, diferente y tan morboso que me resultaba imposible prescindir de él.

Decir que sentía compasión y tristeza por aquellas mujeres podría parecer algo hipócrita. Mucho más cuando notaba que en mi cabeza se había desatado algo. Una esencia de poder que crecía dentro de mí para dar lugar a una Clara más fuerte, más segura y, sobre todo, menos tolerante. Nunca más alguien volvería a hacerme sentir insignificante, ya fuese hombre o mujer. De lo contrario, su osadía les saldría cara. Poco a poco sentía cómo me volvía fuerte e implacable y sin intención de cambiar jamás por nadie ni por nada.

Al terminar el café, le ayudé durante un buen rato a seguir empaquetando sus pertenencias. Álex tenía muchas, pero no tantas como podría suponerse a un hombre que contara con su mismo dinero en el banco. Él era una persona rica, pero conformista. Le gustaba vivir la vida sin necesidad de poseer cosas a las que no les diera un uso especial. Además, aún no sabía dónde echaría raíces y, si su intención era recorrer España, entendía que no quisiera cargar con demasiado equipaje. Lo más voluminoso eran un par de aparatos de gimnasio con los que se mantenía en forma, algunas máquinas pequeñas de jardinería y varias herramientas.

Unas horas más tarde ya estaba casi todo empaquetado por su parte, pero faltaba yo. No tenía claro qué me llevaría de casa, porque no poseía casi nada que identificase como mío. Tan solo algo de ropa y poco más. Le pedí a Álex una maleta, porque yo no tenía, y decidí que era hora de marcharme a recoger mis cosas y esperar a Ricardo para hablar con él. Antes de salir, Álex me dijo que no me preocupase si algo no me pudiese llevar, porque ya lo

compraríamos. Le di las gracias y le dije que me recogiera en la entrada del centro comercial sobre las ocho de la tarde.

Habíamos decidido que, mientras no nos marchásemos a Asturias, nos quedaríamos en su casa, aunque sin que me pudiese ver Ricardo para no complicar las cosas. Así que, después de solucionar todo en mi casa, yo iría en un taxi al centro y Álex me recogería para volver a su casa y entrar a escondidas.

Yo me sentía en una nube con él y aún no me creía que fuésemos a empezar una nueva vida juntos. Al llegar a casa, comencé a meter mi ropa en la maleta que Álex me había dado. Era una maleta grande de color malva, mi color favorito. Me tomé eso como un presagio de que las cosas iban por buen camino. Recogí todo lo que era mío: el escaso maquillaje con el que contaba y la ropa que me quedaba bien. La que usaba cuando estaba pasada de kilos la dejé en el armario. En realidad, me sobraba maleta, porque no quería llevar nada que me hiciese recordar mi vida en esa casa.

Mis planes eran que Ricardo me comprara la mitad de la casa como bien ganancial que era y no volver jamás.

Eché un vistazo alrededor y esa fue mi despedida de la casa. Me di cuenta de que atrás solo dejaba sueños sin cumplir, experiencias amargas e ilusiones rotas. Atrás quedaba una Clara que nunca debió haber entrado en esa casa, pero que al fin iba a salir y por la puerta grande.

Las horas se me hicieron eternas. Deseaba salir de allí cuanto antes, pero Ricardo no había llegado. Aún estaba lloviendo y se preveían lluvias para el resto de la semana. Solo faltaba una hora para que fuesen las ocho, hora a la que le había dicho a Álex que me recogiera en el centro comercial. Escuché cómo se abría la puerta de la finca y me di cuenta de que, por primera vez en la vida, me puse nerviosa con la llegada de Ricardo, aunque en realidad, solo fuese porque no sabía cómo iba a reaccionar. Si aceptaba el divorcio de mutuo acuerdo sería perfecto, de lo contrario, tendría que haber juicio y todo se demoraría. Pero en ese caso, él sería el que más tendría que perder, puesto que no solo nos repartiríamos el valor de la casa a medias como en mi propuesta, sino que yo podría solicitar una pensión, con muchas opciones de que el juez me la concediera, al no tener trabajo ni haberlo tenido nunca durante los años

de casados. También repartiríamos el dinero de las cuentas bancarias que, aunque no era mucho, yo me quedaría con la mitad.

Por suerte, la ley estaba de mi parte y confiaba en que aceptara mi propuesta.

Al entrar lo primero que vio fue la maleta. No dijo nada. Posó las llaves del coche en el mueble de la entrada, se quitó la chaqueta y la dejó colgada en el perchero. Me acerqué a él por detrás y solo le pregunté si tenía un momento para hablar conmigo. Se giró y me miró de arriba a abajo.

—Me imagino lo que me vas a decir —dijo con un talante muy tranquilo, como dándose por vencido—. ¿Te vas, no?

—Sí, me voy. Lo he pensado los últimos días y es una decisión firme.

Bajó la cabeza y no dijo nada. O más bien, yo me anticipé a que pudiera hacerlo. No quería entrar en reproches, solicitudes de segundas oportunidades o algo similar. Solo quería salir de allí cuanto antes.

—Ricardo, esto era de esperar y ya veo que no te coge por sorpresa. Como te digo es una decisión firme y la tomo convencida y sin posibilidad de marcha atrás. Solicitaré el divorcio, pero antes quiero preguntarte si estás dispuesto a que sea de mutuo acuerdo o tendremos que vernos en un juicio.

—¿Condiciones?

—Te vendo mi parte de la casa por lo que diga un perito. Cuando tengas la valoración y el dinero, me llamas al número que te voy a dar y vamos al juzgado y al notario para firmar todos los papeles.

—Está bien. Intentaré que sea lo más rápido posible. ¿Ya tienes a dónde ir?

—Sí, eso ya está solucionado.

Cogí aire y di un largo suspiro.

—Bueno, llamaré a un taxi para que me recoja. Te deseo suerte, Ricardo.

—Y yo a ti. Si necesitas algo, llámame.

Después de esa conversación más corta de lo que esperaba, pero incómoda de todos modos, saqué el móvil del bolso para llamar al taxi. Ricardo me dejó sola en la entrada de casa, supongo que no tenía nada más que decirme, ni yo a él.

Él había estado toda su vida dominado por su hermana y, al llegar a casa,

hacía lo mismo conmigo. Quizás lo hacía de forma inconsciente, ya que en realidad Ricardo no tenía la capacidad para mermar la existencia de nadie. Pero aun así, lo había aprendido a hacer y lo más probable era que fuera gracias a Sofia. En el fondo, me dio pena por ser una pobre marioneta. Ojalá las cosas le fuesen bien.

Con cada ráfaga de aire que venía hacia mí me mojaba un poco más. Podía haber esperado dentro, pero me pareció mejor quedarme allí fuera. Por suerte, el taxi no tardó en llegar.

Dentro del coche, mi cabeza no dejaba de pensar en la vida que dejaba atrás y en que, en cuestión de días, empezaría otra nueva, pero lejos de allí. Al doblar la esquina de la avenida Santiago, el taxi redujo la marcha a la altura de la cafetería Punto y Seguido, ya que había coches delante y no lo dejaban pasar. Entonces, vi a la niña que tenían como camarera a lo lejos y supe al instante que tenía que hacer algo con ella, aunque aún no sabía muy bien el qué. Quería que supiera que Álex era mío y que no lo volvería a ver jamás. Necesitaba que tuviese claro quién era la reina en su vida. Pensaría en algo.

Al llegar al punto de encuentro acordado, bajé del taxi y el chófer me ayudó a sacar el equipaje del maletero. Había entrado por el aparcamiento lateral y solo tuve que bajar las escaleras que llevan hasta la entrada. Me resguardé debajo de la amplia visera delantera, delante de la cartelera del cine. La gente que llegaba desde la calle Sáenz Díez la alcanzaba corriendo para también resguardarse pronto de la lluvia.

Miré el reloj y aún faltaban unos minutos para las ocho.

Estaba nerviosa, pero contenta. No me solían gustar los cambios, porque me hacían sentir inestable. Pero eso era lo que había aprendido en mi matrimonio, a no cambiar en nada y seguir una rutina. A pesar de ello, estaba impaciente por arreglar todo y marcharnos de Ourense.

Escuché un pitido desde donde me había dejado el taxi y comprobé que era él en su coche. Bajó y, con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó a mi encuentro. Agarró mi maleta y subimos las escaleras hasta el coche. Cuando ya estábamos cómodos dentro, nos dimos un beso. Ese fue nuestro primer beso en público. Cada vez nos tendríamos que esconder menos de las miradas, pero de momento, todavía pasaríamos un par de días en Ourense hasta tener todo

resuelto. Así que emprendimos el camino de vuelta hasta Valdorregueiro y reconozco que me sentí rara por el hecho de que no era a mi casa a donde iba, sino a la de Álex. En el momento que estuviésemos en Asturias, nunca volvería a tener esa sensación, dejaríamos de escondernos y podría considerarlo a todos los efectos como mi marido.

Qué bien me sonaba eso, era mi sueño hecho realidad. Por fin mi vida empezaba a ser como yo quería y al lado de la persona que deseaba tener conmigo. Sin contar que además era rico y podríamos vivir como quisiéramos.

Ya podía ver a los lejos mi casa. El hecho de que ya no viviese allí no significaba que ya no fuera mía, porque Ricardo todavía tenía que darme mi parte económica y mientras tanto, me pertenecía la mitad de la propiedad.

Me puse un poco nerviosa y Álex me pidió que me agachara. Así lo hice. Con mi cabeza sobre las rodillas, metió el coche en la finca lo más cerca posible de la entrada de casa. Apagó las luces y salió de prisa a abrir la puerta. Llovía muchísimo y parecía que se avecinaba una tormenta aún más fuerte. Yo esperé dentro del coche mientras él cogía una chaqueta con la que taparme la cabeza del agua, pero también de posibles miradas indiscretas. Decidimos dejar la maleta en el coche y pasar a recogerla en otro momento.

Al entrar en casa tuve una sensación de alivio. Todavía tenía los nervios a flor de piel, pero por lo menos lo peor ya había pasado. Álex fue muy amable y atento conmigo, sabía que la situación no era fácil para mí en ningún sentido. Tenía la necesidad de que yo confiara en él y de que lo que había hecho formase parte del pasado. La verdad es que necesitaría toda su atención en ese momento y los días siguientes. No me tenía que demostrar nada en especial, solo que estábamos juntos en eso.

Decidimos preparar la cena y acostarnos temprano, puesto que estábamos cansados y el día siguiente se presentaba largo. Me pareció extraño ver cómo me ayudaba a preparar la comida. Me sentí afortunada en ese momento de tener a mi lado a mi hombre ideal. Tras la cena, nos fuimos al dormitorio. Esa sería nuestra primera noche juntos y como una pareja oficial. Antes de dormirnos, nos obsequiamos con una buena ración de sexo, que incluyó azotes, tirones de pelo y orgasmos regados por sudor. A pesar del cansancio, quisimos bautizar de manera adecuada nuestra unión.

Al acabar, nos dimos un largo beso y me quedé dormida en su pecho.

Me gustaría mirar todo de lejos, pero contigo.

Mario Benedetti

Al día siguiente nos despertamos tardísimo, poco antes de las doce del mediodía. No teníamos prisa, ni obligación de ningún tipo. Éramos libres de hacer lo que quisiéramos y cuando quisiéramos. Nos preparamos el café con toda la tranquilidad del mundo y desayunamos en medio de una paz tan placentera que me parecía imposible estar disfrutándola. Empezamos a hablar de lo que haríamos y cómo nos organizaríamos para la mudanza, pero enseguida nos dimos cuenta de que no teníamos los suficientes productos de limpieza para dejar la casa en la mejor de las condiciones. Así que decidimos que Álex bajase a la ciudad para comprar lo que nos faltaba y, de paso, aprovechase para pasar por un local de comida preparada, puesto que apenas había en la nevera.

En cuanto se fue, yo me dispuse a doblar un poco de ropa y a acomodarla en unas bolsas. Cada prenda de Álex era olfateada por mí y ese aroma me penetraba en las entrañas y revolvió las mariposas que tenía en mi estómago. Una de las camisetas me llamó la atención, porque era con la que lo había visto la primera vez, cuando apareció en mi puerta preguntando por el reparto de gas. Sonreí como una tonta. Quién me iba a decir cuando abrí aquel día que estaba a punto de conocer a mi salvador y, al mismo tiempo, a un asesino en serie del que me enamoraría.

Mientras esperaba a Álex, me entró curiosidad por volver a ver mi casa desde la ventana. ¿Y a quién vi entonces? A mi cuñada. Pensé qué narices estaba haciendo allí. Me fijé un poco más, lo que la cortina me permitía sin descubrirme, y pude observar que el coche de Ricardo estaba aparcado delante. Eso quería decir que no había ido a trabajar. Me pareció raro, pero comprendí que yo le acababa de pedir el divorcio hacía tan solo unas horas y

quizás no se encontraba en condiciones. Pero solo el mero hecho de que Sofia estuviese metiendo las narices en su vida me ponía enferma. Supuse que le estaría lavando la cabeza como ella bien sabía hacer.

Cuando llegó Álex, yo acabara de salir de la ducha. Le conté lo que había visto en mi casa y no le extrañó en absoluto. Nos preparamos para comer con la idea de, al acabar, ponernos a limpiar.

Durante la comida me atreví a preguntarle si la camarera del Punto y Seguido se le había insinuado alguna vez. Álex dejó el tenedor en el plato desechable y, mirando para la copa de vino que sostenía en su mano para beber, me dijo que sí y que además no había sido una, sino varias veces.

Me contó que en una ocasión ella lo había invitado a pasar la noche en un hotel para fumar marihuana, beber, consumir cocaína y tener todo el sexo que el cuerpo les permitiera. Pero que él la rechazó, entre otras cosas, porque le parecía un saco de huesos desesperado por alguien que se los pusiera en el sitio. Esas fueron sus palabras exactas. Una pequeña drogadicta rodeada de malas compañías y eso a él no le iba. Además, ya me tenía a mí para disfrutar y engañarme no entraba en sus planes.

Mi sangre había empezado a hervir con cada palabra que soltaba por su boca en referencia a la camarera. Creí que ya era suficiente. En ese momento sentí la necesidad de vengarme por tener la osadía de querer pasearse por el cuerpo de Álex como si fuera su dueña. Pues no, su dueña era yo y la única persona que tenía ese privilegio era solo yo. Aunque pensase que él estaba soltero, me pareció tan mal que empecé a ingeniar la forma de ir a por ella.

Antes de una hora, había conseguido diseñar el plan perfecto. Tan perfecto que además me permitiría matar dos pájaros de un tiro.

Enseguida acabamos de limpiar lo que nos quedaba pendiente. Teníamos ganas de dejar la ciudad y viajar a Asturias, pero esa noche aún la pasaríamos en Ourense. Álex había contratado una furgoneta de mudanzas que llegaría sobre las doce.

Meteríamos todo en ella, entregaríamos las llaves al casero y saldríamos para nuestra nueva casa.

Álex me sugirió pasar la noche en un hotel para estar más cómodos, puesto que allí estábamos rodeados de cajas. A mí me pareció buena idea y

empezamos a buscar por internet uno bueno en el centro, donde nos sirvieran la cena en la habitación y el desayuno al día siguiente. Después de ver varios, sin acabar de decidirnos por ninguno, pensamos que sería interesante salir por la noche y buscarlo en coche. Me pareció muy romántica la idea de buscar hotel de manera improvisada. Además, yo nunca antes había estado en uno, ni tan siquiera en un hostel, y muchos menos en alguno donde me trajeran la cena o el desayuno a la habitación.

El resto de ese día lo pasamos abrazados en el sofá viendo la televisión, dado que eran las dos únicas cosas que no habíamos embalado.

—Álex, cuando me confesaste lo que habías hecho, dijiste algo que ahora no paro de pensar —le dije acostada sobre él, sin otorgarle demasiada importancia al comentario.

—¿El qué?

—Que te hubiera gustado que probara lo que tú habías hecho para que yo sintiese lo mismo que tú.

—Sí, te lo dije porque así, si en algún momento tuvieras la tentación de juzgarme, te lo pensarías antes de hacerlo. Y también para que te dieras cuenta de una vez que tienes ese mismo instinto que yo.

—Pues creo que podíamos intentarlo antes de irnos de aquí.

Entonces Álex se incorporó y me miró con una mirada fría. Cogió el paquete de Marlboro y sacó un cigarrillo. Le dio unos pequeños golpes en la mesa y se lo llevó a la boca para encenderlo.

—¿Lo dices en serio, Clara? —preguntó asombrado.

—Sí, quiero hacerlo. Quiero sentir lo que tú sientes. Quiero ver cómo lo haces.

—No me parece buena idea.

—¿Por qué no? Estamos juntos en esto. Dices que quieres que te entienda, ¿no? Pues sí, tienes razón, no sabemos qué es lo nos deparará el futuro. Ahora estamos muy bien, pero puede llegar el día en que te juzgue o en el que tú desconfíes de que yo te pueda denunciar. De este modo, estaremos en igualdad de condiciones.

—Sabes que algo así te va a marcar para toda la vida, ¿no? Aunque te sirva para despojarte de tus frustraciones y rencores. Después tienes que ser

fuerte para encerrar al monstruo que has dejado salir. De lo contrario, te descontrolarás y no serás capaz de parar. Clara, yo quiero empezar una vida contigo, pero fuera de todo eso. No quiero pasarme la vida escapando de un sitio a otro.

—Sí, yo quiero lo mismo. No te preocupes, todo irá bien. Una vez y después tendremos nuestra vida tranquila.

Él se quedó pensando unos segundos.

—Está bien —dijo—, ¿quieres que sea esta noche? Lo digo porque yo suelo escoger a las mujeres con antelación y estudio bien sus pasos para saber cómo actuar. Porque es arriesgado y hay que hacer bien las cosas para no dejar pistas.

—Sí, quiero que sea esta noche. Además, creo que sé quién es la persona perfecta.

—¿Quién?

—La camarera del Punto y Seguido.

Álex me miró extrañado.

—¿Lili? ¿Por qué ella?

Al fin supe cómo se llamaba la pequeña aprendiz de buscona.

—Piénsalo, es perfecta —dije—. Nadie se extrañará cuando la encuentren. ¿No dices que es una futura drogadicta? A mí me parece perfecta.

—Pues sí, tienes razón. No creo que se sorprendan de lo que le ocurra y además conozco su rutina —dijo—. ¿Ves como eres mi chica mala?

Yo sonreí. Él me cogió por los brazos, me tiró al suelo y empezó a besarme en el cuello, mientras se iba colocando encima de mí. Yo estaba tan cachonda que ni un terremoto podría quitarme el fuego que sentía en el cuerpo.

Álex quería hacérmelo allí ya, supongo que follarme hasta que gritase de dolor. Sin embargo, le dije que lo dejase para después, que ya celebraríamos en el hotel mi estreno como él mejor quisiera, porque teníamos que preparar el plan.

Era martes y la cafetería cerraba sobre las doce. Álex sabía que Lili aparcaba siempre el coche en la calle de atrás, donde nunca pasaba nadie a esas horas. Ese era un punto favorable. Nos pareció que lo más sensato sería que él la invitase a subir a su coche cuando ella fuese a coger el suyo después

de cerrar. Dado que estaba loca por Álex, no sería difícil de conseguir.

Yo estaría escondida en el asiento trasero, con una cuerda preparada para asfixiarla por la espalda. Una vez que se subiera al coche, Álex solo tendría que llevarla a un lugar discreto sin que ella desconfiara de nada.

—Déjame a mí, Clara. Sé de un lugar idóneo —me susurró al oído, no sin antes poner una de sus caras más traviesa.

Salimos de casa sobre las once y media, yo tapada hasta arriba para evitar que me viese algún vecino de la urbanización. Antes de salir, había cogido mi documentación, ya que me imaginé que sería más seguro que yo hiciera la reserva en el hotel, puesto que a Álex no le convenía aparecer en algún registro de huéspedes la noche en que apareciese otro cadáver. En cambio, de mí nadie sospecharía. Mucho más, cuando me acababa de separar, me había ido de casa y no tenía sitio donde dormir.

El riesgo que estábamos corriendo era extremo y, en realidad, no necesitábamos hacerlo. Yo no me consideraba una asesina y Álex ya había decidido dejar atrás todo aquello.

A decir verdad, lo de Lili era puro capricho mío y pocas cosas hay que un hombre enamorado no conceda a la mujer que ama si esta se lo propone. Yo quería saber qué se sentía quitándole la vida a otra persona, pero también darle un escarmiento a aquella pequeña puta. Quería que supiera que el hombre al que deseaba era capaz hasta de matarla solo porque se lo pedía la mujer a la que amaba. Quería que muriese descubriendo que eso era lo que ella valía para Álex. Nada.

Entramos en el coche y, cuando ya nos habíamos alejado lo suficiente de posibles miradas curiosas, me destapé. Me sentía eufórica y nerviosa a la vez.

Llegamos a la calle trasera y, en efecto, allí estaba su coche aparcado. Un Seat Panda de color rojo burdeos más viejo que yo. Esperamos un buen rato y aprovechamos para repasar los detalles del plan. Álex sabía muy bien lo que tenía que hacer. De hecho, me dijo que no me pusiera nerviosa y que él se encargaría de todo. Poco después de las doce, la vimos caminar por la oscura calle. Álex salió del coche, caminó a su encuentro y le preguntó si ya había cerrado, a lo que ella le contestó que sí.

—Vaya, pues me apetecía tomar una cerveza —le dijo, sin imprimirle

demasiada importancia—. Tendré que buscar otro.

—Eso te pasa por no venir antes. Sabes que siempre te estoy esperando, vaquero.

Lili sacó un cigarrillo, pero antes de encenderlo, se humedeció los labios de forma muy sensual frente a Álex

—Si quieres que tomemos esa cerveza juntos, te acompaño —dijo tras la primera calada—. O si prefieres que vayamos a hacer otras cosas, también acepto.

—Vale, sube a mi coche, que nos estamos mojando. No tardaremos en volver.

Yo permanecía escondida en el asiento trasero e intentaba respirar muy despacio y sin hacer ruido para que no se percatase de mi presencia. Fueron un par de kilómetros muy tensos hasta llegar a la zona del río Barbaña, que era las que Álex había elegido. Él tenía la experiencia necesaria para saber que el agua es la mejor aliada de un asesino. Entre la del río y la que caía del cielo se encargarían de borrar toda posible prueba.

Mis ganas de deshacerme de ella crecían a medida que la conversación se volvía más íntima. Lili no paraba de hacer comentarios con doble sentido sexual, bromas idiotas e incluso le llegó a acariciar el brazo. Todo eso enfurecía más mi espíritu sediento de venganza y desataba la ira que llevaba escondida en mi interior desde hacía demasiado tiempo.

Supongo que Lili, en un primer momento, esperaba que fuesen a tomar la cerveza de la que habían hablado, pero cuando vio que no se dirigían a ningún bar le preguntó extrañada. Álex no se puso nervioso. Ladeó la cara hacia ella, le dedicó una sonrisa y le dijo que ese día prefería que compartiesen una charla agradable lejos de cualquier posible mirón, y que sabía del lugar perfecto para ello. Ella se recostó en el asiento y accedió al instante.

Cuando llegamos al río, aparcó el coche en la zona más sombría del lugar, a unos tres metros escasos del agua. Me fijé que Álex conservaba una tranquilidad y un temple prodigiosos, mientras que a mí me temblaban hasta los pelos de las cejas. Lili no paraba de hablar y de reír a carcajada limpia, mientras se liaba un porro de marihuana o, como decía ella, de hierba. Con la primera calada que le dio, me vino el humo para atrás y el asco que me

produjo casi me hace toser. Ella quería abrir la ventanilla, pero él le dijo que era mejor que no, puesto que entraría agua de la lluvia en el interior y mojaría la tapicería. La realidad era otra, en caso de que algo saliese mal, la ventanilla cerrada evitaría que alguien pudiese oír sus gritos.

Pero Lili creyó en él, sobre todo, porque el tono que imprimía Álex a sus palabras sugería que en pocos minutos estarían desnudos y en el asiento de atrás.

Él no fumó nada de marihuana, se limitó a encender un par de sus cigarrillos. En cambio, la niña loca se estaba colocando hasta las entrañas, calada tras calada, y pronto comenzó a reírse por cualquier cosa absurda. Mejor así, pensé yo, menos guerra que nos daría.

Tras una de sus estúpidas risotadas, la mano de Lili se atrevió a aterrizar en la entrepierna de Álex y su boca mugrienta se entreabrió a escasos centímetros de mi hombre, esperando que él le correspondiese.

En ese punto yo no aguanté más.

Me levanté por detrás con el sigilo de un gato que va a dar caza a algún roedor. Ya descubierta, me vi reflejada en el espejo retrovisor y mi expresión en aquel momento era muy diferente a la que estaba acostumbrada a ver de mí, era la apropiada para la ocasión. Saqué la cuerda, se la pasé por encima de la cabeza, enrollándola en su cuello y apreté lo máximo que pude. Lili se retorció como una culebra desesperada, tratando de escapar y de gritar. Entonces Álex tomó el mando, la golpeó en la cara con fuerza varias veces, hasta que dejó de resistirse. Después agarró los dos extremos de la cuerda y comenzó a tirar mientras yo le sujetaba los brazos desde atrás. No sé si fueron cinco, seis o dos minutos el tiempo que duró aquello, pero parecía que no se iba a terminar nunca. Sin embargo, poco a poco sus movimientos se fueron haciendo cada vez más lentos y sus piernas se movían menos. Al final, solo quedaron unos pequeños espasmos musculares en sus extremidades y la lengua colgando de la boca. Tenía los ojos abiertos, inertes y sin ninguna señal que hiciera pensar que aún había vida en ellos.

Tras otro minuto apretando la cuerda por seguridad, Álex la soltó y se acercó a su boca para comprobar si espiraba, pero ya estaba muerta. No podría describir jamás la sensación que pasó por mi cuerpo, a modo de

descarga eléctrica, al pensar lo que debió de sentir ella al comprobar quiénes le estaban quitando la vida. Un subidón de energía recorría mi cuerpo sin cesar. No solo me sentía bien, sino también libre. Tenía la sensación de que, si cerrase los ojos, podría levitar. Como una droga que te deja en trance. Fue increíble, maravilloso y, además, sentí que nada en este mundo podría conmigo ni con Álex y menos después de lo que acabáramos de hacer. Ese secreto inconfesable uniría nuestro amor de por vida.

Ahora sí que era mío para siempre, pensé.

Después, Álex dijo que teníamos que quitarle la ropa con rapidez y tirarlo todo al río. La sacamos del coche, la desnudamos sobre el barro y tiramos todo lo más lejos posible de la orilla, incluida a la propia Lili.

Tras arrojar el cuerpo al agua y empujarlo hacia el centro para que se lo llevara la corriente, volvimos al coche y nos alejamos del lugar. Por mi espejo retrovisor me fijaba cómo el río quedaba cada vez más lejos, con el cuerpo de aquella chica flotando sobre él. Fue la última imagen que me quedó de ella. Quien la encontrase se llevaría un buen susto, pensé. Álex me miraba y sonreía. En algún momento, me preguntó qué tal estaba y le respondí que bien. En realidad, creo que mi cara hablaba con mucha más claridad sobre cómo me sentía.

Estaba radiante.

No podía explicarle con palabras cuánta razón tenía el día que me aseguré que me libraría de mis frustraciones quitándole la vida a alguien. Aunque a decir verdad, en aquel momento prefería saborear la sensación para mí misma, en silencio y con los ojos cerrados. Quizá por eso permanecimos callados durante todo el camino de vuelta y no hicimos ningún tipo de fiesta ni celebración en el coche. No hubo euforia ni risas por doquier. Solo paz y un aire que parecía haberse hecho más liviano. Resultaba agradable de respirar.

Cuando ya estábamos en el centro de la ciudad, emití un largo suspiro y agarré la mano a Álex. Esa mano que hacía unos minutos había estrangulado a una persona y la había arrojado al río desnuda. Nunca pensé que podría enamorarme de alguien así y mucho menos hacer lo que acabábamos de hacer. Era increíble y a esas alturas todavía no lo había asumido.

Álex detuvo el coche a la salida de una rotonda y buscó en internet un

hotel. Pensó que no sería buena idea registrarnos en uno lujoso, porque lo que menos queríamos era llamar la atención esa noche. Nos fijamos en el hotel Mabú, porque no quedaba lejos de donde estábamos y, en las fotos de su página web, se veía muy limpio y acogedor. Justo lo que buscábamos y, al ser martes, no tendría muchos huéspedes.

Al llegar al hotel, en la zona de O Pino, nos dimos cuenta de que el aparcamiento era un pequeño descampado que estaba al lado. Álex se quedó en el coche fumando mientras yo hacía la reserva. La recepción quedaba a la izquierda, en una pequeña estancia de paso hacia la cafetería, que se encontraba al fondo a la derecha. La chica que la atendía era la misma que servía tras la barra. Me asignó una habitación doble, me dio las llaves y volvió a la barra. Salí a buscar a Álex, entramos, subimos unas cuantas escaleras y cogimos el ascensor hasta la planta tres, sin que la camarera reparase en él.

Al abrirla, descubrimos una habitación sencilla, pero bien cuidada, con suelo de baldosa y un baño moderno. Recuerdo que era la trescientos uno. Lo primero que hicimos fue intentar encender la televisión, por si informaban de algo, pero no fuimos capaces. No sé si el mando no funcionaba o nosotros estábamos muy exaltados, pero encenderla resultó imposible y a Álex no le quedó más remedio que acudir al teléfono de vez en cuando a ver las noticias a través de internet. No se veía nervioso, en ningún momento se puso tenso, no había ni un solo ápice de preocupación en su persona y eso era una de las cosas que yo estaba aprendiendo de él. A no mostrar ningún sentimiento.

Decidimos darnos una ducha. La lluvia caía con fuerza y podíamos oírla golpear en la ventana. Nos desnudamos y nos metimos juntos en el plato. El agua estaba caliente y resultaba confortable y relajante. Álex cogió uno de los jabones del hotel y comenzó a pasármelo por el pecho. Poco a poco, se fue formando una espuma clara y suave que envolvía mi piel. Estábamos muy excitados desde que el momento en nos habíamos planteado asesinar a Lili y por fin podíamos dar rienda suelta a nuestros deseos. Pero el de aquel día fue un polvo diferente a como solíamos hacer, o mejor dicho, a como Álex acostumbraba a someterme.

Nos abrazábamos con mucha intensidad y nos acariciábamos

aprovechando la textura suave que nos ofrecía el jabón. Alex se pegaba a mí por detrás y yo podía sentir entre mis nalgas su pene duro y caliente, pero no me penetraba. Así estuvimos un buen tiempo, disfrutando de nuestros cuerpos, de nuestras almas que se atraían como imanes y del calor placentero que allí se había formado.

Abrí la mampara, cogí un par de toallas y nos envolvimos en ellas para ir a la cama. Alex se sentó en ella y yo me posicioné frente a él de rodillas para darle placer con mi boca. Ese día se la chupé despacio, no quería que se excitara demasiado, porque me apetecía que, por una vez, me dedicara tiempo a mí. Él lo entendió enseguida, porque nos compenetrábamos a la perfección. Ya no necesitábamos decir nada cada vez que teníamos sexo y solo con mirarnos sabíamos lo que el otro quería o le apetecía en cada momento. Al incorporarme, Alex me acostó, me ajustó la almohada debajo de mi cabeza, abrió mis piernas para ponerse en medio de ellas y comenzó a lamerme él a mí.

Sus grandes manos sujetaban mis muslos mientras él jugaba con su lengua entre mis labios vaginales. Qué gusto y qué gozo empecé a sentir y más cuando me la introdujo en mi interior. Yo estaba tan mojada que no sabía si era por su saliva o porque ya me estaba corriendo. Subía y bajaba su lengua con cierto frenesí y se notaba que él lo disfrutaba también.

Aquella noche no follamos, hicimos el amor. No hubo tirones de pelo ni agresividad. No hubo penetraciones duras y dolorosas, sino dos cuerpos fundiéndose entre sí y moviéndose al mismo compás cadencioso. La pasión con la que Alex se movía encima de mí y la sensualidad que le imprimía a esos movimientos me hizo desconectar del mundo. En mi cabeza y en mi corazón solo estaba él, no había nada ni nadie más en el mundo que tuviera la suficiente importancia para ocupar mi mente. Alex. Solo él.

Nos quedamos dormidos como dos cachorros vulnerables que duermen bajo la protección de su madre y se sienten protegidos y seguros. Dormir con Alex era diferente a como había hecho toda mi vida. Hasta entonces solo me acostaba y dormía, pero con él no, con él también descansaba y soñaba. Recuerdo que, en las escasas horas que nos quedaban para descansar, tuve un sueño precioso. En él me veía caminando por la orilla del mar, con un largo

vestido blanco que se mojaba con las salpicaduras de las olas contra las rocas.

Fue un sueño maravilloso e increíble, porque además también aparecía Álex.

*Todo lo que se hace por amor
se hace más allá del bien y del mal.*

Nietzsche

Dormimos abrazados hasta que el despertador del móvil nos despertó a las ocho. Teníamos un montón de sueño, pero había que levantarse, puesto que la furgoneta de la mudanza llegaría sobre las diez, al igual que el propietario para recoger las llaves y comprobar el estado de la casa.

Después de ducharnos, vestirnos y dejar las llaves en recepción, nos acercamos a la cafetería de enfrente para desayunar. Elegimos una mesa en la terraza para que Álex pudiese fumar. Una vez sentados, nos fijamos en las mesas de al lado y la gente comentaba cosas sin importancia, por lo que deducimos que todavía no habían encontrado el cuerpo. Él seguía tranquilo, como si no hubiese pasado nada, y yo procuraba imitarlo. La verdad es que no me costó mucho, porque mi única preocupación era que nos pudiesen pillar y separar, porque eso sería insoportable para mí. Pero confiaba en Álex y en su experiencia, y pensaba que si a él nunca lo habían cogido tras diez asesinatos, era difícil que nos descubriesen por Lili, siendo ella una adicta a las drogas y frecuentando malas compañías. Además, el *modus operandi* que habíamos empleado era diferente al de los crímenes de la bañera y cualquiera podría pensar que su muerte estaba más relacionada con su conflictivo entorno que con un asesino en serie.

Después de las tormentas de los días anteriores, ese día se veía despejado el cielo. Ya no había nubes y la temperatura era agradable. El café nos estaba sentando de maravilla, pedimos unos bollos de crema para saciar la sed de azúcar y arrancar la jornada con el estómago lleno, aunque teníamos que darnos prisa para llegar en hora a la casa de Álex.

Pocos minutos después estábamos en Valdorregueiro, repitiendo el procedimiento del día anterior para que ningún vecino me viese al entrar. Como ya no llovía, había más gente en la calle. Embalamos la televisión y el sofá y esperamos a que llegaran los de la mudanza y el casero.

Primero aparecieron tres chicos con un camión pequeño que enseguida se pusieron a cargar los enseres. Ya casi estaba todo dentro del vehículo, cuando llegó el dueño, sobre las diez y media. Yo me metí en el coche para esperar allí y que así no me viera. Al cabo de un rato, Álex les dio instrucciones a los chicos de la mudanza y se despidió de ellos, supuse que les estaría indicando la dirección.

El reloj marcaba casi las once y media cuando se subió al coche y nos preparamos para arrancar, pues nuestro destino se encontraba a cinco horas de viaje. La primera parada que hicimos fue en Benavente, en el área de servicio. Yo me encontraba un poco cansada por la tensión de la noche anterior y la falta de sueño. No tenía ganas de dormir en concreto, pero sí de recostarme en un cómodo sofá, pero lo que más me apetecía era ver esa maravillosa casa que Álex me tenía preparada a modo de sorpresa.

Yo aún no sabía a qué zona de Asturias nos dirigíamos, pero Álex me había comentado que me iba a encantar y que no tenía nada que ver con las de la urbanización donde vivíamos. Según él, era una casa pequeña y apartada, pero con una fachada preciosa y todas las comodidades que pudiera imaginar. También contaba con un pequeño huerto, un jardín a la medida de Álex y, en la parte de atrás, había una bodega y una piscina. A medida que él me la iba describiendo y yo imaginando, me parecía un sueño que cada vez se hacía más grande. Un sueño que estaba dispuesta a disfrutarlo al máximo.

Sin embargo, me daba la sensación de que no había cerrado todos los capítulos de mi vida en Ourense y que todavía quedaba algún cabo suelto. Con Ricardo las cosas habían quedado claras, cuando tuviese el dinero y los papeles listos para firmar el divorcio, me llamaría para presentarnos en el Juzgado. Yo había recogido todas mis cosas y no había nada importante que me hubiese dejado atrás. Eso era lo que hacía que me preguntase una y otra vez qué era lo que me estaba pasando por alto. No estaba segura del porqué de ese sentimiento y no me lo saqué de la cabeza en todo el trayecto.

Álex, de vez en cuando, me preguntaba qué me pasaba o en qué estaba pensando. Me decía que me veía muy callada y eso le preocupaba. Supongo que desconfiaba que la noche pasada hubiera dejado secuelas en mi mente, pero no era así.

Cuando vi en la autovía el cartel que indicaba que entrábamos en la comunidad de Asturias mi emoción subió de intensidad. Álex se resistía a decirme dónde quedaba la casa, tan si quiera el nombre de la localidad en la que residiríamos, para no arruinar la sorpresa. Incluso hizo una segunda parada para comer algo cerca de Oviedo, pero ni siquiera ahí fui capaz de sacarle alguna pista entre plato y plato. Tan solo me decía que faltaba poco y que estuviese tranquila. Pero la realidad era que me sentía nerviosa por llegar y, cuando retomamos el viaje y por fin vi que cogía un desvío, como haciendo cálculos en su cabeza, me di cuenta de que ya faltaba poco.

Al llegar a la casa, Álex aparcó el coche en un camino enfrente de la finca. Yo estaba deseosa por entrar y comprobar todo lo que me había contado. Cuando metió la llave en la puerta de la finca, el corazón se me salía por la boca de la emoción. El patio era enorme, cabía el coche de Álex y dos o tres coches más si los tuviésemos. Eché una mirada a mi alrededor y me quedé atónita.

Descargamos lo poco que habíamos llevado en el coche y nos dirigimos a la casa. Tenía dos puertas de acceso en la parte delantera y una en la trasera, además de varios ventanales y puertas correizas que daban al jardín y la piscina. Cuando entramos y Álex abrió las ventanas, mis ojos no daban abasto para tanta belleza. No me lo podía creer, estaba amueblada con muebles rústicos, pero de primeras calidades y era impresionante. Agarrados de la mano, fuimos recorriendo la cocina, un baño y el gran salón, desde donde se podía apreciar la piscina a través de la gran puerta corredera de cristal. Después subimos unas doce escaleras en forma de caracol hasta la parte de arriba, donde había dos dormitorios más y otra sala de estar. Yo no paraba de abrazar a Álex y de besarlo y su sonrisa hacía que aquel lugar fuese aún más bello y mágico.

—Clara, ¿qué te parece si abrimos una botella de champan para celebrarlo? —me preguntó entusiasmado.

—Ya estamos tardando —le dije.

Él sonrió y fue a la cocina.

—¿De dónde has sacado la botella? —pregunté curiosa.

—Le dije al casero que me hiciese el favor de dejarme un par de ellas en la nevera. Es un tipo muy amable, la verdad.

—Pues venga, vamos a tomar unas copas.

Yo estaba frenética por la emoción y ya hacía planes de decoración en mi cabeza. Nos quedamos brindando y haciéndonos arrumacos hasta que, un par de horas más tarde, llegaron los chicos de la mudanza. Descargaron las cosas y, a pesar de lo cansados que estábamos, nos pasamos el resto del día desembalando y colocando todo.

La noche anterior habíamos dormido pocas horas, pero tras una improvisada cena con algo que habíamos cogido por el camino, no nos apetecía dar por finalizado el día.

Abrazados encima de la alfombra del gran salón y envueltos en una fina manta, admiramos la belleza de aquella noche despejada y estrellada con una copa de champán en la mano. No entramos en el dormitorio hasta casi las dos de la madrugada y, según nos metimos entre las sábanas, nos quedamos dormidos.

Cuando desperté al día siguiente, Álex no estaba a mi lado. Lo único que había eran las copas y un par de botellas vacías de champán. Estaba confusa y no sabía qué hora era ni donde estaba él. Me levanté para ir en su busca y, ante mi sorpresa, descubrí que se había levantado sin hacer ruido para acabar de acomodar nuestras cosas.

—Buenos días, Clara —me dijo con una amplia sonrisa—. ¿Te apetece ir a desayunar? O mejor dicho, a comer, porque ya es hora.

—Hola amor. Sí, vamos, tengo hambre.

Le di un beso y nos dispusimos a vestirnos para marchar. Elegimos para comer un local bastante acogedor y donde había de todo para llenar nuestras barrigas hambrientas. Yo pensaba, que si en ese momento alguien me preguntase qué sentía, no podría describir la tremenda sensación de bienestar que me invadía, sin obligaciones y ni cosas por hacer. Sin tener que estar pendiente de alguien que no me valorase en ningún concepto. Sin estar

sometida a un marido al que no quería, ni él a mí. Sin tener que cumplir con mi labor de ama de casa frustrada y sin tener que aguantar humillaciones por parte de cuñadas que se creen con derecho a meterse en todo.

Aún intentaba encontrar respuesta a por qué sentía que me había dejado algo por hacer en Ourense. Algo inacabado o incompleto, que me estaba empezando a preocupar. No quería nada en mi nueva vida que se convirtiera en un obstáculo entre Álex y yo o que fuese motivo de preocupación, pero decidí relajarme y disfrutar de lo que creía que era mi recompensa por todos los años oscuros que había soportado y olvidarme del tema.

Al acabar de comer, nos fuimos a un gran supermercado donde tenían de todo. Llenamos un par de carros con lo que necesitábamos para poner en marcha la nueva casa. Nos quedaba todavía mucho por hacer para ponerla a nuestro gusto, pero con Álex todo era muy fácil. Él hacía que mis días fueran agradables y bonitos. Nunca mostró un mal gesto o decepción por mí, todo lo contrario y eso me daba confianza y seguridad. Me hacía sentir que podía ser yo misma sin preocuparme si estaba haciendo las cosas bien o mal. Para mí, era un ángel caído del cielo con la única misión de aparecer en mi vida y convertirla en mejor.

Aquel día era jueves, la semana se estaba acabando y daría paso a un soleado fin de semana que se agotó igual de rápido que empezó. El lunes comenzó con una llamada telefónica a Álex, era su hijo. Le pedía si podía ir a Irlanda para estar juntos. Al parecer tenía una noticia que darle y, además no se habían vuelto a ver desde que Álex aterrizó en España, hacía casi dos años.

Pensé que era una faena, justo cuando empezábamos a vivir nuestra vida, pero entendía que quisiera estar con su hijo. Me dijo que volvería en una semana o diez días. La pena era que yo no podía ir con él, porque estaba pendiente de la llamada de Ricardo. Mi prioridad era firmar el divorcio y estar libre de todo lo que me pudiese atar a mi vida pasada, de la que solo recordaba el sufrimiento, la soledad y el dolor que había pasado. Quería olvidarme para siempre de esos quince años vividos en esa casa.

Álex programó el viaje para el lunes siguiente y así aprovechamos el resto de aquella semana para conocer el pueblo y sus alrededores. Vivíamos en Las Arenas de Cabrales, cerca del Parque Nacional de los Picos de Europa. Tanto

el entorno como el propio pueblo eran preciosos y disfrutamos cada día que pasamos juntos entre risas, juegos y peleas simuladas que terminaban en sexo sin restricciones. Yo estaba impaciente por recibir la llamada de Ricardo para ir al juzgado y convertirme en divorciada a todos los efectos. También para que me diera el dinero de mi parte de la casa y luego despedirme de él de forma educada, como una buena dama, pero con el deseo interno de no volverlo a ver en la vida.

Cuando llegó el lunes, llevé a Álex al aeropuerto. No quería que se marchara y quedarme sola. No soportaba su ausencia, pero intentaba ser coherente y pensar que solo sería durante unos días. Él me tranquilizaba con sus palabras y me decía que cuando menos me lo esperase, estaría de vuelta. Verlo embarcar me partió el corazón, porque de forma indirecta volví a sentir la soledad y el frío que me atormentaba cada vez que estaba sin él. Volví a casa y recé para que Ricardo me llamase esa semana. Así se me haría menos larga la ausencia de Álex. Eso sucedió el miércoles. Sonó mi teléfono móvil por la mañana y me citó para el viernes a primera hora en los juzgados de Ourense.

Yo me sentía rebosante de alegría, iba a quedar libre de una vez por todas y, además tenía que cobrar ochenta mil euros que me correspondían de la mitad de la casa. Libre de Ricardo, con dinero en mi cuenta bancaria y viviendo con un hombre estupendo que me daría todo lo que necesitase. Era mi sueño de siempre hecho realidad. Llamé de inmediato a Álex para decírselo y, en el momento en que lo escuchó, emitió un elocuente «lo conseguimos, Clara. Te amo tanto». También me dijo que sentía no poder acompañarme, pero que me lo recompensaría a su vuelta.

Por la tarde, fui a unas tiendas que tenían un montón de ropa moderna en el escaparate. Compré lo que me gustaba y me quedaba bien para impresionar a Ricardo y hacerle ver que mi vida sin él era maravillosa. Calculaba que tardaría sobre cinco horas en llegar a Ourense, así que preferí salir el jueves por la mañana y dormir en el hotel donde nos habíamos hospedado aquella noche Álex y yo. Me apetecía recordar lo que sentí en ese momento con él y cómo me convertí en cómplice de un asesinato.

Al llegar el día, metí la maleta en el coche y emprendí el viaje, no sin

antes avisar a Álex de que ya salía. Me pidió que lo mantuviese informado y nos despedimos con un «te quiero» mutuo. Estaba nerviosa, pero emocionada por mis logros en tan poco tiempo. Me dispuse a disfrutar del viaje. Puse a los Dire Straits en la radio y el navegador en el salpicadero, por si me perdía. Nunca antes había salido de Ourense y, muchos menos, había viajado yo sola.

Hacía mucho calor, pero dentro del coche la temperatura resultaba agradable gracias al climatizador y el tráfico en la autopista era fluido. Donde había un atasco monumental era en mi mente. Echaba mucho de menos a Álex y no sabía con qué me iba a encontrar en Ourense. Quería llegar, firmar y marcharme, y si fuera posible, averiguar el porqué de mi presentimiento.

El viaje me resultó muy cansado y, al entrar en Ourense, me puse un poco tensa. Pasaba algo de las siete de la tarde cuando llegué al hotel. Aparqué en el mismo sitio que la vez anterior. Entré en la recepción, solicité una reserva y la chica me dio las llaves de la trescientos tres, casi la misma en la que habíamos estado Álex y yo. En cuanto llegué a la habitación, me dejé caer en la cama. Me sentía exhausta y por mi cabeza pasaban imágenes de lo que habíamos hecho aquel día con la camarera. Supongo que resultaba inevitable pensar en ello al estar en ese hotel. Me reconfortaba saber que en pocos días volvería a estar con él otra vez y que todo se habría solucionado. Llamé a Ricardo para que me dijera la hora exacta y me citó para las nueve. Me excitaba la idea de dar carpetazo definitivo a mi vida pasada en Ourense, porque eso significaba una gran victoria para mí.

Después de descansar un rato, salí a cenar algo, pero pronto volví a la habitación con la intención de dormir. Antes de acostarme, llamé a Álex para decirle que ya estaba en cama. Estuvimos hablando un buen rato y, al parecer, la sorpresa de su hijo consistía en que lo habían ascendido al puesto de chef en el restaurante donde trabajaba. El chico quería celebrarlo con su padre y todavía estaría allí unos días. En cualquier caso, me dijo que estaba deseando volver porque me echaba mucho de menos. Oír eso me llenó de alegría y dormí esa noche como un bebé.

Al día siguiente, odié el despertador cuando sonó. Faltaba menos de una hora para las nueve y me di una ducha apresurada y me vestí a toda prisa con la ropa que me había comprado en Asturias. Un vestido de verano color rosa

pastel con mucho escote, ceñido en la cintura y falda de vuelo. En el piso de abajo del hotel había una cafetería donde tome un café rápido. Luego entregué la llave de la habitación, me dirigí al coche y arranqué con la esperanza de no llegar tarde. No es que me pasase algo si me retrasara, pero estaba impaciente por firmar y quedar libre.

Sería un divorcio exprés y Ricardo ya había preparado todo. Estaba todo redactado y solo tendría que leer los documentos y firmar mi conformidad. El dinero me lo daría en ese momento y yo solo tenía que llevarlo a mi banco para ingresarlo en mi cuenta. Al llegar a los juzgados, Ricardo me esperaba a la salida del ascensor donde se realizaría el procedimiento. Solo con verlo, sentí un escalofrío en el pecho y una extraña sensación de odio y pena al mismo tiempo. Nos saludamos de forma muy cortés y me preguntó qué tal me iban las cosas. Le respondí que todo muy bien y además mejorando cada día. Él no me contestó a cómo estaba cuando yo le devolví la pregunta, por lo que supuse que se encontraba bien, aunque su cara reflejaba todo lo contrario.

No hablamos mucho más, porque enseguida nos llamaron. Los dos entramos a una sala donde nos esperaban un abogado y un notario que ya se encontraban sentados a una mesa grande y redonda. Me entregaron la documentación que debía leer y firmar en caso de estar de acuerdo. En medio de temblores de pecho y algo de miedo por la tensión acumulada, la ojeé por encima y, al cabo de un rato, firmé en la parte baja de todas las hojas. Acto seguido, Ricardo me entregó un cheque por los ochenta mil euros correspondientes a mi parte de la casa.

Ya estaba, aquello se había acabado para mí. Era libre. Le di las gracias y le deseé lo mejor de manera cortés, sin dedicar ni un minuto más a esa situación. Salí de allí con paso acelerado para depositar el dinero en el banco y luego llamar a Álex y decirle que todo había ido bien y que volvía a casa.

Cuando entré en la sucursal de Abanca con mi cheque en la mano, me tocó esperar un buen rato. Sentada en los sillones del banco, no me podía creer que lo hubiese conseguido y todavía recordaba el día en que Álex apareció por mi puerta con cara de despistado. Qué deprisa había ido todo. A veces pensaba que lo que estaba viviendo era un sueño, pero no, aquello era muy real. Casi una hora más tarde y con el cheque ingresado, salí de allí con ochenta mil

euros en la cuenta y toda la vida por delante, esperándome para ser devorada por mí. Y, por supuesto, yo lo haría con mucho gusto.

Había llegado la hora de volver a casa, a mi hogar, a donde me sentía valorada de verdad y donde no había más que palabras bonitas y gestos de amor. Álex aún tardaría varios días en llegar, como mínimo hasta la mitad de la semana siguiente, y pensé en tenerle una sorpresa preparada. Una de las habitaciones de la casa estaba vacía y se me ocurrió convertirla en un cuarto de placer, nuestra particular cueva para dejar libre mente y cuerpo. Tenía el suficiente dinero para comprar todo lo que quisiera y necesitásemos para satisfacer nuestros caprichos sexuales.

Esa noche, cuando llegué a Asturias estaba cansadísima. Llamé por última vez a Álex para avisarle que ya había llegado y me acosté. Sin embargo, antes de dormirme, entré en internet a buscar páginas web para comprar lo que necesitaba para decorar la habitación de las perversiones. La idea me excitaba de solo pensarla. Primero entré en un *sex-shop* y compré cadenas, esposas, fustas, trajes de dominador, máscaras y varios consoladores y correas tipo de mascota. También me metí en una web de muebles para los amantes del sado y encargué un elevador, una cama con amarres y varios espejos para cubrir las paredes. Lo había planeado todo durante el viaje.

Pasó el fin de semana y el lunes empezaron a llegar mis pedidos desde primera hora. Álex me había dicho que volvería el miércoles por la tarde y quería tenerlo todo listo a su regreso y así ver la cara que pondría al encontrarse con la sorpresa. Estaba segura que le encantaría. A él y a mí, porque ya me había acostumbrado a ser su sumisa sexual y aquella sala era todo un sueño hecho realidad.

Con el pedido de los muebles, también vinieron dos chicos para montarlos. Eran jóvenes y fuertes y se notaba que sabían lo que hacían. Supuse que ya estarían acostumbrados a preparar esas habitaciones y ya nada les sorprendía. A cada momento, me preguntaban si me gustaba cómo estaba quedando o si había algo que quisiera cambiar, pero la verdad era que me resultaba perfecta.

Era increíble. Tal y como yo la había imaginado en mi cabeza.

Una vez finalizado el trabajo y con el cuarto de los placeres preparado,

coliqué encima de la cama los elementos de sado, incluidos con los trajes para Álex, y le añadí unas lámparas con bombillas rojas. Parecía un auténtico burdel sadomasoquista listo para ser usado.

Me quedé largo rato mirando la habitación desde la puerta y reconozco que me excitaba solo de imaginarme las sesiones que me esperaban allí dentro. Lo único que me faltaba era la presencia de Álex. Estaba cachonda y, en ese momento de gran excitación, pasó algo por mi cabeza: lo que me había dejado a medias en Ourense. Mis ojos se abrieron como platos de inmediato.

Le di una vuelta en mi cabeza, dos, tres, y sí, no había duda, eso era con exactitud absoluta lo que necesitaba para zanjar mi etapa con Ricardo. En aquel momento era lunes por la noche, Álex volvería el miércoles por la tarde, tiempo suficiente para cerrar mi anterior etapa en condiciones y, que cuando regresase Álex no solo se encontrase la habitación a nuestra medida, sino a una Clara que había colocado el punto y final a su historia en Ourense.

*Cuando sientes el último aliento que sale de la mujer,
te fijas en sus ojos.*
Ted Bundy

Algunas veces, da la sensación de que los astros se alinean en el universo para otorgarnos la oportunidad de colocar las cosas en su sitio. Un breve espacio de tiempo en el que todo gira a nuestro favor. Solo es cuestión de estar atentos y no desaprovechar la ocasión. Y eso era lo que había pasado y no, yo no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

Al día siguiente, martes, llamé a Álex al mediodía para decirle que me apetecía ir a Lugo, porque me sentía muy sola sin él y así visitaba a unos familiares que hacía mucho tiempo que no veía y, si podía, también a unas amigas de la infancia. A él le pareció muy buena idea. Álex era todo comprensión y estoy segura de que pensó que estaría con alguno de esos familiares a los que echaba de menos. Nada más lejos de la realidad, yo no tenía familia en Lugo ni en ningún otro lado. Tampoco tenía amigas y mucho menos íntimas. Y si los tuviera, no creo que los echase de menos viviendo en Asturias un sueño que no estaba al alcance de cualquiera.

Después de hablar con él, coloqué el teléfono móvil sobre la cama de dormitorio y me vestí para la ocasión con algo discreto. Salí de casa poco después del mediodía, dejé el navegador del coche en el garaje, llené el depósito de gasoil y emprendí viaje hacia Ourense. Quería ir por la carretera nacional en todo momento y había consultado en Google Maps el trayecto. En un papel, tenía apuntado un esquema de las carreteras por las que tenía que pasar, los desvíos que debía tomar e incluso el número de kilómetros que a recorrer en cada una. La idea era evitar la autovía en todo momento.

Tardé un poco más en llegar a Ourense que la vez anterior. Cuando lo hice,

no paré en la ciudad y tomé la N-525 en dirección a Allariz, a doce kilómetros de la ciudad. Cuando estaba entrando en la pequeña villa mi reloj marcaba casi de las nueve de la noche y decidí hacer tiempo paseando un poco por el turístico parque del río Arnoia. Necesitaba estirar las piernas y repasar la conversación que tendría minutos después.

Cuando se empezó a hacer de noche, volví a coger el coche, salí de la villa y lo aparqué entre unos árboles. Dejé dentro toda mi documentación y las llaves de casa. Después, tras recorrer a pie casi un kilómetro por un camino de tierra, llegué a la casa que iba a visitar. El paraje era tan rural que podría gritar todo lo que quisiera sin miedo a que alguien me escuchase.

No había ningún coche aparcado delante y me fijé que la luz de la cocina estaba encendida. Eso significaba que mis cálculos habían sido correctos. Tomé aire, cogí una piedra del camino y, sin dudar, llamé con ella a la puerta.

Enseguida escuché el sonido de unos pasos acercándose por el pasillo y luego el tintineo de la cerradura al abrirse. Sofía se quedó asombrada al verme.

—Hola, Sofía. Perdona que llegue tan tarde, pero quería hablar contigo un momento —le dije.

Era evidente que mi ya ex cuñada no contaba conmigo, y quizá por eso, se quedó inmóvil en el medio de la puerta. A mí el corazón parecía que me iba a explotar de los nervios.

—Sé que no es una hora muy apropiada, pero no tardaré. Salgo ahora de la ciudad, no sé cuándo volveré y me gustaría pedirte disculpas de nuevo por lo que hice —insistí—. Será solo un momento.

Entonces fue cuando ella reaccionó.

—Pasa.

Dejó libre la puerta para que yo entrase, la cerró tras de mí y me dirigió hacia la cocina.

—Como sabrás —continué cuando llegamos—, Ricardo y yo firmamos el divorcio la semana pasada y hoy vine a recoger las últimas cosas que me quedaban aquí. No creo que vuelva, por eso no quería irme sin hablar contigo aunque sea tarde.

Ella se había colocado frente a mí y me miraba muy seria. Su inicial

sorpresa ya se había disipado y parecía dispuesta a recuperar a su estado habitual, el de un ser capaz de humillar a quien se le pusiera delante.

—Sé que no estuvo bien lo que te hice aquel día y me he dado cuenta de que quizá la disculpa que te pedí por entonces no fue todo lo....

—No tienes perdón por lo que hiciste —me cortó ella, ya encendida—. Ni por lo que me hiciste a mí, ni por cómo has tratado a mi hermano. Debería darte vergüenza.

—Lo sé.

—Nunca has sabido comportarte como una mujer normal, ni has cuidado de mi hermano. ¿Y ahora, qué? Lo has dejado como quien tira un trapo a la basura. Y todo por tu cabeza loca. A saber qué capricho se te ha metido entre ceja y ceja. Siempre supe que acabaría mal contigo, pero gracias a Dios, si es cierto que te vas, ya no volverá a verte más en la vida.

No permanecía callada ni un segundo con su letanía, mientras yo daba discretos pasos laterales para salirme de su frente, pero ella me seguía.

—¿Puede saberse a dónde vas?

En ese momento, yo me eché a llorar y me tapé la cara con las manos para no tener que contestarle.

—Y a saber con quién. Ni siquiera sé cómo tienes la cara tan dura de presentarte aquí.

Me sequé las lágrimas y la corté para decirle:

—¿Puedes darme un poco de agua? Creo que me estoy mareando.

—No te mereces ni que te lo dé.

Pero lo hizo. Y no solo eso, también cogió un vaso de uno de los muebles de la cocina y se dio la vuelta para llenarlo en el grifo. Era evidente que Sofia se había lanzado a atacarme al oler la sangre de mi actitud sumisa, pero su problema radicaba en que yo también la había olido y, en mi caso, era sangre de verdad.

Mientras rellenaba el vaso, saqué del bolsillo la piedra con la que había llamado a la puerta y le asesté un golpe en la cabeza. Ella acusó el golpe y empezó a tambalearse. Yo di unos pasos hacia atrás, cogí aire, apreté los labios y, con todas mis fuerzas, volví a golpearla en la parte baja del cráneo. Cayó al suelo emitiendo un ruido como quién tira un libro cerrado de tapa

dura. Intentó levantarse, pero la golpeé una vez más y dejó de moverse. Respiré profundo y me di cuenta que no podía perder tiempo.

Estaba inconsciente cuando la arrastré al baño para seguir de manera minuciosa todos los pasos que Álex ejecutaba con sus víctimas, porque quería que fuese lo más parecido posible a sus crímenes. Llené la bañera y le quité la ropa. Ella intentaba hablar pero no podía y, antes de que recobrase la consciencia por completo, le até las manos a la espalda con unos cordones de zapatos.

A pesar de que estaba bastante obesa, la introduje sin problema en la bañera. La adrenalina que me producía esa situación haría que pudiese con cualquier cosa que se me pusiera por delante. La sumergí en el agua. Me sentí en ese momento como un arma de destrucción masiva y comprendí que decidir allí mismo si moría o vivía, o cuando acabaría con ella, me proporcionaba un placer diferente. Creo que ni siquiera fui consciente de la crueldad que le apliqué a la tortura que le estaba infligiendo a la que había sido mi cuñada. Sofía intentaba levantar la cabeza para respirar, pero yo la agarraba por el cuello para impedirselo y, al mismo tiempo, estrangularla poco a poco. Después de unos largos minutos, ya no quedaba nada de vida en ella y vi cómo sus pupilas se apagaban.

Asimismo, pensé que había cometido el crimen perfecto y creo con toda sinceridad que sí lo fue. Aquella semana a Sergio le tocaba turno de noche en el hotel y entraba a las diez. Había hecho mis cálculos y no me había equivocado. Por otro lado, estaba segura de que la muerte de Sofía resultaría beneficiosa para Ricardo, porque así heredaría todas las propiedades de su madre y no tendría que repartirlas con nadie. También sería libre para hacer su vida como quisiera, sin tener que cargar con la mala influencia que era su hermana. En otras palabras, se libraba de la bruja que tanto daño le hizo a él, a mí y a nuestro matrimonio, que ya de por sí nunca funcionó bien. También pensé que, estando Álex en Irlanda, quedaba libre de toda sospecha. Y no solo eso, si conseguía que pareciese otro crimen más del asesino de la bañera, como los de las otras mujeres, también haría que, de estar en el punto de mira de la Policía, saliese de él. Es decir, se partía de que el asesino era una sola persona y, en caso de que valorasen a Álex como una posibilidad, al

producirse un nuevo asesinato, encontrándose él a miles de kilómetros, las investigaciones se desviarían de inmediato hacia otro lado.

Pero no niego que resultaría cínico por mi parte decir que lo hice pensando en Ricardo o en Álex. En absoluto. Lo hice para rematar lo que había empezado el día del sartenazo y no me había permitido mi marido al agarrarme, pero sobre todo, para darme el tremendo gustazo de ver cómo se apagaban sus ojos viendo que yo la había vencido. El mismo placer que me había concedido con Lili.

Creo que toda mi vida me había llevado a ese momento, pero todas mis angustias se terminaron al cambiarlas por su vida. Ahora sí, ya podía regresar tranquila a casa.

Metí la ropa de ella en la bañera y dejé el grifo abierto como Álex me había explicado que hacía con las otras mujeres. Después cogí la piedra y salí corriendo hacia mi coche. No había nadie en aquella zona y no se escuchaba ni un ruido. Empecé mi viaje de regreso a Asturias para esperar a mi amado con los brazos abiertos.

Creo que entré en trance durante el camino, porque no recuerdo haber recorrido los casi quinientos kilómetros que separan Ourense de Asturias y, para cuando llegué, sin hacer ni una sola parada, eran las cinco y media de la madrugada. Lo único que recuerdo fue paz, mucha paz interior. Estaba orgullosa de mí misma y no necesitaba nada ni a nadie más. Solo a Álex y por entero.

Al día siguiente, desperté en la cama con el sonido del teléfono. Me estaba llamando Álex para decirme que había llegado y que vendría en taxi a casa para que yo no tuviera que coger el coche. Debió de suponer que estaba cansada de conducir por la noche y no quería darme trabajo. Cuando miré el despertador, eran casi las cuatro de la tarde y me sorprendí por haber dormido tanto. Me duché todo lo rápido que pude y, cuando apenas ni había salido del cuarto de baño, él entró por la puerta.

Nos dimos un enorme abrazo y nos dijimos lo mucho que nos habíamos echado de menos. Ni siquiera tuve tiempo de enseñarle la habitación de las perversiones. En medio del pasillo, no nos resistimos al roce de nuestros cuerpos y dejamos que la pasión hiciera su trabajo. Cuando quisimos darnos

cuenta, ya estábamos sobre la cama del dormitorio y comiéndonos el uno al otro. Se notaban las ganas que Álex tenía de mí en la manera de hacerme el amor, entre lo salvaje y romántico. Esa mezcla explosiva que hacía que mis orgasmos llegasen una y otra vez entre gemidos y calambres en mi vagina. Chorreando sudor, nos hicimos uno y así acabamos en medio de suspiros de placer, dándonos todo sin medida.

Cuando acabamos, Álex se levantó, cogió algo que tenía en el bolsillo del pantalón, se acercó a mí y se puso de rodillas. Abrió la mano y tenía una pequeña caja de joyería que abrió delante de mí para enseñarme lo que había dentro. Era un precioso anillo de oro blanco.

—No te voy a pedir que te cases conmigo, por ahora —Se notaba nervioso y le salía una risa tonta—. Pero me gustaría saber si estas dispuesta a pasar el resto de tu vida junto a mí. Para siempre.

—¡Claro que sí! Es el día más maravilloso de mi vida. Te quiero tanto, Álex —estaba rebosante de alegría.

Esa era la guinda del pastel que habíamos empezado a cocinar en el preciso momento en que nos conocimos. Lo nuestro era como una pirámide y poco a poco nuestras acciones habían ido dando sus frutos hasta conseguir lo que queríamos.

Le dije que yo también tenía una sorpresa preparada para él. Le vendé los ojos y lo guie hasta el cuarto que había preparado para nuestras fantasías. Una vez allí, se quitó la venda y, cuando vio lo que tenía delante, se quedó perplejo. Le encantó y me susurró que esa misma noche la teníamos que estrenar. Volvió a decirme que conmigo todo era diferente y maravilloso y que jamás pensó encontrar a alguien como yo.

Pasamos una tarde estupenda en la piscina, tomando el sol y bebiendo cerveza. Le estaba dando un masaje en la espalda a Álex, cuando sonó mi teléfono. Era Ricardo. Me puse un poco tensa en el momento que vi su nombre en la pantalla, pero con el temple que Álex me había enseñado a tener, contesté.

Mientras hablaba con él, Álex me miraba con curiosidad y preocupación a la vez. Yo le hice un gesto con la mano de que todo iba bien.

Sin embargo, al colgar, me preguntó qué pasaba.

—Una desgracia amor, Sofía apareció muerta en la bañera. Al parecer la atacaron por la noche mientras se encontraba sola —le dije, volviendo a ponerme encima de él para proseguir con el masaje—. La Policía relaciona su muerte con los ataques de las otras mujeres.

Él se quedó callado un momento.

—Clara, ¿qué hiciste anoche? ¿Ayer estuviste en Lugo o no? —me preguntó al poco rato con cara de preocupación.

—No pasa nada, Álex. Solo creo que tienes un imitador. No te preocupes, todo va bien.

Pero él sí siguió preocupado.

—¿Ves como somos iguales? —preguntó para sí—. Yo he matado a mujeres porque los traumas de mi infancia me convirtieron en un sociópata. Pero tú no, tú lo eres de nacimiento. Eres una psicópata en toda regla, con la personalidad exacta de toda psicópata. Solo hacía falta liberarte de lo que no te dejaba respirar.

—Pues si así lo crees, así será —respondí yo sin darle mayor importancia—. Entonces, en nuestro caso, podemos decir que sociópata encuentra a psicópata, viven felices muchos años y montan una sala de perversiones para dar rienda suelta a sus más bajos e inconfesables impulsos.

Luego me agaché sobre su espalda y le susurré al oído:

—¿Probamos ya la habitación? Me muero de ganas.

Él sonrió.

FIN